Edward Dolnick

LA ESCRITURA DE LOS DIOSES

DESCIFRANDO LA PIEDRA DE ROSETTA

SIRUELA BIBLIOTECA DE ENSAYO

Edward Dolnick

LA ESCRITURA DE LOS DIOSES

Descifrando la piedra de Rosetta

Traducción del inglés de
Victoria León

Siruela

Biblioteca de Ensayo 142 (Serie Mayor)

Edición en formato digital: marzo de 2024

Título original: The Writing of the Gods.
The Race to Decode the Rosetta Stone En cubierta: © markku murto / Alamy Photo Stock Las ilustraciones del interior proceden de Wikimedia Commons
y de la edición original de Scribner, Nueva York, 2021
Diseño gráfico: Gloria Gauger © Edward Dolnick, 2021
Publicado por acuerdo con
Sterling Lord Literistic y MB Agencia Literaria
© De la traducción, Victoria León © Ediciones Siruela, S. A., 2024

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-10-0

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Cronología
Prólogo
1. La carrera
2. El hallazgo
3. El reto
4. Voces del polvo
5. Tan cerca y tan lejos
6. El héroe conquistador
7. La cubierta en llamas
8. Monsieur Smith se retira
9. Una celebridad en piedra
10. Primeras conjeturas
11. Los rivales
12. Thomas Young casi sorprendido
13. Arquímedes en su bañera, Thomas Young en su casa de campo
14. Por delante
15. Perdidos en el laberinto
16. Sabiduría antigua
17. «Una cifra y una escritura secreta»
18. El exilio
19. Llega Champollion
20. «Un auténtico caos»
21. El nacimiento de la escritura
22. El gigante paduano
23. Abu Simbel
24. ¡Eureka!
25. La revelación
26. Un pato puede ser la madre de alguien

27. Aguzando el oído
28. La fuerza del número
29. Unas piernas que andan
30. Túnicas limpias y manos suaves
31. Sin trabajo
32. El faraón perdido
Epílogo

Agradecimientos
Notas
Bibliografía

Para Lynn, y para Sam y Benn

«Aquí estamos, en Egipto, el país de los faraones, el país de los Ptolomeos, el reino de Cleopatra […] con la cabeza tan afeitada como tu rodilla, fumando en largas pipas y bebiendo café recostados sobre divanes. ¿Qué puedo decir? ¿Cómo escribir sobre esto? Apenas me he recuperado del primer asombro».[1]

GUSTAVE FLAUBERT, 1850

1 «Aquí estamos, en Egipto»: De una carta que escribió Flaubert a un amigo a los veintiocho años. En línea en https://tinyurl.com/yykrlfks.

Cronología

3100 a. C. – Primeros jeroglíficos
2686 a. C. – 2181 a. C. – Imperio Antiguo 2600 a. C. – Gran Esfinge; Gran Pirámide 2040 a. C. – 1782 a. C. – Imperio Medio (edad de oro de la literatura egipcia) 1570 a. C. – 1070 a. C. – Imperio Nuevo (la era más próspera de la historia de Egipto)
1334 a. C. – 1325 a. C. – Reinado de Tut 1279 a. C. – 1213 a. C. – Reinado de Ramsés II (el faraón más poderoso de Egipto) 332 a. C. – Alejandro Magno conquista Egipto 196 a. C. – Inscripción de la piedra Rosetta 30 a. C. – Roma conquista Egipto; Cleopatra se suicida
394 d. C. – Inscripción de los últimos jeroglíficos 642 – Los árabes conquistan Egipto
1773 – Nace Thomas Young
1790 – Nace Jean-François Champollion
1798 – Napoleón invade Egipto
1799 – Se descubre la piedra de Rosetta
(Todas las fechas antiguas son estimaciones de historiadores y arqueólogos).

Prólogo

Imaginemos a un arqueólogo, dentro de mil años, cuya pala tropezara con algo sólido y duro escondido en la tierra. En esa época remota, nadie sabe con certeza si alguna vez existió una tierra llamada Estados Unidos o si ese nombre se refería solo a un lugar legendario como la Atlántida. Nadie habla inglés. Solo unos pocos fragmentos escritos en lengua inglesa han sobrevivido. No hay nadie que pueda descifrarlos.

La piedra bajo la pala parece tersa en parte de su extensión, pero una mirada atenta revela que no es más que un fragmento de lo que seguramente fue un bloque de mayor tamaño. Aun así, la tersura es suficiente como para acelerar el pulso; una obra de la naturaleza no suele ser tan pulcra. Y una segunda mirada resulta aún más prometedora. Esas líneas y curvas en la piedra ¿podrían ser algún tipo de inscripción?

A lo largo de semanas y meses, los equipos de investigación trazan laboriosamente los signos grabados y erosionados. Los examinan sin descanso, intentando discernir un significado en esos misteriosos símbolos. Algunos están demasiado dañados o gastados para distinguirlos, y otros faltan por completo.

OUR SC E AN SEV

Y algunos eruditos creen que el mensaje ha de leerse al revés:

VES NA E CS RUO

¿Cómo habrían de proceder los investigadores? Sin saber inglés, sin conocer la historia de América, ¿llegarían a descubrir que una vez la piedra de un templo proclamó cierto mensaje que empezaba diciendo «hace ochenta y siete años…»?[2]

2 En el original, «Four score and seven years ago…», el comienzo del célebre discurso de Abraham Lincoln en Gettysburg (1863). (N. de la T.).

CAPÍTULO UNO

La carrera

En 1799, el año del descubrimiento de la piedra de Rosetta, Egipto era un páramo sofocante y empobrecido. Pero eso poco importaba. Era el antiguo Egipto lo que cautivaba a Occidente, y este nunca había perdido su poder de seducción.

Heródoto, el «padre de la historia», había sido el primer extranjero que describió las maravillas de Egipto. En el 440 a. C., hechizó a sus lectores con historias de una tierra cuyo mismo aspecto era peculiar. Egipto hacía alarde de un «clima único»[3] y un río «que mostraba una naturaleza distinta de la de todos los demás». Y, lo más importante, los propios egipcios eran un pueblo cuyas «costumbres se oponían a las del resto de los hombres en casi todos los asuntos».

Egipto se diferenciaba de cualquier otro país en que era una delgada línea de verdor rodeada por miles de kilómetros de desierto a un lado y a otro. Y el Nilo se diferenciaba del resto de los ríos en que fluía de sur a norte (algo que parece contrario a la naturaleza) y, lo más importante, en que se desbordaba todos los años, aunque Egipto casi nunca viera la lluvia. Cuando las inundaciones retrocedían, dejaban una fértil tierra negra perfecta para sembrar.

El mundo antiguo giraba en torno a la agricultura, y en todo el mundo, menos en Egipto, era una cuestión imprevisible. En otras tierras, las lluvias podían llegar y traer prosperidad una temporada o podían faltar y hacer que las cosechas se secaran y las familias pasaran hambre.

Pero, Egipto, bendecida por los dioses, apenas tenía que preocuparse por eso. Aunque los cielos estuvieran permanentemente claros, la riada casi nunca faltaba, llegaba y siempre seguiría llegando, un año tras otro. Era el más raro de los dones, un milagro con garantía de eternidad. Protegidos de los enemigos por murallas de desierto al este y al oeste, por el mar al norte y por violentos rápidos al sur, Egipto se mantenía a salvo y próspero como la envidia del mundo.

Y, por encima de todo, Egipto era un país inmensamente rico. «El oro es en Egipto como las arenas del desierto»,[4] observó con envidia cierto rey de la vecina Asiria en la época del rey Tut. Era casi cierto. Tut no fue nadie; el que pasó más desapercibido entre todos los faraones y, sin

embargo, las riquezas enterradas con él siguen deslumbrando hasta hoy a los asiduos de museos. Fue enterrado en un sarcófago dentro de otro sarcófago y este, a su vez, dentro de un sarcófago, y el último de ellos era de oro macizo y pesaba casi cien kilos. Dentro yacía la momia, envuelta en lienzos, de Tut, con la cabeza y los hombros cubiertos por una elegante y reluciente máscara de oro que descansó allí sin ser vista por nadie durante tres mil años.

La de Egipto fue la más conocida y de vida más larga de todas las culturas antiguas. El periodo de tiempo que abarcó resulta casi inconcebible. Los faraones reinaron desde, aproximadamente, el año 3100 a. C. hasta el 30 a. C., el año del suicidio de Cleopatra. La historia de Estados Unidos apenas llega a los tres siglos. La de Egipto recorrió treinta.

Intentar colocar hitos en una cronología egipcia supone exponerse al vértigo. La Gran Pirámide y la Esfinge, los monumentos más conocidos de Egipto, son más antiguos que Stonehenge. Ambos datan de alrededor del año 2600 a. C. (frente al año 2400 a. C. que se estima para Stonehenge). Cuando se construyeron, Egipto ya tenía cinco siglos.[5]

Desde la época de las pirámides hasta el reinado de Cleopatra transcurrió más tiempo que desde Cleopatra a los hermanos Wright. A lo largo de casi todo ese vasto periodo, Egipto estuvo en la cima del mundo.

Y, en los dos mil años que siguieron, desde la época de Cleopatra y César hasta nuestros días, la mística de Egipto no ha desaparecido nunca. En ese país maravilloso, un viajero turco escribió en 1671 que había visto «cientos de miles de cosas prodigiosas y extrañas»[6] *y «ante todas y cada una de ellas nos hemos detenido en el asombro más absoluto».*

Nadie, hoy en día, dedica un solo pensamiento a reinos que una vez fueron tan poderosos como Asiria o Babilonia, pero la estrella de Egipto no se ha apagado nunca. Y nunca ha brillado con más fuerza que a finales del siglo dieciocho, cuando Napoleón condujo su ejército hacia allí.

Además de los argumentos diplomáticos para invadir Egipto, hubo un motivo más simple: los héroes de Napoleón, Alejandro Magno y Julio César, habían conquistado Egipto, y él tenía que imitarlos. Se hizo acompañar de un ejército de científicos y artistas cuya misión era estudiar Egipto y llevar hasta allí las bendiciones de la civilización francesa. Y sus apasionantes relatos de las maravillas que habían visto acabarían alimentando una fiebre que se conoció como egiptomanía.

Para los europeos, la palabra Egipto conjuraba una mezcolanza de belleza (¡Cleopatra!), esplendor (¡las pirámides!) y misterio (¡la Esfinge!). Todo ello sazonado con una pizca de estremecido horror (¡momias!) que elevaba aún más el entusiasmo. (A su regreso a Francia, Napoleón obsequió a su esposa, la emperatriz Josefina, la cabeza de una momia).[7]

En épocas tempranas, solo los europeos más osados se habían aventurado a viajar por aquella tierra remota. Y se maravillaron ante visiones que allí, para los estándares locales, era tan rutinarias como la salida y la puesta del sol. «Vi el Nilo, al llegar, caudaloso, pero no desbordado»,[8] escribió un viajero inglés llamado William Bankes en 1815. «Lo vi un mes después extenderse como un mar por toda la faz de Egipto, con aldeas que sobrenadaban su superficie y hombres y ganado que tenían que vadearlo para ir de un punto a otro».

A ojos occidentales, todo resultaba asombroso —el delgado hilo verde del Nilo sobre un vasto lienzo marrón, por supuesto, pero también las palmeras, los espejismos, las langostas, la infinita extensión de arena del desierto—. «Para un europeo, no es otro clima, sino otra naturaleza, lo que tiene ante sí», escribía Bankes.

Y ese asombro se extendía a los jeroglifos, su antiguo e imponente sistema de escritura.[9] A lo largo del vasto periodo de tiempo que transcurrió hasta que la piedra de Rosetta reveló sus secretos, el misterio de los jeroglifos golpeó el rostro de cada visitante de Egipto. Provocadora, enloquecedoramente, los monumentos y tumbas de Egipto se hallaban cubiertos de complejos pictogramas —una «infinidad de jeroglifos»,[10] en palabras de un explorador temprano—, que nadie sabía cómo descifrar.

Las paredes de los templos albergaban largos mensajes, al igual que cada columna de estos (y cada superficie, incluidos los techos y hasta la cara oculta de las vigas), y al igual que los obeliscos, y las incontables hojas de papiro, y los sarcófagos que encerraban a las momias, e incluso sus vendajes. «Apenas queda el espacio de una punta de punzón o de un ojo de aguja que no contenga una imagen, un grabado o algún tipo de escritura indescifrable»,[11] escribió un viajero desde Bagdad en el año 1183.

Heródoto había contemplado esas inscripciones sin comprenderlas. Todos los eruditos que siguieron sus pasos —durante casi dos milenios— leyeron atentamente las inscripciones talladas en los obeliscos que los conquistadores se llevaron a casa o que los viajeros copiaron cuidadosamente. Y salieron con las manos vacías, desconcertados por aquellos misteriosos zigzags, pájaros, serpientes y semicírculos.

Frente a aquellos símbolos que no eran capaces de descifrar, podrían haber reducido los misteriosos trazos a meros elementos ornamentales. Pero hicieron justo lo contrario.

Los más profundos pensadores de Europa proclamaron que los jeroglifos eran una forma de escritura mística superior a todas las demás. Los jeroglifos no representaban letras o sonidos, como los símbolos de los sistemas ordinarios de escritura, sino ideas, según aquellos eruditos.

No se trataba, simplemente, de que los símbolos jeroglíficos expresaran

significados sin palabras, como las señales de prohibido fumar que muestran un cigarrillo cruzado por una barra oblicua roja. La verdadera cuestión era que los jeroglifos no expresaban mensajes mundanos, sino verdades profundas y universales.

Lingüistas e historiadores insistieron en que aquellos extraños símbolos no tenían nada que ver con los alfabetos habituales en otras culturas. Los alfabetos ordinarios, como los que se utilizaron en Grecia o en Roma, bastaban para las cartas de amor o los recibos de impuestos, pero los jeroglifos habrían tenido un propósito más alto. Los eruditos descartaron la posibilidad de que los jeroglifos pudieran usarse para mensajes o listas corrientes —leche, manteca, comida para los niños— en la firme creencia de que cada texto jeroglífico era una reflexión sobre la naturaleza del espacio y el tiempo.

La belleza de los jeroglifos podría explicar en parte aquella equivocada reverencia. Los símbolos animales, sobre todo, parecen pequeñas obras de arte más que escritura; los mejores ejemplos parecen salidos de los apuntes de campo de un naturalista.

Cuando los lingüistas estudiaban por primera vez otras escrituras menos imponentes, tendían a equivocarse en sentido contrario —por supuesto que estos garabatos no pueden representar palabras ni letras—. Los eruditos que acuñaron el término cuneiforme para uno de los primitivos sistemas de escritura de vida más larga e importante nunca creyeron, por ejemplo, que se tratara en absoluto de escritura.

Thomas Hyde fue una autoridad en lenguas antiguas —catedrático en Oxford de Hebreo y Árabe—, y en 1700 publicó un grueso volumen sobre la antigua Persia. Descartaba allí los signos ornamentales cuneiformes encontrados en innumerables tablillas de toda Persia. No eran escritura —argumentaba Hyde a pesar de que muchos eruditos insistían en lo contrario—, sino un elaborado despliegue de cuñas y flechas decorativas.

Resultó que la escritura cuneiforme, en diferentes variedades, se usó para escribir toda una serie de lenguas de Oriente Medio durante tres mil años. La única contribución perdurable de Hyde, a juicio de los especialistas modernos, fue proporcionar «un notorio ejemplo de lo equivocado que un catedrático, y en su caso, un doble catedrático, podía llegar a estar».[12] *(La cuneiforme fue la escritura más temprana de todas, según la mayoría de los eruditos. Apareció por primera vez alrededor del año 3100 a. C. Un poco antes de los más tempranos jeroglifos egipcios, que datan de alrededor del año 3000 a. C. Mientras que la escritura china más antigua data de alrededor del 1200 a. C.).*

Otro hallazgo arqueológico de gigantesca importancia encontró el mismo rechazo despreciativo por casi idéntica razón. El sistema de escritura llamado lineal B, un predecesor del griego, se descubrió en la isla

de Creta durante la década de 1880 en unas inscripciones halladas en enormes bloques de piedra. Creta era una tierra rica en mitos e historia. Fue en Creta donde el rey encerró a Ícaro y a Dédalo en una torre de la que padre e hijo escaparon lanzándose al cielo provistos de alas con plumas.

El lineal B, que data de alrededor del año 1450 a. C., resultaría ser el sistema de escritura más temprano que dejó testimonios en Europa. Habría sido perdonable que los arqueólogos, deslumbrados por la posibilidad, hubieran encontrado más significado en esos símbolos del que en realidad les pertenecía. Fue al contrario. Cuando los especialistas examinaron por primera vez aquellas inscripciones en lineal B, afirmaron que se trataba de «señales de albañil».[13]

Casi nadie trató los jeroglifos con desdén, en cambio. Grabados en muros de templos y obeliscos, se celebraron como profundas visiones de lo más recóndito de la naturaleza. Sus equivalentes modernos serían verdades como e = mc2 que pueden ser puestas por escrito (y entendidas) de idéntica manera por físicos de Shanghái y de Chicago. Durante casi dos mil años, los eruditos europeos pensaron en los antiguos sacerdotes egipcios como hoy pensamos en los científicos —sabios que idearon un código arcano que revelaba conocimientos cruciales a quienes lo conocían, pero nada en absoluto a los no iniciados en sus secretos—.

En palabras del filósofo del siglo tercero Plotino, «[los escribas egipcios] se ahorraban todo el trabajo de las letras, las palabras y las frases». Los sabios de Egipto habían encontrado algo mucho mejor —una manera de comunicar ideas mediante el dibujo de signos—. «Cada signo era por sí mismo una porción de conocimiento, una porción de sabiduría, una porción de realidad inmediatamente presente».[14]

Pero esto no era más que una conjetura, pues ni una sola persona en el mundo conocía el significado de un solo jeroglifo. Egipto estaba cubierto de infinitos mensajes, y todos y cada uno de esos mensajes eran mudos.

Fue el auge del cristianismo lo que supuso el final de la escritura jeroglífica. A comienzos del siglo cuarto, el emperador romano Constantino se convirtió a dicha fe. Y ese acto espoleó uno de los cambios de curso más importantes en la historia del mundo. Más avanzado el siglo, el cristianismo se convertiría en la religión oficial de Roma. Y a finales de este la enclenque nueva fe se volvería lo bastante poderosa como para proscribir a sus rivales.

En el año 391, el emperador romano Teodosio el Grande ordenó que todos los templos de Egipto fueran destruidos como afrentas al cristianismo. (El castigo por adorar a los antiguos dioses paganos, incluso en la privacidad del hogar, era la muerte).[15] *La última persona que escribió una inscripción con jeroglifos la grabó en la pared de un templo*

de File, una isla lejana del alto Nilo, en el año 394.

Los edictos como el promulgado por Teodosio eran nuevos. La guerra y la persecución eran tan viejas como la humanidad, pero la cuestión rara vez había sido que uno de los bandos creyese en los dioses equivocados. En los tiempos en que el politeísmo era prácticamente universal, los conquistadores que tomaban un nuevo territorio tendían a asumir también sus dioses locales. Si ya se adoraba a varias docenas de dioses, no resultaba un problema hacer sitio a unos cuantos más.

Pero entonces llegaron el monoteísmo y la fe en un único dios verdadero, y todo cambió. «Los griegos y los romanos habían respetado a los dioses antiguos [antes de la conversión de Constantino],[16] pero el monoteísmo es por su misma naturaleza intolerante», escribe la egiptóloga Barbara Mertz. Los jeroglifos, como emblemas de las malas viejas costumbres, fueron objeto de especial condena. Y, una vez prohibidos, no tardaron en olvidarse.

En olvidarse en Egipto, en cualquier caso. En Europa y en el mundo árabe los intentos de descifrarlos nunca cesaron, pero nunca progresaron tampoco. Pensemos en lo mucho que ese halo de misterio se mantuvo. Roma cayó y la «infinidad de jeroglifos» siguió conservando sus secretos. (Roma había estado tan obsesionada con Egipto que los conquistadores se llevaron a casa trece inmensos obeliscos adornados con jeroglifos y hoy quedan más obeliscos egipcios en Roma que en Egipto). Llegó la Edad Media y las catedrales cuyas agujas hendían el cielo se alzaron por toda Europa —eran las primeras estructuras salidas de la mano del hombre en cuatro mil años que superaban la altura de las pirámides—, y durante todos esos años tampoco se hicieron avances en descifrar los jeroglifos. Vino el Renacimiento, y tras él la edad de la ciencia, el nacimiento del mundo moderno y… nada.

Según el tópico, una materia desconocida es un libro cerrado, pero el caso de Egipto era diferente. Egipto era un libro abierto, con ilustraciones en cada página, que nadie sabía leer.

3 «Un clima único»: Heródoto, Historias, libro 2, capítulo 35. En línea en https://tinyurl.com/y4ftjero.

4 «El oro es en Egipto»: El pasaje aparece en «Carta de Amarna EA26» a la reina Tiy, que fue la abuela de Tutankamón. En línea en https://tinyurl.com/y4ehho3l.

5 Una cronología de las estructuras más famosas del mundo incluiría el Partenón, construido en los alrededores del 450 a. C.; el Coliseo de Roma, de alrededor del 100 d. C.; el Angkor Wat, de alrededor de 1100; la Gran Muralla China, de alrededor de 1400; San Pedro, de alrededor de 1600, y el Taj Mahal, de alrededor de 1650.

6 «Cosas prodigiosas y extrañas»: El viajero era Evliya Çelebi, citado en Hornung, The Secret Lore of Egypt, p. 189.

7 «Napoleón obsequió a su esposa»: Brier, Egyptomania, p. 63.

8 «Vi el Nilo»: Seyler, The Obelisk and the Englishman, p. 89.

9 Los símbolos son jeroglifos, no jeroglíficos. Los egiptólogos se horrorizan con el uso incorrecto del término, aunque sea prácticamente universal. Insisten en que jeroglífico es un adjetivo, como artístico.

10 «Una infinidad de jeroglifos»: Fue un francés llamado Paul Lucas (1664-1737), citado en Thompson, Wonderful Things: A History of Egyptology, vol. 1, ubicación de Kindle 1489.

11 «Apenas queda el espacio»: Thompson, Wonderful Things, vol. 1, ubicación de Kindle 924.

12 «Un notorio ejemplo de lo equivocado»: Pope, Decipherment, p. 88.

13 «Señales de albañil»: Fox, The Riddle of the Labyrinth, p. 16.

14 «Cada signo era por sí mismo»: Pope, Decipherment, p. 21.

15 «Castigo por adorar a los antiguos dioses»: Pharr et al. (eds.), The Theodosian Codes, p. 472.

16 *«Los griegos y los romanos habían respetado»: Mertz, Temples, Tombs and Hieroglyphs, p. 304.*

CAPÍTULO DOS

El hallazgo

Nadie se puso nunca a buscar la piedra de Rosetta. Nadie sabía siquiera que existía tal cosa, por mucho que viajeros y eruditos hubieran soñado durante tanto tiempo con que fuera posible. La piedra había pasado inadvertida durante casi dos mil años. Y podría haber seguido perdida para siempre.

Apareció en una pila de escombros de una próspera, aunque apartada, población egipcia llamada Rashid durante un sofocante día de julio de 1799. Francia había invadido Egipto el año anterior. A la cabeza del ejército francés se hallaba un joven general, Napoleón Bonaparte, que empezaba a hacerse célebre. Pronto él sería conocido en el mundo entero y su nombre invocado con sobrecogimiento o susurrado con horror. (En Inglaterra, a los niños pequeños se los asustaba diciéndoles que, si no se dormían sin rechistar, Boney los sacaría a rastras de la cama para devorarlos).[17]

Un grupo de soldados franceses había sido destinado a la reconstrucción de un fuerte en ruinas en Rashid, en el delta del Nilo. (Los franceses llamaron a la ciudad Rosetta). Una fortaleza se había alzado allí en otro tiempo, no muy alta, pero, aun así, imponente: unos ochenta metros cuadrados con un flanco de torretas y una torre en el centro. Llevaba siglos descuidada, y por la época en que llegaron los franceses, necesitaba urgente reparación. «Espero que nos ataquen en cualquier momento»,[18] *escribió a Napoleón el comandante local, que puso a sus hombres a trabajar de inmediato para convertir aquellas ruinas en un fuerte idóneo provisto de barracones y recios muros.*

Exactamente quién descubrió la piedra de Rosetta nunca se sabrá. El verdadero descubridor debió de ser muy probablemente algún obrero egipcio, pero, de ser esto así, nadie ha dejado testimonio de su nombre. El hombre que hizo suyo el descubrimiento fue el teniente Pierre-François Bouchard, el oficial a cargo de las obras de reconstrucción. Alguien llamó la atención de Bouchard hacia una gran losa de piedra rota que había sobre un montón de piedras similares. Bajo el polvo y la suciedad de la oscura superficie de la piedra, solo podemos imaginar unos signos extraños. ¿Podría ser algo aquello?

Bouchard, que era un científico, además de un soldado, de inmediato observó que un lado de la pesada piedra estaba cubierto de inscripciones. Una línea tras otra de símbolos grabados recorría todo el ancho de la piedra. Y eso fue sorprendente, pero lo que hizo que el corazón le diera un vuelco fue otra cosa: había tres tipos de inscripciones.

En la parte superior de la piedra había catorce líneas de jeroglifos: dibujos de círculos, estrellas, leones y hombres arrodillados. Esa sección estaba incompleta. En algún momento del pasado se habían perdido trozos tanto de la esquina superior derecha como de la esquina superior izquierda, y con ellas muchas líneas de jeroglifos habían desaparecido.

En la sección media de la piedra se veía una parte más larga de curvas simples y florituras, treinta y dos líneas en total. Estas parecían letras de algún sistema de escritura desconocido, o tal vez símbolos de algún código, y claramente se diferenciaban de los dibujos de la sección jeroglífica. Pero si aquellas barras oblicuas y guiones eran un sistema de escritura, resultaba irreconocible, y si eran meramente ornamentales, parecían extrañamente sistemáticas e intencionadas.

El tercer grupo de signos, por debajo de los otros dos, no planteaba ningún enigma semejante. Eran cincuenta y tres líneas en griego (con una pequeña rotura en la esquina inferior derecha) instantáneamente reconocibles. No resultaban demasiado fáciles de leer, pues estaban escritas más como un documento legal que como una nota cotidiana, pero, con todo, eran legibles.

La piedra misma medía alrededor de un metro veinte por un metro y pesaba tres cuartos de una tonelada. La parte superior, irregular, mostraba que era un fragmento de una piedra original de mayor tamaño. En Egipto, donde los árboles escasean, los edificios importantes siempre se han construido en piedra. Desde tiempos antiguos eso ha llevado a una especie de reciclado a cámara lenta de bloques de piedra de edificios anteriores que han sido reutilizados en otros. A veces, muchos otros en el transcurso de docenas de siglos. (Incluso las pirámides fueron saqueadas y reutilizadas sus piedras, razón por la cual sus caras dejaron de ser uniformes).[19]

Y eso es lo que parece que sucedió en este caso. La piedra de Rosetta habría estado en su origen en algún lugar prominente de un templo en una fecha que correspondería al 196 a. C. Eso es lo que el texto griego declaraba. Varios siglos más tarde, demolido el templo que la había albergado, la piedra de Rosetta presumiblemente habría pasado desapercibida en un montón de escombros.

Quizá se quedó allí, intacta a través de las generaciones. Quizá fue reciclada en la construcción de algún otro edificio o sucesión de edificios. Nadie lo sabe. En 1470 —para entonces hacía mil años que ya no quedaba

nadie en el mundo capaz de leer jeroglifos—, un gobernante árabe empezó a construir una fortaleza no lejos del lugar donde una vez se había alzado el templo.

Los materiales de construcción para la nueva fortaleza del sultán incluyeron un montón de piedras traídas de quién sabe dónde. Los obreros que batallaron para colocar las piedras en su lugar habrían ignorado las inscripciones de la piedra de Rosetta. Posiblemente ni repararon en ellas. En cualquier caso, colocaron la piedra en su sitio junto a incontables otras, un bloque anónimo en un muro anónimo de una fortaleza anónima. Igual que usar una Biblia de Gutenberg como tope.

Al principio, se pensó que descifrar la piedra de Rosetta llevaría un par de semanas.[20] *Al final serían veinte años. Los primeros lingüistas y eruditos que vieron las inscripciones se pusieron a trabajar con entusiasmo, animados por la convicción de que una explosión de esfuerzo tendría recompensa. Pero pronto se vieron confundidos y frustrados y, muy poco después, desesperados, dejando como único legado la advertencia de que aquel era un enigma imposible de resolver.*

Dos genios rivales, un francés y un inglés, harían todo lo posible para desentrañar el código. Los dos habían sido niños prodigio, los dos tenían una asombrosa habilidad para los idiomas, pero eran opuestos en todo lo demás. El inglés, Thomas Young, fue uno de los genios más versátiles que hayan existido. El francés, Jean-François Champollion, fue una criatura volcada en un solo objeto de atención que se ocupó de Egipto y nada más que de Egipto. Young era calmado y elegantemente cortés. Champollion derrochaba exasperación e impaciencia. Young desdeñaba las «supersticiones» y la «depravación»[21] *del antiguo Egipto. Champollion se extasiaba ante las glorias del imperio más poderoso que el mundo antiguo hubiera conocido.*

Las batallas intelectuales rara vez captan tanto interés. Con las dos naciones en guerra perpetua, tanto el francés como el inglés estaban decididos no solo a imponerse el uno al otro, sino a obtener la gloria para sus respectivas patrias. Para Egipto era el misterio de los misterios, y la primera persona que descubriera cómo leer sus secretos resolvería un enigma que se había burlado del mundo durante más de mil años.

Nadie que hubiera visto el griego en la piedra de Rosetta podía pasarlo por alto: si las tres inscripciones representaban un mensaje escrito de tres maneras diferentes —y para qué, si no, iban a estar grabados en la misma piedra—, los jeroglifos podían revelar de una vez sus secretos. La cámara de un palacio con una llave que sobresale de la cerradura no habría sido más tentadora invitación.

17 «Boney los sacaría a rastras»: Véase el excelente trabajo «Boney the Bogeyman: How Napoleon Scared Children» de la novelista e historiadora Shannon Selin. En línea en https://tinyurl.com/y5wl7ayo. Selin cita varias memorias, incluidas las de Lucia Elizabeth Abell, Recollections of the Emperor Napoleon, during the First Three Years of His Captivity on the Island of St. Helena (Londres, 1844), 12.

18 «Espero que nos ataquen»: Solé y Valbelle, Rosetta Stone, p. 1.

19 «Incluso las pirámides fueron saqueadas»: Entrevista al autor Bob Brier, 8 de abril, 2019.

20 «Llevaría un par de semanas»: Pope, Decipherment, p. 62.

21 «Supersticiones» y «depravación»: Young, Recent Discoveries, p. 277.

CAPÍTULO TRES

El reto

En tiempos de Napoleón, las pirámides, monumentos y templos que salpican Egipto llevaban miles de años siendo célebres, pero casi nadie sabía quiénes las habían construido, cuándo ni por qué. Solo se sabía que, mientras gran parte del mundo había estado temblando de frío en cuevas y manoseando la tierra en busca de babosas y caracoles, los faraones egipcios habían reinado con esplendor.

En la época en que se descubrió la piedra de Rosetta, el mundo tenía dos grandes superpotencias globales: Francia e Inglaterra. Pero en la época en que se realizaron las inscripciones de la piedra de Rosetta, en el año 196 a. C., Francia e Inglaterra no eran más que un hogar de tribus depredadoras cuyas actividades abarcaban principalmente el saqueo y el pillaje. Y el panorama apenas había cambiado en el año 54 a. C., cuando César se apoderó de la Galia e invadió Britania. Allí encontró a un enemigo valeroso, aunque brutal, unos salvajes que se pintaban de azul y se vestían con pieles de animales. Y en aquella tierra remota César se burlaba de que los hombres compartían a sus esposas: «hermanos con hermanos y padres con hijos».[22]

En época de César —su affaire con Cleopatra comenzó en el año 48 a. C.—, los días de gloria de Egipto se hallaban muy lejos en el pasado. Pero, aun así, ni siquiera la Roma de César alcanzaba el nivel de Egipto, como tampoco Atenas ni ninguna otra ciudad de aquel tiempo.

En la era de César y Cleopatra, la capital de Egipto, Alejandría, era la ciudad más grandiosa del mundo.[23] *Cubierta de estatuas, adornada de parques, atestada de comerciantes y viajeros, era una París para aquella Roma aldeana. La avenida más amplia de la ciudad tenía veintisiete metros de anchura, un espacio suficiente para ocho cuadrigas. La biblioteca de Alejandría presumía de diez mil rollos de papiro, de lejos el tesoro más amplio acumulado nunca, siendo aquella una época en la que cada manuscrito debía ser copiado a mano. Y en su momento de máximo esplendor la biblioteca había reunido a los más grandes eruditos de la antigüedad, incluidos gigantes como Euclides y Arquímedes, que fueron atraídos con puestos vitalicios y magníficos salarios.*

Pero eran la pompa y el boato, mucho más que la erudición, lo que el

nombre de Egipto transmitía. Cuando Cleopatra ascendía por el Nilo, lo hacía en una barcaza dorada con velas púrpura y remos de plata. El incienso perfumaba el aire mientras las flautas sonaban dulcemente y unos niños junto a la reina agitaban abanicos para producir una suave brisa.

Y Cleopatra llegaba al final del camino imperial de Egipto, trece siglos después del rey Tut, veinte siglos después de la edad de oro de la literatura egipcia, veintiséis siglos después de la Gran Pirámide.

Ahora conocemos esa cronología e infinitos detalles acerca de las creencias de los antiguos egipcios, sobre cómo vivían, a qué temían y qué esperanzas albergaban. Pero, una nota de advertencia. Toda generalización acerca de «Egipto» en realidad atañe tan solo a una parte siempre mínima de su población. La gran mayoría de los egipcios fueron campesinos analfabetos que vivieron vidas duras, brutales y anónimas. «Vivieron entre penurias, privaciones y esfuerzo físico y murieron sin dejar huella de su paso por este mundo»,[24] en palabras del historiador Ricardo Caminos. «Sus cadáveres eran abandonados al borde del desierto o, en el mejor de los casos, arrojados a agujeros poco profundos en la arena, sin la más humilde lápida que mostrara sus nombres».

Pero, incluso teniendo en cuenta esa importante advertencia acerca de la invisibilidad de los humildes, sabemos mucho más acerca de Egipto que sobre ninguna otra cultura antigua. Lo sabemos porque los propios egipcios nos lo contaron —lo dejaron por escrito— y porque podemos leer sus inscripciones, cartas y relatos. Y sabemos todo eso porque la piedra de Rosetta nos mostró el camino.

La mayoría de la gente pasa por alto la importancia de la piedra de Rosetta. Sabe que su historia tiene que ver con textos en diferentes idiomas, y se imagina algo parecido a la carta de un restaurante que recibe turistas internacionales: pollo asado con patatas fritas; roast chicken with French fries; poulet rôti avec frites; Brathähnchen mit Pommes frites. Provisto de ese menú, el hablante de inglés podría empezar a descifrar el francés, o el alemán.

Esa fue, de hecho, la expectativa con que las primeras personas examinaron la piedra de Rosetta. Resultó completamente equivocada. En lugar de eso, los descifradores se hallaron perdidos en medio de un laberinto, seducidos por tentadoras pistas para acabar en callejones sin salida, perdida la esperanza, para justo entonces descubrir nuevas pistas y salir corriendo exultantes tras ellas una vez más.

Una de las causas de sus problemas —de haberlo sabido, tal vez hubieran abandonado antes de empezar— era que las tres inscripciones no constituían traducciones palabra por palabra unas de otras. Se correspondían de una manera imprecisa y laxa, igual que los resúmenes de

la misma película que harían tres personas. Pero ese no era más que un obstáculo entre muchos. Para hacernos una idea de aquello a lo que se enfrentaban los aspirantes a descifradores, debemos pensar de nuevo en el pollo asado y el poulet rôti. Incluso aunque no habláramos una sola palabra de francés —aunque no supiéramos ni siquiera que existe una lengua llamada francés— seguiríamos teniendo una ventaja sobre aquellos primeros eruditos.

Nosotros reconocemos el alfabeto en que está escrito nuestro menú, para empezar, lo que significa que podemos empezar a pronunciar las palabras. Frente a las inscripciones de la piedra de Rosetta, los primeros lingüistas no pudieron más que mirarlas aturdidos. ¿Cómo iban a saber los primeros egiptólogos si los buitres y chochines, o las barras verticales y oblicuas representaban letras, sílabas, palabras o ideas? Aunque no estuviéramos seguros de cómo leer nuestro menú, si de izquierda a derecha o de derecha a izquierda, nosotros incluso podríamos adivinar que poulet rôti suena ligeramente más probable que itôr teluop.

Para los descifradores, en cambio, nada se podía dar por sentado. El texto podía ir de izquierda a derecha, como el inglés, o de derecha a izquierda, como el hebreo y el árabe, o de arriba a abajo, como el chino y el japonés. Variantes más elaboradas también existieron. Algunos textos griegos antiguos siguen un camino zigzagueante, como un campesino que estuviese arando. Una línea hacia la izquierda, y la siguiente hacia la derecha, y así sucesivamente (y en cada nueva línea, las letras individuales también cambian de dirección). La escritura azteca, como señala un historiador, «formaba meandros en la página como si fuera un juego de la oca, y la dirección se indicaba con líneas y puntos».[25]

Y todavía nuestro menú nos ofrecería algo más con lo que trabajar. Al pronunciar poulet, podríamos despertar vagos recuerdos de la palabra pollo. Continuaríamos. El sombrerito sobre rôti llamaría nuestra atención, sobre todo porque nos recordaría un poco a un horno. Finalmente, podríamos encontrar un montón de textos e inscripciones procedentes del país del poulet (ya que, después de todo, nuestro objetivo sería descifrar una lengua completa, no solo leer un menú). Allí veríamos más oes con sombrerito y también es e íes con sombrerito. Encontraríamos forêt y bête y côte e île, y quizás, por el contexto, o por las imágenes que acompañaran al texto, finalmente podríamos pensar en bosque, en bestia, en costa o en isla. En algún momento podríamos adivinar que el símbolo del sombrero tiene algo que ver con una letra s ausente.

Y así podríamos seguir, paso a paso. Pero pensemos en el aprieto en que los aspirantes a descifradores se hallarían al contemplar la piedra de Rosetta. Sus símbolos no se correspondían con ningún sistema de escritura, y no había manera de pronunciarlos ni de poder buscar pistas en su

sonido. Las respuestas a las preguntas más básicas parecían sarcásticamente fuera de su alcance. Los símbolos discurrían sin interrupción, por ejemplo, y un grupo se amontonaba junto al siguiente. ¿Cómo podía nadie saber dónde terminaba una palabra y empezaba otra (y eso suponiendo que fueran palabras)?

Pero, peor aún —mucho peor— era esto: los últimos hablantes del antiguo egipcio habían muerto milenios atrás. (Los egipcios han hablado árabe desde el siglo séptimo). A modo de ejemplo contemporáneo, imaginemos intentar leer el chino sin hablar el idioma. Y a continuación imaginemos intentar leer el chino cuando nadie hablara ya el idioma.

Supongamos que halláramos alguna manera de leer los jeroglifos. Estaríamos pronunciando palabras que nadie habría pronunciado desde los tiempos de los faraones. Y ahora ¿qué? ¿Qué nos dirían esos sonidos? Supongamos que el último hablante de lengua inglesa hubiera muerto hace veinte siglos. ¿Cómo podría nadie saber que los sonidos c-a-t [gato], pronunciados en rápida sucesión, significan «animal peludo con bigotes»?

Lo que hacía el misterio tan difícil es una gran parte de nuestra historia. Pero la cara B de todo no es menos importante —un enigma que resultaba tentador, como si cualquier amateur con cerebro y tenacidad pudiera resolverlo—. Y eso que supone un claro contraste con lo que ocurre con los códigos más famosos, como el código Enigma. Un lego podría pasarse la vida estudiando los mensajes que los nazis encriptaron con la máquina Enigma y jamás vería otra cosa que letras al azar, cada línea indiscernible de la siguiente. Para alguien que no sea un matemático, el código Enigma es tan imposible como un acantilado.

Una página de jeroglifos, sin embargo, está hecha de pájaros y de serpientes, de óvalos y cuadrados, y casi nos invita a hacer nuestras propias conjeturas. ¿Significaba un búho sabiduría para los egipcios, igual que para nosotros? El texto griego de la piedra de Rosetta habla sobre reyes. ¿Dónde está el rey en los jeroglifos?

Los jeroglifos son imágenes, y esa observación fundamental señala en dos direcciones diferentes al mismo tiempo. La primera es desalentadora: nos enfrentamos a una forma de escritura que no se parece a ninguna. Pero la segunda es más amable e importante: precisamente porque los jeroglifos son imágenes, esta es una forma de escritura que parece menos abstracta y más accesible que casi cualquier otra.

Así que, después de todo, nuestra labor no es tan desalentadora como la comprensión del código Enigma. Esta vez los amateurs pueden lanzarse en busca de pistas entre esas mismas piezas de puzle que sedujeron y se burlaron de Young, de Champollion y de todos sus predecesores.

22 «Hermanos con hermanos»: Caesar, The Gallic War, p. 78.

23 «La ciudad más grandiosa del mundo»: Schiff, Cleopatra, p. 67.

24 «Vivieron entre penurias»: De un artículo titulado «Peasants» de Ricardo Caminos, en The Egyptians, ed. de Sergio Danadoni.

25 «Formaba meandros en la página»: Manguel, History of Reading, p. 48.

CAPÍTULO CUATRO

Voces del polvo

Los enigmas de la lengua y la criptografía son misterios vivos —hay textos en extrañas escrituras que nadie ha descifrado hasta hoy, incluido uno de la antigua Italia[26] y otro de la isla de Pascua— y hablan de los aspectos más profundos de la civilización y la cultura. Hablar y escribir parecen las dos caras de una misma moneda, pero escribir es en esencia mucho más difícil. Todos los bebés aprenden a hablar de forma automática, empapándose de los sonidos que los rodean, pero ningún bebé aprende a leer o escribir de forma automática por mucho que las palabras impresas estén también a su alrededor.

Nadie sabe por qué ocurre eso. Tal vez sea lógico pensar que leer es difícil, pero pensemos por un momento en lo asombroso que es que aprender a hablar no lo sea. Dejemos que un bebé chapotee en una fuente de palabras y se las arreglará por su cuenta. El novelista Nicholson Baker[27] ha hecho más que cualquier lingüista por esclarecer todo lo que ocurre en la mente de ese pequeño y balbuceante explorador. «Entonces empiezas a ver que todos esos sonidos que eres capaz de hacer —gugu, neee, looo— y empiezas a oír pueden clasificarse de ciertas maneras. Eres un cerebro recién nacido, acabas de dejar tu solitario confinamiento en el útero y ya eres un criptoanalista militar de alto nivel. Ya estás haciendo análisis sintácticos, buscando similitudes y diferencias, buscando patrones, buscando principios y finales e indicios de significado».

Lo mismo que sucede en cada individuo se aplica a la especie humana: nuestros ancestros empezaron a hablar hace cincuenta mil años, pero solo en tiempos relativamente recientes —hace solo cinco mil años— algún genio desconocido averiguó cómo representar los sonidos del habla multitudinaria mediante un pequeño surtido de garabatos y rayas. O quizá fuera una sucesión de genios, cada uno de los cuales aportó alguna idea o mejora.

La cuestión crucial es que, aunque hablar surge de manera natural, la escritura tiene que inventarse. Hablar es parte de nuestra herencia biológica, como gatear y andar. Escribir es un producto del ingenio humano, como el teléfono o el avión. (Y la historia de ese avance colosal está irremediablemente perdida. Irónicamente, nadie la puso nunca por

escrito).

Así que aprender a leer requiere esfuerzo. Y eso nos empuja a todos y cada uno de nosotros hacia el corazón mismo de la historia de la piedra de Rosetta, pues todos hemos realizado alguna vez justo el tipo de labor descifradora que finalmente logró desentrañar el caso egipcio. (Pero cada nuevo lector que se esfuerza por devolver a la vida los garabatos de El gato en el sombrero es un equivalente, a escala menor, de los brillantes investigadores que se enfrentaron por primera vez a los jeroglifos. Leer es descifrar, y todos somos detectives lingüísticos. Todos hemos trabajado en centros militares criptográficos de alto nivel).

La recompensa que obtenemos a cambio de ese trabajo descifrador es enorme. El escritor Alberto Manguel recuerda el momento en que aprendió a leer. Tenía cuatro años y se sabía los nombres de las letras cuando, por casualidad, vio una valla publicitaria desde la ventanilla de un coche. «Lo que aquella palabra decía en la valla que había quedado atrás, ya no lo sé…, pero la impresión de ser capaz de repente de comprender lo que hasta entonces era solo algo que miraba sigue resultándome tan vívida hoy como debió ser en ese momento».[28]

Fue, escribe Manguel, «como adquirir un sentido completamente nuevo».

La invención de la escritura se considera a menudo como uno de los más grandes avances intelectuales. «Sin la escritura, el relato del pasado rápidamente degenera en titubeante mito y fábula»,[29] *observó una vez el antropólogo Loren Eiseley. «La mayor gesta del hombre, sus cuatro largas batallas contra el avance del hielo de los grandes glaciares continentales, se ha desvanecido de la memoria humana sin dejar rastro. Nuestros ancestros analfabetos desaparecieron, y con ellos, en unas pocas generaciones, también murió una de las grandes historias de todos los tiempos».*

Incontables historias menores se desvanecen igual si nadie las deja por escrito. «Si los humanos hubiéramos existido solo un día, la escritura se habría inventado hacia las 11 p. m.»,[30] *señala el lingüista John McWhorter. Si las tribus libraron guerras antes de esa hora del reloj de la historia o los amantes se susurraron en las sombras, nadie lo sabrá nunca.*

Los recuerdos que podemos conservar en nuestra mente se extienden tal vez a dos generaciones pasadas como mucho, puede que a tres. Mi abuelo vivió hasta los noventa años. Creo que lo visitamos a menudo cuando yo era pequeño. Pero, ahora, para mí, ya no queda nadie que me cuente su historia, ni hay cartas ni diarios a los que acudir, y todos los acontecimientos de esas nueve décadas de su vida han desaparecido. Todo cuanto puedo recordar es la aspereza de las mejillas mal afeitadas de un anciano (no me gustaba besarlo para despedirme) y el modo en que sus

huesudas muñecas sobresalían de sus mangas largas y caídas.

Huellas enteras de una cultura pueden desaparecer casi con la misma rapidez. El poeta e historiador Amadou Hampâté Bâ dedicó mucho tiempo a recoger cuentos orales de su Mali natal. «En África, cada vez que muere un anciano arde una biblioteca»,[31] se lamentaba.

Y la historia de esa batalla de siglos que lleva librando el ser humano contra el olvido es también en buena medida la historia de la escritura. Lo que significa que la saga de la piedra de Rosetta está lo más lejos posible de ser una limitada historia de erudición arcana en bibliotecas mohosas. Al contrario, nuestro viaje de exploración nos llevará por valles increíbles y los más extraños territorios. Para no perder el rumbo, intentaremos no alejarnos demasiado de la piedra de Rosetta misma con la intención de «seguir el río a nuestra derecha» siempre. Pero perseguimos caza mayor —historias de aventureros arqueólogos que dan tumbos entre enterramientos antiguos; ojeadas a los primeros intentos de poner palabras por escrito; incursiones en grandes temas como la lucha contra la muerte y el olvido—, y sería un error pasar por alto esas aventuras por ceñirnos tan solo a los jeroglifos.

Sería un error porque, sin apartar la vista de la piedra de Rosetta, no repararíamos en la historia más amplia. La piedra de Rosetta es el más improbable de los objetos, una ventana hecha de piedra maciza, y la vista que ofrece esa ventana nos habla no solo del meollo de las investigaciones y el proceso descifrador, sino también de la naturaleza del lenguaje y de los caminos de la historia y la evolución de la cultura humana.

*

Es fácil perder de vista una cuestión clave, y es que la invención de la escritura no fue solo uno de los grandes logros de la humanidad, sino también uno de los más difíciles. Pensemos en el tiempo que llevó. Durante decenas de miles de años, nuestros ancestros dibujaron pinturas rupestres con una habilidad y sofisticación asombrosas; diseñaron cuchillos de piedra tan delgados[32] que se podía ver la luz a través de sus hojas y tan afilados que parecían escalpelos de acero. Y nadie firmó aquellas obras maestras. Nadie podía hacerlo porque durante miles y miles de generaciones nadie había encontrado la manera de convertir los sonidos en símbolos.

Desde nuestra perspectiva privilegiada del pasado, puede resultar difícil reconocer los obstáculos intelectuales que vencieron nuestros ancestros. Un problema ya resuelto a menudo da la impresión de que nunca hubiera entrañado misterio alguno. Pero la mentalidad pueblerina

en un sentido temporal es tan engañosa como la mentalidad pueblerina en sentido ordinario. Hasta que las respuestas se revelan, las preguntas «más simples» pueden resultar desconcertantes.

Fue «un notable avance en la historia del pensamiento»,[33] observó en una ocasión el filósofo Alfred North Whitehead, el momento en que algún genio olvidado cayó en la cuenta de que dos peces, dos días y dos palos compartían la propiedad abstracta de la «dualidad». Durante incontables generaciones nadie lo había visto. Y esa humilde idea tuvo inmensas consecuencias. Una vez comprendido que lo importante era el concepto 2, y no los dos peces que casualmente uno estuviera mirando, se estaba en el camino de leyes universales como 2 + 2 = 4. Se había puesto rumbo a la ciencia.

Todas las historias relacionadas con los procesos descifradores se asientan en un bosque de estas preguntas simples a posteriori, pero misteriosas en origen. Y este es especialmente el caso de la piedra de Rosetta, pues la apariencia atractiva de los jeroglifos engañó a todo el mundo. Pero cada historia de un proceso descifrador requiere zambullirse en las profundidades de los misterios del lenguaje, y las lenguas son desalentadoramente diversas e infinitamente intrincadas. Poseen varios rasgos en común, pues todas describen un mundo compartido, con sus madres y hermanos, su sol y su luna, sus ríos susurrantes y sus bebés que gatean. Pero parecen y suenan de formas asombrosamente distintas.

Bajarse de un avión en Pekín o entrar en una clase en la Universidad de Gallaudet es zambullirse en un desconcierto irremediable. Y no es de extrañar, pues las lenguas están hechas de ráfagas de aire (o gestos de las manos), y una arquitectura de palabras puede adoptar formas más fantásticas que cualquier cosa hecha de ladrillos o madera.

El resultado es que la labor descifradora es tan sumamente difícil como sumamente importante. Una vez escritos, tanto los acontecimientos más nimios como las grandes epopeyas tienen una oportunidad de inmortalidad. Hay cartas de amor que han salido a la luz después de miles de años, y recibos de compra de una docena de taburetes, y relatos épicos sobre héroes y ogros que libraron combates mortales.

En el caso de Egipto, descifrar jeroglifos dio voz a faraones, estudiantes, comerciantes y viajeros que murieron hace treinta siglos. En otras tierras más húmedas tales mensajes se habrían desintegrado mucho antes, pero el clima cálido y seco de Egipto sirvió como de una especie de cápsula del tiempo involuntaria. Mensajes grabados en monumentos o en paredes de templos hace mucho siguen siendo nítidos y legibles hasta hoy. Sobreviven incontables textos en papiros, algunos de los cuales muestran la huella del dedo manchado de tinta de un escriba o las correcciones garabateadas de un maestro en el trabajo de un estudiante.[34]

La aridez de Egipto siempre asombra a los visitantes de climas lluviosos. En la deslumbrante ciudad de Luxor, por ejemplo, la media de lluvia anual es 0. Así ha sido desde tiempos antiguos. «Ni lluvia ni señal alguna de lluvia se muestra en las pinturas de las tumbas»,[35] observaba el arqueólogo inglés Flinders Petrie hace un siglo. «Ni sombreros anchos, ni paraguas, ni ganado abrevando se representan jamás».

En Egipto, nuestra palabra perecedero apenas tiene aplicación. Una flor de una corona fúnebre hecha hace tres mil años podría identificarse todavía. Una hogaza de pan más antigua que Grecia y Roma puede mostrar aún las huellas de los pulgares del panadero.[36] En realidad, el calor y la aridez de Egipto habrían momificado los cuerpos sin necesidad de largos y laboriosos procedimientos. Lo cierto es que todo el complejo proceso de embalsamamiento que identificamos tan estrechamente con el antiguo Egipto surgió de una trampa 22.

Los egipcios creían en la vida de ultratumba. La momificación era tan importante porque se necesitaba un cuerpo para pasar a la otra vida. El embalsamamiento era un arte difícil que exigía tiempo e implicaba garfios para extraer el cerebro por la nariz, cuchillos especiales para abrir el abdomen y sacar los órganos internos y complejas técnicas para secar los tejidos. Y, sin embargo, si un cadáver se dejaba sin más en una fosa poco profunda en medio del desierto, como tradicionalmente había sido el destino de los pobres, la arena caliente y el sol abrasador lo momificaban de manera natural.

Los ricos insistían en despedidas más pomposas. Pero el mismo acto de encerrar cuerpos en oscuros y silenciosos ataúdes era lo que hacía necesaria toda la gama de técnicas requeridas para mantener a raya la putrefacción y el deterioro.

Así que en el antiguo Egipto los artefactos duraban casi por defecto. En una cultura obsesionada con la continuidad, eso era de vital importancia, y fue esa capacidad de trascender el tiempo lo que hizo la escritura especial entre las otras artes. Los jeroglifos habían sido la escritura de los dioses, según los textos antiguos, y luego los dioses habían concedido ese don maravilloso a la humanidad. Y, desde sus primeros días, Egipto había reconocido sus posibilidades.

Una inscripción en un templo de alrededor de la misma época que la piedra de Rosetta elogiaba a los dioses que «crearon la escritura en el principio»[37] y de ese modo «hicieron que empezara la memoria». Gracias a ese don divino, «el heredero habla con sus ancestros» y «los amigos pueden comunicarse cuando el mar los separa, y un hombre puede oír a otro sin verlo».

Las inscripciones hablaban por extenso sobre reyes y dioses, pero los mensajes en papiro tendían a lo mundano y a lo práctico. «Por favor,

hazme un nuevo par de sandalias»,[38] se lee en una nota de alrededor del 1200 a. C. Otra de la misma época pregunta: «¿Por qué no has respondido a mi misiva? ¡Te escribí hace una semana!».

Un escriba principiante se queja a su supervisor, hacia el 1240 a. C., de que lo trata mal y no lo tiene en cuenta. «Soy como un burro para ti. Si hay trabajo, traes al burro… Si hay cerveza, no vas a buscarme, pero si hay trabajo, sí…».[39]

Una madre dolida se queja de la ingratitud de sus hijos, y su amargura nos habla intacta a través de los eones. «Soy una mujer libre de la tierra del faraón»,[40] declara en su testamento, de alrededor del 1140 a. C. «He criado a ocho hijos y les he dado todo lo que correspondía a su posición. Pero me he hecho vieja y ellos no han cuidado de mí. El que de ellos me ayude, recibirá mi herencia. Pero al que me olvide no lo ayudaré yo».

Quizá el mayor conjunto de escritos antiguos fue el descubierto en 1897, cuando dos arqueólogos ingleses encontraron varios montones de restos de papiro cubiertos de arena (y mezclados con escombros fortuitos) en el desierto sur de El Cairo. Los restos venían originalmente de montones de basura de la una vez floreciente ciudad de Oxirrinco. (Su nombre significa «ciudad del pez de la nariz afilada»). Protegida por la aridez del desierto, la tinta había conservado su color durante dos mil años.

Medio millón de fragmentos han sobrevivido, algunos tan pequeños como un sello postal, otros del tamaño de un mantel. La mayoría proporcionaba vislumbres de la vida cotidiana. Una pareja rica enviaba mil rosas y cuatro mil narcisos a la boda del hijo de un amigo.[41] Un hombre llamado Judá se había caído del caballo y necesitaba la ayuda de dos cuidadores para recuperarse. Aparecieron restos de contratos matrimoniales, horóscopos y novelas eróticas, y también una obra desconocida de Sófocles y fragmentos de poemas de Safo.[42]

Muchos textos del antiguo Egipto poseen una cualidad desconcertante que casi roza lo familiar. Los escritores describen emociones que reconocemos de inmediato, pero argumentan valiéndose de imágenes que de pronto nos recuerdan que estamos muy lejos de casa. Un poema de la época del rey Tut, de alrededor del año 1300 a. C., describía los obstáculos a los que se enfrentaba una pareja de jóvenes amantes: «Mi amor está al otro lado de una gran extensión de agua y un cocodrilo acecha en el banco de arena».[43]

A veces la escritura revela un mundo absolutamente extraño y amenazador. Los egipcios creían, por ejemplo, que cuando una persona moría, los dioses colocaban su corazón en el platillo de una balanza y una pluma que representaba la verdad en el otro. Si el corazón y la pluma pesaban lo mismo, la persona había vivido una vida honesta y podía

entrar en una especie de cielo. Si no pasaba la prueba, en cambio, el resultado no era ni el infierno ni las llamas eternas, sino la desaparición. El corazón delator era arrojado a una criatura en parte hipopótamo y en parte cocodrilo que lo devoraba. Puf.

Las voces más convincentes podrían haber lanzado sus protestas ayer mismo. Un escriba egipcio garabateó su frustración en un trozo de papiro que ha sobrevivido hasta llegar al Museo Británico: «Ojalá tuviera frases desconocidas en una nueva lengua nunca usada, en lugar de la rancia en la que hablaban los antiguos»,[44] escribió. Su lamento está escrito hacia el año 2000 a. C. Antecede en mil años a Homero.

Pero ¿qué pasa si la escritura sobrevive, pero no el conocimiento de cómo leerla?

26 Los eruditos han aprendido a leer la escritura de los etruscos, que construyeron una floreciente cultura en Italia siglos antes que los romanos. Pero no saben lo que esos sonidos significaban. Pueden pronunciarlos en voz alta, pero no saber si lo que están diciendo es Ser o no ser o A todos los gatos les gusta Frisky.

27 «El novelista Nicholson Baker»: Baker, The Anthologist, p. 108.

28 «Lo que aquella palabra decía»: Manguel, History of Reading, p. 6.

29 «Sin la escritura»: Eiseley, The Star Thrower, p. 41.

30 «Si los humanos hubiéramos existido»: McWhorter, The Power of Babel, p. 254.

31 «Cada vez que muere un anciano»: En línea en https://tinyurl.com/y67oarwq.

32 «Cuchillos de piedra tan delgados»: Annie Dillard, For the Time Being (Nueva York, Vintage, 2000), p. 98.

33 «Un notable avance»: Whitehead, Science and the Modern World, p. 20.

34 «La huella del dedo manchado de tinta de un escriba»: Ray, Rosetta Stone, p. 122.

35 «Ni lluvia ni señal alguna de lluvia»: Petrie, Pyramids and Temples, p. 150.

36 «Huellas de los pulgares del panadero»: en un artículo del egiptólogo Richard Parkinson titulado «Egypt: A Life Before the Afterlife», Guardian, 5 de noviembre, 2010.

37 «Crearon la escritura en el principio»: Parkinson, Cracking Codes, pp. 193-194.

38 «Un nuevo par de sandalias»: En una entrevista a la egiptóloga Elizabeth Frood. En línea en https://tinyurl.com/y5576sxh.

39 «Soy como un burro para ti»: Romer, Ancient Lives, p. 33.

40 «Soy una mujer libre»: Cerny, «The Will of Naunakhte», Journal of Egyptian Archeology. El pasaje puede encontrarse más fácilmente en el sitio web magníficamente mantenido por Mark Millmore egyptianhieroglyphs.co.uk, en una sección titulada: «Love, Marriage, and Family».

41 «Una pareja rica enviaba mil rosas»: En el sitio de la Universidad de Oxford dedicado a Oxirrinco https://tinyurl.com/yy9bw8dq.

42 «Y también una obra desconocida»: Parsons, City of the Sharp-Nosed Fish.

43 «Mi amor está al otro lado»: Traducción de la egiptóloga Barbara Mertz, de su libro Crocodile on the Sandbank. Una novela ambientada en Egipto (citada como una de las cien mejores novelas de misterio jamás escritas) que Mertz escribió con el pseudónimo Elizabeth Peters. Tradujo el poema de manera ligeramente distinta en su Red Land, Black Land: Daily Life in Ancient Egypt, p. 51.

44 «Ojalá tuviera frases»: Peet, Literatures of Egypt, Palestine, and Mesopotamia, p. 120. John Barth citaba el pasaje en un artículo de Atlantic e insistía sobre Homero: John Barth, «Do I Repeat Myself?», Atlantic, agosto de 2011.

CAPÍTULO CINCO

Tan cerca y tan lejos

Si alejamos lo bastante el zum de la cámara, todas las culturas parecen iguales. La gente se conoce y se enamora; presume y se envanece; se burla de sus rivales; reza a su dios o a su multitud de dioses; teme a la muerte. Los detalles son los que determinan la diferencia. Los aztecas arrancaban el corazón palpitante a los prisioneros capturados en batalla para aplacar a sus dioses; los jainistas barren las aceras para proteger a cualquier insecto que pudieran pisar.

Sabemos tantas cosas acerca de los antiguos egipcios porque fueron muchos los textos que dejaron. Pero la tentación está en pensar que sabemos más de lo que realmente sabemos. «Los artesanos bebedores de cerveza,[45] los puntillosos escritores de cartas, las damas elegantes, los burócratas ambiciosos y los cazadores expertos, todos ellos nos parecen (así nos engañamos) el mismo tipo de personas que conocemos y con las que podríamos habernos cruzado», escribe el historiador Peter Green.

Pero aquella fue, añadía Green corrigiéndose a sí mismo, una «cultura exótica (por no decir extravagante)».

Ese movimiento pendular —estas fueron gentes como nosotros; estos fueron extranjeros estrafalarios— sirve en gran parte para explicar la fascinación ejercida por el antiguo Egipto. Egipto ocupa un lugar privilegiado en nuestra imaginación histórica. Lo bastante cerca como para atraernos y lo bastante lejos como para cautivarnos.

Podemos imaginarnos introduciéndonos en el pasado de Egipto, y cuando lo hacemos, como cualquiera que viaja en el tiempo sin levantarse de su sillón, apartamos a un lado todas las realidades oscuras. El peligro y la dificultad son los primeros en desaparecer. Nadie que sueñe despierto con regresar al alba de los tiempos se imagina retorciéndose de dolor y destrozado sin remedio en las fauces de un tiranosaurio, y nadie se imagina sudando hasta la extenuación en una cuadrilla de trabajo del faraón, arrastrando bloques de piedra cuesta arriba por una rampa.

¿Y cómo explicar la permanente fascinación de Egipto mientras despreciamos todas las demás culturas antiguas por demasiado polvorientas y parcas en palabras? Decir que las imágenes más famosas de Egipto han llegado a hacerse icónicas no sería más que argumentar en

círculo.

Una parte de la respuesta puede que tenga que ver con una simple cuestión de escala. Nunca acabamos de crecer del todo más allá de nuestro yo de seis años, y el puro tamaño es algo que jamás pierde su capacidad de fascinación. De ahí, por ejemplo, lo que sucede con los dinosaurios. No hay museo de historia natural en el mundo que no atraiga multitudes boquiabiertas alrededor de esos esqueletos que llenan la sala y rozan la techumbre. Y lo mismo ocurre con las pirámides, donde el tamaño colosal (y la simplicidad de su diseño) es la esencia de todo. La Esfinge es incluso mejor, pues no solo es descomunal (cada poderosa garra mayor que un autobús escolar), sino también misteriosa.

Misteriosa, pero no del todo fuera del alcance de la comprensión. Sabemos bastante acerca de las vidas cotidianas de los egipcios, mucho más de lo que sabemos acerca de otras culturas antiguas. Y en gran parte, curiosamente, porque sabemos mucho sobre la concepción egipcia de la vida de ultratumba. Los egipcios la daban por sentado. Vivirías eternamente en tu cuerpo de costumbre y seguirías comiendo, viviendo y disfrutando la vida. Por eso la imagen egipcia de la muerte nos proporciona una imagen tan vívida de la vida egipcia.

Las tumbas se llenaban de sillas y camas, de hogazas de pan y jarros de vino, de carne, ropas, juguetes, cosmética, joyería. «Era como si estuvieran haciendo el equipaje para viajar a un lugar que nunca hubieran visitado y no estuvieran seguros de qué llevar y por eso llevaran de todo»,[46] escribe un historiador.

La cultura egipcia estaba obsesionada con la muerte en un grado asombroso. Todo lo que asociamos con Egipto —pirámides, momias, tumbas, dioses, el Libro de los muertos— tenía que ver con protegerse de la muerte, conquistarla o navegarla hacia la vida de ultratumba. En oraciones y en centenares y centenares de sortilegios resuena obsesivamente el tema de la-muerte-no-es-el-fin. Los faraones eran enviados a la vida ultraterrena con un ensalmo mágico: «Vuelves a ser joven, vives de nuevo, vuelves a ser joven, vives de nuevo para siempre».[47]

Tanto se preocupaban los egipcios por la muerte y la vida de ultratumba que hasta hoy los egiptólogos siguen discutiendo sobre lo que ello significaba. ¿Por qué estaban los egipcios tan obsesionados con vivir para siempre? ¿Acaso encontraban la contemplación de la muerte demasiado aterradora, o es que estaban tan enamorados de la vida que no soportaban admitir su fin? El egiptólogo John Wilson resume así lo que tal vez sea la opinión predominante: «Los egipcios disfrutaban la vida.[48] Se aferraban a ella no con la desesperación que viene del horror a la muerte, sino con la feliz certidumbre de que siempre habían salido

victoriosos y por eso también derrotarían al cambio mortal».[49] [50]

La vida de ultratumba tal como los egipcios la concebían era lo más apegado a la tierra que pueda ser un paraíso. La cuestión esencial de la momificación era que se necesitaba el cuerpo en la vida ultraterrena; el proceso de momificación era la manera de mantener el yo físico intacto.[51]

El cielo cristiano era mucho más austero, sin espacio para la comida, la bebida ni el sexo. (En su lugar, según exponía san Agustín,[52] *habría cantos de himnos. «Todo lo que haremos será cantar Amén y Aleluya», escribió). Sin embargo, la imagen cotidiana del paraíso de Occidente, ese lugar donde volvemos a abrazar a los amigos que perdimos y volvemos a lanzar el palo a nuestros amados perros, no es tan distinta de la versión egipcia.*

Y podríamos señalar una docena de semejanzas culturales. Un antiguo papiro con curas de charlatán para el cabello gris, la calvicie y la impotencia era un pariente cercano al correo basura que atiborra hoy las bandejas de entrada del correo electrónico de todo el mundo.[53] *Un tratado escrito hacia el 2400 a. C. con carácter detallado, pero aun así relevante, aconseja sobre cómo llevarse bien con el jefe. «Si eres invitado a la mesa de alguien más importante que tú, ríe cuando él ría. Eso complacerá su corazón, y cuanto hagas le resultará aceptable».*[54]

Los cuentos del folklore egipcio hablaban de princesas encerradas en torres y héroes a los que se concedían tres deseos, e incluso de un rey consternado que envió mensajeros por toda la tierra para encontrar a la mujer cuya hermosa zapatilla había encontrado por azar.[55] *«Desde los primeros siglos de la era cristiana hasta mediados del siglo diecinueve no hubo nadie en la tierra que tuviera la oportunidad de leer esas historias»,*[56] *se asombra la egiptóloga Barbara Mertz y, pese a todo, señala, de algún modo sus claves terminan en Rapunzel y en Cenicienta.*

Compartimos otras creencias y actos a través del abismo de tiempo. Los manifestantes aún incendian efigies de sus enemigos, por ejemplo, y los hinchas deportivos queman las camisetas de las estrellas que abandonan su equipo para jugar en otra ciudad. El rey Tut lo habría entendido perfectamente. «Las sandalias de Tut están decoradas con figuras de prisioneros»,[57] *observa el egiptólogo Robert Ritner. «La empuñadura de su bastón muestra a sus enemigos maniatados; sus escudos, adversarios caídos y sus escabeles, cuerdas de presos. Solo con esa apariencia regia y sin ningún otro ritual especial, el rey sofoca y aplasta bajo su pie a cualquier potencial enemigo del Estado».*

Pero esa continua fascinación de Egipto también tiene otros orígenes. La historia de Egipto parece discurrir de un modo que no es el mismo de otras civilizaciones antiguas. Muchos de los hallazgos arqueológicos más asombrosos datan de tiempos relativamente recientes. La estatua que puede que sea la más admirada de todas, la que representa a la reina

Nefertiti, salió a la luz en 1912. Yacía en el suelo del estudio de un escultor bocabajo y medio cubierta de escombros. La tumba del rey Tut se descubrió hace solo un siglo, en 1922. Uno de los más deslumbrantes tesoros de Egipto, el barco de madera de más de trece metros de largo construido para el faraón de la Gran Pirámide, se encontró aún más recientemente. La barca de Keops, como a veces se la llama, pudo haber estado pensada para llevarlo hasta la vida de ultratumba. Los arqueólogos la hallaron en una cámara subterránea junto a la Gran Pirámide en 1954.

Muchos egiptólogos creen que queda mucho más por encontrar. Por citar un ejemplo entre infinitas posibilidades, casi nada sabemos del que quizá sea el mejor considerado entre todos los artistas egipcios, un pintor apodado «el Miguel Ángel del Nilo»[58] *por un eminente historiador. Se le conoce por las pinturas que realizó para la tumba de un contable llamado Nebamun. Y estas representan bailarinas, banquetes y escenas de caza con detalles sinuosos y realistas y colores intensos.*

Nebamun era un don nadie, y todo en torno a su tumba es un auténtico misterio. Nadie conoce el nombre del pintor. Nadie sabe por qué un funcionario mediano recibió semejante tributo. Nadie sabe dónde estaba ubicada la tumba. (Un expoliador de tumbas encontró los paneles en la década de 1830 y se apoderó de ellos. Los vendió a un coleccionista, pero luego comprendió que los había malvendido, y murió dos décadas después sin haber superado su amargura ni haber revelado nunca su secreto). Y hasta hoy, nadie sabe si la tumba perdida de Nebamun sigue guardando más tesoros.

Si Europa estuviera tan llena de maravillas desconocidas como probablemente lo esté Egipto, aún quedarían capillas sixtinas ocultas bajo la arena y el lodo esperando a ser desenterradas por cualquier chiquillo que persigue a un perro que desaparece en un agujero.

La belleza de los collares de lapislázuli y los brazaletes de oro de las tumbas antiguas, la elegancia de la cabeza esculpida de Nefertiti, la domesticidad de los juegos de mesa y las peonzas: todo habla a través de los tiempos y parece acercarnos.

Pero miremos de nuevo. Peter Green tiene razón al recordarnos el lado «extravagante» de Egipto. La constante exposición ha hecho tan consabidas las principales atracciones de Egipto que ya no se perciben como extrañas. La Gran Pirámide es un monumento al poder absoluto que puede parecer no muy diferente de Versalles —cualquiera de los faraones pudo ser Luis XIV con falda y sandalias—. Las momias son clichés de las películas de terror.

Pero incluso las características más familiares del paisaje antiguo resultan de todo punto extrañas vistas de cerca. Nos decimos que entendemos la idea de los reyes y del gobierno unipersonal y de los

déspotas que se erigen monumentos a sí mismos. Sin embargo, la Gran Pirámide es un monumento que no se parece a ningún otro, una montaña de piedra que se alza hacia el cielo, absurda en su arrogancia.

De cuarenta pisos de altura, está hecha con más de dos millones de bloques de piedra.[59] *Cada uno pesa dos toneladas de media, alcanza la cintura de una persona y tiene alrededor de un metro de ancho. Los bloques encajan tan limpiamente que no se podría deslizar la hoja de una navaja entre dos de ellos. Construir esa montaña llevó dos décadas de trabajo brutal. Un poco de sencilla aritmética basta para explicar el esfuerzo que las pirámides exigieron: de media, los obreros tuvieron que colocar en su lugar un bloque de dos toneladas cada cinco minutos, día y noche, durante veinte años.*

Puede que diez mil hombres trabajaran a la vez, cumpliendo el papel de hormigas que avanzan sin cesar bajo gigantescas cargas.[60] [61] *Y el trabajo no solo era infinito, sino también peligroso. Las piedras tenían que subirse varios centenares de metros por encima del suelo para ocupar su lugar. Cuando los bloques resbalaban, aplastaban brazos y piernas y machacaban cráneos. E, incluso en las mejores circunstancias, el trabajo incesante tenía un precio. Los arqueólogos han desenterrado esqueletos de obreros: se caracterizan por huesos deformes y columnas torcidas.*

Todo ese trabajo se realizaba sin usar apenas otra tecnología que la fuerza muscular humana. Los egipcios construyeron las pirámides sin ni siquiera servirse de la rueda —tampoco tenían carretillas, ni vagones, ni nada nada parecido a grúas o poleas—. Las pirámides fueron un triunfo de la ingeniería social —organizar aquella fuerza de trabajo fue una hazaña de dimensiones colosales—, pero no de ingeniería en el sentido habitual de la palabra.

No era una cuestión de ignorancia, sino de conservadurismo. Los egipcios conocían las ruedas,[62] *que llevaban cinco siglos usándose en imperios vecinos. Eligieron no emplearla. (Unos mil años después de la época de las pirámides, comenzaron a construir carros). Podríamos pensar que entendemos el atractivo de la tradición y el temor al cambio, pero la cultura egipcia era conservadora en un grado del que difícilmente podemos hacernos una idea.*

El arte lo hace aún más evidente. Los mismos dibujos aparecen una y otra vez en templos construidos con dos mil años de diferencia. El faraón agarra del pelo a sus enemigos con una mano y levanta la otra para descargar un poderoso golpe, y la misma imagen se repite a mil kilómetros y mil años de distancia.

Cerca de la frontera más meridional de Egipto, una escultura representa al faraón mientras examina una cuerda de infortunados prisioneros atados unos a otros por el cuello y con las manos a la espalda.

Por todo el país, en un intimidante muro tras otro, la misma imagen reaparece. Se trataba de un arte tan propagandístico como una imagen del Tío Sam con la camisa remangada y un rifle en la musculosa mano. La misma imagen empleada para animar a los soldados de Valley Forge a ir a Vietnam, veinte siglos después.

«Todo lo repitieron sin cesar durante tres mil años»,[63] dice el egiptólogo Bob Brier. «No se consideraba un mérito ser innovador en el arte. Si no está roto, no lo arregles. Si querías una estatua de un dios, no se la encargabas a un escultor que tuviera una nueva idea. Tomabas la estatua antigua y le decías: "Copia"».

«Cuando entramos en un museo, podemos contemplar una estatua del año 2500 a. C., y otra del 1500 a. C., y otra del 500 a. C., y no se diferenciarán en realidad», continúa Brier. «Y esa es la razón por la que podemos reconocer el arte egipcio al primer vistazo, porque nunca cambió».

Podríamos pensar que ya lo sabemos todo sobre las momias, pero esa historia también es sumamente extraña. Los egipcios momificaban no solo seres humanos, sino también animales, y los animales superaban en número por millones a los humanos. Se momificaban gatos y perros, y también gacelas, serpientes y monos, por no hablar de los ibis, las musarañas, los ratones e incluso los escarabajos peloteros.

Algunos de esos animales eran mascotas momificadas para poder transitar a la otra vida junto a sus dueños. Por lo general, se trataba de animales sagrados, aunque sigue sin estar claro cuál era el propósito. «Aquellos animales cumplían la misma función que las velas encendidas en una iglesia»,[64] escribe la egiptóloga Salima Ikram. «Actuaban como la manifestación física de una plegaria de eternidad elevada a la divinidad por el peregrino».

La demanda de momias animales era casi insaciable. En tiempos modernos, los científicos han desenterrado vastos cementerios animales. En una necrópolis llamada Saqqara, de un único cementerio salieron cuatro millones de momias de ibis. Un cementerio cercano contenía siete millones de momias de perros. En 1888, un campesino egipcio encontró por casualidad un cementerio que contenía una infinidad de antiguas momias de gato envueltas en lienzos. «Ni uno ni dos desperdigados, sino docenas, centenares, centenares de miles, una capa entera de ellos, un estrato más grueso que la mayoría de las vetas de carbón, de entre diez y veinte gatos de profundidad»,[65] informaba English Illustrated Magazine. El comercio moderno y la doctrina antigua unieron fuerzas. Poco después de aquel descubrimiento accidental, un barco cargado con diecinueve toneladas de momias de gatos iba camino de Liverpool, donde los comerciantes planeaban vender los cuerpos disecados como fertilizante.

El culto a los animales alcanzó proporciones «grotescas»[66] en opinión del egiptólogo Henri Frankfort; era la «más desconcertante, persistente y, para nosotros, más ajena característica» de las creencias religiosas de los egipcios. Una cosa habría sido, prosigue Frankfort, que los egipcios hubieran decidido exaltar al poderoso león o a la imponente águila, pero lo que a menudo habían elegido como objeto de veneración eran «criaturas tan insignificantes como el ciempiés o el sapo».

*

Eso era muy distinto. Por lo demás, los egipcios se parecían bastante a nosotros. Desde el momento en que se hizo evidente que había un mercado para las criaturas momificadas, los estafadores empezaron a llenar vendas de harapos y trozos de hueso con forma de gato o halcón para luego cobrar a los incautos altos precios por aquellos improvisados compañeros de eternidad.

El expolio de tumbas también se remonta a los primeros tiempos de la historia egipcia. En cuanto los egipcios empezaron a llenar las tumbas de oro y joyas, los ladrones empezaron a apropiarse del botín. Y, peor aún, cuanto más elaborados y lujosos eran los preparativos para la vida de ultratumba, más probable era que los expoliadores tuvieran noticia de los tesoros que aguardaban a ser capturados. «Que hombres con creencias como las de los egipcios estuvieran dispuestos a arrebatar a un semejante la vida eterna para poder quedarse con sus amuletos arroja una luz desoladora sobre la naturaleza humana»,[67] se lamenta la historiadora y novelista Mary Renault.[68]

Pero es la naturaleza humana, tan maleable y tan fija a la vez, y pese a todo tan infinitamente diversa, lo que nos intriga. La «poesía de la historia»,[69] observó una vez Simon Schama, está en que «trata de gentes que en muchos aspectos eran como nosotros y que, al mismo tiempo, no podían ser más diferentes».

La moraleja, para nosotros, está en que la aventura de los descifradores fue aún más difícil de lo que parece. Su reto no estaba simplemente en encontrar sentido a un montón de símbolos extraños y a una lengua muerta, sino en navegar por una extraña y desconcertante cultura. (Si la piedra de Rosetta hubiera albergado mucho más texto del que albergaba, los descifradores podrían haberlo descifrado sin necesidad de pistas de la cultura egipcia. Pero necesitaron material adicional con el que trabajar).

El enfoque a través de la cultura y de la historia supone una diferencia crucial en la labor de descifradores como Champollion y Young, y equivalentes como sus colegas de los modernos centros militares. Los

criptógrafos en tiempos de guerra se han enfrentado a presiones colosales, pero al menos tenían un problema bien definido que abordar. Su misión era similar a la de resolver un megacubo de Rubik mientras se oía el tictac de un reloj y el mundo ardía. El reto de los descifradores era más parecido a un viaje en el tiempo a la Ruta de la Seda en el 700 y al Egipto del 2600 a. C. para tratar de integrarse entre sus habitantes.

Dicho de otro modo, los códigos de la guerra se parecían a puzles, lo que significaba que estaban basados en trucos y procedimientos mecánicos. Descubierto el truco, se estaba en el camino de descifrar el código. Pero la tarea de los descifradores era desvelar un misterio que había evolucionado y crecido igual que un organismo vivo.

Ambos retos eran formidables, pero la tarea de los criptógrafos no era tan desalentadora. Los códigos eran difíciles a propósito; en cambio, las lenguas son difíciles de forma accidental (y aún más difíciles si todos los que una vez supieron leerlas hace mucho que murieron). La información se ha ocultado en un caso y se ha extraviado en el otro.

Y resulta que el accidente y la casualidad crean más problemas que los planes más astutos. Las pérdidas accidentales pueden ser de gran envergadura —y dioses cuyo solo nombre sembraba el terror en los corazones de sus temblorosos creyentes pueden acabar para siempre olvidados—. Pero incluso los fragmentos más pequeños de olvidadas tradiciones populares pueden plantear enigmas desconcertantes. ¿Serán capaces de adivinar los arqueólogos de dentro de miles de años que alguna vez el azul simbolizó la tristeza o que perder la cabeza por alguien, cosa que parece referirse a una situación perfectamente corriente, significaba «estar locamente enamorado»? ¿Averiguarán los futuros eruditos qué era buscar los tres pies al gato, lo que significaba mirar por encima del hombro o qué era un falso amigo?

Los descifradores como Young y Champollion tenían que improvisar ante todo. Un texto antiguo podía ser cualquier cosa —un recibo del pago de un impuesto, una oración o un poema—. Para los descifradores esa infinitud de posibilidades plantea una dificultad adicional, pero también una fascinación añadida. «Siempre está la emoción de la caza»,[70] dice Peter Parsons, una de las grandes autoridades en los papiros hallados en Oxirrinco. «Abres una caja de papiros desconocidos y nunca sabes lo que vas a encontrar… Tu nuevo papiro puede brindarte un poema griego desconocido o puede ofrecerte el testimonio único de la inflación alcanzada por los precios del burro durante el Imperio romano».

Los mensajes militares son simples, en comparación. Los criptógrafos en tiempos de guerra juegan en un campo muy reducido. Pueden estar seguros de que un mensaje interceptado no es ni un soneto ni un tique de compra. Atacar al amanecer, podrá decir, o retirada inmediata. Tampoco

es probable que haya ningún misterio con respecto a la lengua en la que el mensaje está escrito —los nazis se comunicaban en alemán y los japoneses en japonés—. Imaginemos lo mucho más difícil que los crucigramas se volverían si las respuestas pudieran estar en cualquier lengua, incluidas las muertas.

Pero, incluso con la ayuda de pistas como esa, la criptografía es un trabajo abrumador. El asesino en serie conocido como el asesino del Zodiaco[71] envió a la policía un mensaje codificado de burla en 1969, y transcurrieron cincuenta y un años hasta que un equipo de científicos computacionales logró descifrarlo en 2020. Todos los que intentaron descifrar el mensaje del asesino del Zodiaco —los periódicos lo publicaron en primera página— sabían perfectamente buscar palabras en inglés y tenían cierta idea, por otras notas desafiantes, del tipo de palabras que buscaban. Muchos aspirantes a descifradores pudieron contar con batallones completos de ordenadores. Pero la tarea resultó asombrosamente difícil, aun así, porque era imposible decir cómo el Zodiaco había escrito su mensaje. (¿Se leería al revés? ¿Se leería en diagonal saltándose el resto de las letras? ¿Y cómo habría emparejado los símbolos con letras? ¿Equivaldría un rectángulo a una a? ¿Indicaría una a la primera vez que aparecía y una j a partir de ahí?). El equipo que al fin tuvo éxito pasó incontables horas fatigando sus programas informáticos para probar ahora una disposición de símbolos, ahora otra asignación de símbolos a letras. Nada. Y nada otra vez. Centenares de miles de experimentos y aún nada. Hasta que una mañana de diciembre de 2020 dos sintagmas —intentando atraparme y cámara de gas— encajaron en su sitio como en una cerradura con combinación.

Aquel fue solo un comienzo, pero resultó evidente que los criptógrafos iban por buen camino. El código se descifró en solo dos días, aunque el asesino del Zodiaco nunca fue capturado.

HERSYJAVPXIBLTGBG

NY+BPMOMDWY<DKZB

BYXZM+UZGWPBLPBHZ

SYYAMJAPVBYB+RKB

Las primeras líneas del mensaje cifrado del asesino del Zodiaco, que comienza diciendo: «Espero que os estéis divirtiendo mucho intentando capturarme».

A pesar de todo lo que tienen en contra, los criptógrafos poseen otra ventaja sobre los descifradores. Saben de inmediato si se han equivocado. Si lo que descifran produce una cadena de sinsentidos, saben que tienen que intentarlo de nuevo. Pero una primera traducción de un obelisco egipcio de época anterior a la piedra de Rosetta comenzaba: «El supremo espíritu y arquetipo infunde sus virtudes y dones en el espíritu del mundo sideral».[72] Cada palabra de esa supuesta traducción resultó ser pura fantasía —los jeroglifos sencillamente daban el nombre del faraón—, pero nadie lo supo hasta pasados ciento cincuenta años.

La mejor muestra de la diferencia entre criptógrafos y descifradores literarios la hallamos en una pareja de autores con una perspectiva especialmente privilegiada sobre la cuestión. Whitfield Diffie es un criptoanalista casado con una egiptóloga llamada Mary Fischer. La labor del descifrador, convienen ambos, es mucho más difícil. «Es fácil seguir con las yemas de los dedos los signos inscritos en la piedra de Rosetta, pero otra cuestión muy distinta es seguir las mentes que los compusieron», escriben.[73]

El problema es que hace falta comprender esas mentes, al menos hasta cierto punto, para tener alguna esperanza de comprender su escritura.

45 «Los artesanos bebedores de cerveza»: Green, «Tut-Tut-Tut», New York Review of Books, 11 de octubre de 1979.

46 «Como si estuvieran haciendo el equipaje para viajar»: Brier, Murder of Tutankhamen, p. 28.

47 «Vuelves a ser joven»: Ibid., p. 9.

48 «Los egipcios disfrutaban la vida»: Wilson, Ancient Egypt, p. 148.

49 Algunos arqueólogos creen que sobrestimamos la importancia que daban los egipcios a la muerte. En el antiguo Egipto, las ciudades solían levantarse sobre terreno húmedo y fértil, mientras que las tumbas y cementerios quedaban relegadas al borde del desierto. Por ello los restos más abundantes y mejor preservados son aquellos relacionados con la muerte. «Esto nos ha dado una visión muy distorsionada de la cultura» escribe el egiptólogo Richard Parkinson. «Imaginemos que solo los cementerios municipales se hubieran conservado de la Inglaterra victoriana». (Términos históricos como Edad de Piedra pueden reflejar un error de lectura semejante. Hablamos de la Edad de Piedra porque los restos de piedra son los únicos que han llegado hasta nosotros. Pero, hasta donde sabemos, nuestros antepasados de la Edad de Piedra usaron a diario platos de madera y zapatos de cuero).

50 Referencia en la nota a pie de página. «Una visión muy distorsionada»: Parkinson, «Egypt», Guardian, 5 de noviembre, 2010.

51 Pese a lo que se lee en tantos libros populares, los egipcios no creían en la reencarnación. Si hubieran pensado que el alma podía encontrar un hogar en un nuevo cuerpo, no habría existido razón para molestarse en momificar el antiguo.

52 «Según exponía san Agustín»: Nightingale, Once Out of Nature, p. 51.

53 «Curas de charlatán para el cabello gris»: Romer, Ancient Lives, p. 75.

54 «Si eres invitado a la mesa»: David, Religion and Magic, p. 131.

55 «Rey consternado que envió mensajeros»: El filósofo griego Estrabón, que vivió aproximadamente en la época de Cristo, cuenta la historia en su Geografía, libro XVII. En línea en https://tinyurl.com/y4a8t2ql.

56 «Desde los primeros siglos»: Mertz, Red Land, Black Land, p. 55.

57 «Las sandalias de Tut están decoradas»: «Tutankhamun for the Twenty-first Century: Modern Misreadings of an Ancient Culture». Una conferencia dictada por Robert K. Ritner en el Museo Field de Historia Natural, martes 26 de octubre, 2006.

58 «El Miguel Ángel del Nilo»: El eminente historiador Richard Parkinson, un egiptólogo del Museo Británico autor de The Painted Tomb Chapel of Nebamun.

59 «Dos millones de bloques de piedra»: Wilkinson, Ancient Egypt. Wilkinson aborda la construcción de las pirámides en el capítulo cuatro, «Heaven on Earth».

60 Los obreros eran hombres libres. En contra de lo que «todo el mundo sabe», las pirámides no fueron construidas por esclavos y se levantaron mil años antes de la época de Moisés, las plagas y la división de las aguas del mar Rojo, aun así presumimos algo de verdad histórica en los relatos bíblicos. Así que la creencia de que esclavos hebreos construyeron las pirámides a golpe de látigo de los capataces, por así decirlo, es doblemente falsa. El error surge en parte de viejas películas de Hollywood como Los Diez Mandamientos de Cecil B. DeMille, y en parte de un centenar de desviaciones de nuestra cultura común. En la Pascua, por ejemplo, los judíos recuerdan todos los años que fueron «esclavos del faraón de Egipto». Tal vez lo fueran —los historiadores se inclinan a creer que no, pero hay quienes disienten—; pero lo que quiera que hiciesen en Egipto no fue, desde luego, construir las pirámides.

61 «Los obreros eran hombres libres»: Berman, «Was There an Exodus?», Mosaic, 2 de marzo, 2015. Berman es un erudito bíblico de la Universidad de Bar-Ilan en Israel. En línea en https://tinyurl.com/yyj7slhs.

62 «Los egipcios conocían las ruedas»: Bulliett, Wheel, p. 41.

63 «Todo lo repitieron sin cesar»: entrevista al autor del 8 de abril, 2019.

64 «Aquellos animales cumplían la misma función»: Ikram, Death and Burial, p. 89.

65 «Entre diez y veinte gatos de profundidad»: Williams, «Animals Everlasting», National Geographic, noviembre de 2009.

66 «Proporciones grotescas»: Frankfort, Ancient Egyptian Religion, p. 8.

67 «Una luz desoladora sobre la naturaleza humana»: Mary Renault, «Living for ever», London Review of Books, 18 de septiembre, 1980.

68 ¿Por qué robar? Egipto era una sociedad donde no existía el dinero y que se basaba en el trueque, no en monedas ni en papel moneda. Pero los ladrones aparecieron en la historia mucho antes de la invención del dinero. Los mercados negros prosperaron incluso en las economías basadas en el trueque. Todo cuanto hizo falta fue que alguien codiciara algo que otro poseía.

69 «La poesía de la historia»: Schama estaba parafraseando a G. M. Trevelyan. En línea en https://tinyurl.com/y3yytdyk.

70 «La emoción de la caza»: Parsons, Sharp-Nosed Fish.

71 «El asesino del Zodiaco»: Michael Levenson, «Fifty-one Years Later, Coded

Message Attributed to Zodiac Killer Has Been Solved, FBI Says», New York Times, 11 de diciembre de 2020. Véase también un vídeo en YouTube del equipo que descifró el código. En línea en https://tinyurl.com/y2bymlp6.

72 «El supremo espíritu y arquetipo»: Ray, Rosetta Stone, p. 20.

73 «Es fácil seguir con las yemas»: Diffie y Fischer, «Decipherment versus Cryptanalysis», en Parkinson, Cracking Codes.

CAPÍTULO SEIS

El héroe conquistador

Durante una gran celebración en París el 10 de diciembre de 1797, se congregó una multitud frenética con motivo de los últimos triunfos de Napoleón. Acababa de obtener una serie de victorias militares en Italia, y regresaba a Francia como una superestrella. Muchedumbres de espectadores gritaban de júbilo. Los oradores cubrían de elogios exaltados a Napoleón. «La naturaleza consumió todas sus fuerzas en la creación de Bonaparte»,[74] proclamaba un oficial, que prosiguió diciendo que la única cuestión era saber si Napoleón se parecía más a Sócrates o a César.

Una línea de pensamiento que estaba en absoluta consonancia con la del propio Napoleón. Este era, literalmente, un héroe conquistador ambicioso casi hasta la locura. Aunque solo tenía veintiocho años, lo atormentaba la idea de que Alejandro Magno había logrado su vasto imperio a los treinta. El tiempo acuciaba. ¿Qué era lo siguiente?

¿Tal vez una invasión de Inglaterra? Napoleón se pasó dos semanas,[75] en febrero de 1798, en ciudades portuarias francesas entrevistando personalmente a marineros, contrabandistas y pescadores para evaluar las posibilidades. De mala gana, decidió poner la vista en otra parte. Y pronto tomó su decisión. «La pequeña Europa no tiene bastante que ofrecer»,[76] proclamó. «Debemos ir en busca del Oriente; allí es donde pueden alcanzarse las mayores glorias».

Cada descubrimiento arqueológico es una maraña de coincidencias improbables, de tropiezos afortunados y oportunidades perdidas. Los rollos del mar Muerto,[77] por ejemplo, se descubrieron en 1947 en un día como cualquier otro cuando un pastor beduino que buscaba una cabra perdida vio por casualidad un hoyo en la pared de un acantilado. El acantilado estaba salpicado de cuevas, pero la mayoría de las entradas se hallaba al mismo nivel del suelo. Esta era más pequeña que las otras y se encontraba más arriba en el muro. El muchacho lanzó una piedra a la oscuridad. Pero de vuelta no recibió el ruido sólido de la piedra que golpea un muro, como habría sido lo esperable, sino un tintineo como de roca que golpeara un tiesto de arcilla.

Y eso resultó ser. Dentro de la cueva, el joven pastor encontró una serie de grandes vasijas de arcilla, algunas de las cuales contenían unos rollos

misteriosos. Se trataba de manuscritos hebreos mil años más antiguos que cualquier texto bíblico conocido. Las vasijas y sus textos habían permanecido en la oscuridad, inalterados y sin que nadie los leyera, durante dos mil años.

El hallazgo de la tumba del rey Tut, quizá el más espectacular en la historia de la arqueología, no fue menos fortuito. Podría no haberse producido nunca de no ser porque a un aristócrata inglés llamado lord Carnarvon[78] (que vivió en el castillo Highclere, hoy famoso como Downton Abbey) le dijeron sus médicos que los inviernos ingleses eran demasiado duros para sus débiles pulmones. Y le recomendaron que visitara Egipto, que era un destino de moda en aquel tiempo para los ricos de salud frágil.

Carnarvon siguió el consejo. Pero las partidas de caza y las cenas formales pronto perdieron encanto. Carnarvon buscaba nuevas diversiones. Y entonces se cruzó con Howard Carter, un arqueólogo experto, aunque sin suerte, que intentaba ganarse la vida como podía vendiendo acuarelas y haciendo de guía turístico. Los dos formaron equipo. Carnarvon como patrón y Carter como explorador. Y un día de noviembre de 1922, sus ojos asombrados se tropezaron con la cámara funeraria llena de oro que había sido sellada treinta siglos antes. En el caso de la piedra de Rosetta, la circunstancia imprevista que lo puso todo en marcha fue la sed de gloria de Napoleón.

Para los aspirantes a constructores de imperios, Egipto llevaba mucho tiempo siendo un objetivo obvio. Era un país débil y estaba bien ubicado en el cruce de caminos de Europa, África y Oriente Medio. Y en 1798, Francia e Inglaterra se hallaban inmersas en una serie de confrontaciones que abarcaban la mitad del globo. «La Primera Guerra Mundial comenzó en 1793 y duró hasta la batalla de Waterloo en 1815», como observaba el historiador John Ray.[79]

Inglaterra ya tenía la India. ¿Podría Francia hacerse con Egipto como contrapeso? Nadie se ponía del todo de acuerdo acerca de lo que Francia haría con tal posesión. ¿Serviría Egipto como base desde la que atacar a los británicos en la India? ¿Se convertiría tal vez en la colonia principal de un imperio extranjero? ¿Sería un centro del comercio internacional que llenaría las arcas francesas?

Tales preguntas no importaron demasiado al final. Mejor aprovechar la oportunidad hoy y dejar los detalles para mañana, sobre todo porque la ambición personal jugó un papel tan importante en el relato como la política global. Para Napoleón, cuyos sueños siempre mezclaron la ganancia para la nación con la gloria personal, Egipto resultó una tentación imposible de resistir. La India había sido un botín espléndido; Napoleón vio en Egipto una joya no menos ostentosa que apropiarse para

su corona.

El 20 de mayo de 1798 zarpó, a la cabeza de la mayor flota jamás reunida, para conquistar Egipto.

Pero, de manera crucial para nuestra historia, los planes de Napoleón para Egipto iban más allá de la conquista de nuevo territorio. Llevó consigo unos ciento sesenta científicos, artistas y eruditos de brillante talento, cuyo papel no sería combatir, sino estudiar, dibujar, registrar y evaluar cada extraña visión que allí encontraran (aún no existía nada parecido a la fotografía). Aquellos savants, como se les llamó, hicieron mucho más que documentar las maravillas del antiguo Egipto. Tan importante como esto —insistía Napoleón—, era realizar una misión civilizadora y llevar a los atrasados e ignorantes egipcios todas las maneras modernas de la cultura más sofisticada del mundo: Francia.

Cuando salieron de Francia, ni los savants ni los soldados tenían la menor idea de que Egipto iba a ser su destino. Napoleón había mantenido esa información oculta a todos salvo para un selecto grupo. (Ni siquiera había confiado sus planes al ministro de Guerra francés). Los savants solo sabían que habían sido elegidos para participar en algo nuevo y secreto y, sin duda, glorioso. Entusiasmados, apostaron a que cualquier excursión con Napoleón conduciría a la grandeza.

Napoleón tenía un genuino interés por la ciencia y la tecnología, y los savants eran sus favoritos. Varios de los más eminentes entre ellos habían sido escogidos para viajar con él a bordo del L'Orient, el buque insignia de la flota y el barco de guerra más grande del mundo. Por las noches, cuando los viajeros no estaban mareados (Napoleón sufría también ese mal, y su cama tenía ruedas como supuesto remedio), los savants cenaban junto a Napoleón y sus oficiales. Napoleón proponía un tema distinto en cada velada. ¿Qué significan los sueños? ¿Cuál es la forma de gobierno ideal? ¿Hay vida en otros planetas? Y asumía el papel protagonista de aquel salón en medio del mar mientras insistía en que simplemente estaba allí como otro filósofo. Corría el alcohol, las lámparas de la mesa parpadeaban y la conversación se prolongaba hasta avanzadas horas de la noche.

Los ingleses, mientras tanto, no tenían intención de quedarse al margen y aplaudir el ímpetu de Napoleón. La armada real británica, la más poderosa del mundo, intentó interceptar y derrotar a la flota francesa antes de que esta llegara a Egipto. Y las dos grandes potencias estaban comandadas por unas figuras de altura casi legendaria. Los británicos, por el indómito tuerto de un solo brazo llamado Horatio Nelson; los franceses, por un Napoleón que solo contaba veintiocho años y jamás había sido derrotado en batalla, un genio militar cuyo talento solo podía compararse con su ambición.

El choque entre Francia e Inglaterra comenzó de forma trepidante, con un juego de escondite a vida o muerte por todo el Mediterráneo. Napoleón había planeado zarpar rumbo a Egipto desde Tolón, en la costa de Francia, en la mañana del 13 de mayo de 1798. (En el mar se le unirían fuerzas que habían zarpado de otros puertos). A pesar del secreto que rodeaba su misión, los franceses habían reunido una enorme flota que ascendía a 180 barcos y 40 000 soldados.

Sin que Napoleón lo supiera, valiéndose de espías y conjeturas, Nelson lo esperaba en el mar a docenas de millas de Tolón. Pero, en la noche del 12 de mayo, se desató una tormenta que dispersó los barcos de Nelson a cientos de millas de mar abierto. Y durante una semana, los franceses quedaron atrapados en puerto esperando a que pasara el temporal. Cuando el tiempo, finalmente, mejoró, los franceses se echaron al mar con impaciencia sin llegar a saber nunca que Nelson había sido barrido de su camino.

Las dos flotas se eludieron por muy poco en dos ocasiones más. Cuando más se acercaron fue en medio de una densa niebla cerca de Creta durante una oscura noche de junio. En la oscuridad, los barcos de Nelson disparaban sus cañones a intervalos regulares para señalizar a los otros su posición y no dispersarse. Los franceses, mientras tanto, amparados por la tiniebla, navegaban en silencio tan cerca que podían oír el rugido amortiguado de los cañones ingleses. El amanecer del día siguiente encontró a las dos flotas solas en el vacío del mar. Apostando a que el plan de Napoleón era invadir Egipto —hasta ese momento, nadie estaba seguro de a dónde se dirigía— Nelson se apresuró a darle alcance. Pero se movió demasiado rápido. Cuando los ingleses llegaron a Alejandría, los franceses no habían llegado aún. Estupefacto y furioso, Nelson se hizo al mar de nuevo para reanudar su búsqueda. Los británicos zarparon de Alejandría el 30 de junio de 1798. Los franceses llegaron al día siguiente.

Por poderoso que hubiera sido Egipto una vez, aquel pasado se había desvanecido mucho tiempo atrás. Ahora era un país pobre y abandonado, nominalmente gobernado por Turquía, pero de hecho controlado durante quinientos años por una violenta secta de guerreros musulmanes llamados mamelucos. La situación funcionaba bien para los mamelucos, que exprimían sin piedad a los campesinos egipcios, y para el sultán de Turquía, que se embolsaba una parte de esos «tributos». Pero, para el egipcio, abandonado cuando no explotado, los resultados eran funestos. «El país que un día construyó las pirámides, aún no había conocido la introducción de la carretilla»[80] se lamenta el historiador Paul Strathern.[81]

Frente a este terrible telón de fondo, los mamelucos se presentaban como espléndidas figuras de otro tiempo. Magníficos jinetes, iban a la guerra vestidos con sedas de colores audaces, rojas, azules y amarillas, y

con turbantes adornados con plumas de garceta o yelmos que relucían al sol. Cada jinete llevaba un pequeño arsenal de media docena de armas que incluía rifles, pistolas con culatas engastadas de gemas, lanzas, hachas, dagas con empuñadura de marfil y cimitarras.

Cuando los mamelucos se arrojaban contra un enemigo, iban sacando una tras otra sus armas de pistoleras y vainas. Disparaban los rifles en cuanto lo tenían a tiro, sacaban las pistolas cuando se acercaban, luego una lanza o un hacha, y finalmente atacaban al enemigo con una cimitarra, incluso a veces con dos, mientras sujetaban con los dientes las riendas de su caballo.

Desde las Cruzadas habían gozado de reputación por su valor y por su ferocidad imposible de resistir. «Que vengan los francos»,[82] amenazó cierto líder mameluco, refiriéndose a los franceses. «Los aplastaremos bajo los cascos de nuestros caballos». Los alardes de los mamelucos eran tan audaces como sus atuendos. «Cabalgaré entre ellos y separaré las cabezas de sus cuerpos como si fueran sandías», proclamó el mismo guerrero.

Pero los mamelucos nunca se habían enfrentado a un enemigo moderno. El 21 de julio de 1798 se enfrentaron a los franceses a unos pocos kilómetros de las pirámides. Veinticinco mil soldados franceses se encontraron con un ejército de unos treinta mil mamelucos; los franceses, abrasados en sus uniformes de lana; los mamelucos resplandecientes en remolinos de sedas.

«Soldados, cuarenta siglos de historia os están contemplando», dijo Napoleón a sus tropas. La cronología era exacta —cuarenta siglos, si acaso, se quedaban algo cortos—, pero la geografía erraba. Si un soldado se hubiera quedado mirando el horizonte, solo podría haber divisado las pirámides a lo lejos. Pero, aun así, como señala un egiptólogo, la exactitud no lo es todo: la batalla del Campo de Melones no suena tan bien.

La batalla de las Pirámides, como se la conoce, resultó completamente desequilibrada. Los mamelucos atacaron las líneas francesas lanzando sus gritos de batalla, con sus banderas ondeantes, sus capas al viento, sus sables relucientes y los estruendosos cascos de sus caballos. Espectacular, caótica y condenada al fracaso, aquella fue «la última gran carga de caballería de la Edad Media»,[83] en palabras de un historiador.

Los franceses habían dispuesto formaciones defensivas en las que soldados con rifles integraban escuadrones superficiales de seis filas de hombres con artillería en las esquinas. (Formar escuadrones solía ser un asunto urgente, pero siempre tenía su parte de diversión. Y la orden «¡los burros y los savants al centro!»[84] hacía las delicias de los soldados, siempre encantados de burlarse de los savants por su inutilidad).

Para los defensores, el reto consistía en no perder los nervios. Si se abría fuego demasiado pronto, el ataque apenas se vería ralentizado; si se abría

fuego demasiado tarde, los caballos heridos y aterrorizados del enemigo caerían sobre las líneas defensivas abriendo brechas para otros soldados.

Mientras los mamelucos se acercaban, los franceses esperaron para disparar con sus filas de bayonetas formando un cerco de acero. Los mamelucos espolearon sus caballos, y entonces los franceses abrieron fuego en andanadas que derribaron a los atacantes como guadañas sobre la hierba. Todo fue caos mientras los cañones rugían, los caballos chillaban y los hombres heridos, luchando cuerpo a cuerpo, se apuñalaban con dagas y bayonetas.

En dos horas todo había acabado. Quizá veinte soldados franceses murieron frente a los dos mil mamelucos caídos. La bravura fue hermosa, pero la táctica y la tecnología resultaron más eficaces. Pasarían décadas hasta la carga de la Brigada Ligera, cuando seiscientos soldados de caballería fueron al encuentro de la muerte ante una fila de cañones. Pero la observación del oficial francés que presenció aquel ataque condenado al fracaso podría aplicarse a la carga mameluca de igual modo: «Es magnífica, pero no es guerra».

Los franceses exultaban en su victoria (si bien es cierto que la mayoría de los mamelucos huyó y pronto estuvieron dispuestos a luchar de nuevo, en adelante empleando tácticas de ataque relámpago en lugar de ataques frontales). Napoleón había llegado a Egipto solo tres semanas antes, y todo estaba saliendo según lo planeado.

Diez días después, el desastre se desató.

74 «La naturaleza consumió todas sus fuerzas»: Roberts, Napoleon, p. 158.

75 «Napoleón se pasó dos semanas»: Ibid.

76 «La pequeña Europa no tiene bastante»: Strathern, Napoleon in Egypt, p. 3.

77 «Los rollos del mar Muerto»: John Allegro, «The Discovery of the Dead Sea Scrolls», en Brian Fagan (ed.), Eyewitness to Discovery, p. 151.

78 «Un aristócrata inglés llamado lord Carnarvon»: Fagan, Lord and Pharaoh, p. 57.

79 «La Primera Guerra Mundial»: Ray, Rosetta Stone, p. 25.

80 «El país que un día construyó las pirámides»: Strathern, Napoleon in Egypt, p. 113. Lo que cuento sobre la batalla de las Pirámides y la batalla del Nilo se basa sobre todo en la historia apasionante y meticulosamente investigada de Strathern.

81 Cómo la nación más rica del mundo antiguo decayó hasta tal punto en tiempos modernos es una historia larga y compleja. La conquista extranjera y la epidemia de peste negra de mediados del siglo catorce (que mató a un cuarenta por ciento de los egipcios) tuvieron enorme importancia.

82 «Que vengan los francos»: Roberts, Napoleon, p. 171.

83 «La última gran carga de caballería»: Moorehead, Blue Nile, p. 89.

84 «Los burros y los savants»: Strathern, Napoleon in Egypt, p. 100.

CAPÍTULO SIETE

La cubierta en llamas

Los franceses habían dejado toda su flota de barcos anclada en la bahía de Abukir, cerca de Alejandría. Los trece barcos protegidos en la costa, en una posición ideal para hacer frente a cualquier enemigo. Demasiado cerca de la orilla como para poder ser descubiertos desde tierra, los franceses trasladaron sus cañones al flanco del mar y esperaron.

Pero los franceses habían cometido un error de cálculo que resultaría funesto. El 1 de agosto de 1798, Nelson zarpó rumbo a Alejandría. Los británicos atacaron la flota francesa casi inmediatamente y, audaz y asombrosamente, desde ambos flancos a la vez. Improvisando sobre la marcha, los británicos apostaron a encontrar aguas profundas en el flanco de tierra, indefenso, de los barcos franceses. Funcionó, y los franceses se vieron atrapados en el fuego cruzado de un enemigo que lo atacaba por los dos flancos a la vez.

En una lucha brutal, muy de cerca, con barcos en llamas, cañones retumbando y mástiles cayendo sobre las cubiertas, ambos bandos lucharon hasta la noche. Todas las guerras son horripilantes, pero el combate cuerpo a cuerpo entre barcos de madera alberga horrores singulares.[85] *Cuando los enemigos se encuentran en el mar, tienen espacio para maniobrar y hasta, tal vez, para huir.*

Aquí no. El barco francés L'Orient se había incendiado y su comandante, el almirante Brueys, había perdido las piernas a causa de una bala de cañón. Brueys siguió en la cubierta con torniquetes en los muñones dando órdenes desde una silla hasta que otra bala lo hizo volar por los aires y lo mató. Entretanto, a Nelson lo había golpeado en la frente un trozo de metal. Un colgajo de piel le había caído sobre el ojo sano, cegándolo. «Soy hombre muerto»,[86] *susurró cuando lo llevaban al cirujano del barco.*

Para entonces el fuego en L'Orient estaba fuera de control y ardía con tal violencia que los marineros a bordo de los barcos ingleses sentían las llamas.[87] [88] *El fuego alcanzó el polvorín, que contenía toneladas de pólvora. El inmenso barco L'Orient voló en pedazos produciendo un estruendo que se pudo oír a treinta kilómetros.*[89] *Durante varios minutos, cuerpos mutilados, mástiles rotos, velas en llamas y fragmentos de cañones*

llovieron del cielo. Murieron ochocientos hombres de los mil que formaban la tripulación.

Francia había empezado el día con trece barcos de guerra. A la mañana siguiente, once habían sido capturados o destruidos. «Victoria no es un nombre suficiente para semejante escena»,[90] dijo Nelson mientras oteaba la carnicería. Napoleón, que no había estado presente en la batalla, no supo de la derrota de Francia hasta dos semanas después. Recibió las noticias con serenidad. «Parece que os gusta este país»,[91] dijo a su Estado Mayor el 15 de agosto de 1798. «Es una suerte, porque ya no tenemos flota que nos lleve a Europa de vuelta».

Los franceses quedaron varados. Nelson exultaba. «El ejército francés está en un aprieto»,[92] escribió. «Se hallan Nilo arriba, sin provisiones». No recibirían refuerzos. La armada real británica controlaba el Mediterráneo, lo que significaba que ni alimentos ni armas podían llegar por mar, y la naturaleza y la hostil población local harían el resto. «La disentería está consumiendo su ejército, y ni siquiera mil hombres regresarán a Europa», proseguía Nelson.

Pero, justo cuando la situación parecía más desoladora, la vida de los savants dio un vuelco a mejor. El 23 de agosto de 1798 —solo tres semanas después de que Nelson hubiera destruido la flota francesa—, Napoleón presidió la primera reunión formal de los savants en un destartalado edificio de El Cairo que había sido un palacio mameluco. Napoleón llamó a los nuevos cuarteles generales de los savants el Instituto de Egipto en homenaje al Instituto de Francia, en París.

El instituto original había estado durante mucho tiempo en lo más alto de la vida intelectual francesa. Sirvió de hogar honorífico de los artistas, escritores y científicos más importantes, y la elección como miembro de sus filas era uno de los mayores honores que un francés podía recibir. Napoleón fue electo en 1797 y se recreaba en aquel tributo. (A menudo firmaba despachos oficiales como «Bonaparte, miembro del Instituto, comandante en jefe).[93]

El palacio reformado se convirtió en el cuartel general de los savants con una biblioteca, estudios, una imprenta, un zoo, un museo y secciones dedicadas a las matemáticas, a la física, a las artes y a la economía. (Los matemáticos se reunían en lo que había sido el harén del palacio).[94] Allí los savants escuchaban ávidamente informes sobre momias, sobre la ciencia oculta tras los espejismos (todo el que se había internado en el desierto había sido atormentado por visiones de lagos relucientes), sobre el significado de los jeroglifos y el propósito de las pequeñas alas del avestruz.

A posteriori, una cuestión sobresale. En la primera reunión del Instituto, se había elegido presidente a un brillante matemático llamado

Gaspard Monge. (Curiosamente, Napoleón había optado al cargo de vicepresidente). Monge dio un breve discurso acerca de la misión de los eruditos tal como él la entendía. Mientras investigaban la vida egipcia en sus diversos aspectos, dijo Monge a sus colegas savants, debían consagrarse por encima de todo al «estudio de los monumentos antiguos para explicar sus signos misteriosos, aquellas páginas de granito en las que estaba escrita una enigmática historia».[95]

La situación militar, entretanto, empeoraba. Con la flota destruida, Napoleón había puesto sus mientes en tierra. Una vez más, parece haber diseñado sus planes a partir de los de Alejandro Magno: marcharía sobre la India, como su gran predecesor.

Aquello era inverosímilmente ambicioso (para empezar, la India se hallaba a casi cinco mil kilómetros al este), pero en la mente de Napoleón ello debió de contar como una ventaja. El asalto francés comenzó con una profunda incursión en Siria, el vecino oriental más próximo a Egipto. Y lo que ya era malo resultó desastroso.

En Acre, un bastión turco, Napoleón lanzó un asalto tras otro. Su rival era un caudillo apodado «el Carnicero» por actos tan horripilantes como emparedar prisioneros en los muros de la fortaleza dejándoles la cabeza fuera «para mejor disfrutar de sus tormentos».[96] *Al fin los prisioneros murieron —narraba un testigo sobrecogido—, pero sus cráneos quedaron allí como mudas advertencias. (Incluso los propios aliados del Carnicero estaban en perpetuo peligro. Y hasta su propio jefe de Estado Mayor había sufrido, como castigo por distintos errores cometidos a lo largo de los años, la pérdida de la nariz, de un ojo y de una oreja).*[97]

Acre era una ciudad amurallada sobre el mar, y aquella fue una guerra de asedio del tipo más nefasto. Los franceses volaron los gruesos muros con fuego de cañón mientras los turcos y sus aliados británicos, en barcos situados frente a la costa, devolvían el fuego. Cuando la artillería logró abrir una brecha en los muros, los franceses dieron la orden de cargar. Las tropas se lanzaron al ataque con escalas mientras los defensores disparaban desde arriba y lanzaban granadas y aceite hirviendo.

Después de sesenta y dos inútiles días y a costa de dos mil hombres muertos o heridos, los franceses abandonaron el asedio y se marcharon. Acre supuso la primera derrota de Napoleón en una batalla terrestre.

El ejército se retiró penosamente a través del desierto hacia El Cairo, atormentado por la sed y el sol abrasador, consumido por la disentería y golpeado por la peste bubónica (de cada seis soldados franceses que contrajeron la infección, cinco murieron). Napoleón había visto suficiente. Se pasaría el verano buscando un motivo para abandonar Egipto.

En aquel verano de 1799, todo sucedió a la vez. Mientras Napoleón

hacía lo que podía para convertir el fiasco de Siria en el relato de una espléndida victoria —organizó un desfile triunfal en El Cairo en el que no faltaron bandas militares ni flamantes uniformes para las tropas—, Pierre-François Bouchard y sus hombres reconstruían a la carrera el fuerte de Rosetta.

A principios de julio, alguien le habló a Bouchard de la extraña piedra que habían encontrado. Un oficial más corriente tal vez no habría perdido tiempo en examinar un trozo de piedra con extrañas señales, sobre todo en un momento en el que todo el mundo corría para prepararse ante un asalto enemigo. Pero el joven Bouchard no era en absoluto un soldado corriente. Con solo veintiocho años contaba con dos credenciales —era uno de los savants de Napoleón y también un soldado—. Los dos grupos se mostraban mutuamente grandes recelos. Con impecables credenciales militares y científicas, Bouchard era uno de los pocos que se sentía cómodo en ambos campos.

Había sido un entusiasta de la tecnología desde sus días de colegial. Antes de ir a Egipto, Bouchard había luchado en Europa con una nueva rama del ejército francés,[98] el cuerpo de globos, cuya función era elevarse sobre el campo de batalla e informar (mediante señales de bandera) de los movimientos de las tropas enemigas. También había estudiado matemáticas e ingeniería y había encontrado tiempo para trabajar con algunos de los más eminentes científicos de Francia.[99] No podía haber nadie más alejado de un jefe de obras de «cállate y cava».

Por ello, aunque fuera un golpe de suerte que la piedra de Rosetta llegara a descubrirse, es casi seguro que el hallazgo fue contemplado con júbilo y fascinación. Bouchard supo de inmediato que había encontrado un tesoro.

Bouchard informó del hallazgo a su comandante general,[100] Jacques Menou, quien inmediatamente mandó que llevaran la piedra a su tienda de campaña. Soldados y savants entraron entonces mezclados en acción para limpiar la piedra, examinar el suelo en busca de fragmentos perdidos y abordar los pasajes en griego.

Los trozos que faltaban de la piedra de Rosetta siguen perdidos hasta hoy. Pero la inscripción griega estaba casi intacta, y los traductores acometieron el trabajo con entusiasmo buscando frases grandiosas y grandilocuentes, trompetas y fanfarrias. No hallaron nada semejante.

La inscripción había sido realizada, según afirma el texto en sus líneas iniciales, en una fecha que se corresponde con el año 196 a. C. El mensaje era mundano, repleto de tributos al «joven rey ascendido al trono en el lugar de su padre».[101] Se trataba de Ptolomeo V, que había sido rey con seis años de edad.

Su padre había sido una pesadilla, un «joven degenerado»,[102] a juicio

de un historiador moderno, que se había hecho cargo de un reino poderoso y había dilapidado su poder. Durante un reinado de no más de veinte años marcados por «la afición a la comida, el vino, la lascivia y el diletantismo literario», Ptolomeo IV había ordenado matar a su tío, a su hermano y a su madre. Su hijo menor sobrevivió a la purga, pero la piedra de Rosetta no ofrecía más pistas sobre esta historia de fondo. En lugar de eso, la inscripción celebraba al gobernante adolescente,[103] *«cuyo poder es grande, que ha dado seguridad y prosperidad a Egipto, que tiene un corazón piadoso hacia los dioses, prevalece sobre sus enemigos y ha enriquecido la vida de su pueblo».*

En realidad, el poder de Ptolomeo era precario. Los ejércitos enemigos habían atacado Egipto desde fuera y los rebeldes lo socavaban desde dentro. Los sacerdotes de los templos, siempre un bloque de poder formidable, habían estado insinuando que podría haber llegado el momento de revisar el statu quo. Los historiadores más tarde designarían esta época como «la Gran Revuelta».[104] *Egipto aún no era débil, pero sí turbulento.*

Y la mayoría de las turbulencias venían de una misma raíz: la familia gobernante era extranjera. No eran egipcios, sino griegos. Alejandro Magno había conquistado Egipto en el año 332 a. C.; a su muerte, uno de sus generales se había convertido en faraón, y Ptolomeo era un descendiente de dicho general. «Una reducida clase de funcionarios, comerciantes y soldados griegos llevaba la voz cantante mientras la masa del campesinado egipcio cultivaba los campos, como había hecho siempre»,[105] *observa un historiador. La familia reinante hablaba en griego y trataba en griego todos los asuntos oficiales. Sus miembros se casaban con otros griegos,*[106] *no con egipcios. Y ninguno sabía leer ni hablar la lengua egipcia. Los mismos jeroglifos que en la piedra de Rosetta proclamaban las virtudes de Ptolomeo habrían resultado, por así decirlo, en chino para él.*[107] [108] [109]

El propósito de la inscripción en la piedra era en primer término afirmar que todo iba bien en el país de Egipto. El faraón, aunque ciertamente joven, era un gobernante poderoso y un descendiente de gobernantes poderosos. Los sacerdotes —proseguía el mensaje— lo apoyaban sin reservas. Tanto los sacerdotes como el faraón, unidos, continuaban cumpliendo los antiguos ritos religiosos en honor a los dioses, con celo y devoción.

La piedra de Rosetta sería tan pesada que moverla resultaba casi imposible, pero en realidad era un cartel de propaganda pegado a una pared. El aroma a concordia impregna todo el texto de la piedra. Primero viene una relación de las buenas acciones del faraón. A oídos norteamericanos, la letanía podría sonar como la otra cara de la lista del

memorial de agravios contra el rey Jorge de la Declaración de Independencia. En lugar de hablarnos de «impuestos abusivos sin nuestro consentimiento» y «abolir nuestras leyes más valiosas», se nos recuerda que el faraón «ha reducido algunos [impuestos] y ha abolido otros por completo para brindar prosperidad al ejército y al resto de la población durante su reinado».

Y eso no era todo. «Liberó a los que estaban en prisión y a los que llevaban arrestados mucho tiempo».[110] *También había triunfado en el campo de batalla. Había sometido fuerzas rebeldes que habían estado «causando daño a los templos y abandonando los caminos del rey y su padre». Y luego, admirablemente, «los mandó empalar».*

El elogio proseguía, línea tras línea. Los traductores empezaron a preocuparse. Lo que esperaban que fuese una audaz afirmación —he aquí una declaración singular en distintos alfabetos y distintas lenguas— resultaba mera palabrería y golpes de pecho. Una frase tras otra ya habían revelado su sentido, pero sin recompensa. ¿Qué tenían que ver tanto alarde y tanta fanfarronería con las otras dos inscripciones?

Entonces llegó la respuesta. Tan grandes eran las hazañas del faraón, declaraba la inscripción en sus últimas líneas, que debían ser conocidas por todos. «Este decreto será inscrito en una estela [losa] de granito con la escritura de los dioses [los jeroglifos], la escritura de los documentos [esa era, evidentemente, la sección media del texto] y la escritura de los jonios [griegos] y se mostrará en los templos de primer, segundo y tercer rango, junto a la estatua del rey que vive eternamente».

Un solo mensaje escrito de tres maneras. (Y, evidentemente, al principio habían existido muchas «piedras de Rosetta» esparcidas por todo Egipto).

¡La carrera había comenzado!

85 «El combate cuerpo a cuerpo entre barcos de madera»: Keegan, Intelligence in War.

86 «Soy hombre muerto»: Strathern, Napoleon in Egypt, p. 100.

87 Con L'Orient en llamas, los marineros franceses saltaron por la borda y nadaron para salvar la vida. Uno de los que se quedaron fue un guardamarina de nueve años cuyo padre había sido herido y conducido a la enfermería del barco. El hijo se negó a abandonar la nave en llamas sin el permiso de su padre. Hasta hace un par de generaciones, los niños aprendían en el colegio su historia («El chico se quedó en la cubierta en llamas cuando todos huían; las llamas que prendían los despojos / de la batalla sobre su cabeza ardían»). El sonsonete nos aleja de una escena de absoluto horror, con hombres que aullaban y cubiertas llenas de sangre y un barco indefenso incendiado.

88 Referencia en la nota a pie de página. «El chico se quedó en la cubierta en llamas»: Strathern, Napoleon in Egypt, p. 165.

89 En 1998, arqueólogos submarinos hallaron fragmentos del mástil de L'Orient y su timón de casi once metros.

90 «Victoria no es un nombre suficiente»: Warner, Battle of the Nile, p. 95.

91 «Parece que os gusta este país»: Roberts, Napoleon, p. 178.

92 «El ejército francés está en un aprieto»: Strathern, Napoleon in Egypt, p. 174.

93 «Bonaparte, miembro del Instituto»: Gillispie y Dewachter, (eds.), The Monuments of Egypt, p. 5.

94 «Lo que había sido el harén del palacio»: Roberts, Napoleon, p. 179.

95 «Aquellas páginas de granito»: Solé y Valbelle, Rosetta Stone, p. 5.

96 «Para mejor disfrutar de sus tormentos»: Strathern, Napoleon in Egypt, p. 335.

97 «La pérdida de la nariz, de un ojo y de una oreja»: Roberts, Napoleon, p. 192.

98 «Una nueva rama del ejército francés»: Gillispie, Science and Polity in France, p.

372; Solé y Valbelle, Rosetta Stone, p. 3.

99 No siempre le fue bien. Cuando aún se hallaba en Francia, Bouchard y Nicolas-Jacques Conté, un brillante inventor, habían trabajado juntos en busca de un nuevo revestimiento para los globos militares. Se produjo una explosión accidental que casi cuesta la visión del ojo derecho a Bouchard y destrozó a Conté el suyo izquierdo. Los dos hombres continuaron resueltos en su empeño, pese a todo. Aunque, desde entonces, Conté presentó un llamativo aspecto con una banda de tela oscura que le cruzaba la frente y le cubría el ojo herido.

100 «Bouchard informó del hallazgo»: Parkinson, Cracking Codes, p. 20.

101 «Al joven rey ascendido al trono»: Ray, Rosetta Stone, p. 164.

102 «Un joven degenerado»: Bevan, The House of Ptolemy. Este pasaje es del capítulo VII, «Ptolemy IV, Philopator (221-203 BC)». En línea en https://tinyurl.com/yy7jsx49.

103 «La inscripción celebraba»: La traducción es de Ray, Rosetta Stone, p. 164.

104 «La Gran Revuelta»: Urbanus, «In the Time of the Rosetta Stone», Archaeology, noviembre/diciembre, 2017.

105 «Una reducida clase de funcionarios»: Wilkinson, Rise and Fall, ubicación de Kindle 7493.

106 «Se casaban con otros griegos»: Brier, Ancient Egypt, p. 41.

107 Ningún gobernante de la estirpe Ptolomeica se molestó en aprender la lengua local. La noche antes de cierta batalla, Ptolomeo IV (el padre del Ptolomeo de la piedra de Rosetta) pronunció una arenga para alentar la camaradería de las tropas. Pero su discurso fracasó porque un intérprete tuvo que traducir el griego del faraón al egipcio.

108 «En chino para él»: Ray, Rosetta Stone, p. 137.

109 Referencia en la nota a pie de página. «Su discurso fracasó»: Wilkinson, Rise and Fall, ubicación de Kindle 7565.

110 «Liberó a los que estaban en prisión»: Traducción de Ray, Rosetta Stone, p. 164.

CAPÍTULO OCHO

Monsieur Smith se retira

Lo primero en el orden del día fue divulgar las noticias del descubrimiento. En Rosetta, Bouchard encomendó a otro de los savants, un matemático de veinticinco años llamado Michel Ange Lancret, que informara a sus colegas los eruditos del Instituto de Egipto en El Cairo. Lancret se lo tomó con calma. El ciudadano Bouchard —tras la Revolución, todos los títulos se habían desterrado en favor de ciudadano— había hecho un «descubrimiento en Rosetta de algunas inscripciones de posible gran interés».[111]

El 29 de julio de 1799, el instituto empezó la sesión con la lectura en voz alta de la carta de Lancret. No sobrevive testimonio detallado de la reunión, pero las exposiciones de los savants[112] *abarcaron todos los aspectos, como de costumbre. El zoólogo Geoffroy Saint-Hilaire describió un nuevo pez globo de agua dulce hallado en el Nilo. El matemático Gaspar Monge dictó una breve conferencia acerca de un problema de geometría avanzada. También hablaron un botánico, un arquitecto y un poeta.*

Un dignatario que estaba de visita asistió a toda la sesión impertérrito. Su intérprete le había ido susurrando las conversaciones lo mejor que podía, pero el invitado de honor se encogía de hombros ante todo, y solo se animó un poco con la mención del pez globo. Pero incluso entonces su entusiasmo fue fugaz. «¿Cómo es posible? ¿Tanto hay que decir de un solo pez?».[113]

La primera descripción en la prensa[114] *del descubrimiento apareció en el Courier de l'Égypte, un periódico que se publicaba para el ejército francés en Egipto, el 15 de septiembre de 1799. La piedra era una hermosa losa negra —«une pierre d'un très beau granit noir»— con tres inscripciones distintas escritas en bandas paralelas que incluían catorce líneas de jeroglifos. «Esta piedra es de gran interés para el estudio de los caracteres jeroglíficos», informaba el Courier con meritoria cautela. «Puede que incluso proporcionen su clave al fin».*

La historia continuaba en la página 3. Algo que no parece halagüeño, pero la piedra de Rosetta no era la única gran noticia en aquella edición del periódico. En la página 2, el Courier imprimía un importante

mensaje en cuatro líneas sin detalles. ¡Napoleón había abandonado Egipto y regresado a Francia! «Su ausencia no deberá causar preocupación ni a los franceses ni a los egipcios», decía el Courier a sus lectores en un intento de presentar la asombrosa noticia como si no se tratara de nada fuera de lo corriente. «Todas sus acciones tienen por único objeto la felicidad de unos y otros».

Cuando el periódico dio su historia, Napoleón casi había llegado a casa. Se había escabullido a última hora del 23 de agosto de 1799 hasta un punto de enlace cercano a Alejandría sin confiárselo siquiera a ninguno de sus compañeros oficiales. Un barco lo esperaba frente a la orilla. Solo en el último minuto supo el lugarteniente de Napoleón, el general Jean-Baptiste Kléber —por una nota—, que tanto él como el resto del ejército habían sido abandonados.

El tono del mensaje de Napoleón dirigido a Kléber era informal y apresurado, más parecido al de la excusa de alguien que declina una invitación a un fin de semana en el campo que a la declaración de un general. «Las noticias de Europa me han llevado a tomar la decisión de partir rumbo a Francia».[115] Y eso fue todo. Napoleón nunca volvería a ver Egipto.

(La partida había sido cuidadosamente planeada. Napoleón había cocinado una historia para que su amante no averiguase que iba a marcharse sin ella. Y, no menos importante, ya había enviado un baúl cargado de manjares —vino, café, azúcar y licor— al barco que lo esperaba para conducirlo a Francia. El baúl llevaba una anodina etiqueta para despistar: «Pour monsieur Smith»).[116]

Francia, durante la mayor parte de esta época, apenas tuvo noticias de cómo le había ido a su ejército en Egipto. En cuanto Napoleón regresó, mandó hacer una serie de medallas para conmemorar su «victoria» egipcia. Una lo representaba con una toga romana volando sobre las pirámides. La leyenda rezaba: «El héroe regresa a su país». Otra lo representaba en un carro tirado por dos camellos sobre un lema que proclamaba: «Egipto conquistado».

Era descarado, pero funcionaba. «Bonaparte volvió triunfalmente de Egipto, y nadie le preguntó por qué su ejército no iba con él»,[117] se admira un historiador.

Los soldados que se habían quedado atrás en Egipto solo podían renquear. Desde el principio, Kléber había considerado la aventura egipcia absurda y temeraria. (Napoleón, escribió en su diario más adelante, era «de ese tipo de generales que necesitan 10 000 hombres al mes»).[118] Ahora, furioso ante lo que veía como cobardía por parte de aquel «enano corso», Kléber no ocultó su desprecio. «Ese cagado nos ha dejado a nuestra suerte y se ha ido con los pantalones llenos de mierda.

Cuando volvamos a Europa se la restregaremos por la cara».[119]

Hasta aquí en cuanto a la gloria militar.

Napoleón se llevó a tres de sus savants más eminentes de vuelta a París. Dejó al ejército y al resto de los savants en Egipto. Para los soldados, Egipto significaba el exilio; para los savants, en cambio, era el exilio con una salvedad. Aunque era innegable que habían sido abandonados, los salvaba en parte que tenían un intrigante y casi desconocido país que explorar. Y se pusieron a trabajar de mala gana, pero con empeño.

A diferencia de los soldados, los savants eran voluntarios. (Para furia de los soldados,[120] *Napoleón dispuso que estos percibieran sueldo militar a pesar de que no tenían responsabilidades militares). Eran pintores, matemáticos, cartógrafos, médicos, astrónomos, naturalistas, ingenieros y arquitectos, muchos de ellos célebres hoy; no había egiptólogos, pues tal especialidad aún no existía. Pero estaban Joseph Fourier, el matemático (los estudiantes de las carreras de Física y Matemáticas de hoy estudian las series de Fourier y las transformadas de Fourier); Vivant Denon, un artista y escritor cuyos dibujos de Egipto estaban llamados a cautivar al mundo; Claude-Louis Berthollet, uno de los más eminentes químicos de Francia,*[121] [122] *y Nicolas-Jacques Conté, un inventor tan brillante e ingenioso que Napoleón llegaría a decir de él que era capaz de recrear «las artes de Francia en los desiertos de Arabia».*[123]

Los savants más célebres tenían entre cuarenta y cincuenta años, pero la mayoría era mucho más joven. El savant típico era de aspecto juvenil y entusiasta —su edad media, de veinticinco años—, y los más jóvenes incluso todavía eran estudiantes por debajo de los veinte escogidos por su brillantez. Desde el momento de su llegada a Egipto habían empezado a recorrer el país como colegiales en la mejor excursión del mundo.

Y aunque a menudo los savants no tenían más remedio que ir a donde iba el ejército, como los periodistas integrados de hoy, se inclinaban sobre sus libretas de apuntes absortos en su trabajo y ajenos al silbido de las balas. Napoleón había trazado una misión doble que incluía tanto recoger las maravillas antiguas de Egipto como impulsar el país hacia la edad moderna. Desde la perspectiva de Napoleón, Egipto contaba con un considerable margen de mejora. Los egipcios eran «estúpidos, miserables y lentos de entendimiento»,[124] *se lamentaba. Y «en las aldeas ni siquiera tienen idea de qué son unas tijeras». Para los soldados, Egipto era un yermo «sin vino, sin tenedores y sin condesas a las que cortejar».*

Los savants no podían hacer mucho en cuanto a la carestía de condesas, pero Napoleón los había pintado abordando toda clase de proyectos de ingeniería —desarrollando planes para depurar el agua del Nilo, por ejemplo; encontrar mejores formas de fabricar cerveza y construir puentes y molinos de agua—. Aunque con Napoléon de vuelta

en Francia, los savants tuvieron margen para improvisar, y centraron su atención más en la documentación que en la ingeniería.

Revolvieron pirámides y vagaron por cementerios antiguos dibujando ruinas de templos y copiando inscripciones. A centenares de kilómetros Nilo arriba, exploraron tumbas y templos de los que los europeos apenas habían oído hablar.

No era este un trabajo precisamente glamuroso, pues los egipcios de la época no mostraban el menor respeto hacia los restos de una cultura pagana extinguida mucho tiempo atrás. Un templo que una vez fue magnífico en Edfu, por ejemplo, servía como vertedero. La basura y la arena casi llegaban al techo. «Todas las mañanas los campesinos vaciaban cubos de cenizas de sus fogones y estiércol de burro, camello y caballo por los orificios de las ventanas mientras los savants se hallaban allí mismo con sus cuadernos de bocetos y sus instrumentos de medición»,[125] escribe la historiadora Nina Burleigh.

Las condiciones en otros sitios eran incluso peores. En tumbas y templos de todo Egipto, los savants, escribe Burleigh: «Se movían entre cadáveres recientes y momias y siglos de guano de murciélago en espacios tan oscuros que no podían verse las propias manos. Utilizar antorchas era un peligro de por sí, pues zonas cerradas durante tanto tiempo, atestadas de madera, pintura antigua y brea de momia, eran sumamente inflamables».[126]

Pero ellos trabajaban sin arredrarse. Y quizá el explorador más apasionado de todos fuera Denon, el artista, a pesar de que a sus cincuenta y un años era uno de los savants de mayor edad. Un aristócrata que se las había arreglado para sobrevivir al Terror, Denon era atractivo, ingenioso y aparentemente indestructible. Había sido Chevalier de Non antes de la Revolución,[127] fue el ciudadano Denon durante la tumultuosa década de 1790, y más tarde el barón Denon tras el ascenso al poder de Napoleón.

Denon poseía talento y encanto de sobra, pero nunca se había centrado en ninguna carrera. (Era, según el intento de resumen que hizo un historiador, «un diplomático, un artista y un pornógrafo»).[128] Era también un íntimo amigo de la esposa de Napoleón, Josefina, y se las arregló para convertir esa amistad en un papel prominente entre los savants cuando Napoleón reunía su ejército invasor.

En Egipto, el diletante maduró arriesgando la vida en repetidas ocasiones para poner nuevas imágenes ante los ojos de Occidente. Incluso soldados veteranos se admiraban de la bravura de Denon cada vez que lo veían bosquejando a caballo, con la mesa de dibujo en equilibrio sobre su silla de montar y ajeno al fuego de los rifles a su alrededor. (Publicaría un grueso volumen repleto de dibujos en 1802, poco después de su regreso a

Francia. Sus Viajes por el Alto y Bajo Nilo proporcionaron a los europeos su primera ojeada a las maravillas de Egipto, y el libro fue un éxito gigantesco).

Denon puso énfasis en los elogios con que cubrió a Napoleón, pero no dulcificó los horrores del combate. «Guerra, ¡qué radiante brillas en la historia! Pero, vista de cerca, ¡qué espantosa te vuelves cuando la historia ya no oculta el horror de tus detalles!».[129]

Siendo un hombre valiente como Denon era, a veces no era coraje, sino tenacidad lo que se exigía. Y a Denon le sobraba también. Además de dibujar templos y monumentos, se encargó de copiar los escritos que halló en sus antiguos muros. «He hallado en mí la fuerza de voluntad necesaria para permanecer inactivo mientras simplemente dibujo los jeroglifos»,[130] *escribió como sorprendido de su propia paciencia. Estaba convencido de que algún día aquellas inscripciones revelarían su significado. Mientras tanto, las copiaba cuidadosamente, pero sin ninguna esperanza de ser él mismo quien resolviera el misterio. «La mía es una piedad ardiente, una fe ciega que solo puede compararse con la de las antiguas vestales que rezaban, creían y adoraban en una lengua extranjera que no entendían».*[131]

Según una estimación, una cuarta parte de los savants murió en Egipto;[132] *cinco hombres caídos en el campo de batalla (a pesar de que no eran combatientes) y quince que fueron víctimas de la peste y la disentería. Con todo, su moral casi siempre estuvo alta. Y, desde luego, los savants mostraron siempre mejor ánimo que los soldados, que los culpaban a ellos de aquella expedición absolutamente descabellada. Buenos hombres estaban muriendo en el desierto, protestaban los soldados, para que un puñado de intelectuales inútiles contemplara montones de piedras rotas.*

Pero fue ese puñado el que haría historia. Y los dibujos que realizaron durante sus tres años en Egipto, y especialmente sus copias de los jeroglifos, acabarían teniendo un valor incalculable. El ejército de Napoleón contó con cuarenta mil hombres; los savants no llegaban ni a doscientos. El ejército cayó en el olvido. Los savants abrieron de par en par una puerta que había estado cerrada durante mil años.

111 «Un descubrimiento en Rosetta»: Herold, Bonaparte in Egypt, p. 191.

112 «Las exposiciones de los savants abarcaron»: Gillispie, «Scientific Aspects of the French Egyptian Expedition», Proceedings of the American Philosophical Society, diciembre de 1989.

113 «¿Tanto hay que decir de un solo pez?»: Solé y Valbelle, Rosetta Stone, p. 7.

114 «La primera descripción en la prensa»: El periódico está en línea en https://tinyurl.com/yyhzfuvk.

115 «Las noticias de Europa me han llevado»: Courier de l'Egypte, 15 de septiembre, 1799. En línea en https://tinyurl.com/yyhzfuvk.

116 «El baúl llevaba una anodina etiqueta»: Burleigh, Mirage, p. 140.

117 «Bonaparte volvió triunfalmente»: White, Atrocities, p. 263.

118 «10.000 hombres al mes»: Strathern, Napoleon in Egypt, p. 36.

119 «Ese cagado nos ha dejado a nuestra suerte»: Roberts, Napoleon, p. 201.

120 «Para furia de los soldados»: Burleigh, Mirage, p. 94.

121 El más eminente de todos, Antoine Lavoisier, había sido guillotinado algunos años antes por enemistarse con la Revolución francesa: «Solo hizo falta un instante para cortar su cabeza, pero puede que Francia no sea capaz de producir otra como la suya en un siglo», lamentó otro científico.

122 «El más eminente, Antoine Lavoisier»: Dennis J. Duveen, «Anton Laurent Lavoisier and the French Revolution», Journal of Chemical Education 31 (febrero, 1954).

123 «Recreando las artes de Francia»: Brier, Egyptomania, p. 60.

124 «Estúpidos, miserables y lentos de entendimiento»: Roberts, Napoleon, p. 177.

125 «Todas las mañanas los campesinos vaciaban cubos»: Burleigh, Mirage, p. 181.

126 «Los savants se movían entre cadáveres recientes»: Ibid., p. 182.

127 «Había sido el Chevalier de Non»: Pierre Rosenberg (ed.), «Napoleon's Eye». Este fue el catálogo de la exposición en el Louvre, octubre 1999-enero 2000.

128 «Un diplomático, un artista y un pornógrafo»: Thompson, Wonderful Things, vol. 1, ubicación de Kindle 1875.

129 «¡Guerra, qué radiante brillas!»: Rosenberg, «Napoleon's Eye».

130 «He hallado en mí la fuerza de voluntad»: Gillispie y Dewatchter (eds.), The Monuments of Egypt, p. 30.

131 «La mía es una piedad ardiente»: Ibid., p. 39.

132 «Una cuarta parte de los savants murió»: Thompson, Wonderful Things, vol. 1, ubicación de Kindle 1879.

CAPÍTULO NUEVE

Una celebridad en piedra

Los savants fueron los primeros en examinar cuidadosamente la piedra de Rosetta, pero no pudieron ir más allá de traducir el griego. Los jeroglifos «consistían en catorce líneas», como informaba el Courier, «pero algunos se habían perdido porque la piedra estaba rota». Era una información exacta, aunque de escasa ayuda, pero era mejor que la descripción de las misteriosas líneas que había entre los jeroglifos y el griego: «La inscripción intermedia, en caracteres que se han creído sirios, está formada por treinta y dos líneas».

Esa conjetura resultó errónea. La inscripción media no era siria, sino egipcia. Los caracteres eran una especie de sistema de abreviaturas que se desarrolló porque los jeroglifos resultaban demasiado complejos para la escritura cotidiana.

De modo que la piedra de Rosetta tenía tres inscripciones —la jeroglífica, la demótica (que es como se conoce la escritura abreviada) y la griega—, pero contenía mensajes en solo dos lenguas: egipcio y griego. Un equivalente aproximado de hoy en día sería una nota con tres partes: primero varias líneas elegantemente escritas con historiada caligrafía en nuestra lengua; luego el mismo mensaje en escritura taquigráfica y, por último, el mismo mensaje, una vez más, en alfabeto griego y lengua griega.

Frenados por la piedra de Rosetta, pero impacientes por continuar con sus dibujos y sus mapas, los savants sacaron el máximo partido a su exilio forzoso. Casi a la vez, hicieron dos tentadores hallazgos.[133] *En el otoño de 1799, en una población llamada Minuf, en el delta del Nilo, dos jóvenes ingenieros dieron con otra piedra con inscripciones bilingües como la piedra de Rosetta. Pero esta se hallaba tan erosionada que copiaron las pocas palabras que fueron capaces de distinguir («del joven rey, siempre» en griego) y pasaron a otra cosa. La piedra era una lápida de granito negro de unos treinta centímetros de alto y unos noventa de largo; se hallaba delante de una casa anodina, y los ocupantes solían utilizarla como asiento.*

Un año después, otro savant dio con otra casi piedra de Rosetta. Al igual que la original, contenía una inscripción jeroglífica, otra demótica y

otra en griego, pero también estaba tan desgastada que resultó inútil. Fue descubierta en una mezquita en El Cairo, donde servía de umbral.

El ejército francés, mientras tanto, no veía la hora de dejar atrás Egipto. El general Kléber, que había reemplazado a Napoleón, había estado intentando negociar un tratado de paz con los turcos y los británicos. Kléber gozaba de popularidad entre las tropas y era además un probado héroe militar, pero no veía ningún sentido a seguir luchando en Egipto. Cuando sus labores diplomáticas se lo permitían, se pasaba el tiempo tratando de seducir a la amante de Napoleón. (La joven a la que Napoleón había dejado. Pauline Fourès era una francesa casada con un teniente francés y había llegado a Egipto subiendo a bordo del barco de su marido disfrazada con un uniforme de soldado).

Pero, en junio de 1800, Kléber fue asesinado en El Cairo por un sirio llamado Suleimán el-Halabi. El asaltante fue rápidamente capturado,[134] *juzgado por un tribunal militar especial formado enteramente por franceses y encarcelado. Aunque, cuando llegó la hora de la sentencia, los jueces lo remitieron a la justicia local. La pena solicitada para Suleimán fue quemarle hasta el hueso la mano derecha y luego empalarlo. Suleimán soportó en silencio que le quemaran la mano sobre carbones al rojo vivo. (Solo protestó cuando una de las brasas le dio en el codo, para señalar que la sentencia especificaba únicamente la mano).*

Y luego a Suleimán le introdujeron una estaca de casi tres metros por el recto hasta el esternón y la estaca, con su prisionero, fue clavada en el suelo. Suleimán tardó cuatro horas en morir. Durante toda la tortura mantuvo su silencio salvo para gritar en una ocasión: «No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta».[135] [136]

El sucesor de Kléber fue una elección desafortunada, un general llamado Jacques Menou. (Había sido precisamente Menou quien primero asumió la custodia de la piedra de Rosetta en su papel de oficial a cargo del fuerte de Rosetta). A los cincuenta y un años, Menou tenía la experiencia a su favor, pero poco más que eso. En contraste con el brillante Kléber —«el dios Marte vestido de uniforme»,[137] *según Napoleón—, Menou era gordo, calvo y desaliñado, y se daba unos aires de importancia que lo hacían impopular tanto con los soldados como con los savants.*

No quiso saber nada de negociaciones de paz. «Yo me defenderé hasta el último momento tras las murallas de Alejandría»,[138] *escribió a Napoleón a modo de crítica a otro oficial por su falta de celo. «Sé cómo morir, pero no cómo capitular». Sin embargo, aprendió rápidamente. El 2 de septiembre de 1801, justo un año después de asumir el mando, Menou se rendía ante los británicos.*

Era hora de acordar unos términos de paz. Los británicos insistían en

que, como vencedores, les correspondía todo el botín que los franceses habían reunido en Egipto. Desde el principio, Menou había considerado la piedra de Rosetta de su propiedad. Después de sustituir a Kléber, había insistido en dormir con ella bajo la cama.[139] *(Aunque, según ciertos testimonios, la piedra de Rosetta no se ocultaba bajo la cama de Menou, sino bajo un montón de pertenencias suyas en un almacén, oculta por alfombras).*

Los británicos exigieron que Menou les entregara la piedra de Rosetta. Él montó en cólera. Exigirle la entrega de sus propias pertenencias era escandaloso. «¡El mundo nunca ha sufrido un expolio semejante!».[140]

Los negociadores británicos sonrieron. El berrinche de Menou «nos divirtió en extremo, viniendo de un líder del saqueo y la devastación»,[141] *escribió uno de ellos. Pero Menou porfió, sosteniendo sus derechos en una serie de cartas indignadas que dirigió al teniente general sir John Hutchinson, el comandante en jefe británico.*

Hutchinson respondió con malevolencia cortés. «Al exigir los manuscritos árabes, las estatuas y las diversas colecciones y objetos antiguos, no hago más que seguir el buen ejemplo que los franceses habéis dado a Europa […]. De todos los países en los que habéis librado guerras os habéis llevado todo los que os ha parecido conveniente».[142]

Sería áspero, pero era cierto. Por poner solo un ejemplo de muchos, dos de los savants más célebres, Monge y Berthollet, habían escudriñado a fondo los museos e iglesias de Italia en 1797, tras la invasión francesa, escogiendo pinturas para el Louvre. (Napoleón aplaudió «la buena cosecha» y observó alegremente que «casi toda la belleza de Italia pronto iría de camino a Francia»).[143] *Muchas de las selecciones de los savants siguen hoy en las galerías dedicadas al Renacimiento del Louvre.*

Pero los savants en Egipto no montaron en cólera menos que Menou. Habían cruzado una tierra hostil para hacer sus mapas y dibujos; habían esquivado balas; habían trepado por escaleras y se habían arrastrado por sofocantes y hediondas tumbas infestadas de murciélagos para copiar sus inscripciones.

Los savants imploraron que Menou los respaldara. Este no se esforzó demasiado. ¿Es que los savants no podían soportar entregar sus preciados hallazgos? ¿Qué habían hecho nunca aquellas engreídas lumbreras por él? «Acaban de informarme de que varios de nuestros coleccionistas desean seguir sus semillas, sus minerales, sus aves, sus mariposas o sus reptiles a dondequiera que hayáis decidido embarcar sus cajas»,[144] *escribió al comandante británico a Hutchinson. «No sé si pretenden que los hagan embalsamar a ellos mismos a tal efecto, pero puedo asegurar que si la idea les atrae yo no se lo impediré».*

Tres savants fueron a visitar a Hutchinson en persona para exponer su

caso. «Nos estáis privando de nuestras colecciones, nuestros dibujos, nuestros mapas, nuestras copias de los jeroglifos»,[145] protestó el naturalista Geoffroy Saint Hilaire. «Pero ¿quién os dará las claves de todo eso? […] Sin nosotros, esos materiales son una lengua muerta de la que no sabréis nada». Hutchinson escuchó impasible.

Los savants se marcharon. Al día siguiente, Geoffroy se había enfurecido aún más. «Quemaremos nuestros propios tesoros»,[146] gritó al representante de Hutchinson. «Queréis la fama. Pues, bien, podéis estar seguros de que la historia recordará esto: también vosotros habréis incendiado una biblioteca en Alejandría».

Los británicos acabaron cediendo un poco. Los savants podían quedarse sus dibujos y colecciones. Los británicos se llevarían los grandes ítems, diecisiete en total, con un peso total de cincuenta toneladas. El botín incluía estatuas de dioses con cabezas de animales y un inmenso sarcófago[147] que supuestamente era el de Alejandro Magno, hallado en una mezquita en Alejandría en la que cumplía funciones de baño público.[148] El mayor botín era la piedra de Rosetta.

Un oficial británico que respondía al pomposo nombre de Tomkyns Hilgrove Turner tomó posesión de la piedra y la escoltó hasta Inglaterra a bordo del buque de su majestad L'Égyptienne. (Un barco francés, como indica su nombre; lo que implicó que el botín viajara hasta su nuevo hogar en un barco capturado). Turner se deleitó en su papel de actor de reparto en el drama. La piedra de Rosetta era «un orgulloso trofeo obtenido por las armas de Gran Bretaña, no expoliado a población indefensa, sino obtenido por la fortuna en la guerra de forma honorable»,[149] proclamó.

De este modo la piedra de Rosetta se halla triunfalmente hoy en el Museo Británico y no en el Louvre. A ojos británicos, ningún otro hogar habría sido más apropiado. El museo se había jactado en su primera guía de visita, en 1761, de que su colección era un «monumento perdurable a la gloria de la nación».[150] He ahí un trofeo digno de su brillo.

Si miramos de cerca la piedra de Rosetta en la actualidad, solo podemos distinguir las letras mayúsculas pintadas a los lados. «Obtenida en Egipto por el ejército británico en 1801»,[151] afirma el lado izquierdo. «Obsequiada al rey Jorge III», dice el lado derecho.

Desde el principio, el público clamó por ver la piedra de Rosetta. (Y por tocarla, cuando los vigilantes no miraban. «Es uno de los grandes bochornos del museo que imprimiéramos postales durante décadas donde se decía que la piedra era basalto negro»,[152] afirma un egiptólogo del Museo Británico. Una reciente limpieza reveló que la piedra de Rosetta es gris, no negra, y que tampoco tiene nada de basalto. Se volvió negra a causa de la combinación de la grasa de incontables yemas de dedos con

una capa de cera protectora que más tarde ha sido eliminada).

¿Cómo explicar esa fascinación por un anodino pedazo de roca? No se trata de su mensaje, que es banal. A diferencia de otros famosos documentos de la historia —la Magna Carta, por ejemplo, o la Declaración de Independencia, o la Carta de Derechos de los Estados Unidos—, la importancia de la piedra de Rosetta no está en lo que dice. Lo que eleva la piedra de Rosetta a su estatus de primer orden es el modo en que el mensaje se presentaba.

Tal vez también por la manera en que fue descubierta. La piedra de Rosetta es el mensaje en una botella por excelencia, a la deriva por las olas del tiempo durante más de dos mil años hasta ser por fin encontrada. Su mensaje no estaba dirigido a un público remoto; la idea era ser leída allí mismo y de inmediato. Pero su descubrimiento muchos siglos después de la desaparición de la cultura egipcia la hace parecer casi la primera comunicación de un mundo extraterrestre.

La popularidad de la piedra de Rosetta nunca ha decaído, como cualquier visita a la tienda de recuerdos del Museo Británico nos confirma de inmediato. Los recuerdos relacionados con la piedra de Rosetta se venden mucho más que el resto de los artículos. Los visitantes pueden llevarse a casa puzles, tazas de café, pendientes, gemelos, fundas para iPhone, corbatas, camisetas, delantales, barajas de cartas, chocolates, paños de cocina, alfombras de ratón, paraguas y maletas de la piedra de Rosetta. Durante muchas décadas, hasta donde todo el mundo en el museo es capaz de recordar, sus postales han sido las más vendidas de la tienda de recuerdos.

De los millones de objetos que forman parte de las colecciones del Museo Británico, sigue siendo el más popular. «La piedra de Rosetta es la posesión más preciada del Museo Británico»,[153] escribe la clasicista Mary Beard. «Como la Mona Lisa del Louvre».

Para los profanos, la celebridad de la piedra de Rosetta es un atractivo en sí mismo —la fama es un imán, sin importar su origen—. Para los aspirantes a descifradores de la década de 1800, la emoción era más fácil de explicar. Ahora, al fin, los jeroglifos han revelado sus secretos.

133 «Hicieron dos tentadores hallazgos»: Solé y Valbelle, Rosetta Stone, p. 27.

134 «El asaltante fue rápidamente capturado»: Herold, Bonaparte in Egypt, p. 404; Strathern, Napoleon in Egypt, pp. 413-414.

135 Tras la muerte de Suleimán, su esqueleto y su cráneo fueron enviados al Museo de Anatomía de París. Allí formaron parte de una exposición dedicada a la frenología. Los museos de la época coleccionaban cráneos de criminales y traidores para estudiar las protuberancias que indicaban predisposición al asesinato y al fanatismo.

136 Referencia en la nota a pie de página. «Tras la muerte de Suleimán, su esqueleto»: Simon Harrison, Dark Trophies: Hunting and the Enemy Body in Modern War (Nueva York, Berghahn Books, 2012), pp. 53, 56.

137 «El dios Marte vestido de uniforme»: Strathern, Napoleon in Egypt, p. 35.

138 «Yo me defenderé hasta el último momento»: Herold, Bonaparte in Egypt.

139 «En dormir con ella bajo la cama»: Strathern, Napoleon in Egypt, p. 414. Otros historiadores creen que Menou escondió la piedra de Rosetta en un almacén. Véanse Ray, Rosetta Stone, p. 35, y Parkinson, Cracking Codes, p. 22.

140 «¡El mundo nunca ha sufrido un expolio semejante!»: Burleigh, Mirage, p. 216.

141 «El berrinche de Menou nos divirtió en extremo»: Ibid.

142 «Al exigir los manuscritos árabes»: Solé y Valbelle, Rosetta Stone, p. 32.

143 «Napoleon aplaudió la buena cosecha»: John Howard (ed.), Letters and Documents of Napoleon, volumen 1; The Rise to Power, p. 173. Citado por Shannon Selin en «Napoleon's Looted Art». En línea en https://tinyurl.com/y3a6nqls.

144 «Acaban de informarme»: Burleigh, Mirage, p. 213.

145 «Nos estáis privando de nuestras colecciones»: Ibid.

146 «Quemaremos nuestros propios tesoros»: Solé y Valbelle, Rosetta Stone, p. 35.

147 «Un inmenso sarcófago»: Véase la descripción del Museo Británico. En línea en

https://tinyurl.com/y4cplaws.

148 «El botín incluía estatuas»: Gentleman's Magazine 72, pt. 2 (1802), p. 726. En línea en https://tinyurl.com/y2gdpsoo.

149 «Un orgulloso trofeo obtenido por las armas de Gran Bretaña»: Fagan (ed.), Eyewitness to Discovery, p. 89.

150 «Un monumento perdurable a la gloria»: Delbourgo, Collecting the World, p. 315.

151 «Obtenida en Egipto por el ejército británico»: Parkinson, Cracking Codes, p. 23.

152 «Uno de los grandes bochornos del museo»: Richard Parkinson en una conferencia sobre la piedra de Rosetta. En línea en https://tinyurl.com/yytufuj8.

153 «La posesión más preciada del Museo Británico»: Beard, «Souvenirs of Culture», Art History 13, n.º 4 (diciembre de 1992).

CAPÍTULO DIEZ

Primeras conjeturas

Incluso años antes de que nadie hubiera oído hablar de la piedra de Rosetta, los jeroglifos eran tan tentadores que los eruditos habían dedicado a ellos décadas enteras de sus vidas.

En 1798, uno de los lingüistas más eminentes de Europa publicó un tomo de setecientas páginas que resumían todo lo que había aprendido a lo largo de una vida dedicada al estudio de la escritura egipcia. Georg Zoëga era una autoridad tanto en Egipto como en lingüística. En su gran obra, observaba con pesar que él no había hecho más que comenzar a descifrar los jeroglifos. Y añadía con orgullo que había hecho todo lo que estaba en su mano hacer. Solo un año después, un soldado francés se tropezaba con la piedra de Rosetta.

El danés Zoëga fue un escrupuloso erudito. Desde muy pronto la egiptología había sido una materia en la que casi todo era especulación y casi nada un hecho contrastado. Zoëga se negaba a entrar al juego de las conjeturas. Así que, sin saber qué hacer con los jeroglifos, hizo lo mejor que podía hacer, que fue clasificarlos.

Contó 958 símbolos diferentes.[154] *Había un grupo de aves, otro de insectos, otro de humanos, otro de híbridos humano y animal, otro de plantas, otro de herramientas y otro de formas abstractas. Fue un trabajo valiente y meticuloso, pero casi conmovedor en su limitación. El erudito no tuvo otro remedio que desempeñar el papel del hombre analfabeto que intentara poner orden en una inmensa colección de sellos postales. Aquí los rojos, aquí los azules, y aquí unos con retratos y otros con animales. Pero ¿para qué servirán?*

Pese a todo, Zoëga sí que cosechó algunas percepciones acertadas. Descubrió, por ejemplo, que aunque la inscripción jeroglífica podía leerse tanto hacia la izquierda como hacia la derecha, se podía decir dónde empezaba una línea concreta si los dibujos miraban hacia un lado o hacia otro. Dondequiera que había una figura de perfil, como un pájaro, un gato o un hombre, esta siempre miraba al comienzo de la línea. (Los descifradores pueden comprobar esas conjeturas de distintas maneras. Si el margen izquierdo de un texto es ordenado y uniforme mientras que su margen derecho se encoge y crece caprichosamente, por ejemplo, es muy

probable que la escritura avance hacia la derecha. No es un trabajo de detective especialmente sutil, pero sin este paso inicial no sabríamos decir si estamos intentado descifrar la palabra lenguaje o la palabra ejaugnel).

Zoëga vio, además, que su cómputo de jeroglifos contaba una historia. ¿Qué clase de sistema de escritura empleaba 958 símbolos distintos? Si cada símbolo representaba una palabra, el cómputo era demasiado bajo. Ninguna lengua es posible con menos de mil palabras. (Un niño de cinco años conoce unas diez mil).[155] *Pero si cada jeroglifo representaba una letra, el cómputo era demasiado elevado. Los alfabetos suelen tener docenas de letras, no centenares. Algo mucho mayor resultaría difícil de manejar.*

La única posibilidad —concluyó Zoëga— era que los jeroglifos fueran un sistema híbrido. Quizá un dibujo a veces representaba una palabra y otras una letra, una sílaba o un sonido. Era una conjetura brillante. Pero, viéndola remota, Zoëga abandonó.

«He pensado que era preferible dejar nuevos objetivos a la posteridad»,[156] *escribió Zoëga. Albergaba una vaga esperanza. Algún día, en el futuro, «cuando los numerosos restos antiguos que aún pueden verse en Egipto hayan sido rigurosamente explorados, quizá sea posible aprender a leer los jeroglifos».*

El futuro llegó un año después, con un descubrimiento accidental en una oscura fortaleza egipcia. Zoëga nunca logró ver las inscripciones de la piedra de Rosetta, y mucho menos la piedra misma. «Me encantaría tener una copia exacta, pero en las actuales circunstancias no sé cómo conseguirla»,[157] *escribió abatido a un amigo en 1800.*

El problema era la guerra. Europa llevaba en ebullición desde poco después de la Revolución francesa, cuando los monarcas europeos se unieron para combatir a Francia temiendo que, si el pueblo se alzaba y le cortaba la cabeza a su rey en un país, otros reyes y otros cuellos también corrieran peligro. Las llamas de la guerra prendieron y se apagaron continuamente desde la década de 1790, y siguieron haciéndolo durante un cuarto de siglo. La paz no llegaría hasta 1815, cuando Napoleón fue derrotado en Waterloo. Al final de las guerras napoleónicas, las muertes habían alcanzado los cuatro millones (tres millones de soldados y un millón de civiles).[158]

Con ese trasfondo, todo grado de cooperación internacional era admirable. El testimonio es sorprendentemente positivo. Algunos eruditos, como Zoëga, no las consiguieron, pero sí llegaron copias de la piedra de Rosetta a otros muchos. Los savants fueron los primeros en hacerlas. Habían improvisado distintos modos de imprimir directamente de la piedra en cuanto la tuvieron en sus manos. Ya en 1800, eruditos de París habían empezado a examinar las inscripciones.

Y cuando la piedra de Rosetta llegó a Londres en 1802, la Society of Antiquaries también se encargó de hacer copias. En cuestión de meses, enviaron réplicas de escayola de la piedra a lingüistas de Oxford, Cambridge, Edimburgo y Dublín, y distribuyeron copias de las inscripciones en París, Roma, Berlín, Holanda, Suecia e incluso Filadelfia.[159]

En estos primeros años, los aspirantes a descifradores se enfrentaron a dos problemas. El primero fue que, aun teniendo acceso a la piedra de Rosetta, era improbable que sus catorce líneas de jeroglifos proporcionaran todas las pistas que necesitaban. Descifradores y criptógrafos necesitan grandes cantidades de texto para establecer patrones a partir de coincidencias. Un espía podría conjeturar que xyyxjb en un mensaje quiere decir attack [ataque] (pues muchas palabras inglesas tienen una doble t y porque la x aparece en los lugares necesarios), por ejemplo, pero igualmente podría significar google. Sin más mensajes interceptados, sería imposible saberlo nunca.

Las herramientas de los descifradores son la intuición, la experiencia y el profundo conocimiento, pero estos ni siquiera habrían tenido por dónde empezar sin los arqueólogos y exploradores que sacaron las inscripciones de mohosas tumbas y templos semienterrados. Circunstancia que hace extraños socios. «Will Shortz, le presento a Indiana Jones».

Para algunas escrituras, la escasez de muestras puede llegar a ser un callejón sin salida. Nadie ha conseguido descifrar cierta forma de escritura hallada exclusivamente en la isla de Pascua, por ejemplo; en parte porque solo unos veinte «textos» sobreviven. La escritura, llamada rongo rongo (nombre que significa algo parecido a «recitar» en el idioma local), es atractiva, pero enigmática; los caracteres recuerdan un poco a pájaros y a flores secas entre las páginas de un libro.

Hasta la década de 1800, las inscripciones, normalmente realizadas en trozos de madera, fueron abundantes. Luego los grupos de asalto que llegaron en busca de esclavos y otros desastres casi vaciaron la isla de Pascua, y todo el conocimiento del rongo rongo desapareció. La mayoría de los textos en madera acabaron arrojados al fuego como combustible. Desde entonces, solo han quedado solitarios eruditos para leer el pequeño número de testimonios que ha sobrevivido: un tatuaje copiado hace mucho de la espalda de un hombre, por ejemplo, y una serie de caracteres tallados en un cráneo humano.[160]

La piedra de Rosetta posee un número inquietantemente pequeño de jeroglifos porque está rota en su parte superior. (A juzgar por la extensión de las otras dos inscripciones, faltan casi la mitad de los jeroglifos. Thomas Young envió una carta a un explorador egipcio en 1818 en la que le rogaba que buscara los fragmentos perdidos «que, para un anticuario de

Egipto, valdrían su peso en diamantes».[161] *Nunca se encontraron). Y aquí es donde intervino el desorden ocasionado por las guerras napoleónicas. Interrumpidos los viajes y las comunicaciones, los eruditos no tuvieron acceso a los textos en papiro de ciudades lejanas, a las líneas de jeroglifos de los dibujos de viajeros o a las inscripciones de las estatuas y esculturas de los coleccionistas. Poco más pudieron hacer salvo contemplar infinitamente esas pocas líneas de inscripciones inescrutables.*

Pero los primeros descifradores se enfrentaron a un segundo problema. Ante las dos inscripciones desconocidas de la piedra, tenían que decidir por cuál de ellas empezar. Y, por razones que parecían perfectamente razonables en su momento, todos hicieron la elección equivocada.

Una de las inscripciones estaba incompleta y poseía una apariencia extraña —la jeroglífica— y la otra estaba casi completa y parecía escritura corriente —la sección media, la llamada demótica—. Fuera los jeroglifos, así pues, y adelante con la demótica.

Y aquella decisión inmediatamente condujo a otra. Puesto que la demótica parecía una escritura corriente y las escrituras corrientes se basaban en alfabetos, lo primero entonces era establecer el alfabeto demótico. Parecía una buena idea. Era, en realidad, el salto directo a un foso desde la línea de salida.

El demótico resultaría ser el lugar que debía explorarse al final de la búsqueda, no al principio. Años de duro trabajo finalmente revelarían que era un sistema de abreviaturas reducido a la mínima expresión y hecho para la premura que se basaba en la escritura jeroglífica, pero era mucho más abstracto e impreciso.

Los caracteres jeroglíficos eran dibujos, muchos de ellos trazados con meticuloso cuidado. Esos dibujos habían evolucionado hacia formas simplificadas, aunque reconocibles, y esos dibujos más básicos habían dado origen a su vez a las líneas y barras de la escritura demótica, que apenas insinuaba sus versiones originales. Aunque nadie podía saberlo, el demótico no era un alfabeto.

El primer experto en lingüística que se ocupó de la piedra de Rosetta fue un académico francés llamado Silvestre de Sacy, un profesor de árabe en París. De Sacy empezó por buscar nombres propios en las inscripciones demóticas. Sabía que el texto griego se refería repetidamente a Ptolomeo, hasta en once ocasiones. El primer paso, así pues, fue buscar una serie de símbolos en el texto demótico que se repitiera en distintas ocasiones en la posición adecuada. (Si bien los cálculos podrían no coincidir exactamente, pues el texto demótico podría referirse a veces a Ptolomeo como «el rey» o con cualquier otra expresión equivalente). Y se podía hacer lo mismo con otros nombres, como Alejandro.

De Sacy encontró las coincidencias que buscaba. Todo bien hasta ahí.

Pero entonces cometió un error. De Sacy sabía que la escritura griega estaba basada en un alfabeto, y se las arregló para hacer coincidir nombres griegos con secuencias de símbolos en egipcio. El número de caracteres en los dos nombres coincidía o casi coincidía, al menos. De Sacy no sabía que se trataba de simple casualidad. ¿Qué podía haber más lógico que concluir, como hizo, que los antiguos egipcios, al igual que los antiguos griegos, también habían empleado un alfabeto?

Luego fue de los nombres propios a otras palabras que se repetían en griego, como dios o rey, e intentó buscar coincidencias con las secuencias de caracteres que aparecían varias veces en el texto demótico. Y, con carácter provisional, estableció su alfabeto de caracteres demóticos del texto que se correspondían con caracteres particulares en griego.

El enfoque de De Sacy fue serio y metódico, pero —puesto que el texto demótico no era alfabético en realidad— estaba destinado al fracaso. En 1802, tiró la toalla. «La esperanza que abrigué al principio no se ha hecho realidad», escribió decepcionado.[162]

Un diplomático sueco llamado Johan Åkerblad hizo el siguiente intento. Åkerblad había sido un discípulo de De Sacy y era una autoridad en lenguas antiguas. Siguió la misma estrategia que su antiguo mentor, intentando hacer coincidir nombres propios griegos con secuencias de caracteres demóticos para luego pasar a establecer coincidencias entre palabras comunes. Gracias a su tenacidad, o tal vez por mera buena fortuna, tuvo más suerte que De Sacy a la hora de encontrar coincidencias.

Pero, irónicamente, los éxitos de Åkerblad lo condujeron al fracaso al reforzar su convicción errónea de que la escritura demótica era alfabética. (Al final, resultaría que el texto demótico era un híbrido, del tipo «I ♥ NY», solo que más complicado. Algunos símbolos representaban letras, pero otros no. Y el error que De Sacy y Åkerblad cometieron fue similar a creer que ♥ se trataba de alguna letra de forma vagamente parecida, como una m o una v).

Pronto Åkerblad también abandonó. Durante doce años, todo el mundo hizo lo mismo. Cercados por la guerra y obstaculizados por el enigma de la piedra, los lingüistas de Europa permanecieron en un callejón sin salida. «Siete años han pasado ya desde la última comunicación acerca de este tema»,[163] *escribió con desesperación un erudito en 1812. Veía «pocas razones para esperar» ningún progreso.*

Irónicamente, los años de falsos comienzos y esperanzas malogradas coincidieron con una auténtica una oleada de fascinación por todo lo relacionado con Egipto. El desánimo de los frustrados eruditos no la hizo menguar. La arquitectura, la moda e incluso los peinados se rehicieron siguiendo la nueva locura. «Ahora todo tiene que ser egipcio»,[164] *se*

lamentaba un escritor inglés en 1807. «Las damas llevan adornos de cocodrilo, y uno se sienta sobre una esfinge en una habitación llena de momias, y esos hombres negros alargados de brazos delgados y nariz larga de los jeroglifos bastan para que a los niños les dé miedo irse a dormir».

Los savants de Napoleón habían inspirado mucho de ese entusiasmo con sus historias y dibujos y souvenirs expoliados. La obsesión del público aumentó durante las primeras décadas del siglo diecinueve, espoleada en parte por una de las más elaboradas y bien publicitadas colecciones de libros que se hayan publicado jamás.

La colección, titulada Descripción de Egipto y obra de los savants, se proponía recoger todo lo que aquellos eruditos habían aprendido. Como tantos otros vastos proyectos, también este se retrasó durante años. Sus volúmenes finales no aparecieron hasta 1828, unos veinte años después, cuando al fin estuvieron terminados.

Aún hoy pocos libros han igualado el alcance y la ambición de aquellos hermosos volúmenes. (Napoleón había autorizado que el Gobierno cubriera los costes de su elaboración).[165] [166] *Miles de grabados cubrían enormes páginas que medían entre casi un metro de ancho y más de medio metro de alto. Dos volúmenes de mapas acompañaban a diez volúmenes de textos y dibujos.*

Los suscriptores tenían la opción de hacerse con una cajonera hecha a medida[167] *para guardar la obra, que contaba con estantes estrechos para los volúmenes de dibujos, huecos verticales para los de texto y una cubierta ajustable que formaba un expositor. Un escultor había trabajado en colaboración con un ebanista para decorar el armazón con columnas de templo y flores de loto al estilo egipcio.*

Pero, cuando se llegó a la piedra de Rosetta, los editores de la Descripción de Egipto confesaron que no habían sido capaces de avanzar. Habían reproducido las inscripciones de la piedra «con religioso cuidado»,[168] *pero su sentido seguía fuera del alcance. Los editores se conformaron con ofrecer medidas precisas en su lugar. «La piedra es de granito negro; su grosor medio es de 0.27 metros, su anchura en la parte inferior de 0.735 metros».*[169] *Los datos eran rigurosos, pero irrelevantes, pues era como si un biógrafo que evaluase el papel de Abraham Lincoln en la historia describiese la talla de su calzado.*

Åkerblad, el lingüista sueco que se había declarado derrotado ante la piedra de Rosetta unos años antes, volvió a hablar entonces. Se confesaba asombrado por dos misterios. El primero era la piedra de Rosetta misma; el segundo, por qué todo el mundo se había dado por vencido al intentar descifrarla.

«Cuando se descubrió, el monumento de Rosetta pareció atraer la atención de todos los eruditos de Europa»,[170] *escribió Åkerblad. Desde*

entonces, había «caído en un inconcebible olvido».

Algo de ese profesado asombro no era más que cortesía. Åkerblad sabía perfectamente que su propio fracaso y el de De Sacy habían desalentado a otras figuras menores. Por temperamento, los eruditos suelen sentirse incómodos siendo el centro de atención. Y eso es aún más cierto cuando se trata de especialistas que han elegido dedicar sus carreras, en silenciosa soledad y entre polvorientos archivos, a descifrar lenguas muertas.

Anunciar cualquier avance en el enigma de la piedra de Rosetta, sin embargo, habría sido exigir cierto protagonismo. Muchos eruditos echaron un breve vistazo, sucumbieron al desaliento y se retiraron a terrenos más cómodos.

Pero el mismo año del lamento de Åkerblad, 1814, esa época de olvido tocaría a su fin. Apartados los lingüistas profesionales, el campo quedó abierto a profanos. Y en ese momento dos genios insólitos se ocuparían de él.

154 «Contó 958 símbolos diferentes»: Allen, «The Predecessors of Champollion», Proceedings of the American Philosophical Society 104, n.º 5 (17 de octubre, 1960), p. 546.

155 «Un niño de cinco años»: Franzo Law II et al., «Vocabulary Size and Auditory Recognition in Preschool Children», Applied Psycholinguistics 38, n.º 1 (enero de 2017). En línea en https://tinyurl.com/y2vf4hr4.

156 «Nuevos objetivos»: Ray, Rosetta Stone, p. 24.

157 «Me encantaría tener una copia exacta»: Picci, Ascani y Buzi (eds.), The Forgotten Scholar, p. 172.

158 «Al final de las guerras napoleónicas»: White, Atrocities, p. 259.

159 «Distribuyeron copias de las inscripciones»: Parkinson, Cracking Codes, p. 22.

160 «Un tatuaje copiado hace mucho»: Jacob Mikanowski, «Language at the End of the World», Cabinet, verano 2017. En línea en https://tinyurl.com/y4k6c2h7.

161 «Thomas Young envió una carta»: Young escribió al padre de William Bankes y le pidió que le hiciera llegar la nota a su hijo. La carta está en línea en https://tinyurl.com/y5my4l78.

162 «La esperanza que abrigué al principio»: Solé y Valbelle, Rosetta Stone, p. 49.

163 «Siete años han pasado»: Thompson, Wonderful Things, vol. 1, ubicación de Kindle 2087.

164 «Ahora todo tiene que ser egipcio»: El autor que se lamentaba así era Robert Southey, citado en Judith Pascoe, The Hummingbird Cabinet: A Rare and Curious History of Romantic Collectors (Ithaca, NY, Cornell University Press, 2006), p. 112.

165 Napoleón vigiló muy de cerca ciertos aspectos del proyecto. El prólogo, escrito por el savant Fourier, afirmaba que todos los egipcios guardaban vivo en su corazón el nombre de Bonaparte. Napoleón corrigió el texto para que dijera: «el inmortal nombre

de Bonaparte».

166 Referencia en la nota a pie de página. «El inmortal nombre de Bonaparte»: Pope, Decipherment, p. 207.

167 «Una cajonera hecha a medida»: Gillispie y Dewachter (eds.), Monuments of Ancient Egypt, p. 1.

168 «Con religioso cuidado»: Solé y Valbelle, Rosetta Stone, p. 44.

169 «La piedra es de granito negro»: Ibid.

170 «Cuando se descubrió»: Thomasson, Life of J.D. Åkerblad, p. 249.

CAPÍTULO ONCE

Los rivales

Los dos héroes de nuestra historia no tenían casi nada en común salvo que ambos eran genios y ambos tenían un don para las lenguas. Incluso su genialidad apareció de dos formas completamente distintas. Thomas Young fue uno de los pensadores más versátiles que hayan existido jamás, deseoso de asumir cualquier reto en cualquier campo. Jean-François Champollion era absolutamente firme en su idea fija e incapaz de llevar su mirada a ninguna materia distinta de Egipto.

Tanto Young como Champollion habían mostrado sus talentos lingüísticos desde temprano. (Champollion, que era el más joven de los dos, a los diecisiete años). Y al llegar a su adolescencia, cada uno de ellos había logrado dominar una auténtica infinidad de idiomas: griego y latín, para empezar, con profundas inmersiones en el árabe, el hebreo, el persa, el caldeo y el sirio.

Lo que habría resultado arduo para casi cualquiera, para aquellos singulares muchachos resultaba un juego. A los trece años, Young encontró un libro que incluía versiones del padrenuestro en cien lenguas diferentes. Examinar y comparar los extraños giros —recordaba ya adulto— le había proporcionado «extraordinario placer».[171] [172] *Champollion, a los catorce, se sintió una vez solo e inquieto; pidió a sus hermanos mayores que le enviaran una gramática china como distracción.*

Ninguno de los dos hombres había salido de circunstancias fáciles, y las finanzas de Champollion serían precarias durante toda su vida. Era hijo de una extraña pareja:[173] *un padre librero y una madre que no sabía leer ni escribir. Su lugar de nacimiento fue un páramo en el suroeste de Francia llamado Figeac. Durante la Revolución, ruidosas multitudes habían llenado la plaza del pueblo para rugir su aprobación cada vez que la hoja de la guillotina caía sobre su última víctima. Cuando era pequeño, Champollion vivía a pocos pasos del lugar de las ejecuciones; los aullidos de la multitud llenaban los oídos del niño.*

La familia de Young no tenía una situación mucho más desahogada. En una autobiografía, describía a sus padres «muy por debajo de la medianía de la vida»,[174] *y él era el mayor de diez hijos. Pero, un día, todo cambió. Siendo Young un estudiante universitario, un tío suyo murió y le*

dejó su casa de Londres y una herencia de 10.000 libras[175] (cerca de un millón y medio de dólares actuales).[176] [177] Aquella fortuna, sumada a los ingresos de Young como físico, lo liberaría de preocupaciones económicas durante el resto de su vida.

Young y Champollion se diferenciaban tanto en su carácter como en sus ingresos. Young tenía un temperamento tan sereno que un amigo de toda la vida se admiraba de no haberlo visto enfadarse jamás. Champollion era un perfecto héroe de la época romántica. Propenso a los estallidos de éxtasis y al humor atrabiliario y proclive a los desmayos desde niño, la menor insinuación de traba burocrática lo empujaba a la furia subversiva. Dependiendo de su estado de ánimo, los acontecimientos de cada día suponían un triunfo histórico o una catástrofe.

Young era una criatura de irónicas sutilezas, ceño alzado, pullas maliciosas. Aunque rara vez jactancioso, a menudo sí condescendiente, como si le divirtieran los denodados esfuerzos de pensadores más lentos y torpes que él. El estilo de Champollion era mucho más audaz: «Entusiasmo, esa es la única vida»,[178] proclamó, y vivió según ese credo. Young leía las historias sobre Egipto de los savants y movía la cabeza ante las «deidades ridículas» y los «ritos supersticiosos».[179] Champollion reflexionaba sobre las imponentes obras de los faraones y afirmaba que, en comparación con los egipcios, «nosotros, los europeos, no somos más que hombres de Liliput».[180]

Champollion se inclinaba políticamente a la izquierda —Young tenía mucho menos interés en la política— y era fervientemente antimonárquico y anticlerical. (Coincidía con Diderot en que sería un día feliz aquel «en que el último rey fuera estrangulado con los intestinos del último sacerdote»). Y nunca hubo reyes tan autoindulgentes como los faraones, ni sacerdotes tan seguros de su poder como los egipcios. Pero tales consideraciones no enfriaban el ardor de Champollion. Egipto no era un modelo; era un prodigio. Era, por encima de todo, el hogar natural de todo lo extravagante, lo extraño, lo exótico.

Desde niño, a Champollion lo habían entusiasmado relatos como los que se hallan en Heródoto sobre un país al revés en el que los panaderos amasaban con los pies[181] en lugar de con las manos, en el que los dolientes se afeitaban las cejas[182] cuando moría un gato doméstico y los cocodrilos se tenían como mascotas,[183] adornados con pendientes y brazaletes de oro puro.

En su trato más íntimo, Champollion y Young daban aún más muestras de sus personalidades contrarias. Champollion tenía un hermano mayor que fue su aliado de por vida y, al principio, su mentor intelectual. Los dos vivieron casi siempre cerca el uno del otro e intercambiaron oleadas

de cartas en las raras ocasiones en las que estuvieron alejados. El amor y la gratitud de Champollion rebosan de la página. «Hace mucho que has demostrado que tú y yo somos una sola persona»,[184] escribió a su hermano en 1818 después del enésimo contratiempo y el enésimo nuevo rescate. «El corazón me dice que nunca seremos dos personas distintas».

Young nunca se mostraba efusivo. Quería profundamente a su esposa, por ejemplo, pero cuando escribió su autobiografía (en tercera persona), despachó su matrimonio con una sola frase: «En 1804 se casó con la señorita Eliza Maxwell, segunda hija del señor J. P. Maxwell, de Cavendish Square».[185]

Los dos hombres supieron desde el principio que necesitarían montones de textos jeroglíficos para que sus esfuerzos descifradores tuvieran éxito, pero incluso sus enfoques fueron completamente distintos. Champollion ardía en deseos de ir a Egipto para contemplar los prodigios de aquel país extraordinario con sus propios ojos. ¿Qué podía ser mejor que copiar las inscripciones él mismo y reunir sus propios textos? A Young no le gustaba ese tipo de tareas. ¿Por qué no pagar mejor «a algún pobre italiano o maltés para que se recorriera Egipto»[186] en su lugar?

Champollion siempre tenía prisa, siempre estaba furioso con los mentecatos que no encontraban mayor placer en la vida que hacerle perder el tiempo. (Quizá su mala salud estuvo detrás de ese sentido de urgencia que tuvo durante toda su vida). Creía fervientemente en la máxima de que cualquier cosa que merezca la pena hacer merece hacerse en exceso. Aunque nacido en una provincia, en casa de unos padres que luchaban por subsistir, llegó a ser profesor de universidad a los diecinueve años. «Salió de la oscuridad a la luz como una flecha», se admiraba un biógrafo.[187]

Young, aunque igual de ambicioso, siempre daba la impresión de tener todo el tiempo del mundo. Quizá lo tenía. Young se centró en Egipto y en los jeroglifos por primera vez en el verano de 1814. Para entonces había obtenido una deslumbrante reputación en ciencia y medicina. Tenía cuarenta y un años. Champollion moriría a esa misma edad.

La fría fachada de Thomas Young ocultaba un corazón apasionado. Rara vez alzaba la voz, pero esa era una cuestión de estilo más que de temperamento. «Las investigaciones científicas son una especie de guerra»,[188] confió a un amigo, y el bando enemigo lo formaban «todos los contemporáneos y todos los predecesores de uno». Aunque educado como cuáquero, Young reconocía que disfrutaba al derrotar a sus enemigos. «Todo esto me mantiene vivo».

Champollion también disfrutaba la competición, y no era tan remilgado como Young para reconocer su amor al combate. Era «un virulento polemista»,[189] a juicio de su biógrafo Jean Lacouture, «a veces

viperino, argumentador implacable, intolerante». Sin duda, Champollion habría rebatido ese juicio también. No es que fuera beligerante, sino que, después de todo, una persona tiene que defenderse a sí misma. «Por fortuna, a mí me dieron un pico y unas garras»,[190] le gustaba decir tras el enfrentamiento con algún rival.

Desde los diez u once años, Champollion centró sus formidables talentos exclusivamente en Egipto. (Seguía los pasos de su hermano mayor, que también había estudiado lenguas y había desarrollado la pasión por Egipto y la piedra de Rosetta). Siendo un adolescente, el interés se había convertido en una obsesión. Champollion publicó su primer trabajo, sobre los nombres de lugar en el antiguo Egipto, a los dieciséis. La idea era que los nombres de ciudades, ríos y otros elementos geográficos podían proporcionar pistas sobre la lengua del antiguo Egipto, pues los nombres propios pueden evolucionar con lentitud. (La estrategia de Champollion era similar a la de los lingüistas de hoy, que buscan en nombres como Massachusetts y Minnesota vestigios de las lenguas nativas americanas).

El adolescente dictó una conferencia sobre sus hallazgos ante una sociedad de eruditos y concluyó su intervención asegurando a su audiencia que algún día descifraría los jeroglifos.[191] A los dieciocho años, empezó a estudiar copto con entusiasmo. No era la lengua de Egipto en la época de los faraones —esa lengua estaba muerta y olvidada—, sino una posterior. El copto tuvo un breve recorrido como lengua de Egipto, pero la apuesta era que esta habría heredado muchas características de su predecesora.

El auge del copto se produjo aproximadamente entre el siglo tercero d. C. y hasta poco después de que los árabes conquistaran Egipto en el año 642. Durante los siglos siguientes, el islam desplazaría al cristianismo y el árabe al copto. Al comenzar el siglo diecisiete, una lengua una vez floreciente se había convertido en una reliquia. En 1677, un viajero alemán[192] dijo haber conocido al último hablante vivo de copto en una aldea del Alto Egipto.[193] [194]

Pero esa lengua muerta desempeñaría un papel crucial en nuestra historia, y hemos de detenernos un momento en ella. Para cuando la piedra de Rosetta se descubrió, el copto se hallaba casi tan completamente desaparecido como el antiguo egipcio. Unos pocos eruditos sabían leerlo aún, y el copto seguía siendo la lengua oficial de la Iglesia cristiana copta de Egipto. (Hoy puede seguir oyéndose en las iglesias coptas, igual que el latín en las católicas). Para los descifradores desesperados por algún modo de rastrear los secretos de Egipto, la cuestión vital era si el copto constituía un descendiente del antiguo Egipto o era su mero sucesor. Champollion era partidario de la idea del descendiente y se zambulló en el estudio de

esta lengua perdida con la ferviente convicción de que lo acercaría a su verdadero objetivo, el egipcio.

Pero el copto poseía una característica peculiar que lo diferenciaba del egipcio. Estaba escrito no con jeroglifos, sino usando el alfabeto griego aumentado con media docena de símbolos para representar sonidos que no se hallaban en él. Así que el copto parecía griego e incluía, además, un buen número de palabras griegas. Por ello muchos eruditos creyeron que el copto y el griego, más que el copto y el egipcio, estaban emparentados.[195] *Champollion tuvo importantes aliados que compartieron la visión contraria, incluidos Åkerblad y De Sacy, pero se hallaba en clara minoría.*

Puesto que el copto se escribía con letras griegas, el conocimiento de cómo leerlo nunca se había perdido. Y esto último resultó vital, pues la conjetura de Champollion se demostraba correcta —el copto derivaba del egipcio y proporcionaba un puente que daba acceso a la antigua lengua —. Pero para cuando llegaron Young y Champollion, Occidente solo contaba con un puñado de manuscritos coptos. De no ser por algunos audaces coleccionistas y viajeros, incluso podría no haber tenido ninguno.

Tal vez el coleccionista más importante fuera un aristócrata italiano,[196] *Pietro della Valle, que emprendió en 1614 un viaje que se prolongaría durante años por Oriente Medio para recuperarse de su corazón roto. (Había visto reducidas a dos sus posibilidades tras la ruptura: al viaje y al suicidio). Formado como compositor, Della Valle vivió una vida singular y curiosa. Fue el primer visitante moderno de las ruinas de Babilonia y el primero en traer tablillas de arcilla con inscripciones en escritura cuneiforme a Europa.*[197]

En 1615, en Bagdad, se enamoró de una joven llamada Sitti Maani. Poco después, la joven pareja viajó a Egipto, donde Della Valle encontró casualmente varios ejemplos de escritura copta. Concluyó (erróneamente) que había descubierto una nueva lengua y una nueva escritura y (también de forma errónea) que el alfabeto copto era tan antiguo como los jeroglifos. Pero esas falsas esperanzas lo impulsaron a comprar varios manuscritos coptos.

Más tarde, en 1621, Sitti Maani murió dando a luz. El desolado Della Valle juró que llevaría su cadáver consigo hasta Roma para que lo enterraran en un lugar que ya había decidido. Mandó hacer un sarcófago hermético especialmente diseñado. Y entonces emprendió el camino de regreso, que se prolongó durante los siguientes cinco años, cargando con el cadáver de su esposa, dos momias que había comprado en Egipto y sus manuscritos coptos.[198]

Dichos manuscritos incluían un diccionario copto-árabe y un libro (en árabe) sobre gramática copta. La colección acabó yendo a parar a la

Biblioteca Vaticana en Roma. Y, sin la información de esos textos antiguos, puede que la piedra de Rosetta nunca hubiera revelado sus secretos.

Champollion parece no haber dudado nunca de que el copto sería crucial para la tarea descrifradora. Con solo dieciocho años, escribió entusiasmado a su hermano: «Me he entregado por completo al copto […]. Deseo conocer el egipcio como mi francés, porque en esa lengua se basará mi gran obra sobre los papiros egipcios».[199]

A esta siguió casi inmediatamente otra carta a su hermano. «Sueño solo en copto[200] *[…]. Me he vuelto tan cóptico que, por diversión, traduzco al copto todo lo que me viene a la cabeza. Hasta hablo copto a solas conmigo mismo (ya que nadie más me entendería)».*

Champollion se hizo amigo de un sacerdote copto que lo ayudaba con la lengua. Lo que más le gustaba era ir a la iglesia y dejar que los sonidos de la misa en copto[201] *lo envolvieran. Afirmaba satisfecho, además, que iba por delante de sus rivales. Sabía de buena tinta que «Åkerblad no dominaba el copto».*

El grueso de la obra de Champollion sobre el copto se desarrolló en la Biblioteca Nacional de París. Allí se zambulló en los montones de libros que Napoleón había arrebatado a la Biblioteca Vaticana de Roma como parte de su botín de guerra. Y el montón de libros coptos incluía los que Della Valle había traído de vuelta junto con el cadáver de su esposa.

Una década más tarde, después de que Napoleón hubiera sido derrotado y los textos expoliados regresaran al Vaticano, un erudito encontró las anotaciones garabateadas por Champollion en los márgenes. «Creo que hay pocos libros coptos en Europa[202] *que él no haya examinado […]. Y no hay libro en esa lengua en el Vaticano que no contenga en casi cada una de sus páginas las observaciones que hizo Champollion cuando los manuscritos se hallaban en París».*

La forma de investigar de Young era completamente distinta. Champollion eligió un único campo y nunca pensó en trabajar en otra cosa. Young saltaba de una materia a otra con la facilidad y la despreocupación de una cabra montesa que atraviesa un desfiladero. Incluso los colegas que trabajaban con él se admiraban de su versatilidad. «Sabía tanto que era difícil decir lo que no sabía»,[203] *escribió sir Humphry Davy, el científico británico más celebre a comienzos del siglo diecinueve.*

Young lo había aprendido todo, al aparecer, desde la más temprana infancia. A los dos años, recordaría más tarde, «aprendió a leer con notable fluidez».[204] *A los seis sus lecturas eran amplias y diversas. Había leído la Biblia, Los viajes de Gulliver y Robinson Crusoe, y también poemas de Pope y Goldsmith, y un libro sobre un niño prodigio llamado*

Tom Telescope que explicaba «el sistema filosófico newtoniano adaptado a las capacidades de jóvenes caballeros y damas». En sus días de universitario era una figura tan brillante que sus compañeros estudiantes lo apodaron «fenómeno Young».[205]

Décadas después de la muerte de Young, el reputado físico Hermann von Helmholtz encontraba un obstáculo infranqueable en la cuestión de cómo los ojos captaban el color. Al buscar en la literatura científica en busca de pistas, Helmholtz descubrió que Young había resuelto el problema años antes. Nadie en aquel momento lo había entendido. Tan clarividente había sido Young,[206] *escribió Helmholtz, que ese fue el patrón típico: sus mejores ideas quedaron siempre enterradas entre las publicaciones académicas, igual que jeroglifos en un rollo de papiro, esperando el momento en que una nueva generación fuera capaz de descifrar sus crípticas palabras.*

Y sus descubrimientos abarcaron una vasta variedad de materias. Físico por formación, Young fue el primero en descubrir cómo los ojos enfocan los objetos de forma diferente en función de si se hallan cerca o lejos.[207] [208] *De ahí pasó a trabajar sobre la visión del color que Helmholtz redescubrió. (Casi al paso, Young explicaría más tarde por qué las burbujas de jabón brillan con colores iridiscentes). Fue la primera persona en usar la palabra energía en su sentido científico,*[209] *como en energía atómica. Curioso por el sonido, creó una nueva manera de afinar los instrumentos con teclado y elaboró una teoría acerca del número total de sonidos que la lengua y la laringe humanas pueden producir. (Llegó a los cuarenta y siete sonidos, e inventó un alfabeto universal para representarlos). Distraído un día por una pareja de cisnes que nadaba en un estanque, empezó a pensar en cómo las ondas se expandían por el agua. Enseguida sus pensamientos fueron de las ondas del agua a las ondas en general. Young acabó demostrando que la luz es una onda además de una partícula.*

Ello no solo fue una revelación en sí, sino también una refutación de Isaac Newton, que había insistido en que la luz era una partícula. Newton estaba considerado como una figura casi divina; desafiarlo resultaba asombroso. Y, sin embargo, Young se enfrentó al gran hombre (cuando contaba veintisiete años) como si nada hubiera sido más natural.

El episodio merece un momento de atención, pues da testimonio al mismo tiempo de las capacidades intelectuales de Young y de su audacia. Más aún: el triunfo de Young reforzó su fe en ser capaz de abordar cualquier misterio y resolverlo a pura fuerza de intelecto. (Reacio como era a la autocomplacencia, Young reconocía sus dones. Talentos como el suyo, admitía en su autobiografía, tenían «una tendencia natural a producir, en cualquiera con algo de consciencia de su propia capacidad,

un sentimiento no muy apartado de la arrogancia y la presunción»).[210]

Lo mismo que lo había conducido al éxito en la medicina y la física sin ninguna duda lo conduciría igualmente en el terreno de las lenguas y la labor descifradora. Otros lo habían intentado y fracasado, escribió Young a un amigo, pero sus fallos no servirían de disuasión, sino de invitación para él. ¿Qué importaba que los jeroglifos llevaran catorce siglos desconcertando al mundo? Echemos un vistazo.

La disputa de la onda/partícula en la que Young intervino tan despreocupadamente no pudo haber sido más crucial; tenía que ver con la estructura del mundo. En concreto, la cuestión era cómo funciona la luz. Cuando hay una vela a unos metros de nosotros, la vemos claramente, y si alguien entra en la habitación y se pone delante, la vela desaparece de nuestra vista. Pero no es así como funciona el sonido. Cuando un pianista se sienta a unos metros de nosotros y empieza a tocar Cumpleaños feliz, oímos nítidamente la canción, y cuando alguien entra en la habitación y se pone delante, seguimos oyéndola perfectamente. Antes de que Young interviniera, la razón de esa diferencia parecía fácil de explicar: la luz viaja en líneas rectas, por lo que los obstáculos pueden bloquearla; el sonido viaja en ondas, por lo que puede rodear los objetos que encuentra, del mismo modo que el agua puede fluir alrededor de los objetos que se interponen en su camino.

Newton había utilizado ese argumento. Tomemos un tubo de cartón, sostengámoslo delante del ojo y veremos luz. Pero curvemos el tubo y no veremos nada. En cambio, podremos oír a través de un tubo curvado casi tan bien como a través de uno recto. Ello demostraba, según Newton, que la luz se componía de partículas y el sonido de ondas. Quod erat demonstrandum. Entonces llegó Young.

Young explicó al mundo que el argumento de Newton no demostraba lo que Newton creía. La luz y el sonido no son fundamentalmente diferentes. Ambos son ondas; si bien las ondas de la luz son pequeñas en comparación con las ondas del sonido. Como resultado, se puede bloquear un rayo de luz con la mano, pero una roca en la orilla no puede bloquear el agua que avanza hacia la playa. Solo por esta demostración, Young habría merecido lo más alto del panteón de la física.

«Hay dos tipos de genios, el ordinario y los magos»,[211] *escribió el matemático del siglo veintiuno Mark Kac a propósito de Richard Feynman. «Un genio ordinario es alguien como cualquiera de nosotros, solo que muchas veces mejor. No hay misterio en cuanto a cómo funciona su mente. Una vez que entendemos lo que ha hecho, estamos seguros de que también podríamos haberlo hecho nosotros».*

Young pertenecía a los magos, aparentemente capaz de dirigir sus talentos a cualquier misterio que llamara su atención. Se centró en Egipto

no por ninguna innata fascinación, sino para resolver el enigma más tentador de su época. Champollion era «simplemente» un pensador brillante que se había empapado de todo lo egipcio desde su infancia. Young aspiraba resolver un puzle. Champollion quería desvelar una cultura.

171 Desde sus días de colegial, Young tomó notas de sus lecturas. A menudo escribía en latín, aunque cuando leía a autores griegos, franceses o italianos, redactaba sus notas en esas lenguas.

172 «Le había proporcionado extraordinario placer»: Glynn, Elegance in Science, p. 108.

173 «Era hijo de una extraña pareja»: Ibid., p. 42.

174 «Muy por debajo de la medianía de la vida»: Hilts, «Autobiographical Sketch», p. 248. Cerca del final de su vida, Young escribió una autobiografía que esperaba que apareciera en la Enciclopedia Británica a su muerte. Nunca lo hizo, pero en 1978 un historiador de la ciencia, Victor Hilts, publicó el libro de Young comentado.

175 «Una herencia de 10.000 libras»: Peacock, Life of Thomas Young, p. 124.

176 El mismo tío que había reprendido a Young por su gazmoñería cuando, siendo un adolescente, renunció al azúcar por ser el fruto del trabajo de esclavos.

177 Referencia en la nota a pie de página. «El mismo tío que había reprendido»: Peacock, Life of Thomas Young, p. 16.

178 «Entusiasmo, esa es la única vida»: Ray, Rosetta Stone, p. 59.

179 «Deidades ridículas» y «ritos supersticiosos»: Young, Recent Discoveries, p. 79.

180 «No somos más que hombres de Liliput»: Ray, Rosetta Stone, p. 56. La carta íntegra (en francés) está en Hermine Hartleben (ed.), Lettres et Journaux de Champollion le Jeune, tomo 2, p. 161.

181 «Los panaderos amasaban con los pies»: Heródoto, Historias, libro 2, capítulo 36. En línea en https://tinyurl.com/y4ftjero.

182 «Los dolientes se afeitaban las cejas»: Heródoto, Historias, libro 2, capítulo 66. En línea en https://tinyurl.com/y4aq6fat.

183 «Los cocodrilos se tenían como mascotas»: Heródoto, Historias, libro 2, capítulo

69. En línea en https://tinyurl.com/y4aq6fat.

184 «Hace mucho que has demostrado»: Aimé Champollion-Figeac, Les Deux Champollion, p. 90. El libro íntegro (en francés) está en línea en https://tinyurl.com/y4d6t4sg.

185 «En 1804 se casó con la señorita Eliza Maxwell»: Hilts, «Thomas Young's Autobiographical Sketch», p. 252.

186 «A algún pobre italiano o maltés»: Robinson, Cracking the Egyptian Code, p. 83.

187 «Salió de la oscuridad»: Jean Lacouture, «Champollion, a Hero of the Enlightenment», UNESCO Courier, octubre 1989. La biografía de Lacouture es Champollion: Une vie de lumières.

188 «Las investigaciones científicas son una especie de guerra»: Ray, Rosetta Stone, p. 51.

189 «Un virulento polemista»: Lacouture, «Champollion», UNESCO Courier.

190 «Un pico y unas garras»: Thompson, Wonderful Things, vol. 1, ubicación de Kindle 2395.

191 «Algún día descifraría»: Ibid., ubicación de Kindle 2130.

192 «En 1677, un viajero alemán»: Pope, Decipherment, p. 37.

193 Johann Vansleb recorrió Egipto, pero sería un error conceder demasiado crédito a sus crónicas de primera mano. Describió un pájaro «tan fuerte que algunos decían que podía levantar a un hombre en el aire», por ejemplo, y explicó con gran detalle cómo se aparean los cocodrilos, estómago con estómago. (Una vez bocarriba, son incapaces de darse la vuelta, según Vansleb; pero no todo está perdido, porque los cocodrilos son tan caballerosos como feroces). «El macho se cuida, una vez que ha cumplido con su obligación, de darle la vuelta a la hembra, temiendo a los cazadores».

194 Referencia en la nota a pie de página. «Johann Vansleb recorrió Egipto»: Johann Vansleb, The Present State of Egypt: Or, A New Relation, or Journal, of the Travels of Father Vansleb Through Egypt, pp. 49, 63. En línea en https://tinyurl.com/y6sqkdlz.

195 «Muchos eruditos creyeron que el copto y el griego»: Hamilton, The Copts and the West, p. 195.

196 «Tal vez el coleccionista más importante»: Iversen, The Myth of Egypt, p. 91.

197 «El primero en traer tablillas de arcilla»: Kramer, The Sumerians, p. 7.

198 «Dos momias que había comprado»: Iversen, The Myth of Egypt, p. 91.

199 «Me he entregado por completo al copto»: Adkins y Adkins, The Keys of Egypt, p. 87.

200 «Sueño solo en copto»: Ibid.

201 «Los sonidos de la misa en copto»: Robinson, Cracking the Egyptian Code, p. 61.

202 «Creo que hay pocos libros coptos»: Adkins y Adkins, The Keys of Egypt, p. 83.

203 «Sabía tanto»: Humphry Davy, «Characters, by Sir Humphry Davy», The Gentleman's Magazine (octubre de 1837), p. 367. En línea en https://tinyurl.com/y4fc9n8t.

204 «A los dos años»: Hilts, «Autobiographical Sketch», p. 250.

205 «Fenómeno Young»: Peacock, Life of Thomas Young, p. 118.

206 «Tan clarividente había sido Young»: Ray, Rosetta Stone, p. 41.

207 Young siempre prefirió trabajar por su cuenta, aunque ello implicara experimentar con sus propios ojos. Es imposible leer las notas de su investigación acerca de la visión sin un gesto de dolor. Para medir el tamaño de sus ojos, por ejemplo, Young despuntó los extremos de un compás y luego llevo una punta hasta el fondo del ojo y la otra hasta la parte delantera. «Con un ojo menos prominente, este método podría no haber funcionado», anotó.

208 Referencia en la nota a pie de página. «Con un ojo menos prominente»: David Atchison y W. Neil Charman, «Thomas Young's contribution to visual optics: The Bakerian lecture 'On the Mechanism of the Eye'», Journal of Vision, octubre de 2010. En línea en https://tinyurl.com/y69tymgh.

209 «La primera persona en usar la palabra energía»: Wilson, Signs and Wonders Upon Pharaoh, p. 18.

210 «Un sentimiento no muy apartado de la arrogancia»: Hilts, «Autobiographical Sketch», p. 249.

211 «Hay dos tipos de genios»: James Gleick, Genius: The Life and Science of Richard Feynman (Nueva York, Pantheon, 1992), p. 10.

CAPÍTULO DOCE

Thomas Young casi sorprendido

En 1813, Thomas Young leyó algo que llamó su atención. Como de costumbre, acometió como diversión algo que para la mayoría de la gente habría sido un trabajo hercúleo: la reseña de una obra en tres volúmenes, escrita en alemán, acerca de la historia de las lenguas, que trataba cuestiones como la relación del sánscrito con los idiomas europeos. Allí un breve pasaje destacaba. La escritura de la piedra de Rosetta. Young leyó que «podía analizarse en virtud de un alfabeto que consistía en no más de treinta letras».

Para entonces, aunque Young no lo sabía, todos los intentos de enfrentarse a la piedra de Rosetta habían fracasado. Y en mayo de 1814, un amigo le enseñó casualmente un papiro que había comprado en un viaje a Egipto. El papiro, que tenía graves daños, estaba cubierto de símbolos misteriosos. Había sido hallado en una tumba en la ciudad de Luxor[212] (conocida en la antigüedad como Tebas), dentro del sarcófago de una momia.[213] E, intrigado por la idea de un alfabeto misterioso que nadie sabía leer, Young decidió echar un vistazo a la piedra de Rosetta.

Le gustaba pasar los veranos en su casa de campo entregado al último proyecto que hubiera atraído su interés. Así que se acomodó allí provisto de una copia de las inscripciones de la piedra de Rosetta y de los trabajos en los que De Sacy y Åkerblad describían su labor. «Me dices que asombraré al mundo si descifro la inscripción»,[214] escribió a un amigo llamado Hudson Gurney. Los dos habían sido íntimos desde la infancia, y Young se confiaba a Gurney como con nadie. ¿Seguro que Gurney no había sobrestimado el reto? «Yo creo que, al contrario, lo asombroso es que nadie lo haya descifrado todavía».

Young empezó por examinar los caracteres egipcios en busca de patrones. Como sus predecesores, empezó con el texto demótico antes que con los jeroglifos. E igual que sus predecesores hizo la elección que lo abocó al fracaso de antemano.

Fue avanzando de forma metódica, con la intensa concentración que caracterizaba todas sus investigaciones. Descubrió que una secuencia de símbolos se repetía[215] «veintinueve o treinta veces», y la única palabra griega que aparecía tan a menudo era rey, que Young encontró en treinta

y siete ocasiones. Y también encontró catorce ejemplos de otra secuencia distinta en el egipcio que casaba perfectamente con las once menciones a Ptolomeo en el griego.

Young probó entonces un nuevo plan que de nuevo reflejó su enfoque metódico, casi científico. Empezó por indagar en el texto griego. El primer paso, explicó, consistió en «marcar en una línea recta los lugares en los que las palabras más características, como dios, rey, sacerdote y templo, aparecían».[216] *Provisto de la información de la distancia entre las palabras en griego y de la distancia de esas palabras con respecto al principio o al final de la inscripción, Young buscó entonces secuencias de caracteres en las otras inscripciones en torno a las posiciones donde habrían sido esperables.*

Se trataba de un trabajo meticuloso, pero incierto, pues no había forma de saber cómo funcionaba la gramática egipcia. Las palabras más importantes de una frase podían ir al principio o al final, o quizá el orden de palabras seguía alguna regla arcana. Y todo esto lo empeoraba que faltara tanto texto jeroglífico. Se podía experimentar hasta el infinito, pero nada con certeza.

Cada vez que hacía una conjetura, Young pegaba las secuencias de caracteres coincidentes en una amplia hoja de pergamino. Justo encima, añadía la palabra correspondiente en griego con su caligrafía menuda y meticulosa. Casi podemos oírlo canturrear satisfecho. «El trabajo de unos días»[217] *debería bastar para descifrarlo, escribió Young a Gurney.*

Pero no fue así. «Llevo un mes trabajando en esto», confesaba con frustración ya al final del verano, sin mucho que mostrar como resultado de sus esfuerzos. Fundamentalmente, se había limitado a redescubrir lo que Åkerblad ya había encontrado. Y esto era, protestaba Young, «una provocación intolerable».[218]

Para un hombre con un historial que estaba hecho solo de triunfos, aquello no solo resultaba irritante, sino también incomprensible. Enfrentado por una vez a un misterio que no era capaz de desvelar, Young se halló contemplando un metamisterio. ¿Cómo podían sus capacidades haberle fallado? «Las dificultades han sido mucho mayores de lo que había razones para esperar»,[219] *le dijo a Gurney con desaliento y asombro. «Y casi me sorprende que el trabajo que le he dedicado haya tenido tan escasa eficacia».*

Young escribió a De Sacy, la reconocida autoridad en lenguas antiguas. Sabía que De Sacy y después Åkerblad se habían ocupado de la piedra de Rosetta, pero eso había sido una docena de años atrás. ¿Qué había ocurrido entretanto? «Estoy deseando saber si el señor Åkerblad ha continuado con sus intentos de descifrarla».[220]

De Sacy respondió de forma tranquilizadora. Tanto él como Åkerblad

se habían dedicado a otras cosas —el misterio seguía sin resolver—, y en cualquier caso él «siempre había albergado serias dudas»[221] acerca de la afirmación de Åkerblad sobre haber hallado las bases del alfabeto demótico. Pero entonces, justo cuando Young podría haber suspirado con alivio, llegó esta nota ominosa: «Debo añadir que M. Åkerblad no es el único que se jacta de haber leído el texto egipcio de la piedra de Rosetta. M. Champollion, que acaba de publicar dos volúmenes sobre la geografía antigua de Egipto y que actualmente estudia la lengua copta, afirma haber leído la inscripción».[222]

Puede que fuera la primera vez que Young supiera del nombre de Champollion. Si Champollion había oído hablar de Young para entonces o de los rumores de que Young había empezado a ir tras la piedra de Rosetta, nadie lo sabe. Sea como fuere, las noticias de De Sacy no eran del todo exactas. En realidad, el verano de 1814 halló a Champollion tan frustrado como a Young. «No dejo de trabajar en mi inscripción de Rosetta»,[223] escribió este a un amigo. «Y los resultados no están llegando tan pronto como me habría gustado».

Entonces se produjo una extraña coincidencia. Casi al mismo tiempo que Young recibía una carta de De Sacy con noticias acerca de un descifrador francés, Champollion contactaba con Young por primera vez… por error. Champollion había escrito una carta para pedir información sobre la piedra de Rosetta. Y, como resultado de un malentendido, se acabó enviando a Young. Lo que supuso casualidad semejante a que Sherlock Holmes hubiera necesitado información sobre un caso y accidentalmente se la hubiera pedido al profesor Moriarty.

Champollion envió su carta acerca de la piedra de Rosetta al presidente de la Royal Society en Londres. Tenía en su poder dos copias de las inscripciones —le escribió—, y en ciertos lugares ambas presentaban discordancias. «Estoy convencido de que ya habría descifrado la inscripción completa si hubiera tenido delante un vaciado en escayola de la original».[224] ¿Podría la sociedad ayudarle con dicho dilema?

Pero la Royal Society no tenía nada que ver con la piedra de Rosetta. Champollion tendría que haber dirigido su carta a la Society of Antiquaries, una organización completamente distinta. Lo que sí sucedió es que la carta de Champollion llegó al secretario de la Royal Society a cargo de la correspondencia con científicos del extranjero. Y era este un científico inglés llamado Thomas Young.

De repente, Champollion se le aparece a Young por todas partes. Ya había recibido la carta de advertencia de De Sacy y luego la carta accidental de Champollion. Y entonces su amigo Gurney le escribe con noticias alarmantes. ¿Había oído Young que un francés, un tal Champollion, se estaba ocupando de la piedra de Rosetta? Young

respondió de inmediato: «Tu primera carta perturbó mi descanso con la impaciencia por conocer la obra de Champollion».[225]

Young tranquilizó a Gurney (o se tranquilizó a sí mismo) diciendo que iba por delante —él había descifrado muchas más palabras que De Sacy y Åkerblad—. Aun así, le preocupaba Champollion. Concluía su nota a Gurney pidiéndole que le enviara el libro de Champollion sobre la geografía de Egipto, y la cursiva de su petición servía para subrayar su inquietud: «No te será difícil imaginar mi impaciencia por ver lo que él ha hecho».[226]

Frustrado por la propia piedra de Rosetta, Young se vio obligado a dar un paso hacia atrás. En vez de limitarse a las inscripciones en la piedra, decidió ahondar en la escritura egipcia en general para buscar patrones o cualquier cosa que pudiera brindarle algún punto de partida.

Era la versatilidad de Young lo que primero llamaba la atención en él, pero era su mezcla de tenacidad y brillantez todoterreno lo que verdaderamente lo convertía en el «fenómeno Young». De lejos, podría parecer un diletante al aparecerse en cualquier campo. Pero sus notas y documentos evidencian la falsedad de esa impresión.

A solas, cuando nadie lo veía, entre una y otra de sus apariciones fulgurantes, Young trabajaba sin desmayo. Como muchos descifradores, poseía paciencia infinita y una excepcional memoria visual —habría sido brillante para los puzles—.[227] [228] *Young había emprendido otras labores descifradoras antes de la piedra de Rosetta, y muchas de sus aventuras habían implicado semanas enteras examinando textos borrosos y dañados en lenguas antiguas para intentar averiguar a qué letra podría haber pertenecido alguna vez un pequeño bucle o qué palabras habían casi desaparecido en el transcurso de un milenio, pasto del tiempo y los gusanos.*

Ese tipo de labor entraña una inmensa dificultad. En un caso notorio de 1904, un erudito británico publicó una muy aclamada traducción de un texto latino que acababa de ser encontrado en Bath, en Inglaterra. El texto, sobre una tablilla de plomo, era vago e incompleto, y la traducción fue celebrada como un golpe maestro de la erudición. ¡Pensemos en lo que supone haber deducido, a partir de unas pocas líneas y arañazos, letras y palabras enteras!

Noventa años después, un historiador de Oxford volvió a examinar el testimonio.[229] *La traducción original resultó completamente errónea, un ejercicio de autoengaño basado en conjeturas optimistas y suposiciones dudosas. El descifrador de 1904 había estado sosteniendo la tablilla al revés.*

Young tenía demasiado buen ojo como para cometer un error como ese. Pero siempre sucede que la labor descifradora constante implica una serie

infinita de decisiones subjetivas. Especialmente cuando se trata de escritura a mano, las pistas delatoras son tan sutiles que resulta casi imposible explicarlas con detalle, razón por la que los ordenadores aún no han podido sustituir a los descifradores humanos.

(Los profanos que se han puesto a la tarea de observar a los descifradores con la esperanza de explicar sus estrategias tienden a abandonar, más desconcertados y menos ilustrados de lo que estaban al principio. Un gran pionero en el estudio de la escritura cuneiforme, por ejemplo, tenía el truco de pegar fragmentos de tablillas de arcilla rotas. «Una tablilla determinada podía haberse roto en más de una docena de pedazos[230] que ahora se hallan aún más dispersos entre centenares de miles de fragmentos en la colección del museo», escribe su biógrafo).

Young había aprendido a asimilar incontables patrones de un modo casi subliminal. Cuando se concentró en el antiguo Egipto, empleó habilidades que había desarrollado una década antes. Había estado trabajando entonces en descifrar textos en papiro que llevaban casi destruidos desde el año 79 d. C., cuando el monte Vesubio entró en erupción y enterró Pompeya y Herculano en lava. Aquella fue una tarea desesperantemente lenta. Las hojas de papiro habían estado enterradas bajo casi cuarenta metros de ceniza, arena y lava, y el calor de la explosión las había fundido en grumos negros. Solo separar las hojas ya fue una hazaña.[231]

Young descubrió que copiar los vagos caracteres a mano, siempre tan lenta y cuidadosamente, estimulaba su memoria. «Quienes no tienen costumbre de corregir pasajes mutilados de manuscritos no pueden hacerse una idea de la inmensa ventaja que se obtiene mediante el complejo cribado de cada letra que la mente realiza involuntariamente al tiempo que la mano se ocupa de trazarla», escribió.[232]

Y ahora Young aplicó la misma técnica a montones de inscripciones egipcias de la propia piedra de Rosetta, de fragmentos de papiros sacados de Egipto por los coleccionistas, de secuencias de símbolos talladas en estatuas y de escritos que los savants habían copiado de los muros de los templos. Tales inscripciones presentaban diferentes escrituras (tanto jeroglíficas como demóticas) que hicieron la tarea de Young más difícil, si cabe; una labor casi similar a contemplar las notas manuscritas de un diario, una fotografía de señales de neón en el Strip de Las Vegas y un recorte de periódico con la florida cabecera del New York Times en letras gigantes y tener que averiguar qué símbolos casaban entre sí. Si todo el conocimiento sobre nuestro alfabeto hubiera desaparecido mucho tiempo atrás, ¿cuánto tiempo tardaríamos en ver que una t minúscula es la misma letra que T, o que y e Y son la misma, pero i y j son diferentes?

Una estrategia fue de gran ayuda para Young. Con frecuencia, los

mismos dibujos aparecían en distintos lugares; como hemos visto, la cultura egipcia fue tan profundamente conservadora que utilizó y reutilizó sus imágenes favoritas a lo largo de miles de años. Y, en algunos casos afortunados, Young encontró imágenes idénticas acompañadas de textos en diferentes escrituras. (Un equivalente moderno sería encontrar fotografías de la misma escena en un periódico americano y en otro chino, cada una con su propia leyenda).

En este punto el don de Young para el reconocimiento de patrones surtió efecto, y observó lo que nadie hasta entonces había visto. Los caracteres demóticos —algunos de ellos, al menos— mostraban un parecido demasiado estrecho como para ser coincidencia con los jeroglíficos. Fue un avance notable. La escritura demótica parece «una fila tras otra de comas agitadas»,[233] *según un egiptólogo moderno. «Su lectura es endiabladamente difícil».*

La similitud en la apariencia de los jeroglifos y la escritura demótica era real, pero sutil. (En la formulación atenuada de Young, no había una «analogía muy llamativa»[234] *entre las dos formas de escritura). Pero Young había visto la verdad, pese a todo. La escritura demótica y los jeroglifos no eran distintos alfabetos (como el romano, con su abc, y el griego, con su* αβγ*), sino dos versiones del mismo (como el alfabeto romano y el sistema de abreviaturas romano).*

«Hace ciento veinte años» en escritura abreviada.

En el verano de 1815, Young escribió de nuevo a De Sacy. De Sacy había estado buscando en vano un alfabeto egipcio. Ahora Young proponía una explicación del error. «No me sorprende que, al considerar la apariencia general de la inscripción [demótica], usted perdiera la esperanza de descubrir un alfabeto capaz de permitirnos descifrarla», comenzaba. Y luego añadía, con un estilo florido que no era típico de él: «Si desea conocer mi secreto, no es otro que este: que tal alfabeto nunca ha existido».[235]

¿Por qué fue ese anuncio tan trascendental? Porque si la escritura demótica no era alfabética, entonces estaba construida sobre una base extraña e insospechada. Y si la escritura demótica era extraña —y si los jeroglifos y la escritura demótica eran dos variaciones sobre el mismo tema—, entonces también los jeroglifos tenían algo extraño en su meollo.

Todo el mundo creía saber lo que eran los jeroglifos —verdades intemporales escritas en piedra—. Pero, si Thomas Young estaba en lo cierto, quizá esa suposición también era equivocada.

212 «Había sido hallado en una tumba»: «A Letter from W. E. Rouse Boughton to the Reverend Stephen Weston Respecting Some Egyptian Antiquities» (en Archeologia, vol. XVIII), p. 1. En línea en https://tinyurl.com/yz9l7wp4.

213 El amigo de Young, William Rouse Boughton, había comprado el papiro mientras viajaba por Egipto unos años antes. «A lo largo de 1811, tuve la fortuna de encontrar una momia», contaba Rouse Boughton. Con la momia se hallaban «algunos escritos en papiro en un perfecto estado de conservación». Rouse quedó tan satisfecho con su compra que encargó una caja de hojalata para proteger el papiro y lo envió a casa en barco. Sin embargo, las cosas no salieron bien. El precioso texto acabó, «desgraciadamente, empapado de agua salada», por mucho que Rouse Boughton observara con el mejor de los ánimos que los fragmentos «no habían perdido todo su valor».

214 «Me dices que asombraré al mundo»: Peacock, Life of Thomas Young, p. 261.

215 «Una secuencia de símbolos se repetía»: Young, «Egypt», en Miscellaneous Works of the Late Thomas Young, vol. 3, p. 130. En línea en https://tinyurl.com/y68yvwmw.

216 «Marcar en una línea recta»: Ibid., p. 132.

217 «El trabajo de unos días»: Peacock, Life of Thomas Young, p. 261.

218 «Provocación intolerable»: Ibid.

219 «Las dificultades han sido mucho mayores»: Ibid., p. 264.

220 «Estoy deseando saber»: Solé y Valbelle, Rosetta Stone, p. 65.

221 «Siempre había albergado serias dudas»: Wood, Thomas Young, p. 211.

222 «Debo añadir»: Ibid.

223 «No dejo de trabajar»: Robinson, Cracking the Egyptian Code, p. 76.

224 «Estoy convencido de que ya habría»: Ibid., p. 84. Young cuenta la historia de la carta accidental en sus Recent Discoveries, 40. En línea en https://tinyurl.com/y6p2q8t4.

225 «Tu primera carta perturbó mi descanso»: Peacock, Life of Thomas Young, p. 262.

226 «No te será difícil imaginar mi impaciencia»: Ibid., p. 264.

227 Un colega del gran descifrador Michael Ventris —conoceremos a Ventris en el capítulo quince— se admiraba de que Ventris se hubiera «familiarizado tanto con los aspectos visuales de los textos que enormes secciones habían quedado impresas en su mente como meros patrones visuales mucho antes de que descifrarlos les hubiera dado sentido».

228 Referencia en la nota a pie de página. «Un colega del gran descifrador Ventris»: Chadwick, Decipherment of Linear B, p. 4.

229 «Noventa años después, un historiador de Oxford»: Charlotte Higgins, «How to Decode an Ancient Roman's Handwriting», New Yorker, 1 de mayo, 2017.

230 «Una docena de pedazos»: Damrosch, Buried Book, p. 30.

231 «Solo separar las hojas»: Tyndall, Thomas Young, p. 23. Una conferencia dictada en la Real Institucion de Gran Bretaña en 1886 por el físico John Tyndall. En línea en https://tinyurl.com/y2rhqkmz.

232 «Quienes no tienen costumbre»: Robinson, Cracking the Egyptian Code, p. 86.

233 «Una fila tras otra de comas agitadas»: Mertz, Red Land, Black Land, p. 132.

234 «Analogía muy llamativa»: La observación aparece en «Egypt», el artículo de Young de 1819 en la Enciclopedia británica, p. 135. En línea en https://tinyurl.com/y3h7o7bv.

235 «Si desea conocer mi secreto»: Robinson, Cracking the Egyptian Code, p. 89.

CAPÍTULO TRECE

Arquímedes en su bañera, Thomas Young en su casa de campo

Todo robo de diamantes, todo asalto a un banco, toda huida de una cárcel depende del descubrimiento de alguna vulnerabilidad, por pequeña que sea. Quizá el rincón de un pasillo que no alcanzan las cámaras de seguridad o un guardia con un problema con la bebida.

Para criptógrafos, descifradores e investigadores de toda clase, el juego empieza por encontrar no necesariamente una debilidad, pero sí una rareza, una pieza de puzle que siempre sobresale. La pista de aspecto más inofensivo puede llevar a una mina de oro. Los nazis creían que su código Enigma era indescifrable; casi lo era, salvo por un fallo. El código Enigma tomaba las letras de un mensaje y, usando una receta secreta, las cambiaba por otras (una a podía convertirse en una p, por ejemplo). El fallo estaba en que la receta nunca permitía que una letra permaneciera inalterada (que una a pudiera seguir siendo una a). Y ese pequeño fallo ayudó a derrotar a Hitler.

A veces el primer paso es solo cuestión de detectar algo extraño. El caso Watergate empezó cuando un guardia de seguridad se fijó en una puerta con un trozo de cinta sobre el pestillo para mantenerla abierta. La historia de la penicilina empezó cuando un científico volvió de vacaciones y miró en las placas de Petri en las que había estado cultivando bacterias. Varias de las placas se habían contaminado de los hongos y el moho proveniente de alguna parte. Pero en una de las placas había algo extraño: ¡alrededor del moho recién llegado había una mancha nítida donde ninguna bacteria había sobrevivido! Y Alexander Fleming, un inglés siempre tan sutil, no exclamó «¡eureka!», sino que se limitó a murmurar «qué curioso».[236] [237] [238]

Las pistas cruciales pueden ser incluso más pequeñas. Hace un par de años, un escándalo relacionado con las admisiones universitarias saltó cuando alguien se dio cuenta de que en un trabajo supuestamente escrito por un estudiante de secundaria había dos espacios (en lugar de uno) tras cada punto. Ninguna persona joven haría tal cosa; dos espacios eran un indicio seguro de algún progenitor sobreprotector que hubiera aprendido a escribir a máquina. «Es en lo insignificante donde puede hallarse lo

considerable»,[239] observó una vez el escritor y director de teatro Jonathan Miller.

Pero descubrir un punto de partida puede requerir un examen infinito. Todo aficionado a los crucigramas conoce la sensación de desaliento que se tiene al leer las mismas pistas una y otra vez en busca de una respuesta verosímil. Thomas Young, para encontrar un punto de apoyo para su asalto a los jeroglifos, tuvo que esforzarse y tropezar. Y, cuando el avance finalmente llegó, lo hizo sin anunciarse y de la forma más inesperada.

En el verano de 1816, Young leyó por casualidad un artículo de una revista que explicaba los rudimentos de la escritura en chino. «El artículo sobre el chino es de Barrow, secretario del Almirantazgo»,[240] escribió Young a Hudson Gurney, que se mostraba «de todo punto entusiasmado» con lo que había aprendido. Nunca había pensado en aquella «lengua única», y «no tenía idea de su naturaleza hasta ahora».

Funcionario de toda una vida —Barrow no dejó su trabajo hasta los ochenta y un años, momento en el cual le entregaron su antiguo escritorio como regalo de jubilación—, parecía un hombre anodino sin nada memorable en él. No lo era. Era un hombre de formidable talento y curiosidad casi tan vasta como la de Young. Oficialmente, era el vicesecretario del Almirantazgo británico, lo que implicaba que contribuía a dar forma a la política de la armada real británica, pero en realidad era un habilidoso e innovador solucionador de problemas con el que siempre se podía contar cuando todo el mundo había tirado la toalla.

Cuando los británicos intentaban decidir dónde alojar con seguridad a Napoléon tras Waterloo, fue John Barrow quien propuso que fuera exiliado a Santa Helena, una de las islas más remotas de la tierra. Cuando un editor se quedó sin ideas para una colección de libros sobre historia naval, fue Barrow quien indagó en los archivos oficiales y escribió una historia fidedigna llamada Motín y captura por piratas del buque de Su Majestad Bounty.

Había aprendido chino de joven, durante una época en que ejerció de tutor de un niño prodigio que hablaba cinco idiomas. (Cuando llegaron al chino, discípulo y tutor habían intercambiado sus papeles). Una década después, en 1793, Barrow acompañó como intérprete al embajador británico en un funesto viaje a China. El embajador llegó con obsequios que pretendían sorprender al emperador con las maravillas de la tecnología británica[241] —telescopios, rifles y pistolas suntuosamente decorados, un globo aerostático provisto de un piloto—, pero los chinos despacharon a los visitantes y a sus obsequios por igual. «Nunca hemos apreciado los artículos ingeniosos,[242] y no tenemos la menor necesidad de los productos de vuestro país», dijeron. Tampoco, si vamos al caso, tenía el emperador la menor necesidad de un embajador. Tal visitante no estaba

«en armonía con las regulaciones del Celeste Imperio».

Los británicos se volvieron por donde habían venido, pero la fascinación de Barrow por todo lo chino al fin encontró un público receptivo en Thomas Young. Mientras leía a Barrow, a Young se le ocurrió que el sistema de escritura chino, con sus millares de caracteres, podía servir para cualquier tarea menos una.

¿Cómo escribir un nombre extranjero en chino? Napoleón, por ejemplo. No hay problema en traducir las palabras comunes al chino —la lengua china posee palabras para casa, pato y cesto, y no hay dificultad en escribirlas. Pero el chino no tiene una palabra para Napoleón. ¿Por qué iba a tenerla?

Young averiguó que la solución china era bastante simple. Para escribir un nombre extranjero en chino, se escogían los caracteres que tenían los sonidos apropiados ignorando su significado. Algo parecido a lo que nosotros hacemos al deletrear con palabras como whisky. Igual que alguien llamado Wood que intentara deletrear su apellido en una llamada telefónica recurriría a decir que es: «W de whisky, o de Óscar, o de Óscar, d de delta». A nadie le importa lo que whisky signifique.

Y de este modo, al fin, Young tuvo su punto de partida. Sabía que nombres propios no egipcios —el más destacado, Ptolomeo— aparecían por todo el texto griego de la piedra de Rosetta. Y sabía que la inscripción jeroglífica era una traducción del griego. Ello significaba que nombres como Ptolomeo tenían que estar ocultos por todo el texto jeroglífico también, igual que pepitas de oro en el lecho de un río.

Si podía encontrar esos nombres extranjeros, y si los egipcios habían encontrado la misma solución que los chinos —como Young fervientemente esperaba—, pronto podría leer un puñado de nombres escritos con jeroglifos. Esos serían los primeros jeroglifos que revelarían su significado en quince siglos.

Y no solo eso; Young habría dado los primeros pasos para resucitar los sonidos del egipcio, pues Ptolomeo, Alejandro y otros nombres presumiblemente sonarían más o menos igual en cada lengua.

Young se lanzó de cabeza. ¿Dónde buscar nombres? En las catorce líneas de jeroglifos de la piedra de Rosetta, se centró en media docena de óvalos que encerraban varios jeroglifos cada uno. ¿Serían especiales, tal vez, aquellos óvalos? Los savants del ejército de Napoleón se habían fijado en ellos también —los llamaron cartouches [cartuchos] en francés, por su parecido con los cartuchos de rifle—, pero no habían sabido qué hacer con ellos.

Tres de los cartuchos de la piedra de Rosetta eran idénticos, y los otros tres empezaban igual que los otros y luego añadían varios símbolos más.[243]

الاستهلاك

الاستهلاك والادخار

Young supuso que los cartuchos desempeñaban un doble papel. En primer lugar, indicaban que los jeroglifos que rodeaban eran importantes de alguna forma (igual que la cursiva y la negrita nos dicen que prestemos particular atención a ciertas palabras). En segundo lugar, comportaban instrucciones para tantear sus jeroglifos fonéticamente.

Los cartuchos eran el elemento más llamativo de la sección jeroglífica de la piedra de Rosetta, y el nombre del rey era el elemento sobresaliente de la sección griega. ¿Qué podía ser más lógico que el hecho de que los jeroglifos en los cartuchos deletrearan el nombre de Ptolomeo (o, como se escribía en griego, Ptolemaios)?

El número de letras de Ptolemaios coincidía —o coincidía con leves diferencias— con el número de jeroglifos del cartucho. (En griego, cada letra tiene un sonido individual; no hay letras mudas. Los hablantes de griego pronunciaban la P en Ptolomeo). Pero los jeroglifos presentaban un reto tras otro. Cuando un jeroglífico aparecía encima de otro, ¿eran dos signos separados? Y, si era así, ¿cuál venía primero? ¿O acaso eran dos partes de un único símbolo? ¿Se leían los jeroglifos de izquierda a derecha, o de derecha a izquierda? Young hizo la misma suposición que Zoëga, el lingüista danés, antes que él: las figuras de perfil miraban hacia el principio de la línea, como diciéndonos dónde empezar a leer.

Y sin otra elección que confiar en estar en lo cierto, Young puso manos a la obra. Si Ptolemaios se correspondía con los jeroglifos del primer cartucho empezando por arriba, se podía construir una tabla de sonidos coincidentes del griego y los dibujos egipcios:

Y allí estaba un nombre, Ptolomeo, escrito con jeroglifos. La piedra de Rosetta llevaba muda casi dos mil años. Thomas Young se había acercado a ella y la había oído hablar al fin.

La secuencia más larga del segundo cartucho (página anterior) podía referirse a Ptolomeo con un título honorario añadido al final —aventuro—. Tal vez se leyera «el gran Ptolomeo» o algo por el estilo.

Pese a lo prometedoras que parecían, lo cierto es que tales conjeturas podían resultar simples quimeras. Si el destino hubiera sido más generoso, el camino que Young tenía por delante habría sido más fácil. Si la piedra de Rosetta hubiera estado intacta, por ejemplo, podría haber contado los Ptolomeos del texto griego y los cartuchos en los jeroglifos y ver si el número coincidía. Pero la piedra estaba rota. También, de lo contrario, Young podría haber encontrado cartuchos que deletreaban nombres distintos del de Ptolomeo. Pero los seis cartuchos eran casi idénticos.

Si todo el conocimiento sobre la gramática y el vocabulario del egipcio no se hubiera perdido milenios antes de que él llegara, Young podría haber leído las primeras palabras de una frase griega y compararlas con las correspondientes de otra egipcia. Pero ¿quién podía saber siquiera si ambas lenguas empleaban el mismo orden de palabras? Y, por si fuera poco, los jeroglifos se presentaban sin solución de continuidad. ¿Cómo distinguir palabras individuales y mucho menos deducir nada sobre su sintaxis y estructura?

Con todo, la intuición de Young de que el cartucho de la piedra de Rosetta contenía el nombre de Ptolomeo era más acertada de lo que sabía. En el antiguo Egipto, la forma oval del cartucho contaba su propia historia. Un cartucho representaba una cuerda con los extremos unidos. Ese círculo infinito representaba el sol en su trayectoria alrededor del cielo; y, al rodear el nombre del faraón, el cartucho servía de recordatorio de que su reino se extendía hasta los últimos confines a los que llegaba el sol. Según los historiadores Lesley y Roy Adkins, la imagen, para los antiguos egipcios, era el equivalente a nuestro «¡Larga vida al rey!».[244]

Lo sabemos porque, finalmente, los egiptólogos lograron leer los textos que lo decían. Es fácil imaginar generaciones futuras que ignoran por completo los símbolos que nosotros damos por sentados. ¿Descubrirán los arqueólogos de los siglos venideros que una bombilla sobre la cabeza de alguien significó una vez «eureka»?

La estrategia de empezar por los nombres propios extranjeros al intentar descifrar una lengua desconocida parece casi obvia a posteriori. Ese es a menudo el destino de las buenas ideas, que pierden su lustre (como los trucos de magia) desde el momento en que son explicados.

Hoy en día empezar por los nombres propios es la práctica estándar de los descifradores. Los nombres propios poseen un carácter especial, tanto si

se refieren a personas como a lugares. Al movernos entre lenguas, no hay razón para que los nombres comunes que significan lo mismo se parezcan. House, maison y casa son diferentes, y nada tiene de extraño. Pero los nombres Albert Einstein y Ámsterdam se parecerán en el New York Times, en Le Monde o en El Mundo.

Incluso donde los alfabetos son diferentes, un nombre propio puede ofrecer al descifrador alguna pista. En ruso, Albert Einstein es Альберт Эйнштейн*; Lev Tolstoi es* Лев Толстой*. La brillante idea de Young fue que, incluso cuando estamos ante alfabetos no solo distintos, sino completamente diferentes, como el chino o el egipcio, los nombres propios pueden seguir ofreciendo un punto de partida.*

Young parece haber llegado a la conclusión por sí solo, y sin duda fue el primero en aplicarlo a la piedra de Rosetta, pero otros lo habían pensado antes que él. Champollion había descubierto la importancia de los nombres propios media docena de años antes, en 1810, y sin el rodeo chino. Como una simple cuestión de lógica, había observado que, si los egipcios tenían un modo de emplear los jeroglifos para escribir nombres extranjeros, entonces los jeroglifos tenían que corresponderse con sonidos. Pero en ese momento pasó a dedicarse a otros temas.

El primero en señalar el valor de los nombres propios para descifrar lenguas antiguas fue Gottfried Leibniz, uno de los genios más abrumadores de la historia (y gran rival de Isaac Newton). Fue en 1714, todo un siglo antes de Young, pero Leibniz siempre avanzó kilómetros por delante de todo el mundo. Fue el primero en concebir el ordenador, por ejemplo, pese a vivir en un mundo sin electricidad.

En cualquier caso, Leibniz fue una especie de Young avanzado a su tiempo —ambos hombres son objeto de sendas biografías tituladas El último hombre que lo supo todo— y no es de extrañar que sus pensamientos discurrieran por caminos similares.[245] *(La figura de Leibniz era tan abrumadora que incluso acobardaba a pensadores sumamente capaces cuando contemplaban sus habilidades. «Cuando uno […] compara sus pequeños talentos con los de Leibniz, siente la tentación de tirar sus propios libros e irse a morir tranquilamente a las profundidades de algún oscuro rincón»,*[246] *escribió Denis Diderot, el filósofo y poeta que había compilado una enciclopedia de todo el conocimiento humano).*

Leibniz tuvo una larga obsesión con el diseño de una lengua universal. También la albergaron otros muchos filósofos de su tiempo, todos ellos inspirados por los triunfos de la revolución científica. Una flecha disparada al aire en China describía el mismo arco que en Inglaterra. Eso no era nuevo; lo maravilloso era que un matemático chino y uno inglés pudieran describir ese arco con la misma ecuación usando los mismos símbolos matemáticos. Y no había duda de que, si un lenguaje

matemático recién inventado podía describir la infinidad de las maravillas del mundo natural, una lengua elegante e ilustrada podía sustituir la cacofonía que desde Babel había atormentado al mundo.

De ahí la fascinación por los jeroglifos egipcios, que, a juicio de Leibniz y sus contemporáneos, representaban un temprano intento de capturar profundas verdades en símbolos universales. Fue al reflexionar sobre la naturaleza de tal lengua universal cuando Leibniz concibió la idea de descifrar los nombres extranjeros. Pero Leibniz no tenía la piedra de Rosetta.

Young, sí, y su lectura de Ptolomeo resultó correcta. Era solo una palabra, pero durante quince siglos no había habido ninguna. De una palabra a una lengua completa hay una vasta distancia. Pero la que hay de cero a una es mucho mayor, y Young había tendido un puente sobre ese abismo.

236 De no haber sido por otro golpe de suerte, la carrera como investigador de Alexander Fleming podría no haber empezado nunca. Dio la casualidad de que Fleming tenía puntería con el rifle. Tras la facultad de Medicina, había tenido el propósito de hacer carrera como cirujano. Pero un hospital con un programa de investigación contaba con un club de rifle y captó a Fleming por su destreza como tirador. Permanecería en el St. Mary's Hospital de Londres durante toda su carrera.

237 «Qué curioso»: Kevin Brown, Penicillin Man: Alexander Fleming and the Antibiotic Revolution (Stroud, Gloucestershire, UK, The History Press, 2017), p. 2.

238 Referencia en la nota a pie de página. «Dio la casualidad de que Fleming tenía buena puntería con el rifle»: Siang Yong Tan e Yvonne Tatsumura, «Alexander Fleming (1881-1955): Discoverer of Penicillin», Singapore Medical Journal 56, n.º 7 (julio de 2015). En línea en https://tinyurl.com/mytskgr.

239 «Es en lo insignificante»: Nicholas Wroe, «Jonathan Miller: A Man of Many Talents», Guardian, 9 de enero, 2009.

240 «El artículo sobre el chino es de Barrow»: Peacock, Life of Thomas Young, p. 272fn.

241 «El embajador llegó con obsequios»: Fleming se ocupa brevemente de la desafortunada visita en Barrow's Boys. Alain Peyrefitte proporciona una completa y fascinante perspectiva de las culturas británica y china en colisión en The Immobile Empire (Nueva York, Vintage, 2013).

242 «Nunca hemos apreciado los artículos ingeniosos»: Fleming, Barrow's Boys, p. 4.

243 Por mayor conveniencia, los cartuchos están dibujados para ser leídos de izquierda a derecha. Los originales se leían de derecha a izquierda, pero eso hacía más difícil la comparación entre el griego y nuestra lengua.

244 «¡Larga vida al rey!»: Adkins y Adkins, Keys of Egypt, p. 294.

245 «El último hombre que lo supo todo»: Las dos biografías son The Last Man Who Knew Everything: Thomas Young, the Anonymous Polymath Who Proved Newton Wrong, Cured the Sick and Deciphered the Rosetta Stone, de Andrew Robinson, y The Last Man Who Knew Everything de Mike Hockney. Robinson es un brillante escritor, y hemos recurrido repetidamente a su biografía y al resto de sus maravillosos libros sobre la piedra de Rosetta, el lenguaje y la escritura.

246 «Cuando uno […] compara sus pequeños talentos»: Matthew Stewart, The Courtier and the Heretic: Leibniz, Spinoza, and the Fate of God in the Modern World (Nueva York, Norton, 2007), p. 12.

CAPÍTULO CATORCE

Por delante

Entre alrededor de 1814 y alrededor de 1820, Young tuvo la piedra de Rosetta en gran parte para él solo. Fueron malos años para Champollion. Su salud nunca había sido buena —durante toda su vida sufrió impredecibles episodios de mareos, fiebre, desmayos y ataques de tos que casi le hacían imposible respirar— y últimamente las cosas empeoraron. Entretanto, la caída de Napoleón significó el regreso de la monarquía francesa y nuevas oportunidades para aquellos a favor del antiguo régimen. No eran buenas noticias para los antimonárquicos como Champollion.

Desalentado y en la ruina, confesaba sus temores a su hermano en una carta escrita en 1814. «Mi destino es claro […] intentaré comprarme un barril [para vivir en él] como Diógenes […]. Estoy convencido de que nací en mala hora y de que nada que yo desee prosperará jamás».[247]

En 1816, ambos hermanos fueron despedidos de su trabajo en la Universidad de Grenoble sobre fundamentos de desconfianza política y condenados al exilio interior de su lugar de nacimiento, Figeac. Desolado, Champollion contempló la idea de abandonar la vida académica y dedicarse al derecho. «Tú me dirás que es lo mismo que si un sacerdote se hiciera molinero»,[248] *le dijo a su hermano. «Pero ¿qué importa eso si el sacerdote no ha comido y tienen harina en el molino?».*

Pero, a pesar de todo, Champollion no perdió de vista su objetivo. Durante todo aquel periodo de desánimo siguió concentrado en estudiar copto con la firme convicción de que algún día resultaría la clave para los jeroglifos. «Cada día mi diccionario copto se hace más grueso»,[249] *escribió en 1816. «El autor, entretanto, adelgaza».*

Mientras, Young avanzaba, aunque los cartuchos de Ptolomeo fueran los únicos de la piedra de Rosetta. Sobre todo, se apoyó en su don para el reconocimiento de patrones buscando secuencias de jeroglifos que parecieran coincidir con palabras recurrentes en griego. El texto griego se refería una y otra vez a palabras como rey, día, mes y dios, y Young encontró jeroglifos o breves secuencias de jeroglifos en los lugares apropiados.

Con el propósito de descifrar los jeroglifos en general, y no solo los de la

piedra de Rosetta, Young siguió reuniendo toda clase de inscripciones. Descubrió símbolos que parecían corresponderse con uno, dos y diez. Se dio cuenta también de que algunos cartuchos tenían el mismo par de jeroglifos al final —un semicírculo sobre un óvalo— y aventuró que se trataba de un signo femenino, que tal vez indicara una reina o una diosa.

La mayoría de estas conjeturas resultaron correctas, pero es importante tener presente que encontrar coincidencias no es lo mismo que leer. Young se las había arreglado para identificar ciertas secuencias de jeroglifos, pero el principio tras ellos seguía eludiéndolo. Igual que un bebé hoy podría aprender a reconocer la palabra perro (quizá porque apareciera bajo imágenes de perros en sus libros) aunque desconociera cómo suenan sus letras.

Young encontró la palabra faraón en los jeroglifos, por ejemplo, pero no sabía que la había encontrado. Él creía que había encontrado la palabra templo o tal vez casa grande. Y, desde luego, así era. Pero no sabía que el primer símbolo significaba grande, y no tenía la menor idea de que se pronunciaba per, como tampoco sabía que el segundo significa casa y se pronunciaba aa. Tampoco podía saber que los egipcios se referían al rey como la «gran casa» —la per-aa, o faraón —del mismo modo que nosotros podemos decir «la Casa Blanca anunció…» cuando queremos decir «el presidente anunció…».

Young erró a veces. En un cartucho del templo de Karnak, en Tebas, se convenció de haber encontrado el nombre de una reina, Berenice. El templo tenía inscripciones en griego y en jeroglifos, y Young también había descubierto el nombre de Ptolomeo en griego. (Si bien no se trataba del Ptolomeo de la piedra de Rosetta, que era Ptolomeo V, sino de un ancestro suyo, Ptolomeo I).[250 251]

Young vio, además, dos cartuchos con jeroglifos. Y los jeroglifos de uno de ellos coincidían con los jeroglifos de Ptolomeo en la piedra de Rosetta.

Eso era justo lo que Young deseaba y esperaba. Quedaba el segundo cartucho, que contenía una secuencia de media docena de jeroglifos. Los dos últimos símbolos eran el semicírculo y el óvalo que Young ya había identificado como reina.

Allí, así pues, había dos cartuchos, uno para Ptolomeo y el otro para su reina. Young sabía por los antiguos textos griegos que Ptolomeo I se había casado con una noble macedonia llamada Berenike (a veces escrito Berenice). Dos cartuchos, dos nombres nobles. Las piezas de un puzle rara vez encajan tan bien.

Berenike no era Cleopatra, pero era, para los estándares de la antigüedad, una celebridad. Ptolomeo y ella habían sido representados en una moneda, y el poeta griego Teócrito, que vivió alrededor del 270 a. C., había cantado a la «hermosa Berenike» y a la «célebre Berenike». Era esta, según Teócrito, la mejor de las esposas. «Jamás mujer alguna dio a un hombre tanto gozo como halló Ptolomeo en el amor de aquella esposa suya».[252]

Pero lo mejor de todo, desde el punto de vista de Young, es que Berenike era un nombre extranjero. Ello implicaba que podía aplicarse el truco de los jeroglifos que servían para deletrear. (Young suponía que los nombres de los faraones egipcios autóctonos se escribían con jeroglifos también, pero pensaba que esos jeroglifos representaban ideas y no sonidos. Su noción era que los jeroglifos-idea tenían significados que no se correspondían con sonidos, más o menos del modo en que un emoticono de cara sonriente o una calavera y unas tibias funcionan para nosotros).

Young ya había leído un nombre regio, Ptolomeo. Ahora añadiría otro nombre a su colección junto con varios jeroglifos nuevos.

Desafortunadamente, Berenike casi no tenía sonidos en común con Ptolomeo, y Young tuvo que empezar desde cero. Era como completar un crucigrama en una nueva parte del puzle de la que no había respuestas en intersección de las que partir.

El primer jeroglifo en el cartucho de Berenike parecía una especie de recipiente. El corazón de Young empezó a latir con fuerza porque la palabra copta para cesto era bir, que sonaba como el principio del nombre de Berenike. ¿Serían los jeroglifos una especie de pictograma? Un jeroglifo próximo al final de la secuencia, justo antes del semicírculo sobre el óvalo, era un pájaro. Young supuso que era un ganso y observó que, según algunas fuentes, la palabra copta para ganso empezaba por k.

Provisto del primer y el último sonido de Berenike ahora, Young avanzó, asignando los jeroglifos intermedios del cartucho a las letras intermedias del nombre de Berenike (y descartando una discordancia como «superflua»).[253]

No era hacer trampas del todo, pero sí un castillo en el aire. El más

ferviente defensor del doctor Young,[254] *un biógrafo del siglo diecinueve, escribió: «He de admitir que este análisis […] era más imputable a su inventiva que a su criterio».*

El problema era que el cesto resultó ser un incensario y el ganso un águila. (La confusión de las aves no fue culpa de Young. Había sido víctima de algo equivalente a una errata; pues la persona que copió la inscripción había dibujado un ganso donde en el original había un águila).

Young había tropezado con la respuesta correcta —el nombre en el cartucho era en verdad Berenike—, pero fue como si un policía que persigue a un sospechoso en una furgoneta roja ordenara detenerse en el arcén a un deportivo amarillo y, por casualidad, se encontrara al ladrón que estaba siguiendo.

Cometer un error no era ningún escándalo. Todo descifrador se equivoca incontables veces. (Incluso los crucigramistas utilizan lápiz en lugar de tinta). Y los aciertos de Young fueron mucho más numerosos que sus pasos en falso.

Muchos fueron tan sutiles que impresiona que los descubriera, y mucho más de forma tan temprana en su carrera de descifrador. Young vio, por ejemplo, no solo que los jeroglifos del semicírculo y el óvalo expresaban información —esto es el nombre de una mujer—, sino que el enfoque egipcio era diferente del empleado en arcaísmos nuestros como actriz y poetisa.

En el egipcio, los símbolos no eran parte de la palabra que los predecía y no se pronunciaban. (Tampoco había ninguna indicación del tipo de un subrayado o un acento que los distinguiera de los jeroglifos ordinarios). El lector simplemente observaba la información expresada por los símbolos más o menos de la manera general en que un lector moderno se fijaría en las cursivas de Chicago y sabría que es una referencia a una película y no a una ciudad.

El enfoque de Young sobre la labor descifradora fue tan importante como sus propios avances. En manos de todos sus predecesores, la «traducción» había sido un todo vale donde cualquier secuencia de jeroglifos podía revelar cualquier significado. Descifrar jeroglifos era un ejercicio sin reglas y sin límites, como encontrar formas en las nubes. «¿Ves allí esa nube que casi parece un camello?», pregunta Hamlet para burlarse de Polonio antes de obligarlo a reconocer que, bien pensado, se parece más bien a «una comadreja» o quizá a «una ballena». Pero la estrategia para resolver el puzle de Young se basaba en conjeturas específicas que podían ponerse a prueba sin limitarse a ser aceptadas como cuestión de fe.

Y, sobre todo, Young había hecho un descubrimiento conceptual. Al

descifrar Ptolomeo en la piedra de Rosetta, había demostrado que los jeroglifos a veces representan sonidos.

Y esa sencilla afirmación tenía enormes implicaciones. Si los jeroglifos eran sonidos, entonces no eran ideas. Lo que significaba que todas las autoridades a lo largo de quince siglos se habían equivocado.

Era un enorme paso hacia delante, pero Young siguió centrado por completo en los nombres propios —más que en las palabras— y, sobre todo, en los nombres extranjeros. Tenía aún que considerar una posibilidad más asombrosa y mucho más amplia. ¿Utilizarían también los antiguos egipcios jeroglifos para deletrear palabras comunes egipcias? En tal caso, los leones, pájaros y serpientes habrían servido como herramientas cotidianas para escribir palabras comunes y no como instrumental exótico empleado solo en casos excepcionales que implicaban nombres de gobernantes extranjeros.

A posteriori, el paso de los nombres propios a las palabras comunes parece un paso muy pequeño. En su momento exigió un gran salto mental. Aun siendo los genios que eran, ni Young ni Champollion vieron entonces su oportunidad. Ninguno de los dos vio lo cerca que estaba de deletrear palabras. Si se puede deletrear una palabra hoy, entonces quizá mañana puedan deletrearse varias. Y, finalmente, si todo va bien, se pueden deletrear muchas más. Se puede resucitar una lengua muerta.

Casi se habían tropezado con el botín, pero todavía nadie lo había visto.

En diciembre de 1819, Young presentó sus hallazgos en un importante artículo para la Enciclopedia británica titulado «Egipto». La Enciclopedia británica de la época poseía un inmenso prestigio, con escritores tan prominentes como sir Walter Scott (que escribió el artículo titulado «Caballería») o John Stuart Mill («Gobierno»). Young prefirió escribir de forma anónima, aunque le dijo a su amigo Gurney de su artículo que «todo aquel cuya aprobación mereciera la pena sabría quién era el autor».[255]

Abordó allí la piedra de Rosetta, explicó los cartuchos y la importancia de los nombres extranjeros, hizo el relato de cómo había descifrado Ptolomeo y Berenice y enumeró los jeroglifos que había logrado hacer coincidir con sonidos.

El artículo de la Enciclopedia británica sirvió de hito, y dejó a Young muy por delante de cualquier rival. «Young había superado con creces todo lo que Champollion había publicado hasta entonces sobre los jeroglifos (que era prácticamente nada)»,[256] *escriben los egiptólogos Lesley y Roy Adkins. «Y pareció que con semejante ventaja nadie podría adelantarlo».*

247 «Mi destino es claro»: Adkins y Adkins, Keys of Egypt, p. 109.

248 «Tú me dirás que es lo mismo que si un sacerdote»: Ibid., p. 134. La cita aparece por primera vez en Aimé Champollion-Figeac, Les Deux Champollion, p. 88. El libro íntegro (en francés) está en línea en https://tinyurl.com/y4d6t4sg.

249 «Cada día mi diccionario copto se hace más grueso»: Ceram, Gods, Graves, and Scholars, p. 115.

250 Ptolomeo I aparece en una de las anécdotas más famosas de la historia de la ciencia. Euclides, el padre de la geometría, enseñó matemáticas en Alejandría durante el reinado de Ptolomeo. Frustrado por no ser capaz de comprender los teoremas y argumentos de la obra maestra de Euclides, los Elementos, Ptolomeo preguntó si había alguna manera más fácil de entederlos. «No hay un camino de reyes para la geometría», respondió Euclides a su soberano.

251 Referencia en la nota a pie de página. «No hay un camino de reyes para la geometría»: La anécdota es antigua y parece haber surgido por primera vez en una historia de las matemáticas escrita por el filósofo griego Proclo alrededor del año 400 d. C. Véase Glenn Morrow (ed.), Proclo: A Commentary on the First Book of Euclid's Elements (Princeton, NJ, Princeton University Press, 1970), p. 57. En línea en https://tinyurl.com/y5nvv97q.

252 «Jamás mujer alguna dio a un hombre tanto gozo»: Es el Idilio 17 de Teócrito. En línea en https://tinyurl.com/y2lryxwh.

253 «Descartando una discordancia como superflua»: Young, «Egypt», en Miscellaneous Works of the Late Thomas Young, vol. 3, p. 159. En línea en https://tinyurl.com/y68yvwmw.

254 «El más ferviente defensor del doctor Young»: Peacock, Life of Thomas Young, p. 314.

255 «Todo aquel cuya aprobación mereciera la pena»: Ibid., p. 254.

256 «Young había superado con creces»: Adkins y Adkins, Keys of Egypt, p. 154.

CAPÍTULO QUINCE

Perdidos en el laberinto

Thomas Young daba la impresión de no sudar jamás —un compañero de la universidad se admiraba de que «no tuviera libros apilados en el suelo,[257] ni papeles esparcidos sobre la mesa, y su habitación tuviera la apariencia de pertenecer a alguien indolente»—, pero en realidad trabajaba ininterrumpida y rigurosamente. Una placa en su honor en la abadía de Westminster enumera una lista de logros y afirma con razón que Young «soportó el trabajo continuo».[258]

Pero incluso los descifradores de más talento se pasaron la mayor parte del tiempo en el desánimo y la frustración, vagando en la oscuridad y aun así convencidos de que había pistas cruciales ocultas muy cerca. Vivir en ese infierno entre la esperanza y la desesperación, atrapado en ese estar a punto sin acabar nunca de llegar, resulta emocionante, pero enloquecedor. «No desesperes con el texto egipcio»,[259] le escribió su hermano a Champollion en 1804, tras el fracaso de sus primeros intentos con la piedra de Rosetta. Si podía descifrar solo una pequeña parte del puzle, todo se desvelaría al final. «Una letra te llevará a una palabra, una palabra a una frase, y una frase a todo lo demás, de modo que todo está más o menos en una sola letra».

Así que no puedes pararte a descansar.

La obsesión es clave. Uno de los más brillantes descifradores que han existido, un inglés llamado Michael Ventris, desempeñó el papel protagonista en el triunfo lingüístico tal vez más abrumador de todos. En la década de 1950, sin ayuda de nada parecido a la piedra de Rosetta, Ventris descifró el lineal B. Era la forma más antigua conocida del griego, de unos mil años antes de la época de Sócrates y Platón. Si la guerra de Troya realmente sucedió —los arqueólogos nunca se han puesto de acuerdo en la respuesta— el lineal B podría haber sido testimonio de la lengua en la que hablaron Ulises y Aquiles.

Los primeros textos de lineal B se descubrieron en Creta. La isla natal, al menos según el mito, del rey Minos y el laberinto que devoraba hombres con el Minotauro en su centro. Para todos los expertos en labores descifradoras y en la criptografía, la historia del laberinto tiene dentro de sí un valor especial. Según el mito, la hija de Minos, Ariadna, entregó a

Teseo un rollo de cuerda —clewe, en inglés medio— para, después de haber dado muerte al Minotauro, poder encontrar la salida del laberinto. Finalmente, la palabra clewe se convertiría en clue [pista] conservando su sentido original de pista para revelar un misterio. Y su uso está tan profundamente arraigado en la lengua que hasta hoy seguimos hablando de «seguir el hilo» de una explicación difícil.

Ventris era un mago de la lingüística tan adicto como el que más a desvelar enigmas arqueológicos. Era brillante, y (no menos importante) era incansable. Durante la Segunda Guerra Mundial, sirvió como piloto en la Royal Air Force. Cuando volaba de vuelta a la base tras los bombardeos sobre Alemania, un periodista escribió: «Ventris fijará el rumbo y, a continuación, despejando el cuadro de mandos de piloto, se pondrá tranquilamente a trabajar en sus documentos de lineal B mientras el avión ruge de camino a casa, con los focos reflectores bajo sus dedos inquisitivos y las detonaciones del fuego antiaéreo que hacen temblar el bombardero».[260]

Ajeno a las ráfagas de artillería, Ventris veía el de piloto, según un amigo, como un «verdadero trabajo de escritorio en medio del avión».[261] *El peligro quedaba más que compensado por la atracción del misterio. Varios años después del final de la guerra, Ventris al fin logró su objetivo. «Alrededor de las dos de la mañana, la puerta se abrió bruscamente»,*[262] *recordaba un colega. «Michael entró y dijo: "¿Quieres ser la segunda persona en cuatro mil años que lee esta escritura?"».*

En las labores descifradoras y criptográficas, incluso los más pequeños avances llegan con gran dificultad, sin importar lo flagrantemente obvios que puedan parecer a posteriori. Los historiadores celebran el descubrimiento de un obispo inglés llamado William Warburton que escribió sobre jeroglifos en 1744. El gran hallazgo de Warburton fue ver que los jeroglifos eran palabras, no disfraces; su objetivo era decir algo. Los jeroglifos, propuso Warburton, «se proponían preservar el recuerdo de acciones y pensamientos de personas, no mantenerlos en secreto como se había creído hasta ahora».[263]

Incluso para los genios, el avance es lento y frustrante. Champollion intentó descifrar un papiro egipcio en 1808 y acabó confesando a su hermano que los símbolos lo habían derrotado. «Los he estudiado, los he examinado durante días enteros, y no he entendido nada».[264] *Dos años más tarde, en una conferencia, proclamaba orgulloso: «Estoy convencido de que un solo jeroglifo, aislado, carece de valor, y que se disponen en grupos que ya puedo distinguir fácilmente».*[265]

Esto era cierto y crucial, pero pensemos en todo el trabajo que había hecho falta para que Champollion recorriera esta pequeña distancia desde la línea de salida. Era como si, tras miles de horas examinando libros y

revistas en nuestra lengua, anunciáramos que una letra —la b, por ejemplo— no significa nada por sí sola. Hay secuencias completas de letras que hemos llegado a reconocer. Y podemos haber encontrado la palabra bueno o bonito, pero sin la menor idea de lo que significan.

Las historias de invenciones o descubrimientos nunca son equilibradas porque un relato fidedigno de ellas tiene que demorarse en falsos comienzos y en rodeos inútiles, no en los siempre raros hallazgos. Ningún lector soportaría una historia tan desalentadora. Después de encontrar al fin la verdad, Einstein una vez observó: «El feliz logro parece casi natural, como si cualquier estudiante inteligente pudiera dar con él sin demasiadas dificultades. Pero los años de angustiosa búsqueda en la oscuridad con su intenso anhelo, los momentos de confianza y agotamiento que se alternan y la definitiva salida a la luz solo pueden entenderlos quienes los han experimentado».[266]

Pocas personas se sienten tentadas a dedicar su vida a una búsqueda tan agotadora. Y, en el caso particular de los enigmas de las labores descifradoras y criptográficas, frente a los misterios científicos en general, las exigencias del trabajo se hacen aún más estrictas. Aquí, además de capacidad mental y tenacidad, se necesitan dos características que raramente se dan juntas.

Lo esencial, escribe el historiador Stephen Budiansky, es «una casi infinita capacidad de soportar el trabajo penoso y el detalle repetitivo»[267] *junto con «el opuesto exacto» de esas características, un don para los repentinos y asombrosos saltos de la imaginación. «El criptoanalista ideal es Beethoven con un alma de contable o viceversa».*

Dos de los más célebres criptógrafos, el equipo formado por el matrimonio de William y Elizebeth[268] *Friedman, escribieron un trabajo que iluminaba una cuestión relacionada con esto. (Los dos juntos habían descifrado las transmisiones nazis encriptadas durante la Segunda Guerra Mundial). La criptografía era una mezcla de ciencia y arte, explicaban los Friedman allí, pero una mezcla decididamente extraña. «En ninguna otra ciencia las reglas y principios se siguen tan poco y se rompen tan a menudo; en ningún otro arte el papel desempeñado por la razón y la lógica es tan grande».*[269]

Como si no fuera lo bastante raro combinar la habilidad para la ciencia y el gusto por el arte, criptógrafos y descifradores necesitan aún otra característica inusual más. Tienen que ser, en palabras de Stephen Budiansky, casi paranoicos. «No paranoicos en el sentido de la manía persecutoria, sino paranoicos en el sentido de creer que, oculta en algún detalle irrelevante, hay una verdad grandiosa; paranoico en el sentido de creer que somos capaces de ver lo que nadie más ve».[270]

Aquí, tal vez, había un punto de similitud entre Champollion y

Young. Los dos hombres tenían la serena convicción de ser alguno de esos elegidos de la naturaleza con acceso a secretos que para otros son invisibles. Y los dos tenían una absoluta confianza en su propio talento acompañada de una profunda fe en la sabiduría proverbial que afirma que «viaja más rápido el que viaja solo». Según la leyenda familiar de Champollion, amorosamente contada una y otra vez a lo largo de los años, un curandero local le dijo a su madre cuando estaba embarazada de Jean-François que daría a luz a un hijo «que sería una luz para los siglos futuros».[271] A los once años, según otra historia familiar, Champollion conoció al savant Joseph Fourier, que le enseñó varias inscripciones jeroglíficas. Y, en ese momento, diría Champollion más tarde, él había prometido que algún día se convertiría en la primera persona en descifrar los jeroglifos.[272]

También Young mostró desde la niñez una inquebrantable insistencia en seguir su propio camino. (Su educación cuáquera, pensaba él, le había inculcado un «completo desprecio por la opinión pública»).[273] A los seis años, recordaba Young en una autobiografía, lo enviaron a «un internado miserable».[274] Desde el principio allí insistió en su independencia: «Ya a esa edad empecé a ser mi propio maestro». El mayor elogio que pudo dedicar a uno de sus verdaderos profesores fue que este «tenía el buen criterio de dejar a sus alumnos alguna pequeña libertad para emplear su tiempo».[275] Young era un potro indomable.

Y nunca se rendía. En su trabajo científico, y no solo allí, se proclamaba «convencido de la ventaja de hacer cada observación con la menor ayuda posible».[276]

Aunque no se trate de genios como Young y Champollion, los descifradores y criptógrafos tienden a ser excéntricos y bichos raros. El talento puede brotar en cualquier parte. Bletchley Park reclutó no solo a científicos y lingüistas, sino también a los mejores crucigramistas británicos[277] (a ellos les dijeron únicamente que podían ayudar en «una cuestión de importancia nacional»).[278] [279]

En el mundo de las labores descifradoras, la habilidad para resolver problemas es el único salvoconducto; las credenciales académicas son irrelevantes. «En nuestras fantasías, todos podemos llegar a ser criptógrafos», sostiene la clasicista Mary Beard.[280]

Todos podemos hacerlo, al menos, en la medida en que seamos a la vez brillantes e incansables para el trabajo duro. Esa es la verdadera historia de todos los eureka, y no solo en el campo particular de los descifradores. Ni siquiera para Isaac Newton, el gran predecesor de Young y tal vez el intelecto más poderoso de la historia de Occidente, la genialidad bastaba. La resistencia y la tenacidad desempeñaban un gran papel. «¿Cómo encontraste la teoría de la gravitación?», le preguntaron siendo un

anciano. Su respuesta fue directa. «Pensando sin parar».[281]

Newton jamás bromeaba[282] *—un amigo cercano solo podía recordar una ocasión en la que hubiera visto reír al gran hombre (alguien había preguntado para qué servía estudiar a Euclides)— y sabía lo que estaba diciendo al afirmar que se concentraba sin descanso. «Su peculiar don era el poder de mantener en su mente de forma continua un problema puramente mental hasta que lo resolvía», escribió John Maynard Keynes, que arrebató tiempo a su propia obra sobre economía para sumergirse en las profundidades de la biografía de Newton. «Supongo que su preeminencia se debe a que sus músculos de la intuición fueron los más fuertes y resistentes que se le hayan concedido jamás a un hombre».*

Para los ordinarios mortales, concentrarse sin descanso es casi imposible, como cerrar el puño y no volver a relajarlo nunca. «Creo que Newton era capaz de mantener un problema en su mente durante horas, días y semanas hasta desvelar su secreto», escribió Keynes.[283]

Ese tipo de concentración incansable que podría parecer ensoñación es en realidad trabajo duro. En el trascurso de una competición de ajedrez, según el neurólogo de Stanford Robert Sapolsky un gran maestro puede quemar entre seis mil y siete mil calorías diarias.[284] *El pensador sentado en su silla que empuja pequeñas piezas de maderas consume casi la misma energía que un corredor de maratón con su máxima zancada.*

Todos los historiadores del trabajo descifrador enfatizan el aspecto físico del reto. Un pasaje que describe a Georg Grotefend, un pionero en descifrar el antiguo persa, da en el clavo. Grotefend, según un amigo, «poseía una extraordinaria memoria y una excelente salud que le permitían estudiar desde las horas más tempranas de la mañana hasta entrada la noche sin relajación ni descanso».[285]

Como en el ajedrez, las matemáticas y la música, el talento —o, al menos, la fascinación— tiende a mostrarse pronto. Champollion había sido seducido por los jeroglifos hacia los trece años; Michael Ventris por el lineal B a los catorce; David Stuart (la persona más joven que haya recibido un premio MacArthur para genios) por los glifos mayas a los ocho.

A menudo esos dones tempranos adoptan la forman de un instinto para navegar nuevas lenguas. Ventris fue quizá el ejemplo más claro. Durante toda su vida retuvo el don del niño pequeño para asimilar idiomas rápidamente y sin necesidad de estudio. «Para unos pocos privilegiados, por razones neurológicas que no entendemos bien, el periodo crítico parece prolongarse sin decrecer durante la edad adulta»,[286] *escribe Margalit Fox en su historia de cómo se descifró el lineal B. «Pueden absorber lenguas extranjeras a los veinte o los treinta años tan fácilmente como a los seis, con mínimo esfuerzo. Michael Ventris fue, sin lugar a*

dudas, una de esas personas».

Un colega que trabajó estrechamente con Ventris en el lineal B recuerda verlo leer crónicas periodísticas en sueco. ¿Dónde aprendiste eso? Resultó que Ventris había pasado unas semanas en Suecia mientras trabajaba en un proyecto arquitectónico. (La arquitectura era su vocación; descifrar, su hobby). No necesitó más. Durante el resto de su vida, Ventris mantuvo correspondencia con eruditos suecos en su lengua.[287]

Quizá porque descifrar es un «juego» que apenas requiere equipamiento alguno —a ese respecto se parece al baloncesto o a correr, y se diferencia de las regatas o el polo— el talento tiende a cruzar las fronteras de clase.

Ventris procedía de una familia adinerada.[288] [289] *Young era pudiente, pero Champollion claramente no lo era, ni tampoco Alice Kober, otra heroína en la historia del lineal B. Y durante años sus colegas menospreciaron a Georg Grotefend —el erudito del antiguo persa, dotado de una concentración inquebrantable— porque era un profesor de instituto y no de universidad.*

George Smith, cuya vida es la más romántica en la historia de la arqueología, jamás fue al instituto. Smith había sido aprendiz de un impresor de Londres en 1854. Tenía catorce años, y ese fue el final de su educación formal. Pero pasó todo su tiempo libre en el Museo Británico observando las tablillas de arcilla de Nínive y Babilonia.

Para los profanos, esas tablillas son absolutamente inescrutables. La escritura cuneiforme consiste en líneas rectas y cuñas dispuestas de forma ordenada; parecen las huellas que dejaría una bandada de pájaros con trastorno obsesivo-compulsivo sobre la tierra húmeda.[290]

Con el tiempo, George Smith enseñaría al mundo a leer aquellas misteriosas inscripciones y descubriría una versión de la historia del Diluvio que precedía a la de la Biblia.

Pero el momento cumbre en la vida de Smith llegó en 1872, en el Museo Británico, cuando logró traducir varias líneas de una antigua tablilla de Nínive. Lo que encontró era parte de la Epopeya de Gilgamesh, quizá el primer relato jamás escrito.

«Soy el primero en leer esto después de dos mil años de olvido»,[291] *exclamó Smith y, según un testigo, de repente «empezó a dar saltos por la habitación en un estado de gran excitación y, para asombro de los presentes, empezó a desvestirse».*[292]

La promesa de tales eurekas atrae a los descifradores para atravesar noches de desaliento y confusión. «La emoción de la vida»,[293] *la llamó la criptógrafa Elizebeth Friedman. «Esqueletos de palabras se levantan de improviso y te sorprenden».*

257 «No tuviera libros apilados»: Peacock, Life of Thomas Young, p. 119.

258 «Soportó el trabajo continuo»: Ibid., p. 486.

259 «No desesperes con el texto egipcio»: Solé y Valbelle, Rosetta Stone, p. 56.

260 «Ventris fijará el rumbo»: Fox, Riddle of the Labyrinth, p. 218. La historia procede de Leonard Cottrell, «Michael Ventris and his Achievement», Antioch Review 25, n.º 1 (primavera de 1965).

261 «Verdadero trabajo de escritorio»: Del documental de la BBC sobre Ventris, A Very English Genius. En línea en https://tinyurl.com/y2ymnykv.

262 «La puerta se abrió bruscamente»: BBC, A Very English Genius, parte 5. En línea en https://tinyurl.com/y4w9qdvh.

263 «Se proponían preservar el recuerdo»: Thompson, Wonderful Things, vol. 1, ubicación de Kindle 1653.

264 «No he entendido nada»: Robinson, Cracking the Egyptian Code, p. 67.

265 «Estoy convencido»: Ibid., p. 76.

266 «Los años de angustiosa búsqueda en la oscuridad»: La observación de Einstein es de una conferencia de 1933 titulada «About the Origins of the Theory of General Relativity» que dictó en la Universidad de Glasgow.

267 «Una casi infinita capacidad de soportar el trabajo penoso»: Budiansky, Battle of Wits, p. 136.

268 La forma inusual del nombre es correcta. Elizebeth fue la última de nueve hijos, y tal vez su madre adivinase que aquella hija estaba destinada a ser diferente. Aunque nunca tan famosa como su esposo, Elizebeth Friedman llegó a ser una de las criptógrafas más importantes de la historia de América. Jason Fagone cuenta su historia en su fascinante La mujer que destrozaba códigos cifrados.

269 «En ninguna otra ciencia»: De un artículo titulado «An Introduction to Methods

for the Solution of Ciphers». William F. Friedman aparece como único autor, pero fue un trabajo en colaboración con Elizebeth Friedman.

270 «No paranoicos en el sentido»: Budiansky, Battle of Wits, p. 136.

271 «Una luz para los siglos futuros»: Robinson, Cracking the Egyptian Code, p. 33.

272 «Él había prometido que algún día»: Andrew Robinson examina esta historia de una forma característicamente clara y cuidadosa y demuestra que es «casi con certeza falsa», Cracking the Egyptian Code, pp. 49-53.

273 «Un completo desprecio por la opinión pública»: Hilts, «Autobiographical Sketch», p. 249.

274 «Un internado miserable»: Ibid., p. 250.

275 «Tenía el buen criterio de dejar»: Ibid.

276 «La menor ayuda posible»: Young, «On the Mechanism of the Eye».

277 «Los mejores crucigramistas británicos»: Budiansky, Battle of Wits, p. 137.

278 Los nazis también se sirvieron de crucigramistas para identificar a aspirantes a criptógrafos. Los que mejor pasaban las pruebas eran escogidos para recibir un adiestramiento especial. A modo de incentivo, los instructores informaban a los nuevos reclutas de que el noventa por ciento menos eficaz de la clase sería enviado al frente ruso.

279 Referencia en la nota a pie de página. «Los nazis también se sirvieron de crucigramistas»: Kahn, Codebreakers, p. 241.

280 «Todos podemos llegar a ser criptógrafos»: Beard, «What was Greek to Them?».

281 «Pensando sin parar»: Richard Westfall, Never at Rest: A Biography of Isaac Newton (Nueva York, Cambridge University Press, 1983), p. 105.

282 «Newton jamás bromeaba»: Ibid., p. 192.

283 «Newton era capaz de mantener un problema»: John Maynard Keynes, «Newton, the Man». En línea en https://tinyurl.com/y9lmmwj3.

284 «Un gran maestro puede quemar»: De una conferencia TED titulada «The Uniqueness of Humans». El comentario sobre los grandes maestros de ajedrez se encuentra en el minuto diez. En línea en https://tinyurl.com/y53vj2ua.

285 «Una extraordinaria memoria y una excelente salud»: Adkins, Empires of the Plain, p. 61.

286 «Para unos pocos privilegiados»: Fox, Riddle of the Labyrinth, p. 207.

287 «Ventris mantuvo correspondencia con eruditos suecos»: Chadwick, Linear B, p. 2.

288 Ventris era guapo y atractivo, y desde fuera parecía uno de esos pocos escogidos de la naturaleza. Pero su madre se suicidó cuando tenía diecisiete años, y él murió a los treinta y cuatro cuando su coche se estrelló contra un camión aparcado. La muerte fue oficialmente declarada accidental, pero dos semanas antes del accidente Ventris había escrito una carta donde decía que había llegado a «dudar profundamente tanto del valor de mi elogiada inteligencia como en gran parte del de la propia vida». Pese a todo, algunos amigos y colegas insisten en que no fue un suicidio y nadie sabe con certeza si lo fue.

289 Referencia en la nota a pie de página. «Ventris era guapo y atractivo»: Margalit

Fox cuestiona los argumentos acerca de la muerte de Ventris en The Riddle of the Labyrinth, pp. 212, 261.

290 La apariencia de algunas escrituras tiene que ver con sus orígenes. El sistema cuneiforme está hecho de cuñas, por ejemplo, porque esas son las formas más fáciles de imprimir en la arcilla húmeda con un estilo. El alfabeto del esrilanqués, en cambio, está hecho casi por completo de hermosas formas redondeadas. Los escribas antiguos de lo que entonces era Ceilán escribían sobre hojas secas de palmera de venas rectas y delicadas. Cualquier inscripción hecha de líneas rectas habría roto esas venas.

291 «Soy el primero en leer»: E. A. Wallis Budge, The Rise and Progress of Assyriology (Londres, Clay & Sons, 1925), p. 153. El libro íntegro está en línea en https://tinyurl.com/ollt3vt.

292 El historiador Stephen Greenblatt advierte en El auge y caída de Adán y Eva que el relato de aquel testigo puede ser una exageración. «El desvestirse que tanto impresionó al colega de Smith, como ha observado el historiador de la literatura David Damrosch, pudo haber sido un simple cuello aflojado. Era, después de todo, la Inglaterra victoriana. Pero casi cualquier muestra de emoción podría haber estado justificada por el descubrimiento».

293 «La emoción de la vida»: Fagone, The Woman Who Smashed Codes, p. 75.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Sabiduría antigua

En 1819, Thomas Young tenía la respuesta al misterio jeroglífico en su mano. Había demostrado que los jeroglifos pueden representar sonidos, igual que las letras de nuestro alfabeto. («A de árbol»). Incluso confeccionó una tabla de ¿sonidos? iniciales que intentaba vincular un puñado de jeroglifos con sonidos. El dibujo de un león era el sonido l, un zigzag era n, un semicírculo era t.[294]

Más tarde, brillante y ambicioso como era, Young rechazó su propia ocurrencia. Tenía dos razones para ello. Una estricta y otra amplia. Y ambas fueron errores que lo hicieron escorarse en la dirección equivocada.

El error estricto llegó primero. Aunque los jeroglifos podían representar sonidos, según Young, eso sucedía solo en los casos más especiales —cuando se trataba de un cartucho con el nombre de un gobernante no egipcio—. Solo entonces. En todas las demás circunstancias ordinarias —donde los jeroglifos aparecían fuera de un cartucho y cuando se referían a todo lo que no fueran reyes extranjeros— no tendrían nada que ver con sonidos.

Fueron los cartuchos los que hicieron extraviarse a Young. Advirtió que los cartuchos eran raros y que los jeroglifos que había dentro de ellos se correspondían con sonidos. Y, tomando esos dos hechos juntos, llegó a una conclusión: la vasta mayoría de los jeroglifos, los que aparecían fuera de cartuchos, no se correspondían con sonidos.

No era así, pero el error de Young no fue cuestión de un mero razonamiento descuidado. Hábil matemático, jamás habría incurrido en un error de lógica. Se enfrentó a una evidencia incompleta e hizo una conjetura con conocimiento de causa.

Pero su conjetura fue errónea. Y se dejó engañar por lo inusual de los cartuchos. Pensó que eran especiales, y estaba en lo cierto. Cualquiera que echara un vistazo a una página de jeroglifos podría haberse preguntado por qué algunos jeroglifos tenían un óvalo dibujado alrededor de ellos. Y, ciertamente, un cartucho era una señal, como había dicho Young. El problema era que había malinterpretado la señal. Young pensó que un cartucho significaba los jeroglifos dentro de este óvalo representan

sonidos, no ideas. Y no era así. Un cartucho en realidad significaba los jeroglifos dentro de este óvalo deletrean un nombre regio. Los cartuchos eran inusuales porque los reyes eran inusuales, no porque lo fueran los sonidos.

Young nunca se paró a pensar que podía haber cometido un error. ¿Y por qué iba a dudar de sí mismo? Descifrar el cartucho de Ptolomeo fue, después de todo, el mayor logro hasta entonces en la historia de la investigación del egipcio.

Casi de forma inevitable, aquel mismo triunfo indujo a Young a detenerse cuando debió continuar. Era como un explorador que hubiera llegado a un claro en el bosque, lo hubiera examinado centímetro a centímetro y al fin hubiera encontrado una mina de oro enterrada.

Pero, entonces, como en las fábulas, llegó el giro argumental. Deslumbrado por su descubrimiento, nuestro afortunado explorador consagró todos sus esfuerzos desde entonces a cavar cerca del mismo lugar con la esperanza de encontrar nuevos tesoros mientras otro mucho mayor permanecía ignorado muy cerca de él.

El segundo error de Young, el más amplio, fue el crucial. Malinterpretar los cartuchos fue un paso en falso, pero un error técnico en la solución de un puzle. El error más amplio de Young fue conceptual y, por tanto, de mayor envergadura y peligro. Y ese error consistió en malinterpretar la naturaleza de los jeroglifos de un modo fundamental.

Young se había visto empujado en la dirección equivocada. Se había visto empujado, de hecho, por el peso acumulado de veinte siglos de sabiduría convencional y, sin saberlo, había cedido a su presión. «Todos llevamos tatuadas desde la cuna las creencias de nuestra tribu», observaba Oliver Wendell Holmes.[295] *«Lo grabado puede parecer superficial, pero es indeleble».*

Durante generaciones de eruditos europeos, el impacto de esas creencias tribales consistió en imbuir los jeroglifos de una mística que hacía casi imposible verlos como un mero sistema de escritura. El nombre más estrechamente ligado a esta doctrina errónea fue Horapolo, un sacerdote egipcio que vivió alrededor del año 400 d. C. Fue Horapolo quien acuñó la palabra jeroglifo, que significa «grabado sagrado» en griego. Y la elección de la palabra grabado —en lugar de escritura— es clave. La idea de Horapolo era que los jeroglifos constituían dibujos y no letras de algún curioso alfabeto.

La vida de Horapolo está envuelta en el misterio; casi todos los «hechos» biográficos que conocemos sobre él son conjeturas. Pero, hasta la época de la piedra de Rosetta, estuvo considerado la mayor autoridad en los jeroglifos.

La fama de Horapolo deriva de un grueso libro que escribió titulado

Jeroglíficos. Un libro que es tan misterioso como su autor. Los eruditos creen que Horapolo lo escribió en egipcio alrededor del año 400 d. C., mucho después de que los jeroglifos hubiesen caído en desuso.

Jeroglíficos no se descubrió hasta 1419,[296] mil años después de la muerte de Horapolo, cuando un monje italiano se encontró con una traducción al griego. Nadie sabe dónde había estado hasta entonces ni cómo había llegado a traducirse. Pero en cuanto fue descubierta, la obra se celebró como la clave de los jeroglifos y conservó durante siglos su prestigio. Durante todo ese tiempo, nos dice un historiador moderno, cada afirmación de Horapolo sobre la tradición egipcia se consideró con un «sobrecogimiento sagrado».[297]

Horapolo escribió con fuerza y con firmeza. Las preguntas o contraargumentos nunca se consideraron, y mucho menos se le refutó. Y, como muchos otros, Young sucumbió a su hechizo. En los más de doscientos capítulos de su obra, Horapolo estableció de forma inamovible su tema central: los jeroglifos eran emblemas y alegorías y expresaban mensajes simbólicos.

«Cuando [los egipcios] deseaban simbolizar un dios o algo sublime, dibujaban un halcón»,[298] escribió. ¿Por qué un halcón en particular? Porque «otros pájaros, cuando desean volar, se inclinan, siéndoles imposible alzarse en línea recta. Solo el halcón se eleva en vertical».

En comparación con la mayoría de las incursiones de Horapolo en la historia natural, esa afirmación no iba del todo descaminada. Exponía también que el jeroglifo de un buitre significaba «madre»,[299] por ejemplo, porque era de sobra sabido que todos los buitres eran hembras. Un ganso significaba «hijo»[300] porque los gansos son especialmente devotos de sus crías. Una liebre significaba «abierto»,[301] porque las liebres nunca cierran los ojos.

Otros jeroglifos se basaban menos en el conocimiento del mundo natural y más en la forma de descifrar que los críticos de arte podrían aplicar a las extrañas imágenes de las pinturas de Jerónimo Bosco. «Para indicar un hombre que nunca ha viajado pintan a un hombre con cabeza de burro»,[302] escribió Horapolo. «Pues este nunca conoce ni escucha lo que sucede en el extranjero». Para representar algo que era imposible, «dibujan hombres que caminan sobre el agua […] o dibujan hombres que andan sin cabeza».[303]

Un jeroglifo típico tenía múltiples significados, según Horapolo, y pocos de ellos obvios. A menudo tenían un gran alcance. Un buitre significaba no solo «madre»,[304] por ejemplo, sino también «visión» («porque ve mejor que cualquier otra criatura»), «límite» («porque, cuando se ha de librar una batalla, señala el lugar en el que tendrá lugar»), «presciencia» («porque mira hacia el ejército que está a punto de

tener el mayor número de caídos»), y «compasión» («porque, si se queda sin alimento que ofrecer a sus vástagos, se abre el propio muslo y soporta que sus crías se alimenten de su sangre»).

Todas estas interpretaciones suenan absurdas, y la mayoría de ellas lo son. Pero hay una trampa crucial. Algunas de las explicaciones extravagantes de Horapolo resultaron correctas. Un buitre realmente quería decir «madre», por ejemplo, aunque la verdadera razón no tuviera nada que ver con lo que argumentaba Horapolo. Un ganso en efecto significaba «hijo» (o, al menos, algo parecido; en realidad era el de un pato el jeroglifo que significa «hijo»), y una liebre también significaba «abierto». Por mucho que las teorías de Horapolo acerca de padres abnegados y ojos que no se cierran no vinieran al caso en absoluto.

Era evidente que había allí pistas gigantescas. Claro que los buitres algo tenían que ver con las madres. Pero ¿qué?

No era aquella la manera habitual en que los tesoros se escondían. En Egipto, las maravillas yacían medio enterradas en la arena, como la Esfinge, o bajo tierra y escombros, como la tumba del rey Tut. Los verdaderos aciertos de Horapolo eran gemas que se mostraban a cielo abierto. El problema era que esas gemas se hallaban entre montones de bisutería sin valor.

Y ello conducía a un problema gigantesco; a dos clases de problema, en realidad. En primer lugar, los eruditos pasaron por alto las gemas y se quedaron con las bagatelas. Dieron todas las «traducciones» de Horapolo por buenas y estimulantes y añadieron a ellas sus propias dudosas traducciones. Con serena confianza en que los jeroglifos eran símbolos, tal como había enseñado Horapolo, los pensadores europeos fueron tranquilamente en la dirección equivocada. Pasarían siglos hasta que descubrieran que estaban perdidos. Pero, cuando la desilusión, finalmente, llegó en la década de 1700, los eruditos reaccionaron exageradamente. Esta vez miraron los relucientes montones de gemas ocultos por las groseras baratijas y, desdeñosamente, descartaron todo el montón. «El pobre viejo Horapolo cayó en el descrédito, y las verdades que había dicho fueron desechadas junto con la verborrea mística en que él las había envuelto», observa el egiptólogo John Ray.[305]

Lo que Horapolo sabía sobre los jeroglifos debió de aprenderlo de los sacerdotes o eruditos egipcios que genuinamente sabían cómo funcionaba su sistema de escritura. Nadie podría inventarse la observación acertada de que un buitre significa «madre» sin alguna pista. Pero luego se equivocó —la gran mayoría de sus «traducciones» carecían de base por completo— y solo podemos conjeturar las razones. Quizá malinterpretó lo que le habían dicho o mezcló información sólida con versiones de autores mal informados. O quizá fue prisionero de sus propias convicciones

inamovibles y erró el camino al creer tan firmemente que los jeroglifos eran símbolos con significados ocultos.

Si el mensaje de Horapolo tuvo tal potencial desde el principio fue porque se hacía eco de las afirmaciones de otras figuras eminentes. Un historiador griego llamado Diodoro Sículo había visitado Egipto en el siglo primero a. C. y había afirmado que la escritura egipcia se diferenciaba de todas las demás; no se basaba en letras ni sílabas, sino en imágenes que expresaban significados metafóricos. Un cocodrilo representaba el mal,[306] por ejemplo, y un ojo, la justicia

Alrededor del año 120 d. C., Plutarco, un historiador griego mucho más destacado que Diodoro, había explicado que un jeroglifo de un pez simbolizaba el odio[307] porque el mar, que rebosa de peces, devora al Nilo, que proporciona la vida. Un hipopótamo representaba la violencia y la inmoralidad porque el hipopótamo macho mata a su padre y se aparea con su madre. Tales interpretaciones suenan absurdas, pero aún interpretamos dibujos de manera bastante parecida. Un águila calva en un cartel representa el valor y el patriotismo porque las águilas son rápidas, feroces y autóctonas de los Estados Unidos. Una calavera y unas tibias significan «veneno».

Otro escritor antiguo muy admirado, Clemente de Alejandría, dio un giro ligeramente diferente a lo que llamó «las enseñanzas simbólicas y ocultas»[308] de los egipcios. Clemente fue un teólogo griego que enseñó en Egipto hacia el año 200 d. C. Al igual que los proverbios expresan verdades profundas con palabras sencillas, los jeroglifos captaban profundos significados en imágenes simples, escribió. Solo un idiota interpretaría los proverbios al pie de la letra. No eches leña al fuego significaba «no provoques a un hombre furioso», explicaba Clemente. No eches margaritas a los cerdos significaba «no desperdicies buenos argumentos con un simple».

Del mismo modo, proseguía Clemente, los jeroglifos podían parecer plasmaciones de visiones cotidianas, pero la verdadera significación de esas aves, plantas y cuencos era mucho más importante y misteriosa. Los profundos significados se hallaban ocultos, ciertamente, pero esa era la cuestión. Aquel que consiguiera abrirse camino hasta esas recónditas verdades sería bien recompensado. «Aquello que fulge a través de un velo muestra la verdad más alta y grandiosa», escribió Clemente.[309]

De todos los que extrajeron profundos significados simbólicos de los jeroglifos, el más audaz fue un sacerdote jesuita llamado Athanasius Kircher, que alcanzó la fama a mediados del siglo diecisiete. Nacido en Alemania, Kircher vivió la mayor parte de su vida en Roma. Allí desarrolló una prolífica obra de docenas de libros y millones de palabras. (Su magnum opus sobre Egipto abarcó nada menos que tres volúmenes y

dos mil páginas).

Kircher fue un erudito de asombroso y casi inverosímil alcance.[310] *Fue matemático, teólogo y una autoridad en griego, latín, chino, hebreo, dragones, volcanes, música, fósiles, piñas (estas tenían la capacidad de disolver el hierro) y el Arca de Noé. Casi olvidado hoy, Kircher gozó de fama internacional en su época.*

Empezó a estudiar los jeroglifos por accidente, cuando casualmente encontró un libro con descripciones de los obeliscos egipcios que habían sido llevados a Roma como trofeos de guerra quince siglos antes. Kircher puso manos a la obra de inmediato para tratar de descifrar aquellas «crónicas de la sabiduría del antiguo Egipto grabadas en tiempos inmemoriales».[311]

La búsqueda consumió décadas, pero Kircher salió triunfante de ellas, al menos a su propio criterio. «He comprendido todos los secretos del arte jeroglífico, sus reglas, métodos y principios por la gracia del Espíritu Santo», escribió.[312]

Sus «traducciones» fueron, en realidad, meras conjeturas que erraron estrepitosamente el blanco. Kircher había leído tanto a lo largo de su vida que cada jeroglifo suscitaba infinitas asociaciones en su mente —aquí una imagen se vinculaba al dios Osiris, allí una alusión a la diosa Isis—, pero nada de aquello guardaba conexión alguna con la realidad.

Los egiptólogos ahora saben, por ejemplo, que una secuencia de jeroglifos en un antiguo obelisco representaba el nombre y los títulos de un faraón, Apries, que reinó hacia el año 600 a. C. Nada más que eso. Pero en esos pocos jeroglifos Kircher vio un mensaje acerca de las «virtudes y dones del mundo sideral»,[313] *la «fertilidad del cuenco de Osiris» y el «poder oculto en su ser bifronte», entre otras muchas cosas.*

Era una pura fantasía, aunque nadie pudiera probarlo hasta que Young y Champollion llegaran un siglo y medio después. Kircher poseía una fe ilimitada en su propia brillantez —comparaba su logro al descifrar los jeroglifos con el descubrimiento de América[314] *o la invención de la imprenta, y comenzó uno de sus libros con la afirmación «No hay nada más hermoso que saberlo todo»—.*[315] *En tiempos modernos sus presuntuosos errores lo han convertido en un tentador objeto de burla. Generaciones de eruditos han sucumbido a la tentación.*

Pero ello no es del todo justo. Desencaminado como estuvo, Kircher fue, incuestionablemente, un sabio, y sus escritos sobre Egipto albergan algunas valiosas contribuciones junto a sus fantasías. Kircher afirmó de forma tajante, por ejemplo, que el copto fue «antiguamente la lengua faraónica».[316] *Una afirmación que fue objeto de controversia en su momento, pero resultó completamente acertada. Y llegó aún más lejos. Kircher compiló un diccionario copto y escribió el primer trabajo que*

expuso los fundamentos de la gramática copta. Sus sucesores, incluido Champollion, leyeron atentamente esas obras.

Incluso en los trabajos sobre los jeroglifos de Kircher, como afirma un respetuoso aunque perplejo historiador moderno, hubo «raros destellos de genialidad»[317] entre un océano de «sinsentidos». Fue Kircher, curiosamente, el primero en explicar correctamente que un jeroglifo específico representaba un sonido particular (el dibujo de un zigzag horizontal, como la letra V escrita invertida varias veces, que se pronunciaba como n).

Kircher dio únicamente ese ejemplo y no siguió estudiándolo (porque estaba interesado en los profundos significados de los jeroglifos y no en lo que él tomaba por su sentido superficial). Aun así, al iluminar el vínculo entre imágenes y sonidos, fue el primero en comprender la verdad central de todo el enigma jeroglífico.

El problema de Kircher era que tenía tal fe en la doctrina de Horapolo —los jeroglifos son ideas, no letras ni palabras— que no pudo plantearse cuestionarla, y mucho menos considerar una alternativa. De haber tenido una mentalidad más pragmática, podría haber argumentado que había un considerable número de razones sencillas por las que los jeroglifos eran tan difíciles de explicar. Podría haber señalado que los egipcios hablaban una lengua muerta para nosotros, que diseñaron un sistema de escritura que parece extraño y complejo y contiene creencias que nosotros solo podemos conjeturar, y que vivieron en un mundo completamente ajeno para nosotros.

No lo hizo. Su idea (y la idea de los autores clásicos y del Renacimiento en general) era que la dificultad de los jeroglifos consistía en algo deliberado. Los escribas egipcios los habían inventado con el propósito expreso, según el resumen de un historiador moderno, de ocultar su significado tras «velos de alegoría y enigma».[318]

Era una curiosa afirmación. Muchos tipos de símbolos son difíciles de descifrar para los no iniciados. Una partitura o una página arrancada de un cuaderno de cálculo pueden ser difíciles de entender para muchos. Pero los símbolos musicales y matemáticos poseen significados claros —claros, al menos, para los expertos en dichos campos—. Son oscuros por necesidad. Son lenguajes de algún tipo, y son difíciles por la misma razón que lo son las lenguas extranjeras.

Los jeroglifos eran diferentes. Como los cifrados de tiempos de guerra —insistían los expertos—, los jeroglifos estaban pensados para ser difíciles. Y esa creencia, poco menos que universal hasta el siglo diecinueve, mantuvo a los aspirantes a descifradores en el camino equivocado. Más que abrir surcos en la tierra en busca de significados mundanos tras los símbolos crípticos, navegaron a la deriva por reinos

cada vez más extraviados de fanfarronería y estupidez erudita.

Visto retrospectivamente, resulta asombroso que profundos pensadores insistieran, incluso en la edad de la ciencia, en que los jeroglifos ocultaban verdades místicas tras elaboradas máscaras. El problema empezó por una convicción equivocada. Plutarco, Horapolo y los demás eran nombres dignos de consideración, y los adornos de la antigüedad añadían peso a sus argumentos. Aunque habían vivido mucho después de los días de los faraones, seguían estando mil años más cerca de sus fuentes egipcias que los eruditos europeos que se hicieron eco de sus palabras. Los escritores del Renacimiento se referían a ellos igual que los teólogos de su tiempo a los padres de la Iglesia.

Sin embargo, muchos eruditos de la actualidad se ven moviendo la cabeza con desaliento al intentar explicar la persistencia del enfoque simbólico. «La tenacidad con que los autores clásicos se apegan a sus interpretaciones erróneas y, por así decirlo, descartan deliberadamente toda evidencia que pueda entrar en conflicto con sus preconcebidas ideas alegóricas es, desde luego, asombrosa»,[319] protesta el historiador Erik Iversen.

Pero quizá no sea tan asombrosa. El impulso de encontrar significados místicos en símbolos misteriosos está muy arraigado. Podríamos preguntarnos si los eruditos modernos lo harían mejor que sus colegas de hace unos siglos al enfrentarse a una escritura pictórica tan misteriosa. Pero resulta que no tenemos que preguntárnoslo. Sabemos la respuesta.

Sucedió en la década de 1950, cuando los eruditos aún se esforzaban en vano por descifrar los glifos mayas. Aquella escritura pictórica del Nuevo Mundo se descifró al fin en la década de 1970 en uno de los grandes triunfos lingüísticos y arqueológicos de los tiempos modernos. La historia es contada de manera trepidante (por alguien que participó en ella) en El desciframiento del código maya de Michael Coe.

El relato nos trae sorprendentes ecos de la historia del egipcio, aunque no hubo equivalente maya de la piedra de Rosetta. Pero sí que hubo un equivalente de Athanasius Kircher en la persona de sir Eric Thompson, la imponente figura de los primeros años de la investigación maya. En 1950, tras pasar décadas estudiando los glifos mayas, este dictó un arrogante veredicto sobre cómo estos debían ser interpretados.

En ese punto, ni él ni nadie había podido leer los misteriosos símbolos. Pero Thompson afirmó que ciertos hechos sí podían establecerse más allá de una duda razonable. Los glifos no representaban cosas ordinarias como sonidos o sílabas, pese a lo que algunos eruditos seguían repitiendo; los glifos eran símbolos que representaban ideas. La única cuestión era: ¿cuáles? «Sin una comprensión total del texto, no podemos decir, por ejemplo, si la presencia de un glifo de un perro se refiere al papel de ese

animal como el que trajo el fuego a los hombres o en su labor de guía de los muertos hacia el inframundo», escribió Thompson.[320] *«Que tales significados místicos impregnaron los glifos está más allá de cualquier duda, pero hasta ahora solo podemos conjeturar sobre la asociación que el autor maya tenía en la mente. Es evidente que nuestra labor consiste en seguir indagando en esas alusiones mitológicas».*

Seguir diligentemente el camino mitológico llevaría a descifrar el misterio. Eso para empezar. Pero, lo más importante, continuaba Thompson, era que el enfoque simbólico «nos conduce, llave en mano, al umbral de la fortaleza interior del alma maya y nos invita a entrar».

A donde llevaba era al desaliento y a la frustración. En el Nuevo Mundo, como en Egipto, los misteriosos glifos resultaron no tener nada de símbolos místicos. Eran símbolos que cumplían el papel inequívoco de representar los sonidos de una lengua. La escritura maya parecía exótica, pero resultó ser un sistema de escritura que funcionaba más o menos igual que cualquier otro.

Los ejemplos de Horapolo y Kircher podrían haber servido de advertencias. No lo hicieron. El impulso de encontrar profundos significados simbólicos resultó demasiado poderoso.

294 «Incluso confeccionó una tabla»: Robinson, Cracking the Egyptian Code, p. 121.

295 «Todos llevamos tatuadas desde la cuna»: Oliver Wendell Holmes Sr., The Poet at the Breakfast Table. En línea en https://tinyurl.com/yyzmhfrx.

296 «No se descubrió hasta 1419»: Dieckmann, «Renaissance Hieroglyphics».

297 «Se consideró con sobrecogimiento sagrado»: Iversen, The Myth of Egypt, p. 49.

298 «Dibujaban un halcón»: Alexander Turner Cory (traductor), Hieroglyphics of Horapollon VI: «What They Signify by Delineating a Hawk», p. 13. En línea en https://tinyurl.com/y48afn26.

299 «Un buitre significa madre»: Ibid., XI: «What They Imply By Depicting a Vulture», p. 23.

300 «Un ganso significa hijo»: Ibid., LIII: «How They Represent A Son», p. 73.

301 «Una liebre significa abierto»: Ibid., XXVI: «How An Opening», p. 48.

302 «Un hombre con cabeza de burro»: Pope, Decipherment, p. 18. (La traducción de Pope es ligeramente distinta de la de Cory).

303 «Hombres que caminan sobre el agua»: Cory (traductor), Hieroglyphics of Horapollon, LXVIII: «How an Impossibility», p. 79.

304 «Un buitre no solo significa madre»: Ibid., XI: «What They Imply by Depicting a Vulture», p. 23.

305 «El pobre viejo Horapolo cayó en el descrédito»: El egiptólogo John Ray participó en un documental de History Channel titulado The Rosetta Stone. Ray hablaba de Horapolo hacia el minuto 22. En línea en https://tinyurl.com/yxwucubh.

306 «Un cocodrilo representaba el mal»: Pope, Decipherment, p. 17.

307 «Un pez simbolizaba el odio»: Ibid., p. 25.

308 «Las enseñanzas simbólicas y ocultas»: Iversen, The Myth of Egypt, p. 45.

309 «Aquello que fulge a través de un velo»: Ibid.

310 Kircher, superando a Gottfried Leibniz y a Thomas Young, es el objeto de dos biografías con «el hombre que lo supo todo» en su título. Una es El hombre que lo supo todo: La extraña vida de Athanasius Kircher; la otra, Athanasius Kircher: El último hombre que lo supo todo.

311 «Crónicas de la sabiduría del antiguo Egipto»: Glassie, Man of Misconceptions, p. 46.

312 «Todos los secretos del arte jeroglífico»: Pope, Decipherment, p. 31.

313 «Virtudes y dones en el espíritu del mundo sideral»: Ray, Rosetta Stone, p. 20.

314 «El descubrimiento de América»: Glassie, Man of Misconceptions, p. 135.

315 «No hay nada más hermoso que saberlo todo»: Bauer, Unsolved, p. 35.

316 «Antiguamente la lengua faraónica»: Iversen, The Myth of Egypt, p. 92.

317 «Raros destellos de genialidad»: Ibid., p. 96.

318 «Velos de alegoría y enigma»: Ucko y Champion (eds.), The Wisdom of Egypt.

319 «Descartan deliberadamente toda evidencia»: Iversen, The Myth of Egypt, p. 49.

320 «Su labor de guía de los muertos»: Coe, Breaking the Maya Code, ubicación de Kindle 2527.

CAPÍTULO DIECISIETE

«Una cifra y una escritura secreta»

A medida que los siglos pasaban, el asombro que rodeaba los jeroglifos crecía. Pero, a través de las épocas, ese asombro iría cambiando de forma. La vaga reverencia —los jeroglifos hablan de verdades profundas y arcanas— se transformó en creencia rígida —los jeroglifos expresan exactas ideas científicas—. Se trataba de una ironía a escala colosal. El antiguo Egipto fue una poderosa cultura construida casi enteramente sobre la tecnología más básica imaginable —músculo, sudor y poco más, y casi todo ese músculo aportado por seres humanos en lugar de bueyes, caballos y otras bestias. La ciencia casi no apareció en escena.

Las matemáticas egipcias eran rudimentarias;[321] la medicina egipcia era un cajón de sastre de folklore y falsas creencias. (Cuando preparaban a las momias, los embalsamadores egipcios veneraban el corazón, pero tiraban el cerebro a la basura.[322] Y el corazón era especial[323] porque ellos creían que se trataba del asiento de la conciencia y el órgano con el que pensamos). El antiguo Egipto no tenía la noción de las leyes científicas y contemplaba el mundo como si estuviera gobernado por la hechicería y la magia.

Y, sin embargo, en la cumbre de la edad de la ciencia, alrededor de 1700, Europa aún miraba a Egipto como el hogar y la cuna de la innovación científica. De modo que ahí había otra razón para que los descifradores del Renacimiento se equivocaran. Supusieron que todo lo que tenía que ver con el antiguo Egipto era profundo y difícil. Y, desde luego, eso sería cierto de los jeroglifos, que se contaban entre los misterios más desconcertantes de aquella desconcertante tierra.

«Los egipcios, evidentemente, no eran como otros hombres»,[324] escribe el egiptólogo John Ray, resumiendo la visión europea. «Sus pensamientos nunca eran mundanos, y los numerosos signos de escritura que dejaron tras de sí nunca podrían asemejarse a los alfabetos ordinarios del griego, el latín, el hebreo o el árabe».

Estas eran las ideas de los más profundos y audaces pensadores que el mundo haya conocido, no las de locos excéntricos ni mediocres colegiados. Isaac Newton, que vivió más de mil años después que Horapolo, creyó fervientemente en que los antiguos egipcios habían descubierto todos los

secretos de la coreografía cósmica de la naturaleza. La labor de los pensadores modernos, para Newton y sus iguales, no era abrir nuevos caminos, sino recuperar aquellos conocimientos antiguos.

Newton fue quizá el científico más brillante que haya existido nunca, y desde luego uno de los más legitimados para reclamar la prioridad de sus hallazgos. Sin embargo, insistía en que los antiguos egipcios habían hecho todos sus descubrimientos más importantes mil años antes que él. Habían conocido la ley de la gravitación y todos los demás secretos del cosmos, y el objeto de los jeroglifos era ocultar ese conocimiento a los que no eran dignos de recibirlo.[325] *«Los egipcios ocultaron misterios que estaban por encima de la capacidad del rebaño común bajo el velo de los ritos religiosos y los símbolos jeroglíficos», escribió Newton.*[326]

Young y Champollion llegaron un siglo después que Newton, y no compartieron su fe equivocada en la ciencia egipcia. Como otros pensadores franceses avanzados de su tiempo, Champollion desdeñaba la religión y la Iglesia tanto en Egipto como en Francia. Los sacerdotes egipcios no eran científicos, como Newton había creído, sino portavoces del atraso. Young se mostraba incluso más despreciativo. La religión egipcia era palabrería. Pero, pese a todo, los dos hombres nadaban en el mismo mar intelectual que Newton y los demás defensores de la sabiduría antigua. Todos dieron por sentado que cada jeroglifo representaba una idea. La única diferencia era que Young y Champollion creían que aquellas ideas eran equivocadas y Newton pensaba que eran faros de verdad.

La idea de que pensadores que vivieron miles de años atrás supieran más que nosotros, incluso sobre cuestiones científicas, da un vuelco a todo lo que creemos hoy. Pero en los siglos diecisiete y dieciocho era sentido común. La doctrina se conocía como «la sabiduría de los antiguos». En la antigüedad, los pensadores habían conocido los secretos de la naturaleza, proclamaban los eruditos, pero luego la humanidad corrupta y pecadora había perdido torpemente esos dones divinos. A medida que el mundo decaía intelectual y moralmente, incontables verdades desaparecían. «El pasado siempre fue mejor que el presente,[327] *y los primeros pensadores caminaban más cerca de los dioses que los afanosos racionalistas, sus sucesores», resumía la historiadora Frances Yates.*[328]

Algunas culturas antiguas, y Egipto la primera de todas, habían encarnado ese conocimiento perdido. «Egipto había sido el hogar original de todo el conocimiento», escribe Yates.[329] *«Los grandes filósofos griegos lo habían visitado y habían conversado con los sacerdotes egipcios», y allí se habían impregnado de «la magia religiosa que se pensaba que habían practicado en las cámaras subterráneas de sus templos».*

De manera que, cuando científicos como Newton hacían

descubrimientos, no pensaban que hubieran encontrado nada nuevo. (Su respeto hacia el antiguo Egipto era mayor si cabe, pues, en aquella época predarwiniana, era la creencia general que el mundo tenía seis mil años. Egipto no había prosperado, de ese modo, simplemente mucho tiempo atrás, sino casi al inicio mismo del tiempo). Y hasta el propio vocabulario que seguimos usando hoy refleja aquella creencia en una edad dorada antigua. «Des-cubrir era quitar el velo que tapaba algo, mostrar lo que podía haber estado oculto, inadvertido o perdido, pero que, en cualquier caso, ya estaba allí», explica el historiador Darrin McMahon.[330]

Lo mismo ocurría con los inventos. «Inventar era acceder a ese inventario de conocimiento ya reunido mucho tiempo atrás y ordenarlo», escribe McMahon. No había nuevas ideas; solo revelación.

Para nosotros, hoy, las palabras nuevo y mejorado parecen ser indesligables. Pero para nuestros predecesores, nuevo no tenía esas connotaciones. Nuevo significaba «no puesto a prueba» y «dudoso»; en cambio, viejo aludía a «respetado por el tiempo» y «de confianza». El escritor John Aubrey, que vivió en el siglo diecisiete, creyó poder precisar el momento del cambio. «Hasta alrededor del año 1649, se consideraba una rara presunción que alguien intentara la innovación en el conocimiento y algo ajeno a los buenos modales saber más que sus vecinos o sus antepasados», escribió.[331]

Fue Egipto, la cuna de la civilización, lo que inspiró las más elaboradas fantasías acerca de antepasados sabios, conocimiento perdido y secretos enterrados. Y ello ocurrió en parte porque la distancia alimenta el misterio, y Egipto estaba casi tan lejos como era posible llegar tanto en el tiempo como en el espacio. Pero la razón más importante que hacía que Egipto estimulara las ideas de secretos y conocimientos ocultos era que resultaba casi imposible igualar la cumbre de la grandeza de Egipto.

El resultado fue que todas las descripciones de viajeros deslumbrados sirvieron para reforzar el mensaje de que Egipto, en general, era un asombroso enigma y que a los jeroglifos en particular había que acercarse con deferencia y admiración y con una mente alerta a los significados ocultos.

Deberíamos ser indulgentes con los eruditos y descifradores que perdieron el rumbo. Hasta hoy, las antigüedades de Egipto siguen teniendo el poder de aturdir a cualquiera. Nadie puede contemplar sus famosas imágenes sin maravillarse ante su pura inverosimilitud.

Para empezar, la escala es desorientadora. La Gran Pirámide fue la estructura más alta del mundo hasta la Edad Media, y es tan vasta como alta. (La basílica de San Pedro, en Roma, podría acogerse cómodamente dentro de la Gran Pirámide igual que una tarta en una caja de cartón. A la catedral de San Pablo, en Londres, le quedaría grande).

Las pirámides eran alardes brutales, en palabras de un de historiador, «los más grandiosos símbolos del poder autoritario jamás construidos»,[332] pero no eran únicamente monumentos al poder absoluto. Eran máquinas que tenían como propósito transportar a los faraones a la vida de ultratumba. Una maquinaria asombrosamente ineficiente —la momia marchita en el corazón de la Gran Pirámide pesaba poco más de veinte kilos, y la montaña hecha por la mano del hombre que la albergaba pesaba más de dos mil toneladas.[333] Pero ¿quién pondría objeciones a los números cuando el premio era la inmortalidad?

Las grandiosas visiones de Egipto inspiraban además de intimidar. Cuando los soldados de Napoleón contemplaron por primera vez los templos de Karnak en la moderna Luxor, «todo el ejército, repentinamente y como un solo hombre, se detuvo asombrado ante la vista de sus desperdigadas ruinas y aplaudió con deleite», según el savant Denon.[334]

Y las mismas ruinas que dejaron con la boca abierta al ejército francés aún siguen asombrando a los visitantes de hoy. El complejo del templo de Karnak es el mayor del mundo; la más alta de sus elegantes columnas de piedra se alza por encima de los veinte metros en el aire, y hay un bosque de ellas, ciento treinta y cuatro en total. Todas inmensas. Si media docena de adultos se cogiera de la mano no serían capaces de rodear ni una sola. («Nunca olvidaré mi primera impresión del templo de Karnak»,[335] escribió Flaubert en 1850. «Parecía una casa en la que vivieran gigantes, un lugar donde acostumbraran a servir hombres asados à la brochette como si fueran alondras sobre bandejas doradas»). La construcción de esas columnas, como la de las pirámides, da testimonio de lo que puede lograr una mano de obra infinita. Cada columna estaba construida en secciones, un grueso bloque cada vez. Primero un cilindro corto y rechoncho se colocaba en su sitio. Luego se construía una rampa de arena y arcilla; un nuevo bloque se colocaba encima del antiguo; la rampa se alzaba (añadiendo más arena y arcilla) y el proceso se repetía.

Una y otra y otra vez, hasta que finalmente el último bloque cilíndrico se colocaba sobre las imponentes columnas de piedra y las vigas del techo se tendían sobre estas. En ese punto, las rampas alcanzaban más de veinte metros de altura (y había docenas y docenas de ellas) y las columnas llenaban un inmenso salón. Entonces llegaba la siguiente orden. ¡Quitad la arena!

Por todo ello tiene sentido que Egipto se viera con asombro desde los tiempos de Grecia y de Roma y durante toda la Edad Media y el Renacimiento. Pero entonces, como hemos visto, algo curioso sucedió. En la edad de la ciencia, en una época en que lo esperable habría sido el desprecio por una cultura basada en el dogma y el respeto a la autoridad,

Egipto alcanzó, por el contrario, nuevas cotas de prestigio.

De forma crucial para nuestra historia, fueron los jeroglifos lo que intrigó por encima de todo a los más grandes pensadores de la revolución científica. Y esa fascinación fue el resultado de su creencia en que vivían rodeados de jeroglifos. Newton y sus contemporáneos dieron por sentado que el mundo era un código cifrado cósmico, un enigma diseñado por Dios. Su misión, en palabras de un prominente escritor de la época, era descifrar esa «extraña criptografía».[336]

Dios había creado cada objeto del mundo con su propia mano, creían estos pensadores científicos, y cada objeto contenía alguna secreta esencia oculta al común de los mortales, pero visible para aquellos que habían aprendido a leer la mente de Dios. Un diplomático francés lo resumió de forma sucinta. «La naturaleza toda no es más que una cifra y una escritura secreta».[337]

Los científicos le daban la vuelta a ese mensaje también. Cuando desenterraban uno de los secretos de la naturaleza, disfrazaban su descubrimiento por medio de un código cifrado. (Esto los llevaba a estampar su nombre en sus hallazgos en caso de disputas de prioridad, e impedía que otros se sirvieran de conocimientos que no se habían ganado). Como resultado, nadie veía nada extraño en la idea de que mensajes oscuros llevaran significados ocultos.[338]

A principios del año 1610, por ejemplo, Galileo envió una nota a su colega el astrónomo Johannes Kepler. Galileo había construido un telescopio y había encontrado, para su asombro, profundidades infinitas y maravillas insospechadas en el cielo de la noche. «La madre del amor emula las figuras de Cintia»,[339] *escribió. Con «la madre del amor», al parecer, Galileo se refería al planeta Venus. «Cintia» era un nombre asociado en la mitología con la luna.*

El lenguaje críptico ocultaba una afirmación audaz. Venus tenía fases como la luna, estaba diciendo Galileo; lo que implicaba que Venus orbitaba alrededor del sol. Era algo importante. Si Galileo estaba en lo cierto, la iglesia se equivocaba; el sol era el centro del universo y la tierra era un punto insignificante en el cosmos.

Para los científicos tempranos, la implicación parecía clara. Casi todo misterio del mundo requería ser descifrado de algún modo. Esa era la verdadera naturaleza de los jeroglifos, y aún más verdadera en el caso de los jeroglifos de Egipto. Los enigmas planteados por el sol y la luna eran, en cierto sentido, jeroglifos de segunda mano. Los jeroglifos de Egipto eran el auténtico enigma.

A medida que pasaban las décadas, la suposición de que los jeroglifos egipcios ocultaban secretos se iba haciendo más fuerte. Un académico escocés muy admirado llamado Hugh Blair, amigo de David Hume y

Adam Smith, exponía su pensamiento en 1783, más de un siglo después de la época de Galileo y Newton.

Los jeroglifos, escribió Blair, eran una forma más alta y refinada de la pintura. Las pinturas ordinarias plasmaban objetos cotidianos, mientras que «los jeroglifos plasmaban objetos invisibles» valiéndose de «analogías tomadas del mundo externo».[340] *Un ojo, por ejemplo, significaba «conocimiento» y un círculo (porque no tenía ni principio ni fin) significaba «eternidad».*

En la época del descubrimiento de la piedra de Rosetta, solo unos años después, en 1799, esas eran las anteojeras que llevaban todos los eruditos. Young y Champollion no fueron excepciones, y su primer gran reto fue comprender la necesidad de arrancárselas.

321 «Las matemáticas egipcias eran rudimentarias»: Dirk J. Struik, A Concise History of Mathematics (Nueva York, Dover, 1967), p. 26.

322 «Tiraban el cerebro a la basura»: Brier, Ancient Egypt, p. 61.

323 «El corazón era especial»: Ibid.

324 «No eran como otros hombres»: Ray, Rosetta Stone, p. 19.

325 «Habían conocido la ley de la gravitación»: Haycock, Science, Religion, and Archaeology in Eighteenth Century England, especialmente el capítulo 4, «The Macrocosm». Disponible en línea en el maravilloso sitio web llamado «The Newton Project», https://tinyurl.com/y37nbd92.

326 «Los egipcios, escribió Newton»: Westfall, Never at Rest, p. 434.

327 «El pasado siempre fue mejor que el presente»: Yates, Giordano Bruno and the Hermetic Tradition, p. 1.

328 «Los primeros pensadores caminaban más cerca»: Ibid., p. 5.

329 «Egipto había sido el hogar original»: Ibid.

330 «Des-cubrir era quitar el velo»: McMahon, Divine Fury, p. 4.

331 «Hasta alrededor del año 1649»: John Aubrey, The Natural History of Wiltshire (Londres, Nichols, 1847). Publicado por primera vez en 1685. La observación de Aubrey procede del prólogo.

332 «Los más grandiosos símbolos del poder autoritario»: Toby Wilkinson, «The Tradition of the Pharaohs Lives On», Wall Street Journal, 5 de febrero, 2011.

333 «La momia marchita en el corazón»: Brier, Murder of Tutankhamen, p. 6.

334 «Y aplaudió con deleite»: Vivant Denon, Travels in Upper and Lower Egypt, vol. 2 (Londres, Longman, 1803), p. 84.

335 «Nunca olvidaré»: Geoffrey Wall, Flaubert: A Life (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2007), p. 176.

336 «Descifrar esa extraña criptografía»: William P. Dunn, Sir Thomas Browne: A Study in Religious Philosophy (Minneapolis, University of Minnesota Press, 1950), p. 95.

337 «Una cifra y una escritura secreta»: Steven Levy, Crypto: How the Code Rebels Beat the Government-Saving Privacy in the Digital Age (Nueva York, Penguin, 2002), p. 7.

338 Este tipo de prestidigitación intelectual en el que tomamos nuestros gustos y se los atribuimos a la naturaleza tiene una larga historia. «Dios no juega a los dados con el universo», dijo Einstein, porque para él no tenían sentido ni los dados ni el azar. Montesquieu señaló ese impulso hace siglos. «Si los triángulos tuvieran un dios –escribió–, este tendría tres lados».

339 «La madre del amor emula»: Holly Haworth, «The Fading Stars: A Constellation», Lapham's Quarterly (Invierno 2019). En línea en https://tinyurl.com/y7t9tw7a.

340 «Los jeroglifos plasmaban objetos invisibles»: Hugh Blair, Lectures on Rhetoric and Belles Lettres (Londres, Lockwood and Son, 1857): «Rise of Progress of Language, and of Writing», p. 57. El libro íntegro, que se publicó por primera vez en 1783, está en línea en https://tinyurl.com/yxogepvm.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El exilio

Que Thomas Young descifrara los jeroglifos que deletreaban la palabra Ptolomeo fue un gran avance, pero quedó aislado. Podría haber sido un hallazgo, una casualidad. Y era evidente que Champollion ni siquiera había llegado tan lejos. Si Young y Champollion querían avanzar, necesitaban un método para leer los jeroglifos que podían emplearse en un caso tras otro. Necesitaban nuevos nombres, nuevos cartuchos —en suma, nuevos materiales de examen—. ¿Dónde encontrarlos?

Y entonces, justo cuando empezaban a darle vueltas, la siguiente pieza del puzle apareció, y resultó crucial. La historia de cómo ocurrió difícilmente podría ser más extraña o más triste.

En Inglaterra, a principios del siglo dieciocho, no había nadie tan atractivo, brillante y encantador como William Bankes. Su familia era inmensamente rica —el padre de Bankes había heredado una finca de sesenta mil acres de tierra,[341] un área que es cuatro veces el tamaño de Manhattan—, y Bankes aprovechó su riqueza para convertirse en uno de los grandes viajeros de su tiempo.

La vida en Inglaterra era «demasiado aburrida, objeto de intromisiones, estúpida y falsa»,[342] le dijo a su amigo Lord Byron, y más en comparación con la «vida libre y vagabunda» de un viajero. Cuando Bankes no estaba viajando, no había cena de sociedad en toda Londres que estuviera completa sin él. Una anfitriona entusiasmada decía haberse «reído durante dos horas»[343] mientras Bankes hilaba anécdotas de sus viajes.

Pero Bankes era mucho más que un invitado ideal. Desde los veinte años había sido un intrépido viajero. (Había recibido su fortuna inesperadamente a los veinte años, cuando su hermano mayor murió en un naufragio y él, el segundo hijo, de repente tuvo oportunidades ilimitadas de satisfacer su espíritu viajero). Se convirtió en el primer europeo que dibujó la ciudad «perdida» de Petra en Jordania,[344] y se aventuró en Egipto haciendo peligrosas excursiones a tumbas y templos que el mundo occidental había olvidado o apenas conocía.

Bankes no pudo leer los jeroglifos que encontró —en 1815, cuando viajó por primera vez a Egipto, nadie podía—, pero pasó horas

reproduciéndolos meticulosamente en sus cuadernos. Bankes no era ningún diletante y, pese a su riqueza, fue cuidadoso y curioso. Sus dibujos ponían más énfasis en los planos del suelo y en las medidas exactas que en las vistas grandiosas y el melodrama a la luz de la luna.

Los templos y las ruinas intrigaban a Bankes, pero también las escenas callejeras de todo tipo. No había prácticamente nada demasiado banal como para no investigarlo. (Byron llamaba a su camarada «el padre de todas las gamberradas»).[345] *Cuando un lugareño le obsequió una vez un montón de saltamontes, Bankes preguntó para qué eran. Resultaron ser el almuerzo. Pero Bankes los encontró crujientes y deliciosos fritos en mantequilla, «no muy distintos de una gamba».*[346]

Algo de peligro siempre hacía más interesante cualquier excursión.[347] *En Luxor, en 1815, Bankes y varios compañeros se encontraron con un encantador de serpientes que afirmaba tener una mezcla de polvos mágicos que volvía inofensivas las mordeduras de serpiente. Bankes se ofreció voluntario a probarlos. El encantador ungió a Bankes con un polvo blanquecino, recitó un encantamiento y lo cubrió de serpientes. Las mordeduras sangraron, pero Bankes dijo sentirse bien. Lo más probable, concluyó después, es que a las serpientes les hubieran extraído el veneno previamente.*

En varias ocasiones la curiosidad de Bankes dio buenos e importantes resultados. En 1818, encontró una inscripción en el muro de un templo en la ciudad de Abidos, cerca de Luxor. Cartucho tras cartucho —setenta y seis en total— se extendían a lo lejos en largas filas. Bankes conjeturó, con acierto, que había descubierto una lista cronológica de faraones. (Young había proporcionado la pista crucial en una carta en la que imploraba a Bankes que copiara todos los jeroglifos que pudiera y buscara, sobre todo, los nombres de los reyes, que podían reconocerse «universalmente por un anillo ovalado que los rodea»). Se puso inmediatamente manos a la obra para hacer una copia de aquella vital lista de nombres.[348]

En ese mismo año, 1818, Bankes hizo otro descubrimiento de gran importancia. También tenía que ver con cartuchos; esta vez dos de ellos en concreto. En un templo en la isla de File, cerca de la moderna Asuán, Bankes encontró un inmenso obelisco derrumbado. (El templo, tan hermoso que los primeros exploradores lo llamaron «la Perla del Nilo», habría quedado sumergido bajo el lago Nasser cuando se construyó la presa de Asuán. Fue traslado, piedra a piedra, hasta una isla cercana en la década de 1960, y hoy embelesa a los visitantes que franquean sus puertas de casi veinte metros de altura para penetrar en sus vastos patios de galerías).

El obelisco que llamó la atención de Bankes en 1818 fue un único enorme bloque de granito rosa. Adornado con jeroglifos, medía casi siete

metros de largo y pesaba seis toneladas. Aun así, Bankes inmediatamente pensó en transportarlo a casa e instalarlo en los terrenos de su mansión rural, Kingston Lacy.

El obelisco había estado una vez sobre un pedestal de granito que en algún momento se había perdido. Y Bankes logró encontrarlo, no lejos del obelisco, sumergido en el lodo. No sabría hasta años después que sus hallazgos guiarían el camino hacia el corazón del laberinto de Egipto.

Pero hacerse con el obelisco y llevárselo a casa le llevó tres años y comportó una serie de fiascos dignos de Laurel y Hardy.[349] *El jefe de la tripulación de Bankes era un antiguo forzudo de circo convertido en un arqueólogo llamado Giovanni Belzoni. Ordenó a sus hombres que construyeran un muelle que penetrara profundamente en el Nilo. El plan era colocar el obelisco sobre unos palos y mástiles que sirvieran de rodillos y arrastrarlo hasta el muelle (que los hombres habían construido apilando piedras expoliadas de un templo), para luego embarcarlo. «Todas las manos trabajaban», afirmaba un testigo.*[350] *«Y cinco minutos más habrían bastado para ponerlo a flote».*

Pero el improvisado muelle se derrumbó bajo el peso del obelisco. «¡Ay! El muelle, con el obelisco y algunos de los hombres, empezó a moverse con lentitud, y majestuosamente descendió hasta el río», recordaba Belzoni.[351]

Bankes se lo tomó bastante bien, logrando mantener, si no la calma, al menos la compostura. Y Belzoni no solo mantuvo la compostura, sino que se quedó casi en coma. «Durante algunos minutos, he de confesar que me quedé rígido como un poste», escribiría después.[352]

Un mínimo trozo del obelisco quedó asomando en la superficie del agua. En su mayor parte, sin embargo, las únicas señales de su presencia fueron los remolinos que quedaron girando a su alrededor en el agua que cubría hasta el pecho junto a la orilla del río.

Belzoni fue alguien mítico en todos los sentidos, y volveremos a encontrarnos con él. Pero en ese momento tenía un problema en sus manos. Primero, ordenó a un grupo de obreros que se metiera en el río y amontonara piedras cerca del obelisco. La idea era colocar cuñas bajo este sirviéndose de las piedras como puntos de pivote; después el obelisco podría levantarse, como si fuera un balancín, tirando del extremo de la palanca.

Los hombres asignados a la palanca fueron incapaces de moverla. Belzoni dio una nueva orden: dejar de tirar y trepar encima de ella para bajarla con la fuerza del peso.[353]

Otros obreros cogieron cuerdas, rodearon el obelisco sumergido y anudaron los extremos libres a datileros de la orilla. Tiraron de las cuerdas con todas sus fuerzas, intentando convencer desesperadamente al obelisco

de volver a la orilla. Y mientras el obelisco se movía con esfuerzo, otros obreros aún seguían moviendo nuevas piedras para meterlas debajo en su nueva posición.

Al fin lograron empujar de nuevo el obelisco a tierra. Belzoni improvisó una rampa de desembarco con palmeras y ordenó a sus hombres que arrastraran la piedra hasta el barco. Y esta vez funcionó.

Con el agua en calma, el barco logró abrirse camino bajo su pesada carga. Pero entonces se oyó un vago rumor que rápidamente creció hasta convertirse en un poderoso estruendo. Eran las famosas cataratas del Nilo. Y justo delante tenían un problema que se extendía a lo largo de trescientos metros. Flanqueados por las rocas, revolviéndose entre olas y remolinos, los rápidos aterrorizaron tanto a la tripulación como al capitán. (La mayoría de las rocas que una vez obstruyeron el Nilo y los rápidos que formaban han quedado sumergidos por el lago Nasser).

«Si el barco tocaba las piedras con semejante peso a bordo y aquella corriente de rápidos, no podía escapar sin acabar en pedazos», escribió Belzoni después.[354]

El forzudo hizo lo posible por preparar el torpe y sobrecargado barco, pero sus precauciones no inspiraron confianza. Un cable muy suelto salía del barco y rodeaba un árbol de la orilla, donde estaban los hombres preparados con la esperanza de poder tirar como locos y evitar la colisión. Hombres desnudos subidos a lo alto de las rocas a ambas orillas del río sujetaban cuerdas atadas a las regalas del barco intentando tirar de él a un lado o a otro. Una tripulación de cinco hombres estaba preparada a los remos.

Todo era caos, para uno de los compañeros de Bankes, «la gran embarcación viraba[355] *medio inundada mientras figuras desnudas se acumulaban en todas las rocas, vadeaban el agua o nadaban entre ellas, unas gritando y otras tirando de las cuerdas de guía, mientras el propietario de la embarcación se arrojaba al suelo echándose tierra sobre la cabeza y ocultando su rostro».*

Pero todo el mundo sobrevivió, y varios años y barcos después, el obelisco de Bankes llegó sano y salvo a Inglaterra. (También el pedestal, que había resultado tan problemático en cierto momento que había tenido que ser abandonado en una orilla del Nilo). El obelisco aún se alza orgullosamente en los terrenos de Kingston Lacy, aunque dos siglos en la lluviosa Inglaterra han causado mayor daño a sus jeroglifos que dos milenios al horno de sol de Egipto. Bankes lo ubicó cuidadosamente para causar el máximo efecto con la ayuda de su amigo el duque de Wellington. (A propósito del aspecto general de su mansión y sus tierras, Bankes le dijo a Wellington una vez que su intención era «combinar la mucha comodidad con un esplendor suficiente»).[356]

Cuando la base del obelisco al fin llegó a Inglaterra, Bankes mandó limpiarla cuidadosamente. Veinte líneas de desvaídas inscripciones en griego tomaron forma. El obelisco y su base no resultaron otra piedra de Rosetta, pues sus mensajes no coincidían. Pero aquella mezcla de griego y egipcio resultaría crucial, a pesar de todo.

William Bankes, después Thomas Young, y finalmente Jean François Champollion leerían atentamente aquellas inscripciones. Bankes fue el primero en intentar descifrarlas. Empezó con el griego de la base, donde el texto hacía referencia a un rey y a una reina, Ptolomeo VIII y Cleopatra III. (Aunque estos no eran ni el Ptolomeo de la piedra de Rosetta ni la Cleopatra de época romana. Con los nombres regios, como con los bloques de piedra, Egipto practicaba un reciclaje intensivo). Dos nombres regios, así pues, escritos en griego.

Luego Bankes centró su atención en el obelisco. Este solo albergaba inscripciones jeroglíficas, no en griego. Entre los misteriosos símbolos, Bankes se fijó en dos cartuchos. Precisamente dos. Y, mejor aún; los jeroglifos de uno de esos cartuchos se correspondían con los jeroglifos de los cartuchos de la piedra de Rosetta. Lo que tenía perfecto sentido si ambos cartuchos deletreaban el mismo nombre, Ptolomeo.

Eso dejaba a Bankes ante el segundo cartucho. Tenía copias de todas las inscripciones, tanto en griego como en egipcio. Y, al margen del segundo cartucho, anotó a lápiz una sola palabra: Cleopatra.[357]

Si esa conjetura era correcta, se trataba de algo grande. Bankes no había leído el nombre. Simplemente había tomado un nuevo nombre y un nuevo cartucho y había supuesto que se correspondían.

Pero era de esperar que Young y Champollion fueran mucho más allá. Cleopatra no era solo otro nombre; era un nombre extranjero, lo que significaba que los jeroglíficos que lo deletreaban debían corresponder con los sonidos que conformaban el nombre. Y, lo que era aún mejor, varias de las letras de Cleopatra también aparecían en Ptolomeo. Y ello implicaba que, al fin, había una manera de comprobar si el cartucho de Ptolomeo en la piedra de Rosetta realmente decía Ptolomeo.

Bankes envió copias de sus inscripciones a un gran número de eruditos, incluidos Thomas Young y Vivant Denon, el artista francés que había sido uno de los savants más prominentes. Las inscripciones pasaron de las manos de Denon a las de Champollion con consecuencias cruciales.

En 1821, el año que Bankes compartió sus inscripciones, todo estaba en orden en su cómodo mundo. Con amigos importantes, una mansión imponente y una buena cartera, parecía alguien profundamente digno de envidia. Y entonces su vida se hizo pedazos.

La ruina de Bankes se produjo tras sus días en Egipto, pero su contribución a la saga de descifradores fue tan esencial —y su historia tan

conmovedora— que debemos tomarnos un momento para contar su historia. Los problemas comenzaron en 1833. Bankes tenía cuarenta y siete años y era miembro del Parlamento cuando fue arrestado por «intentar cometer un delito contra natura» con un soldado en un urinario público cercano a la abadía de Westminster. La policía se llevó a los dos hombres. Una multitud furiosa y vociferante de dos mil personas rodeó la comisaría insultando a los pecadores que estaban dentro.

Para los hombres homosexuales, aquellas primeras décadas del siglo diecinueve fueron tiempos terribles.[358] Una condena por «sodomía»,[359] como era llamada, significaba la picota y la muerte en la horca. No era una amenaza en vano. En Inglaterra, en 1806 —cuando Bankes era un estudiante veinteañero en Cambridge—, según nos dice el historiador actual A. D. Harvey, «hubo más ejecuciones por sodomía que por asesinato».[360] Entre 1800 y 1835 Inglaterra ejecutó a más de cincuenta hombres por sodomía.[361]

Inglaterra cambiaría finalmente la ley en 1861, cuando la pena por sodomía se redujo de muerte a cadena perpetua.[362] [363] (En la práctica, la sentencia habitual era de diez años, y el último ahorcamiento por sodomía se produjo en 1835).[364] Pero la pena de muerte por sodomía siguió vigente hasta después de que hubieran sido abolidos la piratería, el tráfico de esclavos y la violación.[365]

Europa, entretanto, se mostraba menos hostil hacia los hombres homosexuales, y desde luego no los condenaba a muerte. En Italia, Byron observaba en 1820, «los hombres se ríen y las mujeres dicen que es una lástima en un hombre de talento».[366]

Bankes fue juzgado en 1833. Un ejército de personas eminentes testificó en su favor.[367] El duque de Wellington, quizá la mejor prueba de carácter imaginable en la Inglaterra de su tiempo, afirmó rotundamente que su amigo Bankes era «absolutamente incapaz de un crimen como aquel del que se le acusaba». Bankes quedó absuelto.

Pero en 1841 lo arrestaron de nuevo. Sorprendido con un soldado en Green Park, en Londres, fue condenado como «persona de malvada, lasciva, sucia y antinatural disposición». Tan perdido en la depravación se hallaba Bankes, proseguía la sentencia, que había «intentado persuadir a una persona desconocida de cometer y perpetrar ese detestable y abominable crimen (innombrable entre los cristianos) llamado sodomía».

Con la pena de muerte aún vigente, el abogado de Bankes le aconsejó que huyera al extranjero antes de ser juzgado. Bankes transfirió a sus hermanos su mansión y todas sus propiedades para ponerlos a salvo de la confiscación y puso rumbo a Francia. Nunca regresaría.

El Gobierno amenazó, pero nunca llegó a perseguirlo. Tras un corto periodo en Francia, Bankes se trasladó a Italia y pasó el resto de su vida

en Venecia.

Pero, en el exilio, la obsesión de Bankes con la gran mansión que nunca volvería a ver se acrecentó. Buscó a los mejores artesanos del mármol, el oro, la madera y el cuero y envió por barco a su casa una infinidad de estatuas, barandas esculpidas, puertas ornamentadas y candelabros floridos. Los viejos maestros llenaron las paredes e incluso el techo de una habitación.

Todo ello exigió infinitas elecciones de estilo, y Bankes tomó cada decisión con minucioso cuidado. «Hacia 1850 escribía para dar instrucciones diarias acerca de la tonalidad exacta de un barniz de madera o el correcto funcionamiento de la bisagra de una puerta»,[368] afirma la biógrafa de Bankes, Anne Sebba. «Hacedme saber de inmediato cómo queda», dice, o «recomiendo empezar inmediatamente».

Para Sebba, es bastante posible que antes de morir Bankes se las arreglara para hacer una visita secreta a su hogar. En la primavera o el verano de 1854, habría organizado un encuentro en una playa recóndita de la costa de Dorset frecuentada por contrabandistas.

La sugerencia de Sebba es tentadora, pero quizá no muy concluyente. Lo seguro es que William Bankes murió un año después en Venecia. Dejó instrucciones para que repatriaran su cuerpo a Inglaterra. Y en el verano de 1855 fue enterrado en una cripta familiar, al fin en casa.

341 «Sesenta mil acres»: Sebba, Exiled Collector, p. 17.

342 «Demasiado aburrida, objeto de intromisiones, estúpida»: Ibid., p. 114.

343 «Reído durante dos horas»: Ibid., p. 115.

344 Unas décadas después de la visita de Bankes, en 1845, el poeta John Burgon haría la célebre descripción de Petra como «una ciudad roja la mitad de vieja que el tiempo». Burgon era un clérigo inglés que pretendía que su descripción fuera literal; como muchos de sus colegas en esa época predarwiniana, Burgon creía que Dios había creado el mundo seis mil años antes.

345 «Padre de todas las gamberradas»: De una carta escrita en 1820. George Gordon Byron, Byron's Letters and Journals: The Complete and Unexpurgated Text, vol. 1 (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1973), p. 110fn9.

346 «No muy distintos de una gamba»: Finati, Life and Adventures, vol. 2, p. 78.

347 «Algo de peligro»: Finati cuenta la historia del encantador de serpientes en sus memorias. Finati, Life and Adventures, vol. 2, p. 99.

348 Bankes dejó las incripciones allí. Una década después el cónsul general francés las arrancó del muro y se las llevó a Francia. El Museo Británico compró la Lista de Reyes, como ahora se la conoce, en 1837. Allí sigue a día de hoy.

349 «Dignos de Laurel y Hardy»: Conocemos el relato de distintas memorias, uno de Belzoni y el otro de Giovanni Finati, que viajó con Bankes durante cuatro años.

350 «Todas las manos trabajaban»: Ibid., p. 308.

351 «¡Ay! […] recordaba Belzoni»: Belzoni, Travels in Egypt and Nubia, p. 295.

352 «Rígido como un poste»: Ibid., p. 296.

353 Casi enloquecido por la frustración, Belzoni arremetió contra sus obreros, cuya «máxima sagacidad solo alcanzaba a tirar de una cuerda o sentarse en el extremo de una palanca como contrapeso».

354 «Si el barco tocaba las piedras»: Ibid., p. 299.

355 «La gran embarcación viraba»: Finati, Life and Adventures, vol. 2, p. 309.

356 «Su intención era combinar la mucha comodidad»: Sebba, Exiled Collector, p. 174.

357 «Anotó a lápiz una sola palabra»: Patricia Usick, «William John Bankes' Collection of Drawings and Manuscripts Relating to Ancient Nubia», p. 40. Una tesis doctoral de la Universidad de Londres de 1998. En línea en https://tinyurl.com/y6hhdqrq.

358 «Aquellas primeras décadas del siglo diecinueve fueron tiempos terribles»: Como se señala en el texto, la última ejecución por sodomía en suelo inglés se produjo en 1835. Naomi Wolf causó un gran revuelo en 2019 cuando escribió, por error, que Inglaterra siguió realizando ejecuciones por sodomía hasta mediados del siglo diecinueve.

359 «Una condena por sodomía»: Morrison, The Regency Years, p. 161.

360 «Más ejecuciones por sodomía que por asesinato»: A. D. Harvey, «Prosecutions for Sodomy in England at the Beginning of the Nineteenth Century», Historical Journal 21, n.º 4 (1978).

361 «Inglaterra ejecutó a más de cincuenta hombres»: Ibid.

362 Las leyes inglesas fueron mucho menos amenazadoras para las lesbianas. En un caso célebre de 1811, sin embargo, dos mujeres fueron acusadas de «prácticas indecentes y criminales» por haber mantenido relaciones sexuales. Las mujeres demandaron a su acusador por difamación. El caso acabó llegando a la Cámara de los Lores. Las mujeres acusadas ganaron su caso y lord Gillies declaró: «Creo que el presunto crimen aquí no existió». La idea de la «imposibilidad física de la acusación», en palabras de otro juez, fue fundamental para el caso. ¿Cómo podía nadie tomarse en serio una acusación que era claramente absurda? «Es como si me dijeran que alguien ha oído a la tormenta silbando el Dios save al rey», insistía el magistrado Charles Hope.

363 Referencia en la nota a pie de página. «En un caso célebre de 1811»: Morrison cuenta brevemente la historia en The Regency Years, pp. 161-62, y Lilian Faderman lo analiza con extensión propia de libro en Scotch Verdict: The Real-Life Story that Inspired «The Children's Hour» (Nueva York, Columbia University Press, 1983). Las observaciones acerca de la «imposibilidad física» y el «Dios salve al rey» pueden hallarse en la página 233.

364 «La sentencia habitual era de diez años»: Sebba, Exiled Collector, p. 177.

365 «Abolidos la piratería, el tráfico de esclavos y la violación»: Ibid., p. 157.

366 «Los hombres se ríen»: Ibid., p. 188.

367 «Bankes fue juzgado»: Anna Sebba refiere con detalle la historia de los arrestos de Bankes y su exilio en los capítulos 7 y 8 de su biografía.

368 «Escribía para dar instrucciones diarias»: Sebba, Exiled Collector, p. 231.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Llega Champollion

Champollion, que llevaba algún tiempo al margen, entró entonces en el juego. No dejó testimonio de la manera exacta en que las inscripciones de Bankes le abrieron los ojos, pero de repente estaba corriendo a toda velocidad.

La clave del golpe de suerte fue que Ptolomeo y Cleopatra tuvieran varias letras en común: p, t, o y l. Young había averiguado años atrás que los cartuchos de la piedra de Rosetta deletreaban Ptolomeo (en realidad la forma griega del nombre, Ptolemaios) con jeroglifos. Ahora Champollion hizo lo mismo. Observó su cartucho de la piedra de Rosetta

y dedujo que

era exactamente lo mismo que Young había hecho años atrás. Quizá Champollion lo averiguara por sí solo; quizá hubiera leído la entrada escrita por Young en la Enciclopedia británica de 1819. (El hermano de Champollion escribió para hablarle del trabajo de Young poco después de que se publicara. Y Champollion se burló —«el inglés no sabe más egipcio que malayo o manchú»—,[369] pero pidió a su hermano que le enviara una copia cuanto antes).

Dos siglos llevan ya en guerra los partidarios de ambos. Probablemente nunca sabremos si Champollion avanzó de forma independiente con respecto a Young —como él insistía— o si las ideas de Young fueron las que prendieron las llamas en su mente. En los años que siguieron eludiría cualquier discusión sobre cómo su pensamiento había evolucionado; se limitó a describir sus conclusiones sin referirse a Young en absoluto. Y Young, el hombre menos dado del mundo a meterse en una pelea callejera, rara vez fue más allá de una suave protesta: «Ni que decir tiene que espero encontrar la cronología de mis propias investigaciones expuestas algo más nítidamente».[370]

El cartucho de Ptolomeo fue un primer paso. En 1822, poco después de recibir su copia de las inscripciones de Bankes, Champollion pasó a ocuparse de Cleopatra. Ya en 1810 había observado que los nombres extranjeros podían proporcionar un camino para desvelar la antigua escritura. Ahora, allí estaba Cleopatra, que era un nombre griego, no egipcio, y que además se solapaba con Ptolomeo. Champollion examinó el cartucho de Bankes. ¿Sería Cleopatra?

Champollion acababa de asignar jeroglifos a p, t, o y l, basándose en el cartucho de la piedra de Rosetta. Ahora quiso comprobar si esos jeroglifos aparecían en el lugar adecuado en el nuevo cartucho. ¿Encajarían con el nombre de Cleopatra?

Sustituyendo las letras de Ptolomeo, en el nuevo cartucho se leía: L E O P _ __ __ __

Aún mejor: un nuevo símbolo —Champollion lo llamó el «halcón gorrión»—[371] aparecía en dos lugares en el nuevo cartucho, inmediatamente después de la p y de nuevo tras otros dos símbolos intermedios. Era un golpe de suerte que valía el premio de la fama eterna.

Si *= A, Champollion comprendió de inmediato que entonces el nuevo cartucho se leía: L E O P A _ __ A.*

Quedaba una discordancia. Tanto Ptolomeo como Cleopatra contenían la letra t, pero, según lo descifrado por Champollion, la t en Ptolomeo era un semicírculo y la t en Cleopatra, una mano. ¿Cómo era posible?

Champollion confió en que, simplemente, el egipcio tuviera más de una forma de escribir el mismo sonido. Si estaba en lo cierto, la discordancia de Ptolomeo/Cleopatra supondría una simple curiosidad que no sería un motivo de crisis, como si la lista de reyes ingleses de un historiador incluyera a una Catalina y otra lista distinta a una Katalina.

Pero eso era más una esperanza que un argumento. Incoherencias como *versus* *eran una de las razones fundamentales por las que resultaba tan difícil descifrar el código jeroglífico. (Los criptógrafos lo tuvieron más fácil, al menos en los primeros tiempos del espionaje y los códigos cifrados, porque estos, al menos, se atenían a unas reglas).*

Pasarían años, en realidad, hasta que Champollion consiguiera demostrar que había estado en lo cierto todo el tiempo. Y esa demostración implicó examinar montones de textos y encontrar múltiples ejemplos que mostraban que *y* *eran más o menos intercambiables.*

La mejor manera de entender su estrategia es pensar de nuevo en Catalina y Katalina. El objetivo de Champollion fue, en esencia, encontrar parejas en las que la letra c pudiera sustituirse por k o viceversa. Con el tiempo, encontró nombres egipcios similares a Carl y Kalr, Chris y Kris.

Con un montón de ejemplos en la mano, Champollion pudo ver, retrospectivamente, su decisión de pasar por alto la discordancia de Ptolomeo/Cleopatra con orgullo y alivio. No había apartado la vista de una prueba indeseada; había leído un mensaje en pequeños indicios en los que otros ni siquiera se habrían fijado.

Champollion se puso en cabeza. Llenar los huecos del nombre Cleopatra le brindó varios jeroglifos nuevos —los que correspondían a las letras c, r y a— que añadir a su colección. Entonces buscó en otras inscripciones y en otros fragmentos de papiros en busca de nuevos cartuchos.

La estrategia era clara, pero laboriosa —cuando se encontraba un cartucho, se suponía que era el nombre de un gobernante—. Luego se buscaba entre los jeroglifos ya identificados con la esperanza de que esos fragmentos recordaran a algún nombre propio visto antes. Cuando era así, se llenaban los huecos con nuevos jeroglifos y con renovada confianza se volvía a buscar nuevos cartuchos. Cada éxito abría una nueva puerta.

Ese era el plan, y funcionó, aunque no sin incontables fracasos por el camino. Con los cartuchos de Ptolomeo y Cleopatra, Champollion se había beneficiado de una enorme ventaja —había sabido, por las inscripciones en griego, los nombres que estaba buscando—. Ahora se había quedado sin inscripciones bilingües. En adelante, tendría que trabajar a ciegas.

Champollion empezó a cribar su montón de paja jeroglífico. En la mayoría de los casos no encontró más que frustración. Lo normal era que el cartucho no tuviera los suficientes jeroglifos conocidos como para ser de utilidad alguna. En los raros, aunque afortunados casos en los que había suficientes jeroglifos como para aventurar la conjetura de un nombre, lo más probable era no hallar nada de valor. La mayoría de esas conjeturas no eran más que un batiburrillo que desde luego no correspondía con nada egipcio.

A veces una coincidencia podía sonar verosímil, pero no encajaba con el nombre de ningún gobernante conocido. Y ello podía suceder por muchísimas razones. La conjetura simplemente podía ser errónea. Se podía tropezar con un faraón que se hubiera perdido para la historia (como casi llegó a sucederle a Tut). Se podía tropezar con un nombre que estuviera recogido en alguna lista antigua, pero de manera tan confusa o ilegible que se pasara por alto. (Uno de los faraones más poderosos de Egipto fue conocido por el nombre griego de Ozymandias. «Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes», escribió Shelley en su famoso poema sobre el gobernante cuya estatua apareció rota y olvidada en el desierto. Pero los textos egipcios, en cambio, lo conocían como User-ma'at-re).

Champollion siguió avanzando, ajeno a tales riesgos. Su primer éxito tras Cleopatra llegó con el siguiente cartucho:

Champollion reconoció de inmediato el primer jeroglifo. Era el «halcón gorrión» que había encontrado en Cleopatra. Había decidido que representaba la letra a. El siguiente era un león. También lo había visto antes. Tanto en Ptolomeo como en Cleopatra. Un león era l.

Luego una «taza de té baja»[372] que Champollion no reconoció; después una «línea curva» que identificó con la s de Ptolemaios; luego una «pluma» que era la e de Ptolemaios; un «zigzag» no identificado; una «mano abierta» que era la t en Cleopatra; una «boca abierta» que era la r en Cleopatra y, por último, una misteriosa línea horizontal con algo en el medio que a Champollion le parecieron «dos cetros horizontales mirando hacia dentro».

Juntándolo todo, Champollion tuvo: A L S E T R _. Solo necesitó un instante para llenar los huecos. Se trataba de Alksentrs, o, con algo de acomodo, Alexandros, la forma griega de Alejandro.

Era un golpe maestro, y no solo porque Champollion hubiera encontrado un nombre nuevo e importante, sino también por haberlo encontrado valiéndose de un método que podía aplicar una y otra vez a otros cartuchos. Pero también lo que no había encontrado y era una buena señal.

De entrada, Champollion se había entusiasmado al ver que los jeroglifos aparecían donde debían (como el cuadradito que representaba la p tanto en Ptolomeo como en Cleopatra). Ahora vio con júbilo que otros no aparecían allí donde no tenían que aparecer. El «halcón gorrión» que Champollion había decidido que representaba la a en Cleopatra no debía aparecer en Ptolomeo, por ejemplo, y no aparecía. Lo mismo ocurría con la forma ovalada —Champollion lo llamaba «vista delantera de una boca»— que representaba la r y aparecía en Cleopatra, pero no en Ptolomeo.

Champollion siguió en su carrera. Pronto había descifrado los jeroglifos que deletreaban Berenice, Caesar y autokrator (la palabra griega para emperador, relacionada con nuestra palabra autócrata).

Champollion había adelantado a Young. Algunos años antes, como hemos visto, Young había estado a punto de leer Berenice por su cuenta. Había contado con la considerable ventaja de saber qué buscar, porque una inscripción cercana mostraba el nombre en griego. Pero, aun así, se había quedado corto. (En un artículo en el que exponía sus descubrimientos, Champollion más tarde dedicaría una larga nota a pie de página a revisar los errores de aquel «erudito inglés»).[373]

El cartucho de Cleopatra había ayudado a Champollion a avanzar con mayor rapidez por su camino. Para Young, el mismo cartucho representó una gran oportunidad perdida. Bankes le había enviado sus inscripciones del obelisco también, y Young había detectado de inmediato algo curioso.

Sabía, por la inscripción griega, que el segundo cartucho de Bankes probablemente deletreaba Cleopatra. (El primer cartucho deletreaba Ptolomeo, que Young reconoció de la piedra de Rosetta). Pero el copista que había reproducido los jeroglifos había cometido un error —el primer símbolo del nombre de Cleopatra tendría que haber sido un jeroglifo que representara el sonido k, y en lugar de eso el copista había escrito el jeroglifo para t.

Young había fruncido el ceño y había hecho a un lado la inscripción. «Pues no tenía tiempo de entrar en un minucioso cotejo del nombre con otras autoridades, me dejé desalentar con respecto a la aplicación de mi alfabeto a su análisis».[374] Young había tropezado con una errata.

Y ello supuso un terrible frenazo. Si Young hubiera examinado el cartucho de Cleopatra por un momento, podría haber hecho coincidir sus jeroglifos con los sonidos p, t, o y l del cartucho de Ptolomeo exactamente igual que había hecho Champollion, y luego seguir enfrentándose a otros nombres. En lugar de eso, se había retirado. En una película de policías y ladrones, este habría sido el momento en que el impaciente detective observa todo el metraje del vídeo de una cámara se seguridad, pero pasa por alto al malhechor, teniéndolo delante, distraído por el «disfraz» de una gorra de béisbol y una barba de tres días.

La cuestión de cómo tratar un hallazgo que parece derribar una teoría es complicada. Según lo que nos dicen los manuales, no debería suponer problema. Es célebre la frase de Thomas Huxley que dice que «la gran tragedia de la ciencia es la muerte de una hermosa hipótesis a manos de los feos hechos».[375] Pero muy a menudo las teorías siguen viviendo tranquilamente incluso después de chocar con la fea realidad. «Astrónomo encuentra el noventa por ciento del universo "perdido"»,[376] alarmaba un titular de la primera página del New York Times en cierta ocasión, pero el astrónomo en cuestión observaba tranquilamente que «esperaba que la materia perdida del universo pudiera ser encontrada».

A menudo eso es lo que ocurre. Algo aparece. (En el caso de los astrónomos, la búsqueda de la masa perdida del universo llevó a algunos de los más cruciales hallazgos en la historia reciente de la ciencia). Pero, en el caso de Cleopatra, Young perdió la esperanza ante una errata y decidió dedicarse a otras materias.

369 «El inglés no sabe más egipcio»: LaBrière (ed.), Champollion Inconnu, p. 65. El libro íntegro está en línea en https://tinyurl.com/y65ylw7s.

370 «Ni que decir tiene que espero encontrar»: Young, «Discoveries in Hierographical Literature», en Miscellaneous Works of the Late Thomas Young, vol. 3, p. 292. En línea en https://tinyurl.com/y68yvwmw.

371 «Champollion lo llamó el halcón gorrión»: Champollion, Letter to Monsieur Dacier, p. 4. En línea en https://tinyurl.com/y6mrk2my.

372 «Luego una taza de té baja»: Estas descripciones de jeroglifos son del propio Champollion, de su Letter to Monsieur Dacier, pp. 4-5.

373 «Los errores de aquel erudito inglés»: Ibid., p. 30fn22.

374 «Pues no tenía tiempo»: Young, Recent Discoveries, p. 49.

375 «La gran tragedia de la ciencia»: Thomas Huxley, Collected Essays, vol. 8, p. 229. En línea en https://tinyurl.com/y9mcunw7.

376 «El noventa por ciento del universo»: New York Times, 29 de diciembre, 1960.

CAPÍTULO VEINTE

«Un auténtico caos»

Resulta difícil pasar por alto el casi hallazgo de Young por lo arriesgado. Pero incluso los genios cometen errores. Y sus raras pifias nos sirven a los demás de algo parecido a las caídas intencionadas del patinador: nos recuerdan que, por fácil que los expertos lo hagan parecer, su camino está lleno de peligros.

Para Young, Champollion y sus colegas descifradores, los errores de los copistas se hallaban muy arriba en la lista de riesgos. En los tiempos anteriores a la fotografía, fueron un constante dolor de cabeza para los descifradores y también para los traductores. (Champollion y Young mantuvieron el primer contacto, como vimos antes, cuando Champollion se quejó a Young de que sus copias de la piedra de Rosetta eran inexactas). Un pequeño error podía causar enormes problemas.

Uno de los pasajes más famosos —y más desconcertantes— de la Biblia, por ejemplo, puede resultar un error de copia. «Y yo en verdad os digo», respondió Jesús a sus discípulos, «que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un hombre rico entre en el reino de Dios». Desde los primeros tiempos del cristianismo, los eruditos se han preguntado por esa extraña imagen. ¿Un camello? Una teoría, sugerida por primera vez por Cirilo de Alejandría, en el siglo quinto d. C., y respaldada por distintos autores modernos, propone una explicación sensata.[377] *En el griego antiguo, según Cirilo, las palabras para camello y soga eran casi idénticas; camello era kamilos, y soga kamêlos. Lo que ocurrió, tal vez, fue que en algún momento un copista cansado escribió camello en lugar de soga —transformando así una imagen directa en otra extravagante— y luego generaciones de eruditos bíblicos perpetuaron el error.*

En los códigos naturales también las erratas más difíciles de detectar pueden tener vastas consecuencias. El ADN en cada una de nuestras células está formado por miles y miles de genes, cada uno de los cuales posee una larga secuencia de letras A, T, G y C en infinidad de combinaciones. De hecho, ADN tiene cuatro letras en código Morse, y el coste de cualquier error puede ser de por vida. Tomemos la retinitis pigmentosa, por ejemplo, que es una forma de ceguera. Puede causarla el

error de una sola letra.[378] *La diferencia entre la visión aguda y la ausencia total de visión puede ser tan mínima como una sola G donde debiera haber una T en una secuencia que comienza AGTTTCTTTCGC y continúa con otras diez mil letras.*

En tiempos antiguos, la copia era difícil y desesperantemente lenta. Sin herramientas que aceleraran el proceso, «hazme una copia de esto» era una orden que presagiaba no apretar un botón, sino interminables horas de trabajo pesado. El temido rey asirio Asurbanipal —célebre por incontables atrocidades que incluyeron innovaciones tales como pasarle una cuerda por la mandíbula a un rey derrotado y dejarlo atado dentro de una perrera—[379] *anunció su intención de proveer la biblioteca real con una copia de cada libro del mundo. (Esto fue alrededor del 650 a. C., y hay que añadir que casi todos los «libros» que Asurbanipal tenía en la mente eran tablillas de arcilla con inscripciones cuneiformes). Ordenó que los escribas de territorios conquistados copiaran los textos en sus propias bibliotecas y se los enviaran.*

«¡Día y noche trabajaremos para cumplir las instrucciones del rey nuestro señor!»,[380] *fue el mensaje recibido como respuesta, y los escribas, sin elección, se pusieron manos a la obra. Algunos de esos copistas sirvieron en una especie de cuerda de presos de cuello blanco; los prisioneros de guerra y los enemigos políticos no tenían cuello, pero sí trabajaban, literalmente, encadenados.*

La biblioteca de Asurbanipal llegó a convertirse en uno de los tesoros del mundo antiguo, aunque cientos de miles de tablillas de arcilla estuvieran perdidas durante dos mil años. Eran las mismas tablillas que encontramos antes, en el capítulo 15, donde el genio autodidacta George Smith descifró la historia de Gilgamesh y el relato prebíblico del diluvio que inundó el mundo. Y, curiosamente, las tablillas sobrevivieron porque las bibliotecas que las albergaron fueron destruidas.

Fue el fuego, el destructor de bibliotecas desde Alejandría, lo que salvó los textos de las primeras bibliotecas, que estaban escritos no sobre papel ni papiro, sino sobre arcilla. Según el historiador Stephen Greenblatt: «Cuando durante las guerras e invasiones las grandes ciudades mesopotámicas ardieron, las tablillas secadas al sol en las bibliotecas y archivos reales se hornearon de forma duradera. En la agonía de su muerte, el palacio y los templos se convirtieron en hornos».[381]

Cuando se trataba de los jeroglifos, todas las dificultades genéricas de la copia empeoraban. Copiar un manuscrito en una lengua conocida y un alfabeto familiar es exigente incluso en la quietud de una biblioteca. Pero hacer copias perfectas de grandes franjas de símbolos extraños sobre la pared de un templo en medio del calor y del tumulto de Egipto resultaba casi imposible.

(Otro riesgo que acarreaba aún más problemas es que a veces había errores en los originales, pues los artesanos que grabaron los jeroglifos en piedra o los pintaron en paredes y monumentos rara vez sabían leer y escribir; trabajaban sobre textos elaborados por escribas, pero no entendían lo que estaban copiando. En cambio, los textos sobre papiro sí eran obra de los propios escribas, y por ello solían contener menos errores).

Un viajero temprano dejó un vívido relato de los riesgos a los que se enfrentaba un copista. Carsten Niebuhr, un explorador y erudito danés,[382] *visitó Egipto en la década de 1760. Niebuhr era un observador meticuloso que llevaba consigo una infinidad de herramientas científicas que incluían un telescopio, un astrolabio, una brújula y un termómetro. Cuando no estaba midiendo las dimensiones exactas de las pirámides o registrando la temperatura (hacía mediciones a tres horas específicas a diario), copiaba cuidadosamente las largas inscripciones jeroglíficas que no sabía leer. Mientras trabajaba, hoscas muchedumbres se congregaban a su alrededor intentando averiguar qué estaba haciendo. Los vigilantes le exigían sobornos y amenazaban con darle una paliza.*

Niebuhr salió airoso, contra todo pronóstico, al igual que los savants de Napoleón, que tuvieron que vérselas con auténtico fuego de rifles además de con los lugareños hostiles. Pero los descifradores de Europa se hallaban en una carrera, y las buenas maneras fueron las primeras bajas. Mientras Champollion cazaba jeroglifos en la Descripción de Egipto, se enfurecía y despotricaba de errores negligentes y escribas descuidados.

Era un juicio injusto, pero para «los propósitos eruditos», admite un egiptólogo moderno, «los dibujos eran un batiburrillo auténtico».[383] *Inevitablemente, algunos jeroglifos se habían copiado mal o se habían omitido por completo, o había líneas que se habían saltado o cambiado de lugar. ¿Era un pájaro que miraba a la derecha el mismo símbolo que un pájaro que miraba a la izquierda? ¿Era la serpiente con un par de cuernecitos distinta de la serpiente con una curva en el medio?*

Para ponernos en la piel de los copistas, hemos de imaginarnos intentando copiar siquiera una sola frase en un alfabeto poco familiar como, por ejemplo, el tailandés. (Como el egipcio, el tailandés no tiene separación entre palabras). Esto sería un «encantado de conocerle»: ฉันยินดีที่ได้พบคุณ.

Champollion era mucho menos dado que Young a dejarse vencer por una errata, puesto que su interés por Egipto era inquebrantable. Young siempre tenía una docena de proyectos pujantes en su mente: «Durante mucho tiempo conservó sus hábitos de colegial[384] *al mezclar estudios para dedicar un par de horas al día a cada uno», escribió de sí mismo (en la tercera persona que él prefería). En la época en que apareció el cartucho de Cleopatra, él acababa de recibir un importante encargo que implicaba*

revisar y reconsiderar un vasto tesoro de datos náuticos y astronómicos para una publicación llamada El almanaque náutico.[385]

Su concentración múltiple tenía sus riesgos, reconocía Young. Quizá podría haber logrado más «confinando sus talentos en límites más estrechos». Pero en cuanto consideraba la posibilidad, la rechazaba. Y decidió que, bien pensado, la costumbre de saltar de materia en materia le había proporcionado «versatilidad de capacidades».[386]

Pero, aún más importante, continuaba Young, era que la vida confinada en «estrechos límites» se parecía bastante a una vida atrapada por la rutina. Él compadecía a quienes resistían la tentación de interrumpir su labor con pequeñas tareas en aras de la eficacia. Para un pensador, igual que para un trabajador manual, la especialización era una fórmula para «reducir su dignidad, en la escala de la existencia, del razonamiento a la condición de mera máquina».[387]

Champollion probablemente vio la errata de Cleopatra que había dejado a Young fuera de combate. Él continuó, a pesar de todo, demasiado lleno de esperanza como para dejarse vencer por una nimiedad. Y pronto encontró una nueva confirmación para su estrategia descifradora.

Una vez más, el nombre de un gobernante extranjero proporcionó a clave. Jerjes fue el formidable rey persa que invadió Grecia en el año 480 a. C. El suyo era un nombre habitual para los eruditos. El mundo antiguo se había acobardado ante Jerjes, que conducía nada menos que un ejército de dos millones de hombres, según Heródoto, la mayor fuerza militar que nadie haya reunido nunca.[388]

Champollion propuso a otro lingüista francés, un experto en cuneiforme, que los dos examinaran una vasija en particular perteneciente a una colección privada. El interés era evidente —la vasija era antigua y llevaba inscripciones en dos alfabetos diferentes, cuneiforme persa y jeroglifos egipcios—. Los eruditos ya habían aprendido algo sobre cómo descifrar el cuneiforme. Pudieron leer la primera palabra de la vasija —Jerjes—. Luego venía el egipcio, que empezaba con un cartucho. Champollion reconoció sus jeroglifos de otros nombres propios y lo leyó: ¡Jerjes![389]

Era un importante avance, pero Champollion aún no había comprendido lo que podía implicar (y, desde luego, Young tampoco).[390] *Sí, algunos jeroglifos representaban sonidos y podían usarse para deletrear nombres. Incluso se podían reunir en una especie de alfabeto. Pero ¿ahora qué? «Es más que evidente […] que él nunca sospechó que ese alfabeto pudiera tener aplicación alguna más allá de la esfera de los nombres propios y las palabras extranjeras ni de que iba a resultar la durante tanto tiempo anhelada clave para los jeroglifos», escribe el erudito clásico*

Maurice Pope.

Habiendo avanzado hasta ahora solo para verse perdido de nuevo, Champollion dio rienda suelta a su frustración. «El aspecto de una inscripción jeroglífica es un auténtico caos.[391] *Nada está en su lugar. No hay relación con el sentido. Los objetos más contradictorios se colocan unos junto a otros produciendo alianzas monstruosas».*

Sin duda los jeroglifos eran un sistema de escritura y no una extravagante forma de decoración mural. Pero ¿cómo podía un sistema de escritura poner tanto énfasis en las imágenes? Cualquier alfabeto basado en descifrar imágenes, se lamentaba Champollion, llevaría a un interminable e inútil juego de adivinanzas. «Inevitablemente [este sería] muy oscuro y tendría que expresar sus ideas mediante secuencias de metáforas, comparaciones y adivinanzas casi irresolubles».[392] *¿En qué estaban pensando los egipcios?*

377 «Explicación sensata»: Manlio Simonetti (ed.), Ancient Christian Commentary on Scripture: Matthew 14-28 (Westmont, IL, InterVarsity Press, 2002), p. 102.

378 «El error de una sola letra»: Entrevista del autor al Dr. Benjamin Solomon del National Human Genome Research Institute, 24 de febrero, 2020.

379 «Célebre por incontables atrocidades»: Daniel Luckenbill, Ancient Records of Assyria and Babylonia, vol. 2 (Chicago, University of Chicago Press, 1927), p. 319.

380 «Día y noche trabajaremos»: Andrew George (trad. y ed.), The Epic of Gilgamesh (Nueva York, Penguin, 2003), p. xxii.

381 «En la agonía de su muerte»: Greenblatt, Adam and Eve, p. 42.

382 «Carsten Niebuhr, un explorador danés»: Hansen, Arabia Felix, p. 114; Guichard, Jr., Niebuhr in Egypt, p. 1.

383 «Los dibujos eran un batiburrillo»: Wilson, Signs and Wonders, p. 31.

384 «Hábitos de colegial»: Hilts, «Autobiographical Sketch», p. 254.

385 «Una publicación llamada El almanaque náutico»: Peacock, Life of Thomas Young, p. 356.

386 Esta idea está hoy en boga. En su imponente libro Amplitud, David Epstein cita al laureado Nobel Santiago Ramón y Cajal, para quien los científicos de mayor éxito tienden a ser aquellos con la mayor amplitud de intereses. «Para quien observa desde la distancia, parece que se estuvieran dispersando y malgastando sus energías, cuando en realidad están canalizándolas y fortaleciéndolas», escribe Ramón y Cajal.

387 «Reducir su dignidad, en la escala de la existencia»: Hilts, «Autobiographical Sketch», p. 253.

388 «La mayor fuerza militar»: Daniel Mendelsohn, «Arms and the Man», New Yorker, 28 de abril, 2008.

389 «Champollion reconoció sus jeroglifos»: Pope, Deciphering, p. 74.

390 *«Era un importante avance»: Ibid.*

391 *«Un auténtico caos»: Champollion, Précis du Système Hiéroglyphique, p. 255. (Pope traduce el pasaje en Deciphering, p. 75.)*

392 *«Inevitablemente [este sería] muy oscuro»: Ibid.*

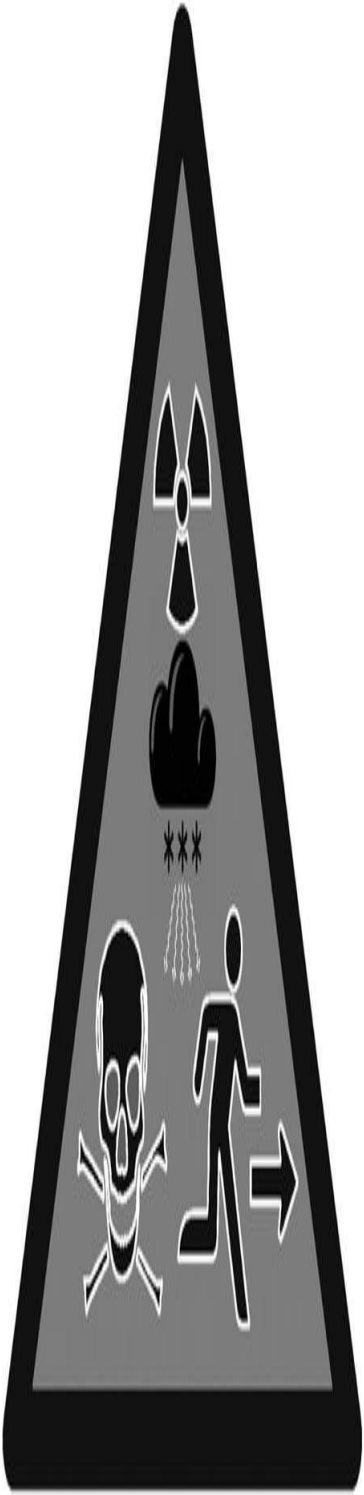
CAPÍTULO VEINTIUNO

El nacimiento de la escritura

Pensemos por un momento en la pregunta de Champollion —¿cómo se plasma una lengua entera en imágenes?— y enseguida comprenderemos su desconcierto.

Palabras como perro y sombrero serían bastante fáciles de dibujar, al igual que expresiones como zona de desprendimientos de roca. Pero el mundo está lleno de cosas que son casi imposibles de plasmar en imágenes. ¿Qué hay de esperanza o de mañana o de por qué o de improbable? Los jeroglifos pronto se volverían inescrutables, exactamente como había sugerido Champollion. La idea de que el dibujo de un halcón signifique dios o sublime llega a parecer casi verosímil.

A modo de ejemplo, miremos este dibujo de 2007 para advertir de un peligro mortal a personas de dentro de miles de años.



Los residuos nucleares seguirán siendo letales dentro de diez mil años. Nuestros descendientes necesitarán saber que deben mantenerse alejados de los lugares donde están enterrados, aunque es casi seguro que nuestro idioma habrá cambiado hasta volverse irreconocible después de tantos milenios. En el año 12007, ¿llevará este mensaje de la Asociación Internacional de Energía Atómica el mensaje que se pretende?: «¡Peligro! ¡Aquí hay algo que va a matarte! ¡Aléjate!».

Pero no solo las abstracciones crean problemas. El juego de mesa llamado Pictionary se popularizó precisamente por lo difícil que era expresar incluso palabras ordinarias con imágenes —jazz, sorpresa, enemigo—. E imágenes que son fácilmente reconocibles pueden ser difíciles de interpretar. «Un símbolo de casco[393] significa "ponte casco (y, si no tienes, consigue uno)"», escribe el historiador John Man. «Pero el símbolo de una silla de ruedas no significa "siéntante en una silla de ruedas (y, si no tienes, consigue una)"».

Al pasar de palabras a expresiones y de expresiones a frases enteras las dificultades crecen. Podríamos conseguir dibujar imágenes que expresen ella bebe café, pero ¿qué pasaría con ella está intentando beber menos café? O, peor aún, con ella siempre se detiene a comprar café a no ser que llegue tarde.

La mayoría de los eruditos cree que las primeras formas de escritura comenzaron con imágenes —los equivalentes antiguos de un hombre resbalando para decir Cuidado: suelo húmedo o de los estilizados surtidores de gasolina y las tazas de café de las señales de carretera—, pero rápidamente chocaron con sus límites.

Entonces, casi al mismo tiempo, varias culturas alrededor del mundo dieron con la respuesta. En Mesopotamia y en Egipto, en algún momento cercano al 3100 a. C., en la India en torno al 2500 a. C. y en China en torno al 1200 a. C. surgieron sistemas de escritura capaces de expresar cualquier palabra en un puñado de líneas y curvas.

Tal como los arqueólogos ven la historia, ese periodo de dos mil años fue un abrir y cerrar de ojos. (Los arqueólogos parpadean despacio).[394] Pero ¿por qué sucedió entonces y no diez mil años antes, cuando nuestros ancestros ya se habían hecho suficientemente sofisticados? Tomemos, por ejemplo, las pinturas rupestres. Los artistas que adornaron las paredes de las cuevas con toros que embisten y caballos al galope los dibujaron con suma habilidad. Las pinturas datan de hace veinte mil años; las primeras muestras de escritura solo tienen cinco mil. Esos primeros artistas dibujaron, pero no escribieron. ¿Podrían haber decidido añadir subtítulos a sus pinturas?[395]

Presumiblemente, no, pero ¿por qué no? No era por falta de herramientas. Pinturas, tintas y herramientas para esculpir se usaron

desde los primeros tiempos, y sin duda habrían servido también para escribir. Tampoco fue el problema la falta de inteligencia. Ningún animal podría haber evocado las imágenes que adornan Lascaux.

¿Qué llevó tanto tiempo, entonces? La suposición habitual es que, curiosamente, el nacimiento de la escritura tuvo que ver con el auge de las ciudades. Más específicamente, con el auge del comercio. En algún momento, hace alrededor de cinco mil años, las ciudades crecieron tanto y el comercio se hizo tan complejo que nadie que confiara solo en su memoria podía llevar la cuenta de quién le debía cuánto a quién. El auge del comercio trajo consigo la necesidad de registros, y los registros implicaban escribir: esto es mío; esto es tuyo; esto es un recibo de cinco fanegas de trigo; esto es un pagaré por tres cestos de mimbre.

El impulso de encontrar un modo de llevar esos registros vino desde arriba. Cuanto más poderoso era un rey, más urgente su deseo de estar al tanto de todo lo que se cocía (y conocer el número exacto de ollas de su reino). Conforme las ciudades crecían, hubo ejércitos que formar, cosechas que calcular, campos que medir y canales que dragar. Y, lo más importante: impuestos que recaudar. Y todos esos propósitos implicaban un abundante uso de lo que generaciones posteriores llamarían «papeleo».[396]

Según la mayoría de las explicaciones, el desarrollo de la escritura fue una epopeya que se produjo a lo largo de miles de años. La historia está aún lejos de haber sido esclarecida definitivamente, pero la porción de la historia que atañe a Oriente Medio es la mejor documentada. Las primeras pistas que ofrecieron una ojeada a la escritura de los primeros tiempos aparecieron hace un siglo en las ruinas de varias ciudades antiguas de lo que hoy es Irak. Allí los arqueólogos encontraron un gran número de bultos de arcilla en forma de óvalos, esferas, discos, cilindros y conos. Esos símbolos, como se llamaron, parece que se usaron desde aproximadamente el año 8000 a. C. hasta el año 3500 a. C. Los eruditos no tenían la menor idea de qué hacer con ellos (y los arqueólogos a menudo los apartaron a un lado como basura). Un investigador alemán llamado Julius Jordan fue quien casi resolvió el enigma. Los bultos de arcilla, escribió en su diario de 1929, se parecían a «objetos de la vida cotidiana: tarros, hogazas y animales».[397]

En algún momento alrededor del año 3500 a. C., miles de años de historia después, la trama se complicó. Ahora los antiguos sumerios empezaron a encerrar aquellos símbolos dentro de «envolturas» de arcilla hueca. Por fuera de las envolturas había pequeñas muescas que se realizaron presionando los símbolos con la superficie de arcilla antes de sellarlos dentro.

En la década de 1970 apareció una Sherlock Holmes francesa y lo

esclareció todo.[398] *La joven arqueóloga Denise Schmandt-Besserat explicó que aquellos conos y esferas eran símbolos. Un cono representaba una cantidad determinada de grano, por ejemplo, y un óvalo un tarro de aceite. Y un intermediario al que se pagaba para transportar dos tarros de aceite podía llevar dos óvalos de arcilla a modo de recibo.*

Con el tiempo, proseguía Schmandt-Besserat, el sistema evolucionó hacia una mayor complejidad. Alguien tuvo la brillante idea, para impedir cualquier engaño, de que los símbolos fueran sellados dentro de las envolturas de arcilla. Pero, con los símbolos sellados, ¿cómo era posible conocer el contenido de las envolturas sin tomarse la molestia de romperlas para abrirlas?

A la joven arqueóloga francesa, la respuesta prácticamente se le reveló a gritos. Con marcas que por fuera de la envoltura dijeran lo que había dentro. Al principio, según Schmandt-Besserat, esas «etiquetas» fueron impresiones exactas de los símbolos que dejaban presionando estos contra la superficie de la envoltura. Con el tiempo, a alguien se le ocurrió que hacer un dibujo del símbolo en la envoltura sería más fácil y serviría igualmente. Mucho después, alguien vio que un símbolo improvisado en la envoltura funcionaría tan bien como un dibujo minucioso. Y, mucho después, a otro innovador se le ocurrió que el asunto de los símbolos y las envolturas podía sustituirse por completo por una tablilla de arcilla que recogiera la misma información de los símbolos en unas pocas líneas y muescas con significado. Los símbolos inscritos representaban los símbolos de arcilla; no había necesidad de verdaderos símbolos. ¡Contemplad el nacimiento de la escritura!

La clave para esclarecer toda la historia, según explicaba Schmandt-Besserat, fue un hallazgo especialmente afortunado. En un lugar al norte de Irak, los arqueólogos encontraron dos inscripciones cuneiformes que recogían una sola transacción. Una era una tablilla de arcilla donde se podía leer: «21 borregas, 8 borregos adultos, 6 cabras», etc. La segunda inscripción era una envoltura de arcilla que enumeraba, por fuera, esa misma selección: «21 borregas, 8 borregos adultos, 6 cabras». La lista recogía cuarenta y nueve animales. Los investigadores rompieron la envoltura. Se derramaron cuarenta y nueve símbolos. Veintiuno eran de una forma, ocho de otra, y así sucesivamente. «Aquella tablilla hueca resultó ser la piedra de Rosetta del sistema de la inscripción», escribió Schmandt-Besserat.[399]

El largo camino de abstracción creciente —de los símbolos de arcilla a las impresiones y de estas a los dibujos en la arcilla— avanzó con insoportable lentitud. Y aún tendría que llegar mayor abstracción, a medida que la escritura avanzara desde los símbolos que representaban objetos tangibles, como ovejas y cabras, a símbolos que representaban los

breves sonidos y las pequeñas explosiones de aire que conforman el lenguaje hablado.

¿Cómo pudo ser tan difícil conseguirlo? No parece entrañar dificultad alguna ver que los símbolos tienen significado aun cuando no parezcan nada en concreto. Paul Revere se sirvió de faroles[400] —«Uno si es por mar; dos si es por tierra»— para trasmitir los planes del enemigo, y nadie tuvo problemas para entenderlo. Teseo empleó velas. Le dijo a su padre que haría que sus hombres izaran una vela negra en su barco si el Minotauro lo mataba y una vela blanca para indicar que regresaba a casa victorioso. (En el jaleo de los acontecimientos, resultó que Teseo se olvidó de cambiar las velas. Su padre vio la vela negra que indicaba la muerte de su hijo, se lanzó al mar y se ahogó).

Sabemos, pese a todo, que el paso de las imágenes reconocibles a los símbolos arbitrarios resultó inmensamente difícil. En la evolución de la cultura humana, la abstracción fue siempre el gran obstáculo.

Toda generación contempla con condescendencia la torpeza de sus predecesoras olvidando que pronto le tocará a ella quedarse en un rincón sintiéndose estúpida. «Es necesario recordar siempre que en física han sido necesarios grandes hombres para descubrir cosas sencillas», escribió el científico (y clasicista erudito) D'Arcy Thompson.[401] «Son sin duda grandes nombres los que asociamos con la explicación de la trayectoria de una piedra, la caída de una cadena, los tintes de una burbuja y las sombras de una taza». Sucede lo mismo en todos los campos y materias, sin importar lo simple que esa «cosa sencilla» pueda ser. En el caso de la escritura, Platón dijo que la «simple» invención era en realidad tan difícil que solo «un dios o algún hombre divino»[402] habría podido lograrla. Ningún simple humano podría haber encontrado un modo de capturar en una página «la ilimitada variedad del sonido».

No todo el mundo da por buena la historia de los símbolos. Los escépticos dudan de cómo surgió la escritura. Sobre la cuestión de por qué esta se inventó sí que hay un consenso general. Y no fue para recoger pensamientos profundos. Tanto en China como en el antiguo Oriente Medio, Egipto, la India o el Nuevo Mundo, el acicate fue siempre el negocio. En todas partes del mundo los primeros escritos fueron menos del tipo «ella es hermosa como la noche estrellada» y más parecidos a «recibí dos tazas de cerámica, una de ellas con un asa mellada».

Pasado el tiempo, apareció la literatura. Pasado mucho tiempo. Como el desarrollo de la propia escritura, la transición de la escritura vinculada al comercio, a la escritura como arte, se produjo a cámara lenta. (Aunque durante ese largo periodo, canciones y relatos orales fueron, seguramente, corrientes). En Egipto, según el cálculo de un erudito, hicieron falta mil años[403] para que la escritura pasara de los registros de impuestos a las

historias y fábulas.

Pero un nuevo papel crucial para la escritura llegaría mucho antes que la narración de historias para nunca desaparecer. Y fue la escritura como propaganda. Los gobernantes se sirvieron de la nueva herramienta desde muy pronto, aprovechando cualquier oportunidad para proclamar su poder y celebrar su misión divina. Esculpidas en piedra, las vanaglorias de un rey perdurarían para siempre.

A lo largo de toda la historia de Egipto, los faraones fueron especialmente dados a entregarse a la desaforada autocomplacencia y a la fanfarronería verbal. Una inscripción egipcia típica, sobre una estela de piedra de alrededor del año 1400 a. C., describía lo que sucedió cuando el faraón Amenofis detectó unas tropas enemigas que se aventuraron a acercarse a él en carros: «Su majestad salió tras ellos como un divino halcón».[404] *Amenofis estaba solo —«no había nadie con su majestad más que él mismo y su valeroso brazo»—, pero no importó. «Ellos temblaron al ver a su majestad. Y entonces su majestad derribó al mismísimo comandante con su hacha de guerra». Amenofis no tardó en sumar a esa victoria otra conquista. «Ahora el gobernante se enfurecía como un divino halcón, y sus caballos volaban como una estrella del cielo».*[405] [406]

La modestia no era una virtud en el antiguo Egipto, y no hacía falta ser un faraón para darse golpes de pecho. Un gobernante provincial que ejerció su cargo alrededor del 2100 a. C. quiso dejar el testimonio de sus buenas obras en las paredes de su tumba.

Una larga enumeración terminaba con un impactante final. «He sido el principio y el fin de la humanidad, pues nadie como yo existió antes de mí ni existirá nunca. Nadie como yo nació ni nacerá. He sobrepasado las gestas de los ancestros, y las generaciones por venir no igualarán mis hazañas hasta dentro de millones de años». La inscripción concluía: «Yo soy el héroe sin igual».[407]

La historia de la invención está salpicada de ejemplos de ideas brillantes que resultaron tener usos que nadie había previsto. Los ascensores se diseñaron originalmente para elevar materiales en edificios en construcción; pronto llevaron pasajeros en lugar de madera y aparecieron los rascacielos de la ciudad. Las lentes, al principio, fueron gafas para que los ancianos pudieran leer la pequeña letra impresa; luego encontraron el camino hasta los telescopios que descubrieron incontables estrellas y los microscopios que desvelaron mundos en miniatura —cuya existencia ni siquiera se sospechaba— repletos de criaturas vivas.

El propio cerebro es un ejemplo aún más llamativo, aunque en este caso fuera la naturaleza la que desempeñara el papel del inventor. Ahí tenemos una máquina construida para comunicar pensamientos como «¡Corre! ¡Es un león!». Pero esa misma máquina inspiró a los poetas a

escribir sonetos de amor e impulsó a los hombres y mujeres de todas partes a mirar más allá del hoy y estremecerse ante la idea de su muerte.

La escritura, con todo, quizá sea el ejemplo por excelencia de una invención con consecuencias no buscadas. En el cerebro, las más simples soluciones y las ideas más profundas se alojan en diferentes puntos de la misma línea recta: detectar el peligro en el arbusto que tiembla quizá no sea tan distinto, después de todo, de ver la condición mortal en el temblor de una mano.

En la escritura, la historia da un giro tan brusco que nadie podría haber previsto el resultado al principio. ¿Quién iba a prever que una herramienta creada para contar cabras nos daría la literatura, la historia y la memoria?

393 «Un símbolo de casco significa»: Man, Alpha Beta, p. 19.

394 En el transcurso de cientos de miles de años, nos dicen los eruditos, la cultura permaneció inalterada y las vidas de nuestros ancestros no cambiaron lo más mínimo. «Permanecieron durante 0.3 millones de años en las cuevas llenas de corrientes de aire y humo del [norte de China]», escribe, por ejemplo, un distinguido lingüista, «cocinando murciélagos al fuego lento de las brasas y esperando a que las cuevas se llenaran de su propia basura».

395 «Añadir subtítulos»: debo esta observación a Michael Cook. Véase su Brief History of the Human Race (Nueva York, Norton, 2005), p. 45.

396 Los incas fueron la excepción a la norma, el único ejemplo conocido de un imperio que no se sirvió de ningún sistema de escritura. Las cuerdas de nudos de los incas llamadas quipu proporcionaron una manera sofisticada de registrar números (pero no palabras, aparentemente).

397 «Tarros, hogazas y animales»: Tim Harford, «50 Things That Made the Modern Economy», BBC World Service, episodio «Cuneiform» emitido el 30 de abril de 2017.

398 «Una Sherlock Holmes francesa»: Schmandt-Besserat, «The Evolution of Writing», p. 9. En línea en https://tinyurl.com/y72ynmqz.

399 «La piedra de Rosetta del sistema de la inscripción»: Schmandt-Besserat, How Writing Came About, p. 9.

400 «Paul Revere se sirvió de faroles»: Michael Coe cita a Paul Revere en Breaking the Maya Code, ubicación de Kindle 274.

401 «Han sido necesarios grandes hombres para descubrir cosas sencillas»: D'Arcy Wentworth Thompson, On Growth and Form (Nueva York, Dover, 1972), p. 13.

402 «Solo un dios o algún hombre divino»: la cita es del Filebo de Platón, citado en Hornung, The Secret Lore of Egypt, p. 21.

403 «Hicieron falta mil años»: Ludwig Morenz, «The Origins of Egyptian Literature» en Manley (ed.), Seventy Great Mysteries, p. 211.

404 «Su majestad salió tras ellos»: James B. Pritchard, Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament with Supplement (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2016), pp. 245 y 245fn12.

405 En comparación con ejemplos de la fanfarronería regia en otros imperios, esta era casi menor. En Asiria, miles y miles de inscripciones y tallados describen torturas y masacres con minucioso detalle. Este testimonio de un rey llamado Senaquerib, que gobernó alrededor del 700 a. C., es típico: «Rebané sus gargantas como si fueran corderos. De cuerpos de guerreros llené la llanura como si fuera hierba. Corté sus testículos y arranqué sus partes pudendas como semillas de pepino».

406 Referencia en la nota a pie de página. «Rebané sus gargantas como si fueran corderos»: Erika Belibtreu, «Grisly Assyrian Record of Torture and Death», Biblical Archeological Society, enero/febrero de 1991.

407 «El héroe sin igual»: Ian Shaw (ed.), The Oxford History of Ancient Egypt (Oxford, UK, Oxford University Press, 2003), pp. 118-120.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El gigante paduano

A pesar de todos sus avances, Champollion seguía frustrado y confuso. Para entonces —corría 1821, y él llevaba más de una década entregado a Egipto y a los jeroglifos—, había logrado descifrar docenas de nombres en cartuchos, pero sabía que aún no había logrado una perspectiva general. Tampoco Young, ni nadie.

Habían estado a punto de conseguirlo, pero no tenían modo de saberlo. En un famoso pasaje de Fiesta, un personaje le pregunta a otro cómo se arruinó. «De dos formas», responde. «Poco a poco y de repente».

Lo mismo ocurre con los avances en la historia de las labores descifradoras, y ahora los pasos «graduales» estaban llegando en tan estrecha sucesión que el momento «repentino» era poco menos que inevitable.

Champollion nunca dio ninguna pista sobre cómo había llegado a hacer sus descubrimientos o cuándo. Antes que rastrear sus pasos, prefirió sorprender a su público con una serie de revelaciones como conejos sacados de una chistera.

Ello fue en parte una cuestión de estilo —Champollion era un hombre de fogonazos, además de un sólido genio—. Pero la espectacularidad solo era parte de la historia. Champollion estaba rodeado de escépticos, y sabía que una presentación ordenada sería más convincente que una presentación caótica que incluyera hipótesis equivocadas y falsos caminos. Además, estaba compitiendo por un gran premio, y posiblemente no vio ningún beneficio en ofrecer pistas ni teorías a medias a sus rivales.

Incluso tras una década de búsqueda, Champollion creía que los jeroglifos no eran «de ningún modo un alfabeto». En lugar de eso, escribió en un artículo erudito, eran «señales que representaban cosas y no sonidos».[408] *La escritura egipcia, en otras palabras, era una compleja mezcla cuyos ingredientes podían ser comprendidos, pero no pronunciados (salvo por un puñado especial de jeroglifos reservados para la escritura de nombres extranjeros).*

Y entonces, en algún momento entre 1821 y 1823, dos cosas ocurrieron. Ninguna era llamativa por sí misma. Pero ambas empujaron a Champollion hacia una idea que reafirmaría en su cabeza todo su

pensamiento previo. (Young, comprometido con más cosas de las que era capaz de abarcar, como de costumbre, y ocupado en las tareas de su Almanaque náutico, permanecía al margen).

En algún momento, probablemente en 1822, Champollion tuvo la brillante idea de contar las palabras y los jeroglifos de la piedra de Rosetta. Parece asombrosamente tarde para un paso tan elemental, pero era el propio Champollion quien contaba la historia, y no tenía razón alguna para minimizar su propia perspicacia.

Contó 1419 jeroglifos y 486 palabras en griego. (Muchos de los jeroglifos eran iguales, y había 166 jeroglifos diferentes en total).[409] *Eso era extraño.*

¿Por qué? Porque a la vez eran muchos jeroglifos y muy pocos. (Ya vimos antes que Georg Zoëga, un lingüista danés, había hecho una observación muy cercana a esta en 1798). Demasiados, porque no tenía sentido que hubiera tres veces más jeroglifos que palabras en griego. Si cada jeroglifo representaba una palabra o una idea, como todo el mundo creía, entonces el número de jeroglifos y el número de palabras griegas debía coincidir aproximadamente.

La discordancia era aún peor de lo que parecía. Los jeroglifos de la piedra de Rosetta estaban arriba, y era allí donde faltaban secciones perdidas que nunca se volvieron a ver. Así que la cifra de 1419 era sin duda aún mayor.

Pero, visto de otra manera, había muy pocos jeroglifos. Si un jeroglifo representaba una palabra o una idea, plasmar toda una lengua requeriría imágenes infinitas. El número total de jeroglifos sin duda sería de miles y miles, y nada parecido a esos 166.

Ese era el enigma número uno. El enigma número dos parecía, al principio, no tener nada que ver con Egipto ni los jeroglifos. Estaba relacionado con el trabajo de un obsesivo joven francés llamado Jean-Pierre Abel-Rémusat, un erudito que había hecho un profundo viaje sin guía por los misterios de la lengua china. Rémusat había sufrido una infancia desgraciada[410] *—un accidente le había hecho perder la visión de un ojo y lo había tenido en una cama durante varios años—. Y luego su padre murió, dejando a Jean-Pierre y a su madre solos para buscarse la vida. El joven siguió estudiando medicina sin entusiasmo por los ingresos que esta le proporcionaría. Pero lo que lo hizo levantarse fue el encuentro accidental con un libro chino sobre hierbas medicinales. Lo que sedujo a Rémusat no fueron las hierbas y pociones, sino la misteriosa y sugerente escritura de cada página.*

Fascinado, se entregó al estudio del chino «sin un profesor, sin un manual, sin un diccionario».[411] *Tenía dieciocho años. Cinco años después, en 1811, se dio a conocer con su primera publicación, Ensayo sobre la*

lengua y la literatura chinas. Eso hizo que Rémusat llamara la atención del viejo mentor de Champollion, Silvestre de Sacy, y a través de este, la de Champollion mismo.

En 1822 Rémusat era la máxima autoridad de Francia en el chino,[412] *«el primero en sacar el estudio del chino de la oscuridad (oscuridad mística, podríamos decir) en la que sus predecesores lo habían envuelto», escribió Champollion. Cuando Rémusat publicó una nueva obra titulada Elementos de gramática china en 1822, Champollion se zambulló en ella.*

Una cuestión en particular llamó su atención. El sistema de escritura chino usaba miles de caracteres, según el cómputo de Rémusat, que era un número muy superior al de los jeroglifos que Champollion había encontrado. Pero incluso con tantos caracteres con los que trabajar —este era, en concreto, el enigma número dos— el chino se servía de una categoría especial de caracteres llamados hing-ching, que Rémusat tradujo como representantes de sonidos.

Champollión observó entonces que aquellos caracteres no solo representaban sonidos, sino que además «constituían más de la mitad de la escritura ordinaria en chino».[413]

La clave estaba en la palabra ordinaria. Rémusat no estaba hablando de cómo los escritores chinos trataban los nombres extranjeros; estaba hablando de cómo el chino escribía las palabras simples y cotidianas.

Había aquí un cambio de enorme importancia. Una década antes, Champollion había afirmado que, para escribir nombres extranjeros con un sistema de escritura no alfabético, no había más remedio que emplear caracteres que representaran sonidos. Pero aquí estaba sosteniendo que «los caracteres que representaban sonidos» aparecían en palabras ordinarias, no solo en nombres extranjeros, y en montones de ellas, además.

Champollion empezó a considerar la idea que nunca se le había ocurrido antes ni a él ni a nadie. ¿Emplearían tal vez los egipcios «caracteres que representaban sonidos» para las palabras egipcias cotidianas y no solo para los nombres importados de lejanas tierras?

Retrospectivamente, la respuesta parece obvia. En su momento fue sorprendente, y se alejaba tanto de todo lo propuesto que en más de una década de duro trabajo la idea jamás salió a la superficie de la mente de Champollion.

Mientras Champollion se empapaba de gramática china en Francia y Young compilaba tablas náuticas en Inglaterra, el antiguo forzudo de circo Giovanni Belzoni seguía cazando jeroglifos en Egipto. Lo que encontró allí pronto dejaría a Champollion literalmente con la boca abierta.

En las primeras décadas del siglo diecinueve, Egipto era un vasto

tesoro oculto por explorar repleto de expoliadores que competían por desenterrar —y vender— reliquias antiguas. Para los turistas no había souvenir que suscitara tanto entusiasmo como una momia. Descubrir tu propia momia era lo más emocionante de todo. Los traficantes se metían furtivamente en las tumbas y almacenaban momias para que sus clientes las encontraran. Y los entusiasmados turistas se llevaban una mano o un brazo —era difícil meter un cuerpo completo en el equipaje de un viajero — para exponerlo después en su casa.[414]

Los arqueólogos no se comportaban mejor. A la mayoría resultaba difícil distinguirlos de los expoliadores, y Belzoni era uno particularmente habilidoso y tenaz. Era, además, un hombre espectáculo como pocos.

Dos metros de alto, atractivo y fuerte como una montaña (en sus días de artista había diseñado un aparato que le permitía cargar con once hombres al mismo tiempo),[415] *Belzoni llegó tarde a Egipto, pero rápidamente dio una serie de golpes maestros. Fue el forzudo italiano, por ejemplo, quien descubrió la estatua rota de Ramsés el Grande que inspiró el poema de Shelley «Ozymandias» sobre aquel poderoso gobernante con una «fría mueca displicente de poder». (Hoy la estatua es uno de los tesoros del Museo Británico).*[416] [417] *Y, como hemos visto, fue Belzoni quien logró —finalmente— sacar el obelisco de Bankes de la isla de File y enviarlo en largo viaje a Inglaterra.*

En última instancia, sería la destreza de Belzoni para saquear tumbas lo que desenterró las pistas que pusieron a temblar de emoción a los descifradores de Europa.

Belzoni narró sus aventuras egipcias en un entretenidísimo volumen de memorias. Allí recordaba una primera incursión con especial detalle. Se había internado en las profundidades subterráneas de una serie de tumbas antiguas junto al Nilo en Luxor. Y, después de recorrer cientos de metros por entre el asfixiante polvo, finalmente salió a una habitación lo bastante alta como para sentarse en vertical. «¡Pero vaya un lugar de descanso, rodeado de cadáveres y montones de momias por doquier!»,[418] *se estremecía Belzoni. La única luz procedía de las antorchas que sostenían sus trabajadores, que estaban «desnudos y cubiertos de polvo, y parecían momias ellos mismos».*

Por fortuna, casualmente Belzoni había perdido el olfato mucho antes, pero, aun así, le produjo arcadas el sabor del polvo de momia en la boca y la garganta. «Al borde del desmayo, busqué un lugar para descansar, lo encontré y conseguí sentarme; pero cuando mi peso cayó sobre el cuerpo de un egipcio, este quedó aplastado como una sombrerera», escribió.

Belzoni cayó el suelo. Durante quince minutos fue incapaz de moverse y permaneció luchando por recuperar la respiración. Finalmente, logró arrastrarse por un pasadizo de unos seis metros de longitud lo bastante

ancho como para escapar por él. «Estaba repleto de momias, y no podía pasar sin que mi cara entrara en contacto con la de algún egipcio en descomposición, pero como el pasadizo tenía pendiente hacia abajo mi propio peso me ayudaba», escribió Belzoni. «Sin embargo, no podía evitar que me cayeran encima huesos, piernas, brazos y cabezas que rodaban desde lo alto. Y de ese modo seguí de una cueva a otra, todas llenas de momias amontonadas de distinta manera, algunas de pie, otras tumbadas, y algunas cabeza abajo».

¿Por qué prestarse a ese calvario? «El propósito de mis investigaciones era robar a los egipcios sus papiros, que encontré ocultos en sus pechos, bajo sus brazos, en el espacio que queda por encima de las rodillas o en sus piernas, cubiertos por los numerosos pliegues de tela que envuelven las momias», continuaba Belzoni como si nada.

Antiguamente, los expoliadores no perdían el tiempo con trozos de papiro. No cuando había brazaletes de oro, collares, cálices y esculturas de los que apoderarse. Pero después de «mil generaciones de ladrones de tumbas»,[419] según un egiptólogo, muchos de los tesoros más notables se habían desvanecido. Con los coleccionistas y los museos europeos de la egiptomanía, los papiros —o cualquier otro objeto adornado con jeroglifos— tenían garantizado atraer compradores que pagaran por ellos y clamaran por más. Pero durante años Belzoni había estado persiguiendo una presa aún mayor. Hasta entonces se le había escapado.

408 «Señales que representaban cosas y no sonidos»: Jean-François Champollion, De l'écriture hiératique des anciens Égyptiens, p. 2. Este es el cuarto y último ítem de la lista que hizo Champollion con sus principales hallazgos. (El primero fue que los jeroglifos «no eran de ningún modo alfabéticos»). En línea en https://tinyurl.com/y5p2ek2w.

409 «Había 166 jeroglifos diferentes»: Champollion, Précis du système hiéroglyphique des anciens Égyptiens, p. 266. En línea en https://tinyurl.com/y2cbjcqz.

410 «Había sufrido una infancia desgraciada»: François Pouillion (ed.), Dictionaire des orientalistes de langue française (París, IISMM, 2008), «Rémusat», p. 810.

411 «Sin un profesor, sin un manual»: Ibid.

412 «La máxima autoridad de Francia en el chino»: Pope, Deciphering, p. 76.

413 «Constituían más de la mitad»: Ibid.

414 «Turistas se llevaban una mano o un brazo»: Jill Sullivan, Popular Exhibitions, Science and Showmanship, 1840-1910 (Abingdon-on-Thames, Oxfordshire, UK, Taylor & Francis: 2015), p. 202.

415 «Once hombres al mismo tiempo»: Mayes, Belzoni, p. 20.

416 Shelley nunca puso un pie en Egipto y nunca contempló la colosal estatua de Ozymandias, ni siquiera después de que esta llegara al Museo Británico. Había leído sobre ella y había garabateado el poema en diez minutos. Lo publicó dos semanas después, casi sin revisión, poco antes de que la estatua llegara a Inglaterra.

417 Referencia en la nota a pie de página. «Shelley nunca puso un pie en Egipto»: Guy Davenport, «Ozymandias», New York Times, 28 de mayo de 1978; John Rodenbeck, «Travelers from an Ancient Land: Shelley's Inspiration for Ozymandias», Alif: Journal of Comparative Poetics 24 (2004), pp. 124-125.

418 «¡Pero vaya un lugar de descanso!»: Belzoni, Travels in Egypt and Nubia, p. 132.

419 «Mil generaciones de ladrones de tumbas»: Mertz, Temples, Tombs, and

Hieroglyphs, p. 72.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Abu Simbel

Era la tentación del tesoro lo que había llevado a Belzoni a Egipto. Pero posiblemente hiciera su mayor hallazgo —y, desde luego, el más espectacular— solo después de cruzarse con otro viajero europeo al que únicamente movían el espíritu viajero y la curiosidad.[420]

Ese hallazgo llevaría al siguiente avance en la carrera descifradora. Y de nuevo implicaría la colaboración entre Belzoni y William Bankes, este último justo después de su aventura del obelisco.

Entre los años 1810 y 1820, Belzoni y Bankes se contaban entre el puñado de europeos que iban y venían por Egipto en una especie de cacería de alto riesgo. Las vidas de ambos hombres cambiaron y toda la historia de la carrera descifradora dio un vuelco cuando se encontraron con una figura alta, barbuda y medio muerta de hambre que contaba historias de unos viajes que podrían haber salido de las Mil y una noches.

Jean Louis Burckhardt era un viajero casi sin igual. De nacionalidad suiza, había salido de Europa en 1809, a los veinticinco años. Nunca regresaría. Pasó sus primeros años en el extranjero en Siria, donde se sumió en el estudio del árabe. Y no tardó en hablarlo tan bien que, con la ayuda de una densa barba, un turbante y una túnica, pudo hacerse pasar por local. Como el jeque Ibrahim ibn Abdullah, Burckhardt estuvo explorando el Oriente Medio y África desarmado, en solitario, y con una infinita curiosidad.

Se convertiría en uno de los primeros occidentales que visitó la Meca y el primero en contemplar Petra, en Jordania. (Como hemos visto, Bankes fue el primero en plasmar Petra en dibujos). El año de 1813 lo halló en las profundidades del desierto de Nubia, a unos mil cien kilómetros al sur de El Cairo. Un territorio duro y sin ley a más de ciento cincuenta kilómetros del lugar más remoto al que hubieran llegado los savants de Napoleón.

Burckhardt iba siguiendo los rumores de un antiguo y olvidado templo a orillas del Nilo. Lo encontró.

Esculpidas en una pared de roca de la tierra prohibida entonces llamada Nubia había seis enormes estatuas, tres a cada lado de una entrada que desaparecía en el interior de la roca. (El lugar se halla a casi

trescientos kilómetros de la actual Asuán). Para quien se dirigiera a él por tierra, el complejo del templo era difícil de distinguir hasta última hora, pero desde el río resultaba imposible pasarlo por alto. Dentro, Burckhardt vio más esculturas, figuras pintadas e incontables jeroglifos.

Exploró un poco y volvió sobre sus pasos. Pero, al volver la espalda a las rocas desde el río, casualmente miró hacia el sur. Y de repente vio cuatro inmensas estatuas, mucho más grandes que las ya colosales que había visto antes. Y también estas se hallaban esculpidas en la pared de arenisca, pero la arena las había enterrado casi por completo.

Burckhardt había estado a punto de pasar por alto lo que resultaría uno de los más grandiosos templos «perdidos» de Egipto; lo que había encontrado primero era una especie de templo secundario.

Corrió hasta él. La cabeza y el pecho de una estatua se alzaban sobre la arena. La siguiente estatua alineada estaba casi completamente oculta. «De las otras dos, solo se muestran los bonetes», escribió.[421]

Tales «bonetes» resultarían ser coronas; las estatuas representaban faraones —aunque, para ser más exactos, eran cuatro representaciones del mismo faraón—. Burckhardt trepó a la estatua que tenía la cabeza expuesta. Era un «semblante de lo más expresivo y joven, que parecía más cercano al canon de belleza griego» que ninguna otra estatua de Egipto.

Burckhardt midió la distancia de hombro a hombro —seis metros y cuarenta centímetros—. Midió una oreja de arriba abajo —un metro—. No había forma de decir si las estatuas mostraban figuras de pie o sedentes. Si estaban de pie, Burckhardt calculó que tendrían entre sesenta y setenta metros de alto. ¿Qué era aquel sitio?

Si se pudiera quitar la arena, sugirió Burckhardt, «se descubriría la puerta a un vasto templo a la entrada del cual las colosales figuras probablemente servían de adorno».

Burckhardt había encontrado el lugar que hoy conocemos como Abu Simbel. Ningún occidental lo había visto puede que en dos mil años.[422] *Hoy es patrimonio de la humanidad y un lugar de peregrinaje para turistas de todo el mundo.*

El templo más pequeño que Burckhardt había encontrado primero resultaría estar dedicado a una reina llamada Nefertari. Y el segundo templo de mayor tamaño honraba al esposo de Nefertari, uno de los faraones más famosos, Ramsés II.

Pero, en 1813, nadie habría reconocido el nombre de Ramsés. Solo podría haberse encontrado en una lista antigua, entre docenas de otros nombres de faraones, si se hubiera sabido dónde buscar. Pero, más adelante, después de que los eruditos hubieran aprendido a leer los jeroglifos, salió a la luz una asombrosa historia.

Ramsés ascendió al trono a la edad de veinte años, en el 1279 a. C., y

gobernó durante sesenta y seis sin parar de erigirse monumentos a sí mismo. A su muerte, vastas franjas de Egipto sufrían bajo la carga de colosales estatuas de piedra que representaban a Ramsés sereno, distante, imperturbable y eterno.

Todo en torno a su vida y a su reinado se exageraba como si estuviera escrito en negrita. Ramsés gobernó durante tanto tiempo que sobrevivió a una docena de príncipes. (No había peligro de quedarse sin ellos. Ramsés reconocía la paternidad de cien hijos y sesenta hijas). Y, según algunos testimonios, Ramsés era el «Faraón» de la Biblia, lo que lo habría convertido no solo en un faraón, sino en el faraón.

Eso es lo que dicen películas como Los Diez Mandamientos y un montón de libros populares. No existe verdadera evidencia de ello. Lo máximo que podemos decir es que el faraón bíblico era una criatura de ego monstruosamente hinchado, igual que el Ramsés histórico. En el Éxodo, el faraón truena: «¿Quién es el Señor para que yo haya de obedecer Su voz y dejar libre a Israel?». El tono, al menos, es auténtico. Todo lo relacionado con Ramsés conlleva el mismo sentido de poder ilimitado y ego irrefrenable. Las inscripciones celebran su destreza como guerrero y los grabados en los muros lo representan con la lanza levantada en posición de atacar a un enemigo mientras aplasta a otro bajo el pie.

El faraón se construyó una nueva y lujosa ciudad capital a la que llamó Casa de Ramsés, el Grande y Victorioso.[423] *Le rinden homenaje más estatuas y templos que a ningún otro faraón, en parte porque se apropió de todo aquello en lo que puso la vista. Cuando Ramsés no pudo ocuparse de ordenar la construcción de nuevos monumentos, se hizo con los antiguos y dejó su nombre tallado en lugar de los nombres de sus predecesores, o derribó templos existentes y usó las mismas piedras para reconstruirlos en su honor.*[424]

Ramsés estaba por todo Egipto. En su nueva capital, próxima al Mediterráneo, una estatua suya se alzaba a casi treinta metros de altura. Hoy todo lo que queda es un pie suelto, roto por la mitad. Tan enorme que un hombre adulto que extendiera la mano al máximo no podría abarcar la punta del dedo gordo del titán.[425]

La magnífica estatua de «Ozymandias» en el Museo Británico representa a Ramsés, como dijimos antes.[426] *Se encontró en Luxor, a unos ochocientos kilómetros de la nueva capital. (La momia de Ramsés se descubrió muy cerca, en el valle de los Reyes, en 1881. La estatua retrata a un gobernante hermoso, mientras que el rey momificado muestra un parecido llamativo con Mr. Burns, el jefe de Homer Simpson. Pero, incluso después de muerto, Ramsés siguió recibiendo un tratamiento especial. En 1976, cuando la momia empezó a mostrar signos de deterioro, los egiptólogos la embarcaron con destino a París para ser examinada.*

Ramsés viajó en un avión militar con pasaporte oficial —en su ocupación figuraba «monarca (fallecido)»—[427] y en el aeropuerto Le Bourget se le recibió con honores militares propios de un monarca vivo).

De todos los tributos que Ramsés se brindó a sí mismo, Abu Simbel, en la frontera más meridional de Egipto, fue quizá el más imponente. Cada una de las gigantescas estatuas representaba a Ramsés. El extravagante homenaje también servía como mensaje para proclamar el poder de Egipto ante cualquier enemigo que hubiera podido considerar un avance hacia el norte. Todo el complejo actuaba, en palabras del egiptólogo Peter Brand, como «una gigantesca señal de cuidado con el faraón».[428]

El tamaño de aquellas estatuas era una fanfarronería descarada, insoslayable, un grito megalómano a través de un gigantesco megáfono. En escultura y en arquitectura, el gusto egipcio siempre fue inconfundible. Cuanto más grande mejor, y colosal mejor que grande. La estatua Ozymandias de Ramsés pesaba más de veinte toneladas cuando estaba intacta,[429] y la cabeza y los hombros por sí solos pesaban siete toneladas. (El David de Miguel Ángel pesa seis). En Abu Simbel, cada estatua de Ramsés sentada sobre un trono tiene más de veinte metros de altura de pies a cabeza.[430] En el memorial de Lincoln, la figura sentada del presidente alcanza casi los seis metros.

Burckhardt encontró Abu Simbel en 1813. Dos años después, en el invierno de 1815, en El Cairo, él y dos compañeros suyos pasaban una velada charlando animadamente acerca del fabuloso e inaccesible templo que Burckhardt había visto.

Formaban un trío cuando menos curioso en un tiempo en que los europeos en El Cairo eran infrecuentes. El hombre alto de cabellos dorados era William Bankes, el adinerado coleccionista inglés que había encontrado el obelisco en File. Su gigantesco compañero era Belzoni, el forzudo convertido en arqueólogo que había ayudado a Bankes a transportar el obelisco. Y ambos hombres mostraban su deferencia a Burckhardt, el viajero más experimentado del grupo. Burckhardt hilaba historias de disfraces, golpes, asaltos y huidas en el último momento. Pero su público celebraba sobre todo las anécdotas de Abu Simbel. ¿Cuántas riquezas podrían yacer bajo la arena?

Para los arqueólogos en Egipto, la arena siempre fue un problema. (Cuando los savants vieron la Esfinge por primera vez, esta yacía enterrada hasta la barbilla como un padre que hubiera dejado a los niños hacer de las suyas con cubos y palas en la playa). En Abu Simbel, la arena llevaba miles de años acumulándose, a juzgar por los grafitis que dejaron en lo alto de una de las estatuas dos soldados griegos alrededor del año 600 a. C.[431] [432]

Belzoni había visto en sus propias exploraciones cómo se formaban los

montones de arena. Muchos días el viento soplaba con tal fuerza que se levantaba una nube de arena en el aire. «Todo es un caos», escribió Belzoni.[433] *«A menudo arena y pequeñas piedras ascienden a gran altura y forman una columna de dieciocho o veinte metros de diámetro tan densa que, si se quedara fija en un lugar, parecería una masa sólida».*

Aquellos ciclones de rocas giraban por el suelo, a veces durante media hora, según Belzoni, y finalmente dejaban un montón de arena y piedras en el suelo. «¡Dios tenga piedad del pobre viajero al que atrape debajo!».

Una vez que la arena había empezado a formar una montaña, más probable era que más arena cayera en el mismo lugar. Flinders Petrie, un renombrado arqueólogo victoriano, lo había presenciado. Las tormentas de arena «desgarran el suelo, tan opacas como la niebla de Londres, llevándose tanta arena como su remolino es capaz de sostener, y en cuanto algún obstáculo frena su velocidad dejan caer la sobrecarga de arena», escribió.[434]

Petrie fue una figura destacada de la arqueología y un esforzado erudito más que un cazador de tesoros. Era, además, un hombre excéntrico cuya despreocupación ante una tormenta de piedras no extrañaba en él. Indiferente a toda dificultad, o quizá incluso disfrutando de ella, Petrie trabajaba bajo el sol del desierto vestido con un mono rosa o a veces desnudo.[435] *Ni siquiera las circunstancias más duras lo hacían arredrarse. Un viajero tan intrépido como T. E. Lawrence, posteriormente más célebre como Lawrence de Arabia, se sobrecogió ante el estado del campamento de Petrie. «Una excavación con Petrie es algo de un sabor sin igual»,*[436] *escribió Lawrence a un amigo. «Los riñones en lata se mezclan con momias y amuletos en la misma sopa». Durante toda su visita, Lawrence estuvo durmiendo con los pies en la panera para mantener a las ratas alejadas de las provisiones.*

Todo aquel que se aventuraba en el campamento de Petrie se fijaba en la comida muy en particular. «Su mesa era tan espantosa que solo personas de hierro podían sobrevivir a ella», decía un descorazonado visitante.[437] *La comida era enlatada, y en gran parte databa de excavaciones anteriores. Petrie y los demás arqueólogos «comprobaban su frescura arrojando las latas contra una pared de piedra», escribe un historiador. «Si alguna no explotaba, el contenido se consideraba apto para comerse».*[438] *Dos jóvenes investigadores del campamento, que más tarde siguieron destacadas carreras como arqueólogos, se enamoraron mientras se recuperaban juntos de una intoxicación por tomaína.*

Era casi imposible eliminar la arena que se había acumulado en aquellos grandes montones. Pero Belzoni, que tenía danzando en su cabeza las historias de Burckhardt sobre templos cubiertos de arena, decidió intentarlo, a pesar de todo. Hizo su primer intento de excavación

para acceder a Abu Simbel en 1816.

Cuando llegó, vio una cabeza de halcón tallada en lo alto de la pared de roca ubicada más o menos en el centro e hizo una doble conjetura. Si el halcón medía unos seis metros en total (como parecía indicar el tamaño de la cabeza), y si señalaba la entrada principal al templo, entonces la parte superior de la entrada se encontraría bajo unos once metros de arena.

Abrirse camino a golpe de pala sería «como hacer un agujero en el agua»,[439] *admitía Belzoni, pero se puso manos a la obra. Aunque no tardó en quedarse sin dinero para pagar a sus obreros, y abandonó.*

Volvió al año siguiente. Y esta vez encontró una forma de apartar la arena a medida que sus hombres cavaban. Tras toneladas de arena, la entrada quedó limpia. Y el 1 de agosto de 1817, vela en mano, Belzoni entró en el templo de Ramsés. Contemplando a su alrededor estancias que ningún visitante había visto en cientos, quizá miles de años, empezó a buscar el tesoro.

No encontró ninguno, sin embargo. Encontró paredes pintadas, jeroglifos y ocho estatuas más de Ramsés, aunque estas solo alcanzaban los nueve metros de alto. Y, tres días después, Belzoni se marchó, decepcionado. (Burckhardt moriría en El Cairo dos meses más tarde de una intoxicación alimentaria. Tenía treinta y dos años. Nunca llegó a ver Abu Simbel sin arena).[440]

Pero William Bankes no tardó en seguir a Belzoni. Y, en enero de 1819, puso a sus hombres a trabajar. Eliminar la arena de solo una de las enormes estatuas del templo llevó tres semanas, pero era el interior del mismo, con sus pinturas y sus jeroglifos, lo que verdaderamente tentaba a Bankes.

Las condiciones de trabajo difícilmente podrían haber sido más sofocantes. Bankes y un puñado de colegas trepaban por endebles escaleras hechas de trozos de madera atados con una cuerda (pues los árboles escaseaban) para copiar inscripciones escritas en las paredes del templo. E, incluso en la casi total oscuridad del interior, la temperatura rara vez descendía por debajo de los 43 °C. La única luz venía de las velas parpadeantes,[441] *docenas de ellas, sujetas con cera a ramas de palmera y sostenidas en alto sobre varas. Los murciélagos atravesaban como dardos la oscuridad, y Bankes y los demás copistas se estremecían cada vez que estos pasaban rozándolos volando en picado. Luego volvían a su trabajo entrecerrando los ojos para distinguir los detalles de los jeroglifos.*

Un oficial local se detuvo y se quedó mirando, perplejo, a los sudorosos extranjeros que trabajaban en una estancia vacía. «¿Qué tesoro han encontrado?», preguntó varias veces.[442]

El 14 de septiembre de 1822, Champollion podría haber respondido

alegremente a la pregunta del visitante.

420 «Al que únicamente movían el espíritu viajero y la curiosidad»: Moorehead, Blue Nile, p. 145.

421 «Solo se muestran los bonetes»: Burckhardt, Travels in Nubia, p. 91. El libro íntegro está en línea en https://tinyurl.com/y5l5tkso.

422 Abu Simbel sigue estando en medio de ninguna parte, pero ahora cuenta con un aeropuerto que trae una infinita afluencia de excursionistas. Todo el complejo fue desplazado unos metros en 1968 para que no quedara sumergido tras la construcción de la presa de Asuán.

423 Los tiranos de la actualidad han continuado la tradición de nombrar ciudades en su honor, pero tuvieron que hacerlo con nombres más simples —ciudad de Sadam, Estalingrado— y con ciudades existentes y no de nueva creación.

424 «Usó las mismas piedras para reconstruirlos en su honor»: Wilson, Ancient Egypt, p. 252.

425 «El dedo gordo del titán»: El dedo mide unos 35 centímetros de ancho. Flinders Petrie, Tanis, parte I, 1883-4 (Londres, Trübner, 1889), p. 22.

426 Cada faraón tenía varios nombres, incluidos un nombre de nacimiento y un nombre que recibía al acceder al trono, elegido cuando su reinado comenzaba. Ozymandias era una versión griega del nombre de Ramsés cuando empezó a reinar.

427 «En su ocupación figuraba monarca (fallecido)»: La egiptóloga Rosalie David es la fuente de esta historia del «monarca (fallecido)». Véase esta entrevista en un boletín informativo de la Universidad de Manchester, https://tinyurl.com/y6l7jo5z. La historia puede haberse agrandado con los años. En su libro Conversations with Mummies: New Light on the Lives of Ancient Egyptians, publicado una década antes, en 2000, David escribió (en la página 108) que «se rumoreaba» que Ramsés había llevado el pasaporte de «monarca (fallecido)».

428 «Una gigantesca señal de Cuidado con el faraón»: «Engineering Egypt», un DVD realizado por National Geographic. Peter Brand, un egiptólogo de la Universidad de Memphis, aparece hacia el minuto 77.

429 La estatua parcial del Museo Británico, de dos metros y medio de alto, es solo el tercio superior del original.

430 «Cada estatua de Ramsés sentada sobre un trono tiene más de veinte metros de altura»: Brier, Ancient Egypt, p. 37.

431 Dejaron el equivalente en griego antiguo de «Fulano estuvo aquí» en la pierna de Ramsés: Escrito por Arjón hijo de Amoibijos y Jatjet hijo de Nadie.

432 Referencia en la nota a pie de página. «Fulano estuvo aquí»: Green, «Tut-Tut-Tut».

433 «Todo es un caos»: Belzoni, Travels in Egypt and Nubia, p. 167.

434 «Las tormentas de arena desgarran el suelo»: Petrie, The Pyramids and Temples of Gizeh, p. 151.

435 «Petrie trabajaba bajo el sol del desierto»: Petrie, Seventy Years in Archeology, p. 21.

436 «De un sabor sin igual»: Drower, Petrie, p. 319.

437 «Su mesa era tan espantosa»: Stiebing, Uncovering the Past, p. 80.

438 «Si alguna no explotaba»: Adams, Millionaire and the Mummies, pp. 97-98.

439 «Como hacer un agujero en el agua»: Belzoni, Travels in Egypt and Nubia, p. 68.

440 «Nunca llegó a ver Abu Simbel»: Thompson, Wonderful Things, vol. 1, ubicación de Kindle 2565.

441 «La única luz venía»: Sebba, Exiled Collector, p. 99.

442 «¿Qué tesoro han encontrado?»: Seyler, The Obelisk and the Englishman, p. 176.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

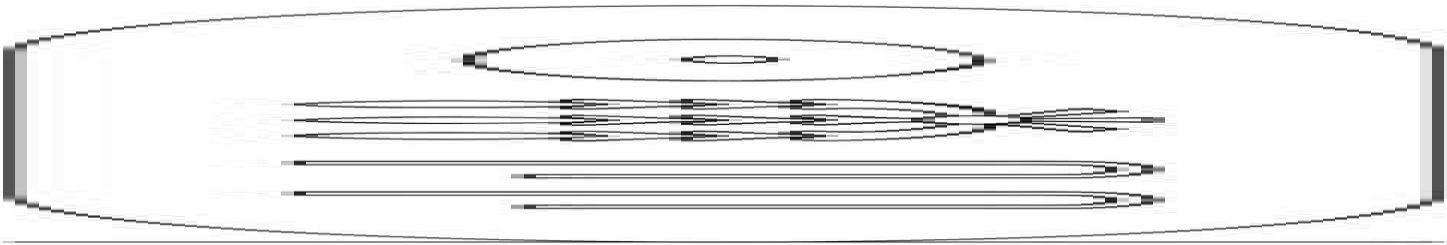
¡Eureka!

Bankes pasó un mes en Abu Simbel copiando inscripciones con minucioso cuidado. De los hombres que trabajaban con él, uno destacaba. Arquitecto de formación, Jean-Nicolas Huyot tenía visión de artista (había estudiado con Jacques-Louis David). El mundo antiguo lo fascinaba, y había pasado años viajando y estudiando ruinas y monumentos en Roma, Grecia y Egipto. (Con el tiempo, trabajaría en el proyecto del Arco del Triunfo). Quiso la fortuna que fuera un amigo de Champollion.

En la mañana del 14 de septiembre de 1822, Champollion recibió por correo un paquete inesperado. Lo subió a la buhardilla que usaba como estudio —Champollion, que ahora contaba treinta y un años, vivía en la casa de su hermano con la familia de este— y lo abrió.

Allí había jeroglifos de Abu Simbel meticulosamente copiados por Huyot. Era un regalo particularmente afortunado, pues Bankes no habría querido compartir su trabajo con Champollion. Lo había hecho antes, cuando lo informó de la inscripción de Cleopatra en su obelisco. Pero Champollion nunca se lo reconoció, y Bankes había jurado entonces no volver a tratar con aquel «canalla».[443]

Pocas cosas más monótonas que la llegada del correo. Pero el 14 de septiembre estaba llamado a ser el día más importante en la vida de Champollion. Y, una vez más, resultaría crucial un cartucho. Champollion se centró en uno que nunca había visto antes. En su forma más simple —parecía haber varias versiones estrechamente relacionadas — solo contenía tres jeroglifos:



El último símbolo era conocido. Aparecía en Ptolemaios y representaba la letra s. Allí el símbolo aparecía dos veces: ss. Resultaba extraño, pero Champollion supuso —correctamente, como se vio— que en egipcio, como en hebreo y en árabe, las vocales se omitían.

El símbolo intermedio, que era una especie de racimo, era nuevo y desconocido. El primero, un círculo con un lunar en el centro, recordaba, quizá, al sol. Champollion se sirvió de su estudio del copto: la palabra copta para sol era ra o re. Más aún; Ra era el nombre del propio dios del sol. Ra era especial, el dios de los dioses, no solo el creador de la tierra y el cielo, sino también el creador de todos los demás dioses.

Uniendo las piezas, el nombre en el cartucho era RA __SS. ¿Evocaba eso algún nombre de la historia egipcia? Así era, al menos, si se hacía una suposición sobre el misterioso símbolo intermedio. Champollion supuso que podía ser una m.

¿Por qué? (No porque pareciese una m; Champollion sabía que tenía que ser una mera coincidencia). La razón era que había estudiado cuidadosamente los fragmentos que habían sobrevivido de una historia de Egipto escrita en el siglo segundo a. C. Su autor era un sacerdote egipcio llamado Manetón que había escrito en griego para los nuevos gobernantes egipcios. Este había compilado una lista de faraones de todos los tiempos. Y por eso, en cuanto Champollion vio RA __SS, un nombre de la lista de Manetón saltó en su mente: Ramsés.

Aquello fue un verdadero ¡eureka!, y en realidad un triple avance en uno solo. En primer lugar, Champollion había logrado descifrar un nombre puramente egipcio, no una importación griega de última hora para la que los símbolos egipcios podrían haberse empleado de forma improvisada. Manetón había incluido en su lista a varios reyes llamados Ramsés, y todos habían vivido más de quinientos años antes de que los griegos llegaran a Egipto. Champollion había descorrido una cortina, había contemplado un momento tres mil años atrás de una época aún desconocida para los visitantes occidentales, y había leído el mensaje que había encontrado allí.

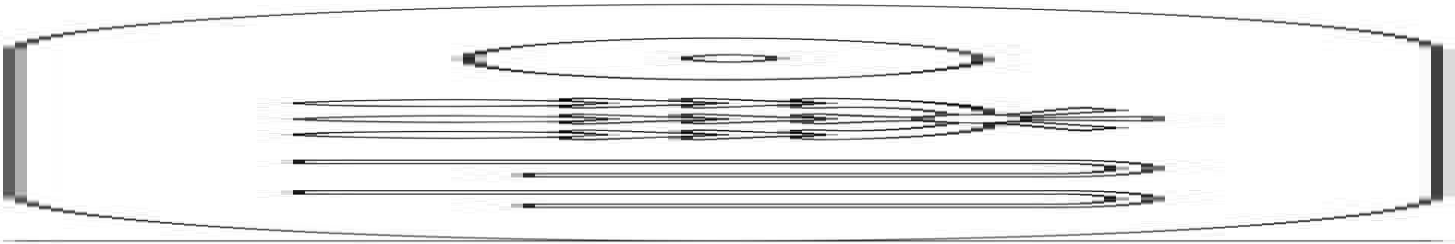
En segundo lugar, tenía razones para esperar haber encontrado no una respuesta a un enigma concreto, sino un método que podría funcionar de forma más general. Si estaba en lo cierto y el copto lo había guiado hasta Ramsés, presumiblemente otras incontables palabras coptas además de sol aparecerían en otros jeroglifos. La apuesta que Champollion había hecho de adolescente, convencido de que el conocimiento del copto lo llevaría hasta la lengua del antiguo Egipto, había empezado a dar fruto.

Y, en tercer lugar, Champollion había logrado vislumbrar con claridad la complicada maquinaria intelectual que era la escritura egipcia.[444] *Los egipcios, evidentemente, no habían usado un alfabeto simple, sino un*

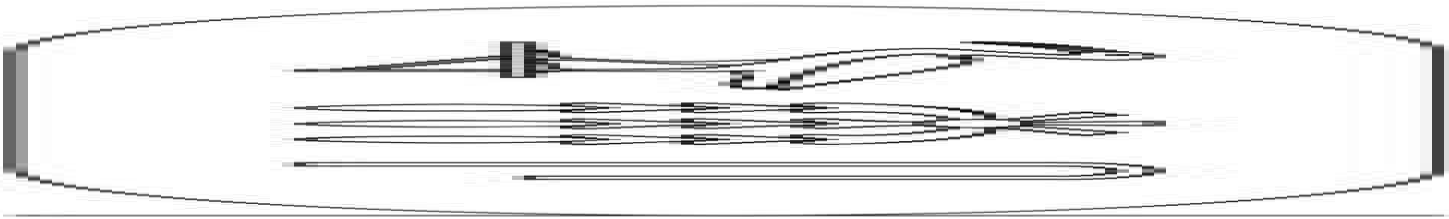
complejo sistema híbrido. Estaba claro que algunos jeroglifos representaban sonidos (como s). Otros representaban palabras (como ra). Y otros sin duda ocultaban secretos aún más profundos.

Ese mismo día, el 14 de septiembre de 1822, Champollion se centró en otro cartucho que había aparecido en los jeroglifos de Huyot. Mostraba un llamativo parecido con el cartucho de Ramsés.

Este era Ramsés:



Este era el nuevo cartucho:



Esto es, un dibujo de un ibis sagrado seguido de dos jeroglifos que Champollion acababa de descifrar como ms. Y un ibis sagrado, para cualquier iniciado en la tradición egipcia, era un símbolo tan reconocible como un águila calva para los estadounidenses.

El ibis siempre se había relacionado con el dios Thot, una de las figuras centrales del panteón de dioses egipcio. Champollion sabía de él porque los griegos lo conocieron. En un pasaje de los diálogos de Platón, por ejemplo, Sócrates cuenta una historia acerca del nacimiento de la escritura.[445] *Empieza colocando en escena a su protagonista casi con un redoble de tambor: «uno de los dioses antiguos de Egipto, aquel a cuyo pájaro sagrado llaman ibis y que tiene por nombre Thot».*

Los griegos absorbieron a Thot (convertido en Hermes) en su propia cuadra de dioses, y le asignaron una asombrosa constelación de talentos. Había inventado la astronomía, las matemáticas y la medicina. Pero, sobre todo, los griegos creían que había inventado la escritura. «Inventó las cifras, las letras del alfabeto y las artes de leer, escribir y la oratoria en todas sus ramas y fue el autor de todas las obras en todas las ramas del conocimiento humano y divino», escribe un historiador de nuestros días.[446]

Champollion contempló este nuevo cartucho. Ibis M S. La respuesta prácticamente saltó a la vista. ¡Tuthmosis! ¿Hubo algún faraón con ese nombre?

De nuevo Champollion se fue a la lista de faraones de Manetón. De nuevo encontró oro.

Igual que había habido una serie de faraones llamados Ramsés, también Manetón había enumerado una serie de faraones llamados Tuthmosis. Ese nombre griego era casi exactamente como Manetón había traducido el egipcio Thotmes. Más aún; Tuthmosis I había reinado alrededor del 1500 a. C., lo que lo sitúa incluso más atrás en el tiempo que a Ramsés. Otra prueba más de que, mucho antes de que los griegos llegaran, los egipcios habían usado jeroglifos para escribir nombres egipcios.

En ese momento el nombre de Tuthmosis y todos los hechos relacionados con él llevaban milenios perdidos. Con el tiempo —siendo el cartucho del ibis la primera piedra de un gran edificio— los egiptólogos lograrían reconstruir su extraña historia. Tuthmosis no tenía sangre real. Era un jefe militar que había sido escogido como su sucesor por un faraón llamado Amenofis.

En tiempos antiguos, la cuestión de la herencia de un trono era siempre crucial. Amenofis y su reina no habían tenido hijos. Una infertilidad que no sorprende. La esposa de Amenofis, la reina, era también su hermana, y la pareja real descendía, a su vez, de otro matrimonio entre hermano y

hermana,[447] *al igual que sus padres.*[448]

Para evitar una batalla sucesoria, Amenofis se las arregló para llevar a Tuthmosis al trono. Resultaría una buena elección, pues Tuthmosis fue un líder astuto, además de ambicioso y despiadado. Y, a diferencia de Ramsés, que era un negado en el campo de batalla, pero un maestro de la propaganda, Tuthmosis sobresalía tanto en el combate como en la fanfarronería. Se especializó en una especie de horripilante puesta en escena. Tras toda campaña victoriosa, se embarcaba de regreso a la cabeza de un desfile triunfal. Y, colgando bocabajo de la proa de su barco, como un mascarón macabro, iba el cuerpo sin vida del líder derrotado que se hubiera atrevido a enfrentarse a él.[449]

Quizá, con dos nombres recién añadidos a nuestra colección, debamos detenernos un momento para reconocer el obstáculo que Champollion había logrado vencer. En realidad, dos peligros. El primero era más sencillo. El egipcio se escribía con muy pocas vocales o con ninguna en absoluto. Lo mismo si se trataba de palabras comunes que de nombres propios. Ra-mss. Thot-ms. Eso obligaba a Champollion a tener que adivinar las vocales ausentes, y de ese modo tuvo que buscar una coincidencia en la lista de Manetón, sin saber si tenía que esperar Disney o Edison.

El segundo y más complejo obstáculo tenía que ver con cómo Manetón había dispuesto esos nombres en su lista. Había empezado por los nombres egipcios y había hecho lo posible por transcribirlos en griego. Con qué fuentes había tenido que trabajar Manetón, nadie lo sabe. Pero incluso en las mejores condiciones, los nombres a menudo sufren cuando viajan lejos de su hogar.

El problema es que cada lengua divide los sonidos del mundo a su manera. Hablamos con un acento distinto cuando salimos al extranjero si nuestra vieja lengua no se corresponde con los sonidos, la melodía y el ritmo de la nueva. Los hablantes de una lengua determinada pueden verse incapaces de pronunciar (o incluso de oír) ciertos sonidos que aparecen continuamente en otras. De ese modo, los hablantes de inglés pronuncian mal la u francesa (como en tu) y los franceses encuentran problemas con la th del inglés (como en Thursday).

Alguna vez esas dificultades incluso han sido una cuestión de vida o muerte. Durante la Segunda Guerra Mundial, los holandeses identificaban a espías alemanes en Holanda pidiéndoles que pronunciaran el nombre de la ciudad Scheveningen. Y los G. I. estadounidenses del Pacífico retaban a los soldados a gritar lollapalooza.[450]

Cuando los nombres propios se transcriben a una nueva lengua —y ese fue el trabajo al que se enfrentó Manetón— pueden alterarse más allá de lo reconocible. En japonés, por ejemplo, Johannes Brahms es Yohanesu

Buraamusu. Babe Ruth es Beibu Rusu. En chino, Lyndon Johnson es Lindeng Yuehanxun. (Y el paso al inglés no es menos precario. La pronunciación americana de Van Gogh, por ejemplo —van go—, está muy lejos del sonido gutural del holandés de origen). Y ya hemos visto que el egipcio User-ma'at-re acabó metamorfoseado en el griego Ozymandias.

De modo que la tarea de Champollion al buscar en la lista de faraones de Manetón requería no solo persistencia, sino también imaginación.

Para Champollion, en su buhardilla de la rue Mazarine aquel 14 de septiembre, el trabajo del día solo había comenzado. Había descifrado Ramsés para empezar, y ese había sido un paso de gigante. Pero Tuthmosis lo llevó aún más lejos. Para empezar, confirmó que había acertado al decir que representaba m. (Para ser precisos, casi había acertado. Como veremos resultaría ser ms). Lo que significaba que podía estar seguro de que su lectura de Ramsés tenía base sólida.

Pero eso era lo de menos. Ahora, mientras Champollion contemplaba los jeroglifos que deletreaban Ramsés y Tothmes —o, más probablemente, al leer los nombres en voz alta— la niebla que lo había envuelto durante años de repente se disipó. De adolescente, Champollion se había jactado de haberse «entregado por completo al copto» y hasta de «soñar en copto».[451] En 1822 llevaba profundizando en el copto más de una década. Entonces, parece probable que Champollion pronunciara los nombres de los faraones sílaba a sílaba: Ra-mes-ses, Tothmes. Y pensara en la palabra copta mise (pronunciada mi-sey), que significa «nacimiento». De este modo Ramsés y Tothmes no eran simplemente nombres, sino nombres con significado. «Nacido de Ra», el dios del sol. «Nacido de Thot», el dios de la escritura.

Podía tratarse de una coincidencia. Pero pensemos en las posibilidades. Sería como si, en un futuro lejano, cuando el conocimiento de la lengua inglesa hubiera desaparecido, los arqueólogos encontraran un manuscrito en un castillo inglés. Imaginémoslos dando vueltas al texto y pronunciándolo letra a letra. Imaginemos cómo se les aceleraría el corazón al ver que sus vacilantes esfuerzos no eran en vano y reconocían al fin un nombre de una lista de reyes antiguos. Ricardo. ¡Y ahora imaginemos su asombro, al seguir leyendo atentamente el manuscrito, cuando se les revelara que el nombre no era solo Ricardo, sino Ricardo Corazón de León!

Para Manetón, que era egipcio, los significados de «Nacido de Ra» y «Nacido de Thot» habrían estado perfectamente claros, tan claros como para un historiador hablante de inglés habría estado que Ricardo Corazón de León era un nombre con significado y no una simple secuencia de sonidos. La observación habría sido tan irrelevante para Manetón que no se habría molestado en comentarla, del mismo modo que

un historiador inglés tampoco habría escrito «Ricardo era solo un nombre propio, pero Corazón de León era una expresión referida a leones y corazones». Pero lo que Manetón dejó de decir estaba destinado a ser un oscuro misterio durante los veinte siglos que transcurrieron desde su muerte.

Entusiasmado por su avance —«mise significa "nacimiento"»—, Champollion hizo entonces una arriesgada conjetura. Igual que los jeroglifos dentro de cartuchos podían deletrear palabras (como nacimiento), podían deletrearlas en cualquiera lugar en el que apareciesen, dentro de cartuchos o no.

Aquello era un paso de gigante, de ser cierto. Los cartuchos eran raros, por lo que, aunque saber cómo leerlos suponía un avance, solo implicaba recorrer un pequeño trecho hasta la verdadera meta de saber leer los jeroglifos en general. Pero ahora Champollion había encontrado una manera de hacer volar los límites de sus cartuchos y abordar la lengua en toda su vasta amplitud.

O al menos eso esperaba. Porque entonces llegó la prueba. Champollion tomó su copia de la piedra de Rosetta. En esta fase, cada avance implicaba otros nuevos de la misma manera que rellenar casillas obliga a nuevos movimientos cuando hacemos un sudoku. La diversión y la frustración del sudoku están a la vez en que las reglas del juego nos obligan a ello. Y ahora Champollion se enfrentaba a una oportunidad y a un riesgo similares.

Las reglas del sudoku establecen que cada cuadrícula de tres por tres debe contener todos los dígitos del 1 al 9. Si una cuadrícula solo tiene un cuadro libre y todavía falta por usar el 7, vamos bien encaminados y sabemos entonces perfectamente a dónde pertenece este. Pero la regla establece también que cada fila y cada columna deben incluir los nueve dígitos, de manera que colocar ese 7 lleva a nuevas decisiones que tienen sus propias consecuencias, y así sucesivamente.

Champollion examinó los jeroglifos de la piedra de Rosetta. ¿Había algún lugar donde 𓋴𓏏𓏏 *y* 𓅱 *aparecieran fuera de un cartucho? Esa pareja significa «nacimiento» dentro de los cartuchos de Ramsés y Tuthmosis. ¿Aparecía nacimiento en algún lugar de la piedra de Rosetta?*

Lo encontró. Entre los óvalos, los pájaros y las serpientes, Champollion dio con su presa. Se hallaba en las profundidades de la sección jeroglífica, a ocho líneas del final, casi al borde izquierdo: 𓋴𓏏𓏏𓅱 *.*

Ahora llegaba la prueba. ¿Verdaderamente había encontrado la palabra nacimiento?

Champollion volvió al texto griego. Lo había leído incontables veces, pero si estaba en lo cierto, podía saltarse todo hasta cerca del final. Allí encontraría su presa o descubriría que se había perdido. Recorrió el texto

con la vista examinándolo y buscando. Nacimiento, nacimiento…

Y allí estaba, inmediatamente después de un cliché sobre «el eterno rey Ptolomeo». Tan vastos y abrumadores eran sus logros, según la piedra, que los sacerdotes habían decidido «aumentar los honores rendidos al rey Ptolomeo». Nuevas estatuas se construirían, nuevos templos le serían dedicados, se celebrarían nuevos festivales en su honor. ¿Y qué fechas serían las más adecuadas para ello? No sería suficiente un solo día, pues las ceremonias inevitablemente se prolongarían más. Pero sin duda tendrían que incluir uno especialmente importante, aquel mismo día en que se celebra «el nacimiento del rey». ¡Nacimiento!

No era aún mediodía aquel 14 de septiembre de 1822. Champollion se llenó los brazos de manuscritos, bajó estruendosamente las escaleras y corrió a la calle ansioso por contar la noticia. ¿Dónde estaba su hermano? Trabajando, en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Solo había que recorrer unas manzanas, ni cinco minutos a pie. Champollion entró corriendo en el imponente edificio y buscó el despacho de su hermano. Irrumpió por sus puertas, lanzó los manuscritos sobre la mesa de su hermano y gritó «je tiens mon affaire!» (¡ya lo tengo!). Acto seguido, se desmayó.

443 «Aquel canalla»: Thompson, Wonderful Things, vol. 1, ubicación de Kindle 2197.

444 «La complicada maquinaria intelectual»: Ray, Rosetta Stone, p. 88.

445 «Sócrates cuenta una historia»: El pasaje aparece en el Fedro. En línea en https://tinyurl.com/yxafzdpj.

446 «El autor de todas las obras»: Budge, The Gods of the Egyptians, vol. 1, p. 414.

447 «La pareja real descendía a su vez»: Wilkinson, Rise and Fall, ubicación de Kindle 3442.

448 Los egipcios comunes no se casaban con sus hermanos. Pero, al menos en ciertas épocas, la realeza sí que veía en los matrimonios entre hermanos una buena manera de mantener los asuntos familiares en manos de confianza. Los árboles genealógicos de algunas dinastías reales muestran círculos y curvas en forma de U; más que árboles, parecen la trayectoria del vuelo de un abejorro. En comparación, los de las familias reales de Europa en los años cercanos a la Primera Guerra Mundial, pese a todos sus matrimonios entre primos, parecen bien podados y en orden.

449 «Colgando bocabajo»: Darnell y Manassa, Tutankhamun's Armies, p. 18.

450 Esta oscura historia tiene raíces antiguas. La palabra shibboleth, que hoy se refiere a creencias populares, se originó como una manera de advertir a un amigo de un enemigo. En la Biblia, leemos en Jueces acerca de una confrontación entre dos ejércitos: «Entonces ellos le dijeron, di ahora Shibboleth, y él dijo Sibboleth, porque no sabía pronunciarla bien. Entonces lo apresaron y le dieron muerte a orillas del Jordán, y cayeron dos mil cuarenta efraimitas».

451 «Soñar en copto»: Adkins y Adkins, Keys of Egypt, p. 87.

CAPÍTULO VEINTICINCO

La revelación

El desmayo de Champollion fue el momento más dramático de su vida. Encajaba perfectamente con su temperamento —Champollion fue tan romántico y desmesurado como un tenor de ópera en pleno embeleso— y encajaba perfectamente con el tiempo también. Era la época de Byron y Shelley, de Beethoven y Napoleón; la época del romance ilícito, los acordes discordantes y la «historia a caballo».

Quizá el encaje fue hasta demasiado perfecto. La historia del desmayo era tradición familiar según el sobrino de Champollion, Aimé, uno de los hijos de su querido hermano. ¿La damos por completamente cierta? El argumento podría ser eficaz en dirección contraria. Por un lado, Aimé solo tenía diez años el día que Champollion gritó «¡ya lo tengo!». Por otro, de mayor se convirtió en un especialista en manuscritos antiguos y en el ayudante de su padre en la Biblioteca Nacional de Francia. No era un allegado chismoso hablando de cuestiones que solo entendía vagamente.

Aimé contó la historia en la biografía conjunta de su famoso tío y de su padre, escrita cuando tenía setenta y siete años. Mostraba el mayor respeto hacia Champollion —lo elogiaba como al Edipo que había resuelto el enigma de la Esfinge—,[452] pero su relato del desmayo era bastante apagado. Champollion irrumpe en la habitación[453] y se desmaya en menos de una página, y se pasa a otra cosa con unas pocas frases anodinas.

Dos décadas después del libro de Aimé, en 1906, un autor alemán llamado Hermine Hartleben publicó la primera biografía de gran alcance de Champollion. La nueva obra era inmensa y llenaba dos gruesos volúmenes y mil trescientas páginas. En Hartleben, Champollion adquirió proporciones casi míticas, y la historia del desmayo también se agrandó ligeramente. Según Hartleben, el hermano de Champollion se quedó «paralizado por el terror» sobre el cuerpo del hombre más joven, convencido de que había caído muerto. Enseguida se dio cuenta de que estaba equivocado y llevó a Champollion a la cama, donde este permaneció inmóvil e inconsciente «cinco días enteros».[454]

Champollion se desmayó el 14 de septiembre de 1822. Dos semanas después, hablaba sobre su trabajo ante un público extasiado en la

Academia de Inscripciones de París. Era una gris mañana de lluvia, pero durante días en la ciudad se habían estado oyendo rumores de que Champollion tenía maravillas que revelar, y la sala estaba repleta.

El antiguo mentor de Champollion, De Sacy, estaba allí. También un celoso rival llamado Edme-François Jomard, el director de la Descripción de Egipto de los savants. Alexander von Humboldt, el célebre explorador y geógrafo alemán, se hallaba entre el público. François Arago, un eminente físico, también había ido a escuchar.

Y, por una absurda coincidencia —cualquier guionista se habría avergonzado de escribir semejante escena—, también Thomas Young está presente. Champollion y Young nunca habían coincidido.

Young había llegado a París[455] *poco antes en un viaje de placer que también le había dado la oportunidad de escuchar a un brillante joven francés llamado Augustin-Jean Fresnel en una conferencia sobre física. El tema de Fresnel era la teoría de las ondas de la luz, el mismo al que Young había hecho su mayor contribución científica. Young nunca había recibido el debido reconocimiento por aquel trabajo (en parte por el resentimiento que le granjeó haber contradicho a Newton). Y, ahora, con la ayuda de Fresnel, Young al fin encontró la atención que merecía.*

Young no pudo quedar más satisfecho con la conferencia de Fresnel. Su joven colega había «reconocido con la justicia más rigurosa y el más generoso candor, la indiscutible prioridad» de sus investigaciones.[456]

En la misma semana y en la misma ciudad, Young tenía la oportunidad de oír a otro erudito hablar sobre otra materia en la que sentía poseer «prioridad indiscutible». Champollion empezó a leer su trabajo ante la sala llena de eruditos. Young estaba en el asiento de al lado.

Siguiendo la tradición, el trabajo de Champollion llevaba un título formal: Carta a monsieur Dacier (Dacier era el secretario de la Academia de Inscripciones). Pero pocas cartas han comunicado noticias como aquella. Los antiguos egipcios habían desarrollado un alfabeto jeroglífico para escribir los nombres de gobernantes griegos y romanos, explicó Champollion a sus oyentes mientras desgranaba ejemplo tras ejemplo de su trabajo.

La mayor parte ya se había publicado, pero la presentación de Champollion fue dramática y cautivadora. Y no por empantanar su relato con historia ni con referencias a otros investigadores. En lugar de eso, prometió que mostraría a su público «paso a paso y de forma muy breve» sus hallazgos.[457]

Champollion se centró en los nombres propios, no en las palabras comunes, pero tenía más que nombres propios que ofrecer. Habiendo propuesto su alfabeto, siguió explicando «por qué los egipcios decidieron

usar un jeroglifo particular para representar un sonido particular».[458] La clave era el copto. El jeroglifo de un león representaba la letra l porque era el primer sonido de la palabra copta para «león». De igual modo, el jeroglifo de una boca representaba la letra r porque con ella empezaba la palabra copta. El mismo principio regía para los jeroglifos de mano, agua, halcón y pluma.[459]

Y eso no era todo. Champollion prosiguió argumentando que el alfabeto jeroglífico había viajado y se había transformado a medida que salía de Egipto y llegaba a Oriente Medio, a Grecia y al resto de Europa. Champollion insistió en que, si miramos de cerca el alfabeto moderno que empleamos a diario, veremos que desciende directamente de los jeroglifos egipcios.[460] Lo mismo que las modernas criaturas con respecto a los antiguos fósiles son nuestras letras con respecto a los jeroglifos.

Provisto de aquellas técnicas que había perfeccionado, concluía Champollion: «Al fin podemos leer los testimonios antiguos».[461] El público corrió a felicitarlo. El físico Arago interrumpió el alboroto un momento para hacer una presentación formal. Jean-François Champollion, Thomas Young.

Champollion sabía que su conferencia había sido un «gran éxito», y disfrutó el aplauso. «He recibido elogios más altos que las torres de Notre Dame»,[462] escribió a su más antiguo amigo, un aliado y consejero desde los tiempos de colegial. Siguió a aquella nota unos días después otra dirigida al mismo amigo y no menos exultante. Tras años de lucha, la fortuna finalmente había empezado a sonreírle. Desde ahora la vida sería diferente. «Ahora cualquier cosa es posible».[463]

Young visitó a Champollion en su casa la mañana después de su conferencia. Los dos hombres intercambiaron visitas durante los días que siguieron mientras su común amigo Arago ejercía el papel de intermediario. Esos primeros encuentros fueron cordiales, quizá porque en esos momentos ambos rivales dieron por sentado que había suficiente gloria para los dos. Young y Champollion estudiaron textos de papiros juntos y luego mantuvieron una afectuosa correspondencia durante los meses siguientes.

Champollion envió a Young dos ejemplares de su Carta a monsieur Dacier recién salidos de imprenta, y Young escribió a un amigo que había «muchas cosas que me gustaría enseñar a Champollion en Inglaterra».[464]

Pero quizá la explicación de esta pacífica calma fue que al principio ninguno de los dos se tomó en serio al otro. Champollion apenas había mencionado a Young (ni a nadie) en su conferencia Dacier. A ojos de Champollion, Young era un científico diletante que se había alejado demasiado de su terreno. A ojos de Young, Champollion era un brillante joven ayudante que había aportado los detalles del cuadro que Young

había esbozado, «un colaborador júnior en mis investigaciones».[465] Champollion despachaba a Young con un gesto despectivo, y Young mostraba su condescendencia a Champollion con una sonrisa indulgente.

Pero Young también era capaz de generosidad. Dos días después de escuchar la conferencia de Champollion, escribió una larga carta a un prominente amigo, el diplomático William Hamilton, destinado en Nápoles. (Hamilton era coleccionista y un admirador del arte y la escultura antiguos. Desempeñó un papel clave en la adquisición por parte de Inglaterra de dos de los mayores tesoros del Museo Británico —la piedra de Rosetta y los mármoles de Elgin, del Partenón—). Champollion había hecho logros «gigantescos»,[466] le dijo Young a Hamilton, y tanto el elogio sin reservas como el tono exultante eran inusuales en él.

Tal vez Champollion se había apropiado de demasiado mérito, proseguía Young, «pero, si pidió prestada una llave, la cerradura estaba tan mohosa que ningún brazo corriente habría tenido suficiente fuerza para hacerla girar».[467]

Eso era generoso; Young lo reconsideró un momento después. El proverbio dice que «el primer paso siempre es el difícil», recordaba a Hamilton; así que Champollion tal vez le había perjudicado, después de todo.

Pero entonces Young volvió a cambiar de opinión. Quizá el proverbio no se aplicaba a este caso; quizá Champollion había hecho más que seguir la guía de Young. «En un camino tan cercado de espinas y tan agobiado de escombros, no solo el primer paso es penosamente laborioso, sino cada uno». A fin de cuentas, admitía Young, Champollion había hecho un trabajo admirable.

Una de las razones de la indecisión de Young era que Champollion se había mostrado evasivo en su conferencia Dacier. Aunque la había pronunciado dos semanas después de su avance con Ramsés y Tuthmosis, dejó fuera por completo esa parte de su historia.

La moraleja de esos descubrimientos era que los jeroglifos se habían usado para deletrear nombres egipcios, no solo nombres importados de Grecia y Roma mil años después. Y, como hemos visto, la historia de mise o nacimiento transmitía el mensaje más asombroso de que los jeroglifos podían usarse para deletrear palabras además de nombres. Esas habían sido las revelaciones que habían hecho que Champollion cayera al suelo en un desmayo de alegría y sorpresa. Pero él omitió esas noticias.

Solo la audiencia más atenta en la conferencia Dacier habría podido adivinar que tenía tales ideas en la mente. El título de Champollion no daba pistas. En lugar de eso, anunciaba (los largos títulos llenos de palabrería eran característicos de la época) que trataría el Alfabeto de jeroglifos fonéticos empleado por los egipcios para inscribir en sus

monumentos los títulos, nombres y sobrenombres de gobernantes griegos y romanos.

Sí quiso hablar de que los jeroglifos podían usarse para expresar sonidos, dicho de otro modo, pero afirmó tener presentes solo las circunstancias más limitadas y específicas. Y ello era profundamente engañoso. Champollion esperó casi hasta el final de su lectura para ofrecer un atisbo de su verdadera ambición. «Estoy convencido de que los mismos símbolos fonéticos jeroglíficos usados para representar los sonidos de los nombres griegos y romanos» también se usaron en «la pura escritura jeroglífica»,[468] explicó.

Esa críptica referencia a la «pura» escritura apuntaba a una afirmación audaz. Champollion estaba diciendo que los egipcios habían usado jeroglifos para representar sonidos, y que lo habían hecho mil años antes de que griegos, romanos o cualquier otra clase de europeos hubieran aparecido en escena. Y esa era una afirmación que habría despertado incluso al oyente más somnoliento si Champollion la hubiera formulado explícitamente. Pero no lo hizo. No era el momento, murmuró en su lugar, «de entrar en interminables detalles».[469]

Champollion nunca fue dado a la diplomacia ni a la sutileza. ¿Por qué dejó pasar una oportunidad de deslumbrar a su entusiasmada audiencia con una exhibición de fuegos artificiales?

Probablemente porque era arriesgado. Las ideas de Champollion eran revolucionarias, pero también eran completamente nuevas. Mejor pulir sus argumentos que presentarlos aún en bruto y sin contrastar. Y, además, se trataba de una carrera. Algunos de los competidores habían saltado al campo. (Tres de ellos, De Sacy, Jomard y Young, se hallaban en la sala de la Academia de Inscripciones). Tal vez había otros trabajando en secreto. Champollion ya había dedicado diez años de trabajo a los jeroglifos. ¿Por qué ofrecer pistas a los rivales?

Pero Champollion se movía rápido ya, y pronto estallaría. Y, curiosamente, el siguiente avance que le daría impulso en su camino no tuvo nada que ver con sutiles cuestiones lingüísticas ni con restos hallados en ninguna tumba antigua. Fue algo mucho más infantil.

452 «Lo elogiaba como al Edipo»: Aimé Champollion Figeac, Les Deux Champollion, p. 41.

453 «Champollion irrumpe en la habitación»: Ibid., p. 57.

454 «Inconsciente cinco días enteros»: Hartleben, Champollion: Sein Leben und Sein Werk, p. 422.

455 «Young había llegado a París»: Young, Recent Discoveries, p. 38.

456 «Reconocido con la justicia más rigurosa»: Ibid., p. 39.

457 «Paso a paso y de forma muy breve»: Champollion, Letter to Monsieur Dacier, p. 7.

458 «Por qué los egipcios decidieron»: Ibid., p. 12.

459 «El mismo principio regía»: Ibid., pp. 12-13.

460 «Si miramos de cerca el alfabeto moderno»: Ibid., p. 15.

461 «Al fin podemos leer»: Ibid., p. 16.

462 «Más altos que las torres de Notre Dame»: LaBrière (ed.), Champollion Inconnu, p. 71.

463 «Ahora cualquier cosa es posible»: Hartleben (ed.), Lettres de Champollion le Jeune, tomo 1, p. iv.

464 «Muchas cosas que me gustaría enseñar»: Peacock, Life of Thomas Young, p. 322.

465 «Un colaborador junior en mis investigaciones»: Young, Miscellaneous Works, vol. 3, p. 222.

466 «Champollion había hecho logros gigantescos»: Ibid., p. 220.

467 «Sí pidió prestada una llave»: Ibid.

468 «Usaron en la pura escritura jeroglífica»: Champollion, Letter to Monsieur Dacier, p. 15.

469 «Entrar en interminables detalles»: Ibid.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Un pato puede ser la madre de alguien

Los eruditos llevaban quince siglos perplejos ante un puñado de pasajes escritos por Horapolo, el sacerdote egipcio que compiló un libro poco menos que de culto sobre los jeroglifos. Su magnum opus parece datar de alrededor del año 400 d. C. Y dos afirmaciones parecen particularmente extrañas. Según Horapolo, como vimos antes, el dibujo de un buitre significaba «madre», y el de un ganso, «hijo».

¿Por qué demonios? Horapolo aportaba solo las explicaciones más pobres. (Un ganso significaba «hijo» porque, como todo el mundo sabe, los gansos destacan por la dedicación a su progenie). Horapolo afirmaba estar transmitiendo conocimiento antiguo —parece haber obtenido parte de la información sobre sus jeroglifos de un glosario que los sacerdotes habían confeccionado muchos siglos antes de su época—, pero para entonces nadie entendía verdaderamente lo que los jeroglifos querían decir. Desde luego, Horapolo no lo sabía.

Entonces, en 1822 o 1823, Champollion lo resolvió. El secreto tras los viejos enigmas de Horapolo resultó a posteriori estar oculto a plena luz, como esos pasatiempos basados en la combinación de letras y dibujos que encontramos junto a los juegos de unir puntos en los salvamanteles para niños y cuyo atractivo hoy rara vez se mantiene mucho más allá de cuarto de primaria.

En manos de Champollion, algo que se le ocurre a un niño de diez años —poder escribir palabras usando imágenes como juego— resultó ser uno de los grandes avances en la historia intelectual de la humanidad. La intuición de Champollion fue acertada. La idea que a los antiguos egipcios se les había ocurrido, cerca de los albores de la escritura, era que se podía expresar una palabra difícil de dibujar sustituyéndola por una fácil de dibujar que se pronunciaba igual. En realidad, se podía expresar «hijo» dibujando un sol.

Champollion explicó que en egipcio la palabra que sonaba como hijo era pato. (Sabía por su estudio del copto que ambas palabras se pronunciaban sa). Pero la cuestión no era el pato o, al menos, no el dibujo del pato. La cuestión era el sonido de la palabra pato. El pato mismo era, por así decirlo, una pista falsa, y había desencaminado a los aspirantes a

descifradores durante dos mil años. Horapolo se había acercado a la verdad, salvo en la confusión del pato con el ganso, pero no la había entendido.

Igual que la palabra pato sonaba de forma similar a la palabra hijo, la palabra egipcia para buitre sonaba de forma similar a la palabra madre. Las palabras eran homónimas: palabras completamente distintas que suenan igual, como asta y hasta.

Para alborozo de Champollion, Young cometió un gran error justo en ese punto, a pesar de que se acercó muchísimo a la verdad. Había visto que en muchas inscripciones se encontraban dos cartuchos uno al lado del otro y entre ellos lo que se tomaba por el jeroglifo de un ganso seguido del jeroglifo de un huevo.

Resultó que el primer cartucho enumeraba una lista de títulos oficiales de un faraón, y el segundo, su nombre. (Si los nombres de los reyes ingleses siguieran normas similares, el primer cartucho podría leerse como «defensor de la fe» y el segundo como «Enrique VIII»). Young supuso que, como de costumbre, cada cartucho contenía el nombre de un faraón. Pero ¿por qué los nombres de dos faraones iban a aparecer uno detrás de otro?

Young ya había tropezado, y ahora cayó de cabeza al suelo. Había supuesto, equivocadamente, que dos cartuchos significaban dos faraones. Y, a partir de ese error, cometió un segundo error que era natural. Esta vez se centró en los dos jeroglifos que había entre los cartuchos.

«He sospechado durante mucho tiempo que un ganso encima de un huevo significa "hijo", pues aparece este emblema interpuesto entre dos nombres propios en muchas y diferentes inscripciones», escribió.[470]

Tal como Young unió las piezas, el primer cartucho contenía el nombre de un faraón; luego venían un ganso y un huevo, que significaban «hijo»; luego un segundo cartucho con el nombre de un segundo faraón. ¿Qué podía ser más fácil de descifrar? Young explicó que aquel par de cartuchos deletreaba expresiones del tipo Amenofis, hijo de Amosis.

El sistema era tan ordenado, afirmaba Young exultante, que era «posible que en algún momento futuro obtuviéramos una completa serie genealógica de los reyes de Egipto».[471]

Aquello era casi cierto, y al mismo tiempo extraordinariamente equivocado. En realidad, el ganso y el huevo eran un pato y el sol. Juntos significaban «hijo del sol», una manera apropiadamente grandilocuente de proclamar la condición divina del faraón.

Young casi había averiguado que pato significaba «hijo» (aunque hubiera llamado ganso al pato), pero el razonamiento que lo había llevado tan cerca de la verdad era completamente erróneo. Champollion felizmente lo corrigió.

Su argumento más simple se basó en los cartuchos que contenían los

nombres de emperadores romanos. Champollion había descifrado Calígula y Nerón, entre otros. Cada nombre iba precedido por los jeroglifos del pato y el sol. Según Young, eso significaba «hijo de Calígula» o «hijo de Nerón». Pero ni Calígula ni Nerón tuvieron hijos.[472]

*

Podrá resultar extraño que los juegos de palabras una vez desempeñaran un papel tan respetado en la historia de la escritura, como si los bufones alguna vez hubieran ocupado asientos de honor en las mesas de los reyes. Pero, hablando en términos históricos, nuestro desdén por los juegos de palabras es nuevo. Uno de los pasajes más célebres de la literatura universal se basa en un juego de palabras. Todo el mundo sabe que Eva ofreció a Adán una manzana y que todos los problemas empezaron ahí. Pero la manzana fue un añadido tardío a la historia. En realidad, la Biblia no especifica qué clase de fruto crecía en el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. El Génesis se refiere tan solo a un fruto genérico.

La manzana no apareció hasta alrededor del año 400 d. C., cuando san Jerónimo hizo una nueva traducción al latín de la Biblia. Pues daba la casualidad de que en latín malum significaba tanto «manzana» como «mal», Jerónimo tuvo la brillante idea de colocar un juego de palabras en el corazón mismo de uno de los mitos fundacionales del mundo occidental.[473]

Y los juegos de palabras con pictogramas fueron también en otras épocas más que un pasatiempo para niños. Aparecieron a menudo, por ejemplo, en los escudos de armas de las familias más distinguidas de Inglaterra. La madre de la reina Isabel II se llamaba Elizabeth Bowes-Lyon, por citar un famoso ejemplo. Su escudo de armas muestra arcos [en inglés, bows] y leones.

Los chinos recelan del número 4, por citar otro ejemplo del papel de los juegos de palabras, tanto como los occidentales se inquietan con el número 13. (Los rascacielos chinos se saltan no solo la planta cuarta, sino también la decimocuarta, la vigésimo cuarta y así sucesivamente). La razón es que la palabra china para «cuatro» suena como la palabra «morir». (Del mismo modo que un reloj es un mal regalo de bodas para una pareja china, pues la palabra para «reloj» suena igual que la palabra para «fin»).[474]

En la historia de la escritura en general, y no solo en casos especiales relacionados con escudos de armas y supersticiones, los pictogramas y juegos de palabras sirvieron de peldaños cruciales. Para alfabetos que hacían uso de imágenes, estas pequeñas diversiones ayudaban a poner en contacto palabras e ideas. Las abstracciones dejaron de presentar problemas. Si el inglés gustara de esas cosas, la palabra nightmare debería mostrar un caballero con armadura [knight] y un caballo [mare]. Belief, una abeja [bee] y una hoja [leaf]. Melancholy, un melón y un perro de raza collie.

Todos estos ejemplos son artificiosos, pero los jeroglifos egipcios estaban llenos de juegos de palabras que eran idealmente idóneos para una forma de escritura que consistía exclusivamente en pictogramas. Buitre y madre y los otros ejemplos que hemos citado fueron solo el principio.

Una de las tareas principales de un escriba, por ejemplo, era registrar transacciones económicas. Ello exigía apuntar grandes cifras. Pero nadie quería escribir, por ejemplo, 1000 reses, dibujando una cabeza de buey mil veces; ni siquiera dibujando un buey con mil rayas dentro.

En lugar de eso, los escribas se sirvieron de juegos de palabras. En egipcio, la palabra para «mil» sonaba igual que la palabra para «loto», de modo que una flor de loto significaba «mil». Del mismo modo que la palabra para «diez mil» sonaba igual que la palabra para «dedo», y la manera de escribir diez mil fue dibujar un dedo. En textos antiguos vemos testimonios como una cabeza de buey seguida de tres dedos y dos lotos. Voilà: treinta y dos mil reses.[475]

Después de empezar a emplear juegos de palabras, se estaba en condiciones de dar un paso mayor y más importante. Los juegos de palabras mostraban una solución a todo el problema de plasmar una lengua mediante símbolos. La idea crucial, tan clara a posteriori, era simple: si las imágenes podían representar sonidos cuando eran parte de un juego de palabras, también podían representarlo por sí solas.

Lo que exactamente podría ser ese sonido se aclararía después. Pero la cuestión clave era que las imágenes evocaban sonidos. Un dibujo de un perro, por ejemplo, podía representar la palabra perro o podía representar solo el primer sonido de la palabra, p. Y la segunda opción —un perro

significa p— ofrecía un vasto número de posibilidades. Se podía usar el dibujo de un perro (en una secuencia de otros dibujos) para deletrear palabras como pena o pozo o postre, para las que no habría que molestarse en buscar un juego de palabras adecuado.

Algo paralelo a lo que ocurría en los cartuchos. En ambos casos, los escribas habían comprendido —y, miles de años después, lo había hecho Champollion— que los jeroglifos podían deletrear palabras cuando iban dentro de cartuchos o juegos de palabras, pero también fuera de ellos.

Esa fue la importancia de la intuición de mise. Para Champollion, el descubrimiento de que podía leer los jeroglifos dondequiera que apareciesen fue su momento de la mano en el agua de Helen Keller. En un solo instante luminoso, escribiría Keller después, «el misterio del lenguaje se me reveló».[476] *Champollion también pudo fijar el momento exacto que marcó un antes y un después.*

Aquella revelación de los sonidos llegó tan tarde en parte a causa del atractivo visual de los jeroglifos. Lo primero que alguien diría de ellos es que eran dibujos, y eso hacía extraordinariamente difícil ver que no solo eran dibujos.

Champollion había comprendido la importancia de los juegos de palabras, pero aún no había explicado todos sus trucos. De forma enloquecedora, resultó que un jeroglifo determinado podía cambiar de papel sin advertencia. Un pato podía significar «hijo» en un contexto; en otro un pato corriente y moliente de los que se pueden ver en cualquier estanque, y en otro sa, el sonido de la palabra pato en egipcio.

Había reglas y pistas para guiar al lector —la tarea de Champollion consistiría en buscarlas—, pero ninguna de ellas era evidente. En ciencia, a menudo pueden proponerse leyes que se cumplen invariablemente —si sueltas una piedra, esta caerá—. Con el lenguaje, las cosas no suelen ser tan ordenadas. Cada regla —i antes de e excepto después de c en inglés; el símbolo ^ sobre una letra representa una ausencia de s en francés— tiene una infinidad de excepciones.

¿Y cuál es la moraleja de excepciones a las reglas como vein y weird o mûr y âge? Para el lingüista, el reto es decidir si se ha encontrado una genuina (aunque imperfecta) regla o si ha llegado el momento de descartar una querida teoría y empezar de nuevo.

Aprender las reglas que rigen el egipcio resultó extremadamente difícil porque el egipcio, como cualquier lengua, había crecido y evolucionado sin la ayuda de un planificador central. Eso supuso una diferencia de complejidad semejante a la que existe entre un ordenado plano arquitectónico y la forma azarosa del ramaje de un árbol vivo.

Los juegos de palabras y los jeroglifos ofrecían pistas, pero a menudo las pistas eran poco menos que imposibles de desenredar. Incluso en

tiempos antiguos, muchos jeroglifos eran «metáforas muertas»,[477] *en palabras del egiptólogo Richard Parkinson, cuyas correspondencias originales se habían olvidado mucho tiempo atrás.*

También en nuestra lengua palabras y frases que una vez evocaron imágenes se convirtieron en meras etiquetas. Ocurre continuamente con los nombres que se convirtieron en apellidos —Herrero, Molinero—, pero es una característica general. Aplastar al enemigo es hoy una frase hecha; la oímos y pensamos en un equipo de fútbol que gana un partido, no en caballos con cascos cuyos clavos sobresalen (para obtener tracción y para hacer daño adicional a los enemigos al pisotearlos). Tampoco nadie se acuerda de que hubo un momento en que eran los jinetes los que perdían los estribos y no las personas irascibles.

La consecuencia para los egiptólogos era que no había forma típica de averiguar lo que significaba una secuencia de jeroglifos, del mismo modo que no hay manera de averiguar por la apariencia de sus letras lo que la palabra manzana significa. Los jeroglifos de la palabra sufrir, por poner un ejemplo casi al azar, parecen una tarta de cumpleaños, un zigzag y un gorrión.

A veces es posible adivinar. Los jeroglifos de «esposo» incluyen un dibujo de un pene que podría haber salido directamente de un servicio de caballeros. Pero para un profano sería casi imposible. ¿Quién iba a ver dos serpientes y dos medias lunas (que resultan ser hogazas de pan) y adivinar «salto»?

En algunos pocos aspectos nuestra lengua y los jeroglifos funcionan de manera similar. No solo utilizamos las letras del alfabeto, por ejemplo, sino también símbolos como & y % que representan palabras, no sonidos. A veces lanzamos secuencias enteras de símbolos —¿quieres hacer el favor de bajar el #@%@%# volumen?— que expresan significados sin sonidos. O empleamos letras —XOXO al final de un mensaje—, que en algunos casos especiales no se pronuncian.*

También usamos imágenes, y cada día más. Las caras sonrientes llevan décadas con nosotros, y las calaveras y tibias para alertar del peligro mucho más tiempo que estas, y las felicitaciones de cumpleaños, mensajes rápidos y tuits incluyen enjambres de emoticonos.

Pero esos son elementos secundarios de nuestro sistema de escritura. Si nuestra lengua de verdad funcionara igual que el egipcio, haría un uso mucho más extenso de los juegos de palabras. Los libros estarían llenos de mensajes como 👁♡. Pero 👁 a veces representaría la palabra inglesa para «yo» [I], que suena igual que la palabra del inglés para «ojo» [eye], otras veces representaría la letra i, y a veces representaría un verdadero ojo. Lo mismo podría decirse del dibujo del corazón y de la letra u.

Muchas palabras se seguirían escribiendo como ahora, pero Winston

Churchill, por ejemplo, podría escribirse no en letras, sino con un dibujo de un paquete de cigarrillos seguido de los dibujos estilizados de una iglesia [en inglés, church] y una colina [en inglés, hill]. (Y, para complicar más las cosas, los símbolos deberían perdurar mucho más que la marca de cigarrillos, hasta que ya nadie recordara lo que una vez el nombre Winston había traído de inmediato a la mente).

Champollion abordó todo el complejo sistema, y su tono reflejaba a la vez el orgullo por todo lo que había logrado deducir y la sorpresa por lo elaborada e improvisada a un tiempo que resultó ser su estructura. «La escritura jeroglífica es un sistema complejo, un alfabeto al mismo tiempo figurativo, simbólico y fonético en un mismo texto, en una misma frase y hasta en una misma palabra», escribió en 1824.[478]

470 «He sospechado durante mucho tiempo»: Young, Miscellaneous Works, vol. 3, p. 77.

471 «Posible que en algún momento futuro»: Ibid.

472 «Pero ni Calígula ni Nerón tuvieron hijos»: Pope, Decipherment, p. 82.

473 «Jerónimo tuvo la brillante idea»: James Geary, Wit's End: What Wit Is, How it Works, and Why (Nueva York, Norton, 2018), p. 5.

474 «Un reloj es un mal regalo de bodas»: Fallows, Dreaming in Chinese, p. 44.

475 «Voilà, treinta y dos mil reses»: Gardiner, Egyptian Grammar, p. 7.

476 «El misterio del lenguaje se me reveló»: Helen Keller, The Story of My Life (Nueva York, Dover, 2012), p. 12.

477 «Muchos jeroglifos eran metáforas muertas»: Parkinson, Cracking Codes, p. 63.

478 «La escritura jeroglífica es un sistema complejo»: Champollion, Précis du Système Hiéroglyphique, p. 327. (Robinson traduce el pasaje en Cracking the Egyptian Code, p. 15.)

CAPÍTULO VEINTISIETE

Aguzando el oído

Champollion ahora tenía todo el campo para él solo. Para entonces Young y él habían pasado de la educada cautela al desdén apenas disimulado. La Carta a monsieur Dacier marcó un punto de inflexión en su relación. Young había escuchado cortésmente la conferencia, pero esta le resultó más exasperante una vez pulida y publicada. Cuando tuvo ocasión de examinar las palabras de Champollion más atentamente, Young se enfureció. ¿Dónde estaba el reconocimiento a que él hubiera abierto la puerta por la que Champollion pudo pasar? No podía evitar encontrar «algo parecido a la falta de generosidad en la conducta de su rival», se lamentó.[479]

Esa formalidad era muy suya. Incluso en medio de una discusión, el tono favorito de Young era más el de una dolorida decepción que el de una indignación manifiesta. Lamento tener que sugerir. Uno casi se extrañaría. «Sincera y completamente considero a Mr. Champollion ajeno a cualquier intención verdaderamente contraria a la honorabilidad»,[480] *escribió Young mientras recordaba a sus lectores que había sido él, y no Champollion, el primero en publicar un trabajo sobre cómo descifrar los jeroglifos. «Quizá no sea estrictamente justo decir que alguien no tiene derecho a reivindicar un descubrimiento propio hasta que este no ha sido imprimido y publicado, pero la norma resulta, al menos, bastante útil».*[481]

Estos comentarios aparecieron en un libro que Young publicó en 1823 como respuesta a la conferencia Dacier de Champollion, impresa un año antes. El libro de Young llevaba un largo título, como el de Champollion, y también un aguijón al final. «Sobre algunos recientes descubrimientos relacionados con la literatura jeroglífica y las antigüedades egipcias», era el suave comienzo. Luego venía el ataque, aunque bajo el disfraz de la acostumbrada cortesía. «Se incluye el alfabeto original del autor ampliado por Mr. Champollion».

*

Si el estilo de Young era la esgrima, Champollion prefería el garrotazo en la cabeza del enemigo. Desde sus primeras aventuras como descifrador, se

había burlado de todos los que habían aspirado a rivalizar con él. Åkerblad, el savant sueco, «no era capaz de mirar una inscripción egipcia y leer tres palabras seguidas».[482] Los supuestos «descubrimientos» de cierto erudito alemán eran en realidad fantasías.[483] Zoëga, el sabio y minucioso danés, había reunido suficientes materiales como para construir un monumento, pero no «había logrado poner una piedra encima de otra».[484]

Young sufrió especial escarnio. El sabio doctor era un inglés, para empezar, y a ojos de Champollion esa era una pesada carga que soportar. Por si fuera poco, era un viejo loco pomposo dado a «ridículas fanfarronerías»[485] sobre cuestiones de las que apenas llegaba a entender algo. Y Champollion, por su parte, había sabido durante toda su vida que era su destino resolver el enigma de los jeroglifos.

Así es como Champollion se expresaba hablando a su hermano, al menos. En público moderaba su tono. Aunque no siempre era capaz de resistir la tentación. En su conferencia Dacier, mostraba algo de elogio de cortesía —«el Dr. Young hizo un trabajo en Inglaterra sobre las inscripciones de los antiguos monumentos egipcios, similar al que a mí me ocupó durante tantos años»—[486] e incluso observó que Young había obtenido «resultados muy importantes». Pero luego volvía al ataque.

Aunque Young había logrado descifrar Ptolomeo y unos pocos nombres más, para Champollion, luego se había desviado. En vez de atenerse a la correcta observación de que ciertos jeroglifos funcionaban como un alfabeto y representaban sonidos, «este erudito inglés pensó que los jeroglifos que forman nombres propios podían expresar sílabas completas y actuar como piezas de una especie de puzle o juego de palabras».[487]

Aquel era un golpe bajo, pues Champollion sabía que los jeroglifos podían «expresar sílabas completas» (como en Ra-mes-ses), y sabía que a veces desempeñaban el papel de «piezas de una especie de puzle o juego de palabras» (como el jeroglifo del sol en el nombre de Ramsés).

Sabía todo eso, pero aún no se lo había dicho al mundo. Y no solo lo sabía. Esas eran las mismas intuiciones que lo habían hecho caerse redondo al suelo.

*

Champollion no debería haber renegado de los juegos de palabras, en cualquier caso, por la utilidad que le habían brindado a él. Y aún tenían otro regalo que ofrecerle.

Los juegos de palabras solo funcionan en la lengua en la que se crean; no pueden traducirse. Un hablante de inglés que tenga delante un juego de palabras con pan y tree enseguida verá pantry. Un hablante de alemán

o de español no tendrá forma alguna de entenderlo.

Por eso el éxito de Champollion con pato/hijo y otros juegos de palabras proporcionaba aún mayor prueba de que su gran apuesta había merecido la pena: el copto era, en efecto, la clave del egipcio.

Una vez establecido todo eso, Champollion pudo entregarse a una labor bien definida. Había confeccionado una especie de alfabeto jeroglífico a partir de todos los nombres que había descifrado. □ era p, por ejemplo. ⌓ era t. 𓃭 era l.

Además, había dedicado años al estudio del copto. El siguiente paso era combinar las dos cosas, los jeroglifos y el copto, en una única investigación como objetivo. La tarea de Champollion sería encontrar cada texto jeroglífico a su alcance para leerlo en voz alta mientras escuchaba atentamente en busca de palabras que sonaran como en copto.

Esto era sencillo en principio, pero abrumador en la práctica. Igual que también es sencillo al principio vaciar el océano con una cucharilla de café. Si Champollion se hubiera molestado en hacer una lista de los obstáculos que tenía por delante, habría metido la cabeza debajo de las mantas de pura desesperación.

Y el primer obstáculo era que el antiguo egipcio se escribía enteramente sin vocales, lo que significa que nadie en tiempos modernos ha podido saber de verdad cómo sonaba esa lengua. La ausencia de vocales podrá parecer un contratiempo menor. S rs cpz d lr st rs cpz d cnsgr n bn trbj.

Pero el problema resulta ser más serio. Se puso de manifiesto de manera dramática en la década de 1960, cuando los arqueólogos se enzarzaron en una furiosa polémica acerca del significado de una inscripción hallada en Egipto en un fragmento de cerámica.[488] *Miles de años antes, alguien había dejado una inscripción en arameo, una lengua emparentada con el hebreo y el árabe. (Los tres idiomas se ahorran las vocales). «Mirad, he visto un sueño», comenzaba la inscripción para un grupo de eruditos. Los lingüistas rivales traducían el mismo pasaje como «Mirad, he visto un vegetal».*

En función de a qué expertos se creyera, el texto proseguía describiendo una aparición fantasmagórica que proclamaba la palabra «paz» o una advertencia de que «no quedan pepinos».

¿De dónde podía surgir semejante disputa? En parte por la dificultad de leer letras apretadas y torcidas que habían sido escritas muchos siglos atrás. Algunas eran difíciles de distinguir. Otras aparecían a medio camino entre dos líneas de texto y podían atribuirse a cualquiera de las dos. Otras faltaban y debían adivinarse.

Pero el problema fundamental era la ausencia de vocales, que implicaba que incluso las palabras completas y perfectamente legibles

podían ser ambiguas. Este era el origen del misterio del sueño/vegetal. Simplificando, era como si nuestra lengua se escribiera solo con consonantes y los eruditos tuvieran que decidir si crt significaba cierto o corto.

Para Champollion, la ausencia de vocales representó una inesperada dificultad. En el antiguo egipcio la noción de «homonimia» era más amplia que para nosotros —bastaba con que las consonantes de dos palabras coincidieran—. El dibujo de una podía representar a la otra.

Las palabras podrían haber sonado igual, pero no necesariamente. Un escriba podría dibujar una pera para decir «par», pero una pera podría igualmente significar una infinidad de palabras con las consonantes pr —podría haber sido poro o puro o para o por o pira. (Y esa laxitud del sistema hace la identificación de pato/hijo y buitre/madre de Champollion aún más impresionante).[489]

Pero un problema mayor se avecinaba. Dos problemas entrelazados, en realidad. En primer lugar, el copto no era una lengua hablada en el antiguo Egipto, sino descendiente de aquella lengua muerta, igual que el italiano lo es del latín. La única esperanza de Champollion era reconocer sus parientes lejanas en copto al pronunciar las palabras egipcias.

Y, para empeorar las cosas, el copto era casi una lengua muerta también. «Pensemos en las posibilidades», decía admirado un erudito del siglo diecinueve. Champollion y los demás criptógrafos tempranos solo tenían una herramienta en su mano, que era el conocimiento del copto, y esa única arma era «el fragmento mutilado e imperfecto de una lengua extinta».[490]

Para hacerse una idea de lo difícil que sería descifrar una lengua desconocida de oído, pensemos en la frecuencia con que oímos mal incluso nuestro propio idioma. Los estudiantes y los jóvenes feligreses se confunden con himnos y con oraciones.

Y los adultos no son menos propensos a tales errores que los niños. En los años noventa, tanta gente insistía en que oía inapropiados mensajes subliminales en la película Aladdin que Disney se vio obligado a responder.[491] *Los preocupados padres se advertían unos a otros que Aladdin susurraba: Good teenagers, take off your clothes [buenos adolescentes, desnudaos]. La verdadera línea del guion, según Disney, decía: Scat, good tiger, take off and go [vamos, buen tigre, vete de aquí].*

Comprender una lengua consiste en saber ir llenando huecos en blanco sobre la marcha. Nos perdemos muchas palabras, por muy agudo que sea nuestro oído, pero raras veces nos damos cuenta porque continuamente, de manera automática, estamos adivinando entre posibilidades. La clave es el contexto, y elegimos entre una serie de significados posibles sin darnos cuenta. Sumidos en visiones de mandarinos y cielos de mermelada, nos

dicen a girl with kaleidoscope eyes [una muchacha con ojos de caleidoscopio] y escuchamos a girl with colitis goes by [una muchacha con colitis que pasa].

Esa adivinación sobre la marcha resulta extremadamente compleja. Durante décadas, los científicos se han esforzado para conseguir que las máquinas transcriban la lengua hablada. Y, después de tanto tiempo, las máquinas aún siguen cometiendo errores. Recognize speech se convierte en to wreck a nice beach. Relationship, en a real Asian ship.[492]

Lo que significa que Champollion se enfrentaba a un reto disparatadamente difícil. Tuvo que insuflar vida a una lengua muerta a través de otra al borde la muerte, y tuvo que oír sonidos en símbolos silenciosos escritos en una página.

Cierto es que tenía pistas de las que partir. El copto empleaba vocales, por ejemplo, aunque el egipcio no. Por lo que, si una palabra egipcia había sobrevivido en copto, Champollion podía tener una idea bastante exacta de su pronunciación. Y, del mismo modo, si una palabra egipcia tenía un pariente cercano en una lengua cuya pronunciación se conocía, Champollion podía adivinar que las dos palabras sonaban de forma casi similar.

Con todo, resulta desalentadoramente fácil equivocarse cuando se intenta adivinar los sonidos de una lengua desconocida. Si el francés fuera una lengua muerta, ningún hablante de inglés podría adivinar jamás ni siquiera la pronunciación de una palabra tan simple como oui.

Aparecen errores incluso si nos atenemos a una sola lengua, pero viajemos un par de siglos atrás en el tiempo. Los personajes de las viejas novelas inglesas frecuentaban tabernas con nombres como Ye Fox and Hounds. En épocas pasadas, ye se pronunciaba como the. El uso en inglés de y en lugar de th era tan solo una convención tipográfica (como la f en lugar de s de, por ejemplo, felf-evident).

Y los principiantes pueden cometer errores aún mayores que atascarse con una palabra o dos. Se pueden ignorar los tonos, por ejemplo, que en muchas lenguas desempeñan un papel crucial. Una conocida fábula china acerca de un poeta que se comió un león consiste únicamente en el mismo sonido repetido noventa y dos veces en distinto tono.[493] *Escrita en chino clásico, la historia parece perfectamente corriente. Leída en voz alta, suena a oídos occidentales como shi (pronunciado más o menos como el inglés sure) repetido docenas de veces.*

Aunque la entonación no desempeña un papel principal en inglés, a veces también aparece. Conocí a un escritor que estaba trabajando en la dedicatoria de un libro. Había estado dedicado casi exclusivamente a su libro durante años. Al fin lo había terminado y quería rendir a su esposa el debido homenaje. Pero ¿cómo resumir todo cuanto le debía?

Finalmente lo consiguió. Para Rose, quien sabe por qué. Le llevó a Rose el manuscrito para que pudiera disfrutar la dedicatoria. Para Rose, leyó ella en voz alta. ¿Quién sabe por qué?

Muchas lenguas presentan oportunidades para cometer errores semejantes en casi cada frase. En una lengua hablada en una pequeña región de la selva pluvial amazónica, las palabras amigo y enemigo son idénticas salvo por un cambio de tono en una sílaba.[494]

El lingüista inglés John Carrington dejó testimonio de sus desventuras tratando de aprender una lengua bantú llamada kele, hablada en lo que hoy es la República Democrática del Congo. Los cambios de entonación eran fundamentales. Para mortificación suya, Carrington no era capaz de percibirlos. No sabía decir cuándo alambaka boili significaba él contemplaba la orilla del río y cuándo significaba él enfadaba a su suegra.[495]

Por eso los sonidos de las lenguas antiguas siempre quedarán fuera del alcance. Sin importar cuántos jeroglifos descifren los eruditos, nunca sabremos exactamente cómo sonaba un faraón al proclamar su magnificencia ni una madre egipcia cantando una nana a su bebé.[496]

No solo son los sonidos del antiguo egipcio los que no oiremos nunca, por supuesto. Hasta bien pasado 1850, el sonido de toda voz humana se desvanecía para siempre con la muerte de esa persona. Las primeras grabaciones durante mucho tiempo se dataron en 1877, cuando Thomas Edison se grabó a sí mismo recitando «Mary Had a Little Lamb». Edison no estaba seguro de la utilidad que tendría su invención, aunque hizo algunas sugerencias —¿podrían los relojes anunciar que era la hora de cenar?—;[497] *pero lo entusiasmaba la idea de haber encontrado una manera de preservar los sonidos para la eternidad.*

«Este instrumento sin lengua y sin dientes, sin laringe o faringe […] imita tus tonos, habla con tu voz, pronuncia tus palabras, y siglos después de que te hayas convertido en polvo seguirá repitiendo una y otra vez, hasta llegar a generaciones que jamás hubieran sabido de ti, cada ocioso pensamiento, cada ingenua fantasía, cada palabra vana que hayas escogido susurrar contra este diafragma de hierro», escribió.[498]

Pero Edison no fue el primero en capturar un susurro con un diafragma de hierro. En 1860, una mujer desconocida cantó un verso de la canción popular francesa Au clair de la lune, y tenemos esa grabación. Dura solo diez segundos, pero aún podemos oírla.[499]

El inventor francés que la hizo, un cajista de imprenta llamado Édouard-Léon Scott de Martinville, no sabía que había captado el sonido de la voz de una mujer, y la grabación del sonido ni siquiera había sido su intención. Su objetivo había sido construir una máquina capaz de convertir sonidos en esquemas que pudieran plasmarse en una página.

Consiguió lo que buscaba, pero durante más de un siglo los garabatos que registró permanecieron silenciosamente en una página tiznada en un archivo olvidado. Los trazos no volvieron a ver la luz hasta el siglo veintiuno.[500] *Entonces un equipo de científicos estadounidenses encontró una manera de convertir los picos y valles de la transcripción en sonidos que se propagaran por el aire. Una voz que llevaba en silencio ciento cincuenta años volvió a cantar vacilante pero inconfundiblemente.*[501]

*

Champollion no contó con tales herramientas, sino únicamente con su capacidad mental y su fino oído, cuando se esforzaba en recrear el sonido de las voces antiguas. No tuvo otra opción que confiar en el copto, que era una cuerda salvavidas deshilachada y raída. Ese fue su primer problema. Y el segundo no era menos desalentador. Todas las lenguas cambian en el transcurso de su vida, y en el caso del egipcio esa cuerda salvavidas había alcanzado una extraordinaria longitud. De modo que el reto de Champollion no solo era tener que vérselas con una lengua muerta. Era tener que vérselas con una lengua muerta que había evolucionado y cambiado a lo largo de más de treinta siglos.

Pensemos, por ejemplo, en cómo el inglés ha cambiado a lo largo de un periodo infinitamente más breve. Este es un famoso pasaje en inglés antiguo de alrededor del año 1000 d. C. Fader urer, ðu bist in heofnum, sie gehalgad noma ðín. Haría falta un fino oído para reconocer el padrenuestro en inglés actual: Our Father, who art in heaven, hallowed be thy name.[502]

Beowulf también se escribió en inglés antiguo y alrededor del año 1000 d. C. Han pasado diez siglos. La escala del tiempo egipcia haría a Beowulf casi nuestro vecino. Beowulf debería resultarnos tan accesible como El código Da Vinci. Pero el gran poema épico nos es casi incomprensible hoy.[503] *El primer verso dice: Hweat we gardena in gear dagum, que significa: «Hark! The Spear-Danes, in earlier days» [¡Escuchad! Los daneses, en tiempos antiguos].*

Una mirada más detenida revela que el inglés antiguo no es completamente oscuro y misterioso. Algunas palabras poseen una especie de condensada poesía. En inglés antiguo, por ejemplo, cuerpo es banhus [casa de huesos].[504] *El mar es hronrad, no una vasta y vacía extensión de agua, sino «un camino de ballenas». Una biblioteca es «un tesoro de libros». Pero, aun así, sin una guía, estamos perdidos sin remedio. «Recitamos alegremente la canción infantil Hickory, Dickory, Dock,*[505] *sin tener ni idea de que son los números ocho, nueve y diez en la lengua*

celta, hablada por el pueblo indígena de Gran Bretaña que encontraron los anglos, los sajones y los jutos», escribe el lingüista John McWhorter.

La tarea de Champollion consistió en descubrir esas pistas profundamente enterradas. Y un día tras otro se sentó en su escritorio a recitar fragmentos de antiguo egipcio, quizá no siempre del mejor humor, aguzando el oído para detectar vagos ecos familiares.

479 *«Falta de generosidad»: Young, Recent Discoveries, p. 39.*

480 *«Intención verdaderamente contraria a la honorabilidad»: Ibid.*

481 *«Quizá no sea estrictamente justo»: Ibid., p. 42.*

482 *«Tres palabras seguidas»: LaBrière (ed.), Champollion Inconnu, p. 66.*

483 *«Los supuestos descubrimientos eran en realidad fantasías»: Ibid.*

484 *«Una piedra encima de otra»: Ibid.*

485 *«Ridículas fanfarronerías»: Ibid., p. 65.*

486 *«El Dr. Young hizo un trabajo»: Champollion, Letter to Monsieur Dacier, p. 30fn22.*

487 *«Este erudito inglés pensó»: Ibid.*

488 *«Los arqueólogos se enzarzaron»: Baruch A. Levin, «Notes on an Aramaic Dream Text from Egypt», Journal of the American Oriental Society 84, n.º 1 (enero-marzo 1964).*

489 *«Esa laxitud del sistema»: Entrevista del autor con Amir Zeldes, 20 de octubre de 2018.*

490 *«El fragmento mutilado e imperfecto»: La observación es de una nota de Simon Wilken, el editor de un Thomas Browne's Vulgar Errors de 1852. Véase «Of the Hieroglyphical Pictures of the Egyptians», libro V, capítulo XX. En línea en https://tinyurl.com/y6dgljst.*

491 *«Inapropiados mensajes subliminales»: Jeffrey Bloomer, «Why Everyone Thought Aladdin Had a Secret Sex Message», Slate, 24 de mayo, 2019. En línea en https://tinyurl.com/yxu3jgdo.*

492 *«Recognize speech»: Dave Tompkins, How to Wreck a Nice Beach: The Vocoder from World War II to Hip Hop, The Machine Speaks (Chicago, Stop Smiling Books, 2010).*

493 «Un poeta que se comió un león»: Fallows, Dreaming in Chinese, p. 40.

494 «Las palabras amigo y enemigo son idénticas»: Everett, Don't Sleep, There Are Snakes, p. 185. Ambas palabras tienen las mismas tres sílabas, pero amigo tiene dos tonos altos y enemigo uno solo.

495 «Enfadaba a su suegra»: Gleick, The Information, p. 23.

496 «Nunca sabremos exactamente cómo sonaba»: Quizá nunca sea exagerado. El New York Times informó en enero de 2020 sobre un equipo de científicos que había intentado recrear la voz de un sacerdote egipcio momificado llamado Nesyamun. Durante los últimos doscientos años, la momia de Nesyamun ha estado en el Museo de Leeds en Inglaterra. Nesyamun murió hace unos tres mil años, alrededor del 1100 a. C. (Una inscripción en su sarcófago lo llamaba «Nesyamun, sonido de la voz»). Gran parte de la boca y la garganta de la momia permanece intacta y los recientes experimentos implicaron imprimir en 3-D una copia de la laringe de Nesyamun y tratar de reproducir su voz. Hasta ahora, los científicos han logrado sintetizar un solo sonido parecido a «ah». Fue una tarea difícil, y difícil resulta evaluarla también. ¿Se trató de un salto en el aire o de la primera etapa de un viaje a la luna? (Véase Nicholas St. Fleur, «The Mummy Speaks: Hear Sounds from the Voice of an Ancient Egyptian Priest», New York Times, 23 de enero, 2020).

497 «Podrían los relojes anunciar»: Sitio web de la Biblioteca del Congreso, «History of the Cylinder Phonograph». En línea en https://tinyurl.com/zcbn7jh.

498 «Este instrumento sin lengua y sin dientes»: Richard Osborne, Vinyl: A History of the Analogue Record (Abingdon, UK, Routledge, 2012), p. 23.

499 «Pero aún podemos oírla»: En línea en https://tinyurl.com/y5trmalz.

500 El cineasta Peter Jackson se embarcó recientementemente en otra clase de aventura orientada a dar nueva vida a palabras que dejaron de decirse hace mucho tiempo. Jackson buscó la ayuda de lectores de labios para que examinaran cuidadosamente metraje de archivo de soldados de la Primera Guerra Mundial. Fueron capaces de recuperar palabras (aunque no voces) que se habían perdido hace más de un siglo. El documental de Jackson, They Shall Not Grow Old, apareció en 2018.

501 «Una voz que llevaba en silencio»: Presumiblemente esta resurrección fue única, aunque unos pocos científicos optimistas han albergado la esperanza de que alguna conversación antigua hubiera quedado grabada de forma accidental. Su escenario comienza con un alfarero que sostiene un palo afilado junto a una pieza de cerámica mientras esta gira en su rueda para grabar un dibujo. ¿Podría haber recogido sin saberlo los sonidos de la habitación? Al menos un arqueólogo afirma haber llevado a cabo prometedores experimentos en esa línea. El filósofo estadounidense Charles S. Peirce parece haber sido el primero en imaginar ese escuchar a escondidas a posteriori. «Démosle a la ciencia cien siglos más de progresión geométrica, y descubrirá que las ondas de sonido de la voz de Aristóteles quedaron grabadas», escribió alrededor de 1902.

502 «Our Father, who art in heaven»: Citado en Parkinson, Cracking Codes, p. 42.

503 «Casi incomprensible hoy»: Gerald Davis, Beowulf: The New Translation (Bridgeport, CT, Insignia, 2013), p. 13.

504 «En inglés antiguo»: Josephine Livingstone, «Old English», New York Times Magazine, 6 de enero, 2019.

505 «Hickory, Dickory, Dock»: John McWhorter, «Don't Use the Word Emolument», Atlantic, 24 de octubre, 2019. En línea en https://tinyurl.com/y3rkm8c8.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

La fuerza del número

En sus primeros días de búsqueda, Champollion había podido recurrir a la sección griega de la piedra de Rosetta como guía. Ese enfoque le había brindado brillantes trofeos: palabras dramáticas como rey, dios, decreto y sacerdotes.

Su manera de descifrar uno de los títulos de Ptolomeo muestra cómo trabajó. Varios de los cartuchos de la piedra de Rosetta incluían el nombre de Ptolomeo seguido de algunos jeroglifos más. ¿Cómo leer esos signos adicionales?

الاستجابة الهرمونية

Un cartucho que empezaba con el nombre de Ptolomeo y luego incluía varios signos más. Champollion se dispuso a descifrar aquellos jeroglifos adicionales que en el dibujo se muestran dentro de un óvalo.

El texto griego de la piedra se refería a Ptolomeo como «el siempre vivo amado de Ptah», así que parecía un lugar lógico por el que empezar. (Ptah era la divinidad más importante de la ciudad de Menfis). Se trató entonces simplemente de llenar los huecos en blanco y hacer conjeturas fundamentadas.

La palabra para «vida» o «vivo» en copto era ankh, por ejemplo, y presumiblemente se correspondía con los primeros jeroglifos «extra». (Hasta hoy nadie sabe el origen del símbolo para ankh).[506] *Ankh aparece en Tutankamón, asimismo, y el nombre significa «la viva imagen del dios Amón».*

A continuación, en el cartucho de Ptolomeo venían varios jeroglifos[507] *—una serpiente, un semicírculo y un delgado rectángulo— que debían de corresponderse con siempre o eternidad, que era djet en copto. Y como Champollion ya sabía que el jeroglifo del semicírculo se correspondía con t, pudo deducir que la serpiente se pronunciaba dj (más o menos como la j del inglés jail).*

También sabía que los dos jeroglifos siguientes —el cuadrado y el semicírculo— representaban p y t, y conocía la palabra griega Ptah. Por lo que todo hacía fácil adivinar que la siguiente línea del jeroglifo se correspondía con h.

Champollion aprovechó al máximo las posibilidades que le ofrecía, hasta que hubo extraído casi todas las brillantes gemas de la piedra de Rosetta. Luego cambió su centro de atención y empezó a buscar otros textos y, no menos importante, otro tipo de pistas.

«Se necesitan palabras grandes e importantes para obtener una hipótesis sobre qué puede ser qué», dice el lingüista Amir Zeldes.[508] *«Pero solo se trata de una hipótesis. Una gran palabra no sirve para descifrarlo todo. Solo sirve para hacer una conjetura. Lo verdaderamente importante es la frecuencia. Hace falta algo que esté por todas partes».*

Si estuviéramos tratando de descifrar un texto escrito en inglés, explica Zeldes, nos emocionaría pensar que hemos distinguido palabras como libertad y presidente. Son palabras con peso, que pueden señalar el camino a otras palabras importantes. Una vez que hubiéramos identificado libertad, por ejemplo, estaríamos en condiciones de encontrar otras palabras que tuvieran la letra t. Habríamos dado un paso en el camino de reconocer una palabra como batalla. Pero son palabras raras.

«Estupendo, tienes una teoría sobre tres palabras», dice Zeldes

sarcásticamente. «O aciertas o te equivocas. Pero no es lo que necesitas, porque ¿a dónde vas con eso? Necesitas la fuerza del número. Necesitas ver las cosas más frecuentes para que de repente todo tenga sentido y puedas decir "¡Oh! ¡Ya lo tengo!"».

Zeldes es una joven, fina y locuaz autoridad en el copto. Y, lo más importante, posee una rara habilidad para moverse continuamente y en los dos sentidos entre la investigación a ras de suelo de los pequeños detalles y las vistas de rascacielo del panorama general. Sabe ser a la vez hormiga y águila.

Encontrar una palabra como libertad o batalla implica emoción y sorpresa, como encontrar una catarata o un sendero en medio del bosque, afirma. Pero aprender a detectar visiones mucho menos imponentes, como los pequeños cuadrados de pintura azul en los árboles que hallamos en una ruta de senderismo, puede resultar mucho más importante, porque esas humildes señales marcan el camino hacia otras metas.

Lo que hace falta son palabras que surjan una y otra vez como el, un o de. Cuando tenemos el, por ejemplo, la palabra que sigue es casi con toda seguridad un sustantivo. Y hasta la más vaga noción de lo que estamos buscando hace mucho más fácil el juego de adivinación.

Como resultado, el descifrador más experto que estudia un texto antiguo procede exactamente igual que el amateur más novato que mata el tiempo durante un largo trayecto al trabajo con el acróstico de un periódico. El reto de un acróstico consiste en identificar una cita. Se nos dan una serie de pistas y una secuencia de espacios en blanco, uno por cada letra de aquella. El truco está en empezar con las palabras más cortas. Si se encuentra un único espacio, ha de ser una y o una o. Y una secuencia de dos espacios que empieza por e, seguramente será el, una palabra especialmente valiosa.

Amir Zeldes explica cómo es esto para los descifradores actuales. «Preguntémosle a cualquiera que haya recibido cinco clases sobre copto cuál es la letra más frecuente en esa lengua y nos dirá que es n. Todo es n. Puede tratarse de un verbo, una preposición, un pronombre. Representa un montón de palabras distintas. Pero el significado más común es el de «de».

«Y, si miramos la escritura egipcia, ¿cuál es el signo más común?», continúa Zeldes. «Este». Zeldes se refiere a un jeroglifo con forma de zigzag que parece una representación estilizada de agua en movimiento.

«Cualquiera que contemple la pared de un templo en Egipto reconocerá el signo del agua, ¿verdad? ¿Y adivináis qué? Es una n».

Zeldes se muestra entusiasmado e impaciente. «¡Eso es! ¡Bang! ¿Lo veis?». Bueno, lo cierto es que no del todo. Pero Champollion sí que lo hizo.

*

Champollion, en realidad, había visto a la vez dos cosas maravillosas. La primera era la coincidencia entre la letra más frecuente en copto y el jeroglifo más frecuente. Era una buena noticia, porque encajaba con la premisa de Champollion de que el copto descendía del egipcio. Eso para empezar. Pero la percepción clave vino del propio copto. N no era solo una letra. Era también una palabra. (Igual que nuestra letra o representa al mismo tiempo un sonido y una palabra, como en esto o aquello). Y uno de los significados de n era «de», que aparecía continuamente.

De este modo averiguó Champollion cómo se escribía de con jeroglifos —con el dibujo del agua—. En lugar de buscar a ciegas en incontables inscripciones jeroglíficas, tuvo así una idea bastante aproximada de dónde encontrar nombres que aguardaran para ser desenterrados. Señor de la tierra. Dueño de la casa. Sonidos de la noche.

Y su conocimiento del copto llevó a Champollion a otro descubrimiento estrechamente relacionado. En copto, también la p era una letra y a la vez una palabra. Era, en realidad, la palabra de suprema utilidad el. Lo que significaba —y esta era la verdadera novedad— que el jeroglifo para el sonido p podía representar el. (También podía representar el sonido p, como Champollion había averiguado al principio mismo de su búsqueda, cuando descifró Ptolomeo). Echó a correr a partir de ese momento.

O avivó el paso, sería más exacto decir, pues, como había dicho Young, el trabajo se parecía más a lanzarse a una espesura de zarzas que a una carrera a campo abierto. La estrategia de Champollion era la sencillez misma. Una vez dominadas las normas básicas de lectura, continuó como si fuera el estudiante de primaria más brillante del mundo delante de una pila de libros tomados al azar del estante de una biblioteca.

Detengámonos por un momento a pensar lo difícil que aquello debió ser. Cada texto sería una línea tras otra de xxxxdexxxxelreyxxxxxxxelxxx. Así que el vocabulario era el primer obstáculo. Para Champollion, que ya no tenía el griego para apoyarse, cada frase estaba salpicada de extrañas palabras nuevas. Tendría delante, presumiblemente, facturas de ventas y recibos de impuestos, pero también mitos y relatos de aventuras. ¿Cómo pasar de palabras como rey y sacerdote a palabras como mazmorra, hechicero y naufragio?

Adivinando a partir del contexto y recurriendo a otras lenguas. «Quizá dice: "Salieron a pasear y entonces algo empezó a perseguirlos"», explica Zeldes. «No sabemos si se trata de un oso o de cualquier otro animal salvaje. Pero a continuación leemos: "Lo mataron y se lo comieron". Así que eso descarta, por ejemplo, un lobo. Nadie se va a comer un lobo».

Algunas palabras son imposibles de adivinar por mucho que nos esforcemos. Esas palabras que son callejones sin salida aparecen con tanta frecuencia que los lingüistas emplean un espantoso tecnicismo —hapax legomenon— para referirse a una palabra que solo se ha visto una vez. Al enfrentarse a semejantes bestias escurridizas, los diccionarios del antiguo egipcio reconocen la derrota. En alguna entrada se puede leer: «Desconocido. Posiblemente, un objeto religioso».

Tales palabras únicas en su especie pueden crear problemas exasperantes, y no solo para los egiptólogos. Uno de los versículos más conocidos de la Biblia —«danos hoy nuestro pan de cada día»—[509] *contiene una palabra que ha atormentado a autores y traductores desde tiempos antiguos. La palabra griega epiousios, que acostumbra a traducirse como «de cada día», aparece en el padrenuestro, pero en ningún otro lugar de la Biblia ni de la literatura griega. (La lengua original del Nuevo Testamento era el griego). Nadie sabe con seguridad lo que significa, y el griego posee una palabra absolutamente corriente para «de cada día».*

Si la consideramos detenidamente, la traducción estándar es difícil de aceptar. ¿Por qué de cada día va justo detrás de hoy? ¿Y por qué una expresión tan prosaica como el pan de cada día en lugar de algo más elevado, sobre todo si tenemos en cuenta otro pasaje que también procede del sermón de la montaña, solo unos pocos versículos más adelante del padrenuestro, que dice: «No os afanéis por vuestra vida, ¿qué habéis de comer o de beber»?

Los eruditos llevan lidiando con estas preguntas diecisiete siglos. Una cautelosa lectura de uno de los pasajes bíblicos más famosos resultaría profundamente insatisfactoria: «Danos hoy nuestro [desconocido] pan».[510]

Los especialistas en Shakespeare se enfrentan a retos similares. Shakespeare inventó miles de palabras, incluidas muchas que hoy son de uso corriente en inglés, como horrid [espantoso], vast [vasto] y lonely [solitario]. Pero algunas solo aparecen una vez, y en frases en las que el contexto no viene al rescate. En uno de sus dramas históricos, por ejemplo, Shakespeare se refiere a soldados caídos en batalla y utilizada el verbo balk'd («balk'd in their own blood»).[511] *Nadie sabe lo que significaba. Según una teoría, balk'ed sería una errata por baked (se cocieron en su*

propia sangre).

Cuando hemos logrado establecer un buen número de palabras, lo siguiente a lo que hemos de enfrentarnos son las complejidades de la gramática. Los bloques de construcción que forman las frases, por ejemplo, pueden presentarse en casi cualquier orden. Mark Twain se quejaba de que, al poner los verbos al final, los alemanes convertían cada frase en un relato de misterio donde solo se obtenía la solución en el último instante.[512] *(Algún reformador podría mejorar las cosas, sugería, si «el verbo tan lejos del comienzo uno sin telescopio descubrirlo pudiera»).*

Champollion y sus colegas descifradores tenían el copto para ayudarse, pero la larga transformación del egipcio en copto creó incontables problemas. El más común era tomar palabras que parecían similares por palabras que eran realmente similares. Estudiantes y turistas conocen bien ese riesgo. Pies en inglés no son «pies», sino «pasteles». Blessé en francés es «herido», no bendito como en inglés blessed. Pain en francés no es «dolor», como en inglés, sino «pan».

Al descifrar (al igual que al traducir), incluso las palabras más pequeñas pueden causar grandes problemas. La palabra el es llamativa. En copto, por ejemplo, rey es ouro, y la razón tiene que ver con un malentendido surgido en torno a el. La palabra copta para el, como hemos visto, es p. También es una característica del copto que los artículos y nombres formen una sola palabra —lacasa en lugar de la casa—. El resultado fue que los hablantes de copto oían la palabra del antiguo Egipto para «faraón» (pronunciada de forma parecida a pouro), sabían que se refería al rey, e inmediatamente asumían de forma errónea que se trataba de dos palabras: el + rey, o p + ouro.

Errores similares se producen también en las lenguas modernas. La palabra alligator se introdujo así en inglés a través del español porque la gente oía mal el lagarto.[513] *Los hablantes de inglés no sabían que se habían comido un el y que habían unido dos palabras en una. Y los hablantes de árabe cometieron el mismo error, al contrario, con Alejandro Magno. El nombre de Alejandro sonaba como si empezara con el artículo, al igual que muchos nombres árabes, y el nombre del conquistador a veces se convirtió en al-Exander. (Para devolverles el favor, hay hablantes de inglés en la actualidad que se refieren a la Alhambra como the the Hambra.)*

A esas dificultades se enfrentó Champollion, leyendo lo mejor que pudo, pero atormentado por palabras desconocidas y raras. Hasta que hizo un descubrimiento que lo hizo avanzar como un cohete. Este fue, a juicio del egiptólogo John Ray, el gran logro de Champollion.[514]

506 «El origen del símbolo de ankh»: Entrevista del autor con Bob Brier, 8 de abril, 2019.

507 «A continuación en el cartucho de Ptolomeo»: Budge, Rosetta Stone, p. 14. Es un folleto publicado por el Museo Británico en 1913. En línea en https://tinyurl.com/y6s92hbr.

508 «Se necesitan palabras grandes e importantes»: Entrevista del autor de 20 de octubre, 2018. Todas las citas de Zeldes en este capítulo proceden de esa entrevista. Zeldes es profesor asociado de Lingüística Computacional en Georgetown y coeditor de un diccionario de copto.

509 «Danos hoy nuestro pan de cada día»: John Hennig, «Our Daily Bread», Theological Studies 4, n.º 3 (1 de septiembre, 1943).

510 La Biblia tiene otras molestas palabras callejón sin salida. En un famoso pasaje del Levítico, Dios dice a los judíos qué animales pueden comer y cuáles están prohibidos. Pero una de las «abominaciones» en el listado de Dios es un problema. Nadie sabe qué quiere decir anakah. La palabra hebrea del Viejo Testamento tradicionalmente se traducía como erizo porque se parece a la palabra para «erizo» en árabe, pero es solo una conjetura. Algunos eruditos creen que Dios en realidad quería prohibir topos, gecos, castores o ratones.

511 «Balk'd in their own blood»: De Enrique IV, acto I.

512 «Mark Twain se quejaba»: En «The Awful German Language», que es un apéndice de A Tramp Abroad.

513 «La palabra alligator»: Véase el Online Etymology Dictionary, en https://www.etymonline.com/word/alligator.

514 «A juicio del egiptólogo John Ray»: Ray, Rosetta Stone, p. 90.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Unas piernas que andan

El nuevo descubrimiento de Champollion era simple —ciertos jeroglifos que parecían corrientes en realidad desempeñaban un papel especial—. Llamó a estos signos especiales «determinativos», porque ayudaban a determinar el significado de una secuencia de jeroglifos.[515]

Los determinativos eran pistas para el lector —estos jeroglifos se refieren a una ciudad, o esto es un nombre real, o esto es un verbo—, pero no se pronunciaban. Un tipo de pista particularmente útil. El egipcio, al omitir las vocales, está repleto de palabras que se parecen, aunque tienen significados completamente distintos. (Threat [amenaza] y throat [garganta] serían indistinguibles si el inglés prescindiese de vocales, por ejemplo). Los jeroglifos que deletrean las palabras egipcias para «impuesto», «caballo» y «gemelo» comparten las mismas consonantes y por tanto presentan una apariencia idéntica. «Mujer hermosa» es nfrt, pero también lo es «vaca».

La solución egipcia consistía en añadir un determinativo tras una palabra ambigua. Las palabras para «viejo» y para «elogio» parecen idénticas, pero los jeroglifos para «viejo» van seguidos del jeroglifo de un hombre que se inclina sobre un bastón; y para «elogio» van seguidos de un hombre con las manos levantadas en un gesto de homenaje. Igualmente, hay determinativos para distinguir escaleras y pie, que comparten las mismas consonantes, y hermano y punta de flecha, e incontables palabras más.

Hay cientos de determinativos, y no se puede llegar lejos sin ellos. Los estudiantes que reciben sus primeras clases de egipcio comienzan por memorizar dos docenas de jeroglifos corrientes que se corresponden con sonidos y luego, inmediatamente, pasan a aprender varias docenas de determinativos.

Algunos son fáciles de interpretar. Un dibujo de un hipopótamo significa «hipopótamo», y una figura humana esquemática con la cabeza hacia abajo significa «al revés». Un determinativo típico como el jeroglifo de una vela sugiere una categoría completa —brisa, viento, aliento y tormenta— más que una sola palabra.

Unos cuantos determinativos resultan encantadores. El determinativo

para «gato» muestra un gato sentado sobre sus cuartos traseros con las orejas levantadas de un modo a la vez alerta y altivo. La palabra gato se escribe con cuatro jeroglifos, y el último es el determinativo de «gato» (por una feliz coincidencia, el primero es un jarro de leche). Los jeroglifos se pronuncian miou,[516] *un descubrimiento que debió de reafirmar la confianza de Champollion en lo que había descifrado. De manera similar, el determinativo para «burro» es un dibujo de un burro, y los jeroglifos se pronuncian jijau.*

Muchos determinativos ofrecen atisbos de la cultura egipcia. Un dibujo de pelo, por ejemplo, significa no solo «pelo», sino también «viuda» y el verbo «estar de luto», presumiblemente porque los dolientes se arrancaban los cabellos.[517]

Algunas de esas vislumbres revelan escenas más oscuras. El determinativo para «enemigo», por ejemplo, muestra a un hombre de rodillas con los brazos atados a la espalda.[518] *El mismo determinativo también significa «rebelde». El mensaje difícil de pasar por alto de ese par era que, en el orden natural de las cosas, el papel de todo el mundo consistía en someterse a Egipto. Con idéntica elocuencia, el mismo determinativo podía significar «enseñar» o «azotar». («Los oídos del niño están en su trasero, y escucha cuando lo azotan», afirma un proverbio egipcio).*

Pero conviene ser cautos a la hora de usar los determinativos para extraer conclusiones sobre la vida cotidiana egipcia. Cada lengua divide el mundo en casillas, muchas de ellas sorprendentes o desconcertantes desde fuera. (Un famoso libro sobre lingüística se titula Mujeres, fuego y cosas peligrosas porque los tres forman parte de la misma casilla de una lengua aborigen de Australia llamada dyirbal). Ir de las leyes gramaticales al conocimiento de una cultura es una continua tentación —incontables libros han señalado, por ejemplo, que distintas culturas dividen el arcoíris de maneras diferentes, y han concluido que ven el mundo de manera distinta—, pero se trata de una tentación a la que probablemente conviene resistirse.

En alemán, tenedor es femenino, cuchara es masculino y cuchillo es neutro. Chica es neutro y nabo es femenino. ¿Nos dice esto algo acerca de la vida en Alemania? O tomemos el navajo.[519] *Los objetos que son largos y rígidos (como, por ejemplo, lápices o palos) exigen una raíz verbal particular. Los largos y flexibles (como serpientes y cuerdas) requieren otra diferente. Las sustancias granulosas (como la sal y el azúcar) tienen su propia raíz. Al igual que las pegajosas (como el lodo y el pudin). Todo lo cual hace el navajo extraordinariamente complicado para los de fuera, pero difícilmente ofrece una visión de la cultura de los navajos.*

La moraleja, para Champollion y otros descifradores, fue que, en el

siempre tan diferente Egipto, era mejor memorizar que analizar los determinativos.

Los determinativos egipcios eran cualquier cosa menos simples. Y los determinativos de verbos a menudo eran más difíciles de descifrar que los de nombres, por ejemplo, porque las acciones son difíciles de plasmar en dibujos. Un determinativo que mostraba unas piernas que andan significa «cazar», «ir» y «apresurarse» (y también «entretenerse» e incluso «detenerse»). Todavía más difíciles resultaban las ideas. Pero, aun así, había un determinativo —un dibujo— para cosas que no se podían dibujar. Un dibujo de un papiro enrollado indicaba una abstracción, como la escritura.

Todo esto podría parecer un sistema peculiar y complejo. Y lo era. Pero algunos alfabetos cuneiformes usaron estrategias similares,[520] *y aunque nuestra lengua no posee nada comparable, un puñado de normas tipográficas también se acercan. Cuando términos extranjeros como coup d'état o yihad aparecen por primera vez, se escriben en cursiva como si se tratara de una especie de determinativo, hasta que más tarde se naturalizan y la pierden. Las letras mayúsculas (para distinguir la Casa Blanca de una casa blanca, por ejemplo) pueden jugar un papel similar.*

Una «e muda» en inglés sirve también como una especie de determinativo —parece una letra más, pero no se pronuncia, y su papel consiste en indicar cómo se pronuncian otras letras—. Ese pequeño aspecto del código transforma hat en hate. Y el inglés hablado tiene también algo parecido a los determinativos. Como en ¿quieres decir funny de ja ja o funny de peculiar?

Young había sido el primero en distinguir un determinativo («divinidad femenina», tras el nombre de una diosa o una reina), igual que había sido el primero en reconocer que muchos jeroglifos representaban sonidos. Pero no había continuado más allá, y fue Champollion quien vio que todos los textos jeroglíficos estaban llenos de determinativos.

El sistema es bastante fácil de entender una vez que alguien lo explica. Pero pensemos en lo que Champollion había logrado ver. (Ni él ni Young se habían encontrado con otro sistema de escritura que emplease determinativos hasta entonces).

Champollion había descubierto años atrás que los jeroglifos podían representar un sonido, como la p de Ptolomeo o la l en Cleopatra. Había demostrado que los jeroglifos pueden representar los objetos que plasman, como con «solo» o «brazo». Y había demostrado que podían ser piezas de un juego de palabras, como en pato por «hijo».

Ahora había propuesto un nuevo uso. Un jeroglifo podía parecer idéntico a cualquier otro, pero su función consistía únicamente en ser una

guía silenciosa hacia el significado de otros jeroglifos.

Y, si Champollion estaba en lo cierto, los determinativos no eran elementos exóticos que solo aparecían en raras ocasiones. Estaban en todas partes, y hasta que no se les hubiera encontrado sentido, cualquier texto que se tuviera delante llevaría a confusión.

Era una propuesta considerablemente audaz. La «e muda» del inglés es una especie de complemento divertido, pero apenas esencial, como las aletas traseras de un coche antiguo. Y entonces llegó Champollion para sostener que los determinativos eran parte vital del motor egipcio.

Pensemos de nuevo en algunos de los determinativos que hemos encontrado —un anciano que significa «viejo», por ejemplo, o un gato que significa «gato»—. Hasta que llegamos a la noción de los determinativos, los jeroglifos del anciano y del gato podían parecer superfluos, símbolos adicionales que abarrotan un texto que, en la mayoría de los casos, tenía sentido sin ellos. Y, si representaban sonidos —como la mayoría de los jeroglifos—, es que esos sonidos habían aparecido en un lugar al que no pertenecían. ¿Qué está haciendo ese gato ahí?

Para el descifrador que luchaba por mantenerse a flote en el centro de la corriente, tales ejemplos parecían ofrecer una prueba descorazonadora de que algo se escapaba. Pero, una vez que el código se descifró, el misterio de ayer se convirtió en la confirmación del hoy. El determinativo del gato al final de la palabra gato entonces pareció un estímulo. ¡Por supuesto, gato! ¿Es que no lo veis? ¡Gato, por amor de Dios! ¿Cómo puedo decirlo más claro?

Los estudios de los egiptólogos actuales han señalado la vital importancia de los determinativos. Casi un jeroglifo de cada cinco resulta ser un determinativo.[521] *Pero los determinativos tenían otro regalo que ofrecer más allá de mostrar la categoría a la que pertenecía una palabra determinada.*

Habiendo identificado los determinativos en primer lugar, Champollion observó entonces dónde aparecían. Rápidamente se dio cuenta de que iban al final de las palabras. Era un avance.

Saber dónde terminaba una palabra era absolutamente básico, pero los jeroglifos ocultaban esa información crucial porque no había espacios entre palabras ni signos de puntuación.

La razón de no dejar espacios era en parte estética. El atractivo visual de las inscripciones jeroglíficas era casi tan importante como el mensaje que transmitían. A ojos egipcios, los huecos colocados al azar en una inscripción habrían sido como dientes que faltaran en una sonrisa.

Una vez sistematizados los determinativos, el progreso llegaría pronto. Tras siglos de confusión y misticismo, era mucho más importante, si cabe. Antes de que Young y Champollion hubieran empezado a trabajar, otro

egiptólogo del siglo diecinueve se admiraba de que todo lo relacionado con descifrar los jeroglifos «se hubiera hecho a un lado como un problema aparentemente imposible de resolver o se hubiera asumido como un juego para entretenimiento de pedantes».[522]

Ahora el cuadro estaba casi completo.

515 «Llamó a estos signos especiales "determinativos"»: El primer déterminatif que Champollion identificó fue el símbolo de una estrella que señalaba una división de tiempo. Véase Hartleben (ed.), Lettres et Journaux de Champollion, tomo 2, p. 117.

516 «Los jeroglifos se pronuncian miou»: Parkinson, Cracking Codes, p. 65.

517 «Los dolientes se arrancaban los cabellos»: Ibid., p. 62.

518 «El determinativo para "enemigo"»: Darnell, Tutankhamen's Armies, p. 59.

519 «O tomemos el navajo»: Kahn, The Codebreakers, p. 290.

520 «Algunos alfabetos cuneiformes usaron estrategias similares»: Chadwick, Linear B, p. 32.

521 «Casi un jeroglifo de cada cinco»: Parkinson, Cracking Codes, p. 59.

522 «Un juego para entretenimiento de pedantes»: Ebers, Egypt: Historical, Descriptive, and Picturesque, p. 8. La observación aparece en el prólogo, escrito por el egiptólogo Samuel Birch.

CAPÍTULO TREINTA

Túnicas limpias y manos suaves

En 1824, Champollion había avanzado desde su Carta a monsieur Dacier. Más que un folleto, reunió un voluminoso nuevo libro, repleto de ilustraciones, que llevaba el ambicioso título de Resumen del sistema jeroglífico de los antiguos egipcios.

Esta vez prescindió de la falsa modestia. Miles de años antes de que los primeros visitantes griegos o romanos hubieran desembarcado en Egipto, él demostraba que los escribas egipcios ya habían desarrollado un complejo sistema de escritura que podía servir para todo, incluido representar sonidos mediante símbolos.

El sistema es complejo, pero razonable, y en muchos sentidos no mucho más extraño que el nuestro. Posee veintiséis jeroglifos que representan cada uno un sonido. □ representa la p de Ptolomeo; , la l de Cleopatra. Una lechuza representa el sonido m; una víbora, f; una mano, d. Y varios jeroglifos se corresponden con sonidos que no aparecen en nuestro idioma (un rollo de cordel, por ejemplo, representa el sonido ch del inglés Loch Ness).

Echemos un vistazo al cartucho que deletrea la palabra Tutankamón. (Los cartuchos se podían leer tanto vertical como horizontalmente. La elección era una cuestión de diseño, igual que un restaurante o un bar de hoy pueden colocar su nombre en vertical en una pared. Los cartuchos verticales se leían de arriba a abajo).

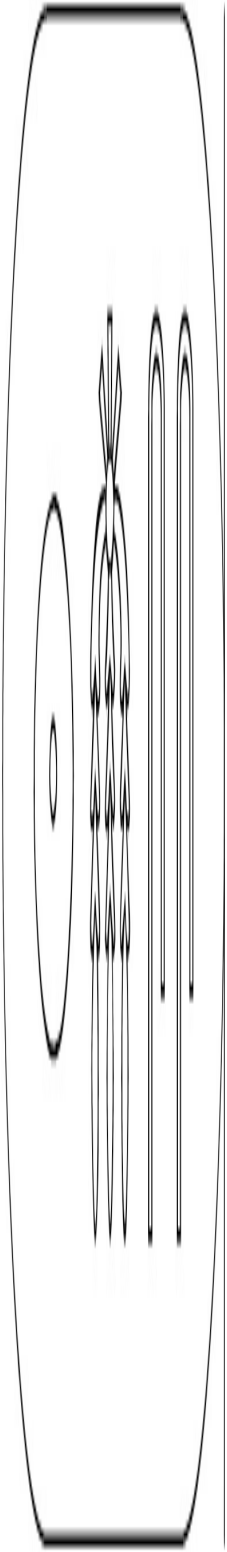
En el medio, a la derecha, hay una codorniz flanqueada por un par de semicírculos (que son dos hogazas de pan). Las hogazas de pan representan t, como en Ptolomeo, y la codorniz, u. T-u-t. ¡Tut!

Las más de dos docenas de jeroglifos, con sus leones, lechuzas y hogazas de pan, forman un alfabeto de categorías. Hoy, en aulas y programas de museos de todo el mundo, los estudiantes escogen entre ellas y laboriosamente escriben sus nombres en jeroglifos. Sosteniendo sus plumas con dedos nerviosos, trazan nombres como Grace Newman o Lee Crawford que habrían asombrado a cualquier escriba egipcio.

Pero esos veintiséis jeroglifos no son toda la historia (aun cuando dejemos los determinativos a un lado por el momento). Otros ochenta y tantos jeroglifos representan dos consonantes. Un jeroglifo que parece una especie de cuenco, por ejemplo, representa las letras nb (pronunciadas, convencionalmente, neb). Y se trata de algo decididamente extraño, porque el alfabeto ya cuenta con jeroglifos perfectamente idóneos para n y b. ¿Por qué no usar esos dos en lugar de un tercer símbolo redundante?

(Si nuestra lengua funcionara igual, tendría no solo un alfabeto, sino también otra colección de símbolos. El carácter ♈ podría representar las letras dg, y se podría escribir daga con dg (omitiendo las vocales, al estilo egipcio) o, en aras de la variedad, con ♈.

Esta cuestión de los símbolos que representan una pareja de consonantes era tan singular que Champollion la pasó por alto. Uno de sus grandes avances fue descifrar los jeroglifos



que deletreaban Ramsés. Pero Champollion pensó que el símbolo representaba m. No era así; se trataba de ms. (El símbolo plasmaba tres pieles de zorro unidas; las pieles eran un talismán, como una pata de conejo, que protegía a las mujeres durante el parto). El error de Champollion no le hizo perder el rumbo porque, por suerte, los dos siguientes jeroglifos representaban el sonido s, y por eso al final encontró las consonantes de Ramsés a pesar de haberse equivocado en el camino.

Pero la historia tampoco acaba aquí. Algunos jeroglifos representan tres sonidos. (El símbolo de ankh ☥ es uno de ellos. Echemos de nuevo un vistazo al cartucho de Tutankamón. Leyendo de derecha a izquierda, en el centro del cartucho, podemos ver la primera mitad del nombre del faraón: Tutankh). Por suerte, los jeroglifos de tres consonantes no son tan corrientes, pero, aun así, los aspirantes a escribas tenían que dominar no solo las dos docenas de jeroglifos de un alfabeto, sino centenares y centenares de signos más.

A ojos occidentales, acostumbrados como estamos a un sistema de escritura basado en un pequeño y ordenado alfabeto, todo esto suena casi perversamente complejo. Pero, sabemos, con todo, que los egipcios no pasaron por alto la posibilidad de un alfabeto. Simplemente comprendieron exactamente lo que era, lo miraron con desdén y siguieron su camino.

El primer alfabeto conocido se inventó en Egipto alrededor del año 1900 a. C. cerca de la ciudad de Tebas. Allí, en un lugar llamado el Barranco del Terror, los arqueólogos han encontrado inscripciones en paredes de piedra caliza. Se trata de jeroglifos, pero de una forma simplificada y más fácil de dominar. Los hallazgos son recientes, de 1999.[523]

Los autores que tallaron aquellos signos antiguos en la roca no fueron egipcios, sino extranjeros que acabaron allí. Soldados, según algunos historiadores; comerciantes, según otros, contemplaron de primera mano los beneficios de la escritura y desarrollaron un alfabeto basado en jeroglifos.

«Era pedirles demasiado que aprendieran egipcio y la compleja escritura jeroglífica que poca gente conocía bien, ni siquiera entre los nativos egipcios», escribe la historiadora Amalia Gnanadesikan. «Así que crearon su propio juego básico de signos uniconsonánticos siguiendo el modelo de los del egipcio. Esa fue la versión para torpes de la escritura,[524] *desprovista de toda complejidad y redundancia y reducida al mínimo necesario para que un soldado iletrado pudiera aprenderla en unas pocas sesiones».*

Se trató de un logro colosal, una manera de tomar las herramientas más poderosas jamás construidas, arrebatarlas a las manos de la élite y

entregárselas a la gente común. Para la mayoría de los historiadores, todos los alfabetos que siguieron —de Fenicia a Grecia y Roma y por todo el globo— descienden de ese primer ancestro de retazos basado en el sistema jeroglífico. (Como hemos visto, Champollion afirmó eso mismo en su conferencia Dacier, y todavía hoy sigue siendo generalmente aceptado).

Los escribas de Egipto no se detuvieran ni a mirar con desdén. Desde luego, no se molestaron en competir con nada tan chapucero. «A los escribas egipcios debió parecerles extraño»,[525] continúa Gnanadesikan. «Escribir cualquier palabra exigía varios signos. ¡Qué ineficacia! Las letras no tenían que agruparse en cajas, sino que podían extenderse unas detrás de otras en una línea. ¡Qué fealdad! Y no había nada en la manera de deletrear una palabra que señalara directamente al significado de aquella —ninguna pista pictográfica, ningún determinativo—, sino que la palabra tenía que ser laboriosamente pronunciada antes de adquirir sentido alguno. ¡Qué complicación!».

Más del mil años después, Egipto volvió a experimentar con un alfabeto. El experimento parece haber sido estimulado por el primer encuentro de Egipto con los griegos y su escritura alfabética. Siguiendo el ejemplo griego, los escribas egipcios dejaron a un lado casi todos sus jeroglifos y se quedaron únicamente con aquellos que se correspondían con sonidos únicos. Pero también esta reforma tuvo una corta vida.

No era una simple cuestión de tozudez. Sorprendentemente, como observa un historiador moderno, el sistema de escritura egipcio era «mucho más fácil de leer»[526] cuando se escribía de la manera tradicional e ineficiente que con el nuevo y pulido estilo. Un alfabeto que «sacrificaba la legibilidad a la simplicidad».[527] El nuevo sistema era fácil de aprender, pero difícil de leer.

¿Cómo era posible? Porque las mismas características que hacían los jeroglíficos tan difíciles de descifrar —esos diferentes signos que podían representar el mismo sonido, por ejemplo, o ese único signo que podía tener diferentes significados en distintas posiciones— a la larga hacían la lectura más fácil, porque brindaban múltiples asideros.

Si se pasaba por alto una pista, puede que no se pasara la siguiente. (Si nuestra lengua funcionara igual, la palabra unos, por ejemplo, podría a veces escribirse 1s. Y un lector que no entendiese las letras, podría abrirse camino igualmente si averiguase el papel de 1.

Tomemos ahora una característica extraña aunque crucial de la escritura egipcia llamada «complementos de sonido». Se trataba de pistas que ayudaban con los jeroglifos que representaban dos sonidos. Volvamos al nombre de Ramsés. Como hemos visto, el símbolo representaba ms. Inmediatamente después de , los escribas añadían el símbolo , que era el jeroglifo para el sonido s. El símbolo no era esencial, por lo que no se

pronunciaba, pero en ese contexto significaba: ¿Has visto donde he puesto exactamente 𓋴𓋴𓋴? Lo he hecho a propósito. No olvides que hay un sonido s en [símbolo]. Luego venía un jeroglifo idéntico para el sonido s, y este sí se pronunciaba. Unamos todas esas piezas del puzle y tendremos Ramsés, pero no es de extrañar que ni siquiera Champollion lo viera del todo.

El inglés también se aprovecha de la redundancia, aunque normalmente no de forma tan llamativa. En la palabra inn [posada], por ejemplo, la segunda n no se pronuncia; su papel es sencillamente decir al lector que la palabra que tiene delante no es la corriente in [en]. La señalización de las calles también emplea la redundancia y de una manera aún más burda. Las señales de stop expresan el mismo mensaje de tres formas (con la palabra stop, con el color rojo de la señal y con su forma octogonal), a pesar de que cualquiera de las tres sería suficiente por sí sola. Y lo mismo sucede con los ceda el paso, donde la forma triangular y las palabras que a menudo se incluyen en la propia señal expresan idéntico mensaje.

«Al principio, la redundancia resulta confusa, porque nuestro impulso natural es esperar que una cosa tenga un significado»,[528] *dice el especialista en copto Amir Zeldes. «Pero una vez que se deja atrás y se descifra el sistema es como abrir una compuerta».*

Los jeroglifos no solo eran redundantes, como resultaron ser, sino extravagante e increíblemente redundantes. La escritura jeroglífica es una de esas estructuras intelectuales, como la física subatómica, que se vuelven más extrañas a medida que se profundiza en ellas. La palabra para «gato», como hemos visto, requiere varios jeroglifos, incluido uno que es un gato. ¿Para qué hacen falta los otros? ¿Por qué no limitarse a dibujar un gato?

Ejemplos similares aparecen en todas partes. La palabra serpiente consiste en cinco signos, tres de los cuales son serpientes. Parece algo estúpido y contraproducente, como si nuestra palabra para «atajo» se escribiera atttaaajjjo.

La palabra serpiente en jeroglifos. Los cuatro primeros signos representan sonidos. La serpiente larga y curvada representa el sonido j (como en inglés jail), la mano es d, la víbora cornuda es f, y la media hogaza de pan representa t. (La palabra se pronunciaba más o menos como djedfet.) La tercera serpiente ondulada es un determinativo, un silencioso recordatorio de que toda la secuencia de símbolos expresa serpiente.

Pero complejidad e ineficacia son características de muchos sistemas de escritura, aunque rara vez en ningún sitio tan llamativas como en el egipcio. En inglés, por ejemplo, un solo sonido —oo— puede adoptar más de media docena de formas diferentes (como en noodle, new, neutral, gnu, you, lute, fruit, shoe, blue y to). Cat y kitten comienzan con el mismo sonido escrito de distinta manera, igual que feather y phone.

A nadie le importa, en realidad. La familiaridad genera aceptación, y nos las arreglamos tranquilamente —al menos los hablantes de inglés como lengua materna— con pronunciaciones más que extrañas. Un poema nonsense que una vez gozó de popularidad hablaba de un invierno inusual en el que «although there was no snough / The weather was a cruel fough». El poema continuaba narrando las desventuras de una pobre niña que cogía un resfriado y «coughed until her hat blough ough».

Resultaría fácil desarrollar un sistema más eficaz —ni en Italia ni en Finlandia existen los concursos de deletreo, pues las palabras se escriben tal como suenan—, pero cuando se trata de alfabetos, la eficacia no es una prioridad. Egipto gobernó el mundo durante treinta siglos y los jeroglifos le fueron de suprema utilidad durante todo ese tiempo. China construyó una de las culturas más ricas y sofisticadas que el mundo haya conocido y —durante treinta siglos, hasta hoy— jamás ha encontrado razón alguna para deshacerse de su deslumbrantemente compleja manera de escribir.

Tendemos a pensar en el alfabeto como en el sistema de escritura definitivo. La idea arraigada es que la historia de la escritura es una larga saga de ideas en bruto que culminan en el alfabeto de manera bastante parecida a esos esquemas de la evolución que muestran a una torpe criatura saliendo del agua y luego una serie de deformes y velludos simios que, poco a poco, se van haciendo más fuertes en su largo ascenso hacia… nosotros.

Evidentemente, la idea no es exacta. Aunque la escritura se inventó de manera independiente en varios momentos —en China, Oriente Medio y el Nuevo Mundo—, los eruditos creen que el alfabeto solo se inventó una vez[529] *y se expandió por todo el globo. Pero el auge del alfabeto tuvo poco que ver con sus méritos particulares y mucho con el auge y la caída de los imperios. Si la historia hubiera tomado un camino distinto y los mayas o los chinos hubieran conquistado Europa, habrían impuesto a los locales*

sus sistemas de escritura basados en caracteres (junto con sus lenguas y sus costumbres). Los alfabetos, cualesquiera que hubiesen sido sus virtudes, habrían caído en desuso.

El sistema jeroglífico de escritura, que era ciertamente complicado, redundante e incoherente, floreció, a pesar de todo. En parte, como hemos visto, porque los jeroglifos resultaron tener méritos que compensaban sus desventajas.

Y en mérito destacaba sobre todos los demás. Y es que la escritura jeroglífica era hermosa, y la gente es capaz de soportar muchos inconvenientes en aras de la belleza. En la escritura jeroglífica, más que en muchos otros sistemas, la estética era crucial. La apariencia triunfaba sobre la conveniencia.

Los signos se escribían a veces sin orden, por ejemplo, por razones estéticas. Como siempre se buscaba la simetría, un signo corto podía colocarse entre dos más altos. O las palabras podían extenderse o comprimirse para encajar en un espacio determinado, reordenando los jeroglifos o incluso descartando alguno.

Y aunque era característico que los determinativos figurasen al final de las palabras, la norma podía romperse para mejorar la apariencia. Si un determinativo era pequeño —como ⊗, que significa «ciudad»— podía quedar mejor colocado pulcramente en un hueco entre otros jeroglifos que colgando al final como una ocurrencia de última hora.

Reordenar algunos signos en aras de la apariencia era una cuestión menor, con todo, semejante al juego de un autor moderno con la tipografía. Pero las consideraciones estéticas también fueron centrales en cuestiones más amplias que tienen que ver con el sistema de escritura egipcio como, por ejemplo, ¿por qué tantos jeroglifos?

También aquí la respuesta era estética. Para agradar a la vista, los jeroglifos necesitaban el atractivo de la variedad. «Si solo tuviéramos veintiséis jeroglifos, los monumentos jeroglíficos parecerían cada vez más monótonos y repetitivos»,[530] escribe el egiptólogo Bill Manley. Los egipcios se tomaron la molestia de los jeroglifos «extra» por la misma razón que los fabricantes de pianos se toman la molestia de las teclas «extra».

Pero aún hay otra razón —y este último factor fue vital— para que la complejidad del sistema jeroglífico nunca jugara en contra de este en las mentes de sus usuarios egipcios. Y la razón era que la facilidad nunca fue el objetivo. Leer y escribir eran habilidades especializadas en el antiguo Egipto, y aquellos que habían llegado a dominar tales artes no veían razón para tender una escala que permitiera a otros trepar hasta su altura. La dificultad de la escritura jeroglífica era una característica, no un error.

A lo largo de todo el mundo antiguo, sin importar la lengua o el

sistema de escritura, saber leer y escribir fue una habilidad rara y valiosa. Hasta la Edad Media, todos salvo los eruditos más expertos tenían dificultades incluso para enfrentarse a los textos más breves, y murmuraban en voz alta tratando de encontrar los fragmentos reconocibles en un batiburrillo de letras. Cuando Alejandro Magno leía una carta de su madre, silenciosamente, sus soldados lo observaban con asombro.[531]

Cada avance que hizo más fácil la lectura llevó siglos para consolidarse. (Ni en Grecia ni en Roma se preocuparon de la puntuación o de dejar espacios entre palabras). Cada innovación —el uso del punto para indicar el final de las frases, de las comas para marcar pausas, de los signos de interrogación y exclamación, de los saltos de párrafo, de las letras mayúsculas para indicar nombres propios y comienzos de frase— fue una batalla en una guerra de siglos y siglos.

Incluso una idea tan sencilla como el orden alfabético tardó una eternidad en comprenderse.[532] *Aún en época de Shakespeare los lectores encontraban la noción difícil de asumir. En 1604, el autor de un nuevo diccionario tuvo que incluir esta nota a modo de estímulo: «Si deseas (gentil lector) comprender bien y pronto y hallar provecho en esta tabla, has de aprender el alfabeto, es decir, el orden en que aparecen las letras», escribió.*

La gran ventaja del orden alfabético —que pone todas las palabras en pie de igualdad— se consideró un profundo inconveniente. ¡Un plebeyo podía ir delante de un rey! Otras maneras de hacer listas parecían mucho más naturales. Hasta finales del siglo dieciocho, Harvard y Yale listaban los nombres de sus estudiantes no en orden alfabético, sino de acuerdo con su rango social y su riqueza.

¿Por qué tardaron tanto todos esos cambios? En parte porque es una ley universal que los retos a menudo parecen imposibles por su complejidad hasta el mismo momento en que se vuelven completamente simples. Sucede incluso con ideas que son deslumbrantemente obvias una vez que alguien las ha elaborado. (Cincuenta años transcurrieron entre la invención de la lata y la invención del abrelatas. Miles de años tuvieron que pasar entre la invención de la rueda y la invención de la carretilla).[533] *Pero los fracasos de la imaginación son solo parte de la historia, y no la parte más larga.*

Una razón más importante de que el cambio fuera tan lento en la escritura fue que nadie lo quería en particular. Las pistas al lector eran de mal gusto, como las risas enlatadas en una comedia. Los expertos miraban con desdén algo tan vulgar.

Esto sucedía en general, y especialmente en Egipto, donde los escribas se complacían en su estatus de élite. Aunque los escribas egipcios fueran

artesanos, lo que significaba que no compartían el estatus superior de quienes no trabajaban en absoluto, llevaban una existencia privilegiada. Un texto antiguo llamado la Sátira de los oficios[534] (que solo unos pocos escribas sabían leer) explicaba con todo lujo de detalles su envidiable lugar en el orden jerárquico.

Otros oficios implicaban trabajo interminable e ingrato. La Sátira se regodeaba en describir los apuros del soldado, siempre agobiado y en peligro («muerto en vida»); del alfarero, embadurnado de barro como una criatura en un cenagal, y del zapatero que apesta a las sustancias químicas con que se tratan los cueros. Carpinteros, barberos y embalsamadores lo pasaban mal, y los que peor lo pasaban eran los campesinos.

Pero mientras otros sudaban y sufrían, los escribas se sentaban tranquilamente a tomar notas. «No tendréis que marchar con el ejército, llevaréis limpias vuestras túnicas y no trabajaréis en los campos a pleno sol». Y, lo mejor de todo, «no existe trabajo sin jefe salvo el del escriba, porque él mismo es el suyo».[535]

*

Durante años, las excentricidades del sistema jeroglífico habían atormentado a los aspirantes a descifradores. En 1824, Champollion había conseguido abrirse camino a través de su maraña. En junio de aquel año viajó hasta Turín, en Italia, para examinar una vasta colección de antigüedades egipcias que el rey de Cerdeña acababa de adquirir. No había nadie en el mundo más que Champollion capaz de leer los jeroglifos de aquellos tesoros.

La colección del rey incluía centenares de estatuas, momias y sarcófagos e infinitas inscripciones sobre papiro.[536] En una pequeña habitación del palacio real, Champollion encontró una mesa con pilas de papiros. Se sintió sobrecogido. «Aquello habría impresionado incluso a la imaginación más fría»,[537] le dijo a su hermano. Tan pequeños eran algunos de los fragmentos que cada vez que alguien abría la puerta de la sala trozos de papiro salían volando por el aire.

«¿Cómo describir las sensaciones que experimenté estudiando los trozos de aquel inmenso cuerpo de historia?», escribió Champollion. «No hay pasaje de Aristóteles o Platón tan elocuente como esa pila de papiros […]. He visto en mis manos los nombres y los años de aquellos cuya historia se perdió por completo, los nombres de los dioses que recibieron ofrendas durante más de quince siglos».

Atrapado entre la emoción de leer palabras y nombres propios que no

se habían pronunciado durante milenios y la frustración de saber que esos fragmentos nunca podrían volver a recomponerse, Champollion fue tomando una pieza de puzle tras otra. «¡Casi sin respirar, por miedo a reducirlo a polvo, examiné un trocito de papiro que es el último y único refugio de la memoria de un rey que, en vida, quizá sobrepasó al inmenso templo de Karnak!».

523 «Los hallazgos son recientes»: John Noble Wilford, «Discovery of Egyptian Inscriptions Indicates an Earlier Date for Origin of the Alphabet», New York Times, 13 de noviembre, 1999.

524 «La versión para torpes de la escritura»: Gnanadesikan, Writing Revolution, p. 145.

525 «Debió parecerles extraño»: Ibid.

526 «Mucho más fácil de leer»: Battiscombe Gunn, «Notes on the Naukratis Stela», Journal of Egyptian Archaeology 29 (diciembre, 1943), p. 56.

527 «Sacrificaba la legibilidad a la simplicidad»: Ibid.

528 «Al principio la redundancia resulta confusa»: Entrevista del autor, 22 de enero, 2019.

529 «El alfabeto solo se inventó una vez»: Cook, A Brief History of the Human Race, p. 45.

530 «Si solo tuviéramos veintiséis jeroglifos»: Bill Manley, Egyptian Hieroglyphs for Complete Beginners (Londres, Thames & Hudson, 2012), p. 21. Aprender la escritura jeroglífica fuera de una clase es extraordinariamente difícil. Los dos mejores manuales básicos son el libro de Manley y Bridget McDermott, Decoding Egyptian Hieroglyphs: How to Read the Secret Language of the Pharaohs (Nueva York, Chartwell, 2016).

531 «Cuando Alejandro Magno leía una carta»: Manguel, History of Reading, p. 43.

532 «El orden alfabético tardó una eternidad»: Lynch, You Could Look It Up.

533 «La rueda y la invención de la carretilla»: El historiador Joel Mokyr cita este ejemplo en James Fallows, «The Fifty Greatest Inventions Since the Wheel», Atlantic, noviembre, 2013. En línea en https://tinyurl.com/ybnnnzp6.

534 «Sátira de los oficios»: El texto íntegro está en línea en https://tinyurl.com/y5gz3tef.

535 «Él mismo es el suyo»: Mertz, Red Land, Black Land, p. 127.

536 «La colección del rey incluía»: Romer, History of Ancient Egypt, vol. 2, p. 34.

537 «Habría impresionado incluso a la imaginación más fría»: LaBrière (ed.), Champollion Inconnu, p. 83. Esta traducción puede hallarse en Romer, History of Ancient Egypt, vol. 2, p. 36.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Sin trabajo

Champollion llevaba obsesionado con Egipto desde antes de que Young le hubiera dedicado un solo pensamiento. Luego Young hizo su primer avance, pero Champollion lo adelantó, y a partir de ese momento tuvo todo el campo para él solo.

Desde entonces, partidarios de uno y otro llevan librando una larga e irresoluble guerra. ¿Corresponde el mérito al primero que tuvo la visión general o al que mediante la constancia y la creatividad hizo que la historia avanzara desde la inspiración a la prueba? ¿Honramos al detective que fue el primero en identificar al culpable o al que logró presentar el caso que lo envió a prisión?

En sus momentos culminantes, los bandos rivales se atacaron los unos a los otros a golpe limpio. Champollion era un «villano» cuya «desfachatez», «charlatanería» y «falta de honestidad» no podían ignorarse;[538] Young era «un hombre rencoroso»[539] movido por la envidia hacia Champollion y resentido ante un mundo que no había reconocido su talento tanto como él mismo.

Incluso al evaluar la importancia del primer descubrimiento de Young, los eruditos mostraban violentas desavenencias. A juicio de François Chabas, se trataba de un hallazgo de hallazgos, «el Hágase la luz de la egiptología».[540] En cambio, un egiptólogo inglés llamado Peter Renouf veía con desdén la gran idea de Young como un golpe de suerte, una ocurrencia feliz, pero aislada y estéril. «Nos recuerda a la fábula de la liebre y la tortuga, con la curiosa particularidad de que, al verse a distancia, aquí la liebre se quedó paralizada, mientras que la tortuga adquirió la velocidad de cincuenta liebres», escribió Renouf.[541]

En cierto sentido, la inquina entre Champollion y Young era casi inevitable. Aunque los titanes en todos los campos tienden a los ataques de envidia y de furia celosa —el genio y el desmesurado amor propio forman una mezcla explosiva—, las rivalidades en la ciencia y entre descifradores tienden a ser incluso más violentas que en ningún otro ámbito. El problema es que todo el mundo corre hacia un único objetivo. (Shakespeare tuvo que vigilar a su espalda a Marlowe, pero al menos aquellos dos genios no competían por ver quién sería el primero en

escribir Hamlet).

Pero, en un aspecto importante, la rivalidad entre Champollion y Young no podía compararse con la de otra clase de adversarios intelectuales, como Newton y Leibniz. Aquellos dos no se necesitaban mutuamente. Si Newton nunca hubiera existido, Leibniz habría inventado el cálculo por su cuenta. Y viceversa. Para Champollion y Young, el caso era claramente distinto.

Lo que Thomas Young consiguió fue hacer que todo empezara al demostrar que durante siglos todo el mundo había enfocado los jeroglifos de forma completamente errónea. «En el descubrimiento científico, el marco conceptual es el primer paso fundamental»,[542] escribe el egiptólogo John Ray. «Es saber lo que se está mirando, y el equivalente a Cortés en su supuesto pico de Darién. En la egiptología, ese marco lo supuso el logro de Thomas Young. Por decirlo de manera sencilla, Young acabó con el misterio que había envuelto los jeroglifos egipcios y demostró que estos también obedecían leyes racionales».

Young fue, a juicio de Ray, «probablemente el más brillante solucionador de problemas que Gran Bretaña haya dado jamás».[543] Pero un genio para resolver puzles no era suficiente. Se requería también un conocimiento del copto y de la historia egipcia tan profundos que la intuición y la experimentación pudieran llevarnos, a través de él, más allá de los límites de la lógica. Ese fue el papel de Champollion, y solo él podía desempeñarlo.

Fue como si los dos rivales se convirtieran en compañeros perfectos. Young, que había ganado todas las carreras que había disputado hasta entonces, estaba casi destinado a ser quien derramara la primera sangre. Champollion, que llevaba obsesionado con Egipto, su cultura y su lengua desde la infancia, estaba casi destinado a persistir en el enigma más que nadie y ver más lejos que nadie en sus profundidades.

Conforme el tiempo pasaba, los dos hombres parecían cada vez más inclinados a llegar a una tregua que sus partidarios. Young nunca dejó de insistir en su prioridad, pero admitió desde muy pronto (al menos, en privado) que Champollion probablemente lo había adelantado. «Con los jeroglifos he hecho poco o nada desde la última vez que te vi»,[544] escribió a su amigo Hudson Gurney en 1817. «Supongo que darán trabajo a una academia de cuarenta miembros durante medio siglo, y a mí me bastará con haber descubierto una mina con la que podrán enriquecerse otros».

El problema de Young era en parte que se había quedado sin ideas y en parte que eran muchas las materias que lo fascinaban. En el invierno de 1816, envió una nota al director de la Enciclopedia británica, que le había pedido que escribiera un artículo sobre acústica. Young aceptó el encargo y añadió algunas ideas por su cuenta. «También sugeriría

Alfabeto, Anualidades, Atracción, Absorción capilar, Barco, Cohesión, Color, Condensación, Egipto, Formas, Fuerza, Fricción, Halo, Hidráulica, Jeroglífico, Mareas, Movimiento, Olas y Resistencia»,[545] *así como «cualquier cosa de naturaleza médica». En el transcurso de la siguiente media docena de años, Young escribió sesenta y tres artículos para la Británica, incluido su pionero «Egipto».*

Nunca se cansó de descifrar, pero desplazó su foco de atención desde los jeroglifos a la escritura demótica, la forma abreviada de la escritura egipcia. Fue una especie de concesión, pues los jeroglifos eran el premio prestigioso, pero Young siguió trabajando casi hasta el día de su muerte. En su última obra publicada, escrita en su lecho de muerte en 1831, rendía público y hermoso homenaje a la «ingeniosa y fructífera[546] *investigación del justamente célebre Jean François Champollion».*[547]

Champollion se mostró generoso también, al menos a ratos. Young lo había visitado en París en 1828, varios años después de su primer encuentro en la conferencia Dacier. Se encontraron en el Louvre, del que Champollion había sido nombrado primer conservador de las antigüedades egipcias. Young describió la visita a su amigo Gurney con deleite y sorpresa. Champollion le había «mostrado mayor atención de la que yo he mostrado o sería capaz de mostrar a ningún ser vivo; dedicó siete horas enteras a examinar conmigo sus trabajos y la magnífica colección que tiene a su cargo».[548]

Young estaba trabajando en un diccionario, una colección de todas las palabras del sistema demótico que había logrado descifrar. Se trataba de un logro notable, pero limitado. Young se había constreñido a sí mismo a la identificación de palabras completas; no había comprendido verdaderamente cómo esas palabras se unían. (Era como si alguien hubiera conseguido identificar las palabras Estados Unidos en varios documentos oficiales, pero no se hubiera dado cuenta de que esas mismas letras podían reordenarse para formar una multitud de palabras distintas como nudos o dados).

Aquí tenemos la palabra rey tal como se escribe en sistema demótico, había anunciado Young. Aquí tenemos fuerza. Aquí César. Champollion había asumido un reto distinto y mucho más duro. Su meta no había sido simplemente identificar palabras, sino leerlas de verdad. Ciertamente, Young había reunido un montón de fichas. Champollion había confeccionado el manual de instrucciones que enseñaba a leer cualquier palabra.

Algo característico de la ciencia es que sus grandes innovadores siempre se quedan sin trabajo. Las leyes de Newton son de dominio público, el equivalente intelectual de las herramientas eléctricas que pueden alquilarse en las tiendas de bricolaje. No requieren al propio

Newton a los mandos. Cualquiera puede poner manos a la obra y averiguar por su cuenta cuándo la luna eclipsará al sol la próxima vez o cuándo una bala de cañón impactará en el muro de una fortaleza. Champollion no se preocupó particularmente por la ciencia y sintió un vivo desagrado por las matemáticas, que le parecían áridas e impersonales. Pero en su desprecio por los vuelos de la imaginación ajenos a los hechos y en su afán por demostrar exactamente cómo había llegado a sus conclusiones, se situó sólidamente en el campo científico. Afirmaba orgullosamente que nunca había hecho conjeturas —ponía en cursiva la espantosa palabra— y que había confiado únicamente en montones de observaciones sólidas meticulosamente reunidas.

La convicción de que el conocimiento debe ser compartido es algo nuevo, al menos si lo medimos por el calendario de la historia, vino al mundo con la revolución científica. Hasta entonces, el conocimiento sobre el funcionamiento del mundo siempre había venido de sabios que guardaban sus secretos y reivindicaban capacidades desconocidas para sus iguales. Cuando José interpretó los sueños del faraón, lo hizo a partir de sus intuiciones y conocimientos privados. Nadie más podía ver lo que veía José. Champollion había construido una máquina que podía manejar cualquiera.

538 «Champollion era un villano»: Renouf, «Young and Champollion», p. 189. Renouf estaba citando a John Leitch, el editor de las Miscellaneous Works de Young.

539 «Young era un hombre rencoroso»: Pope, Deciphering, p. 67.

540 «El Hágase la luz de la egiptología»: Ray, Rosetta Stone, p. 45.

541 «La liebre y la tortuga»: Renouf, «Young and Champollion», p. 189.

542 «El primer paso fundamental»: Ray, Rosetta Stone, p. 54.

543 «El más brillante solucionador de problemas»: Ray aparecía como un busto parlante en un documental de History Channel titulado «Secrets of the Rosetta Stone». La observación se encuentra hacia el minuto 29.

544 «He hecho poco o nada»: Peacock, Life of Thomas Young, p. 450.

545 «También sugeriría»: Ibid., p. 253.

546 «Ingeniosa y fructífera investigación»: Young, Rudiments of an Egyptian Dictionary, p. v.

547 «Del justamente célebre Jean François Champollion»: Young, Rudiments of an Ancient Egyptian Dictionary, p. v. En línea en https://tinyurl.com/yyqqvcpb.

548 «Mostrado mayor atención»: Wood, Thomas Young, p. 247. Andrew Robinson señala en The Last Man Who Knew Everything que el primer biógrafo de Young, George Peacock, citaba la misma carta, pero, por alguna razón, omitía la frase «me ha mostrado mayor atención de la que yo he mostrado o sería capaz de mostrar a ningún ser vivo». Robinson sugiere que Peacock eliminó la frase para no herir los sentimientos de la esposa de Young.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

El faraón perdido

Desde su infancia, Champollion había soñado con ver Egipto con sus propios ojos. Young, aunque feliz de viajar a París o a Roma, ni siquiera consideró la idea. Antes al contrario, él se enorgullecía de explicar el mundo sin tener que aventurarse jamás a dejar su escritorio.

Una de las grandes búsquedas científicas de la época era determinar la forma exacta de la Tierra. ¿Sobresalía esta en el ecuador, o tal vez en los polos? Enormes y costosas expediciones se habían organizado para encontrar la respuesta, partiendo un equipo hacia el Ártico y el otro hacia América del Sur. A Young lo fascinaba la cuestión, pero prefería no moverse.

«Me enorgullezco y me complazco todo lo que puedo de prescindir de la necesidad de todo experimento, y especialmente de los costosos»,[549] *escribió a su amigo Gurney. «He estado desarrollando un modo de determinar la forma de la Tierra a partir de dos puntos a la vista el uno del otro, y ello sin necesidad de irme a Laponia ni a Perú». Era más o menos lo mismo que estudiar los cráteres de la luna sin molestarse en una NASA ni en cohetes espaciales, justamente el tipo de proyecto que Young prefería.*

Pese a su anhelo, Champollion nunca había podido permitirse un viaje a Egipto. (A sus enemigos les encantaba burlarse de él por hacerse pasar por experto en una tierra en la que nunca había puesto el pie). Pero, al fin, en 1828, lo consiguió. Ya entonces el más célebre y reconocido de todos los descifradores del egipcio, había logrado engatusar a un grupo de acaudalados y bien situados patrocinadores para financiar una expedición a Egipto. Champollion lideraría el grupo. Tenía treinta y siete años y estaba casi frenético de emoción.

El equipo de Champollion zarpó el 31 de julio de 1828. Se acercaban a Alejandría el 18 de agosto. Y Champollion iba en cubierta, catalejo en mano, observando el horizonte en busca del primer atisbo de tierra.

Pronto se había dejado una espesa barba; había cambiado sus ropas europeas por túnicas como las que vestían los lugareños y le encantaba decir que era capaz de pasar por egipcio. Apuraba de golpe una taza tras

otra de fuerte café negro y fumaba felizmente de una cachimba.[550] *Nadie podía ignorar el calor sofocante («nos derretimos como velas»),*[551] *pero Champollion incluso decía disfrutarlo.*

El 8 de octubre escribió una carta a su hermano y daba orgulloso su ubicación. «En el campamento, a los pies de las pirámides»,[552] *escribió, observando que había que estar junto a las pirámides, lo bastante cerca como para tocar sus bloques de piedra, para entender lo colosales que estas eran.*[553] *Pero otras visiones más humildes maravillaron igualmente a Champollion. Todos los perros callejeros de Egipto, por ejemplo, «llevaban el rabo levantado como una trompeta»,*[554] *observaba alegremente, emocionado por que aquellos callejeros fueran exactamente iguales que los perros de los jeroglifos de miles de años atrás. Dibujó un perro jeroglífico en el margen de su diario.*

Champollion no era un iluso —Egipto era un país desesperadamente pobre y escandalosamente corrupto—, pero su interés estaba más en el pasado que en el desalentador presente. «Estoy cautivado por Egipto: es lo único que existe para mí», escribió a su hermano desde Luxor en noviembre de 1828.[555]

Champollion celebró el Año Nuevo de 1829 con otra nota a Dacier, el director de la Academia de Inscripciones de París y el erudito cuyo nombre había aparecido en el título del exitoso trabajo de Champollion. Le escribía para felicitarle el año, comenzaba diciendo Champollion, que a continuación entraba en materia.

Había recorrido el Nilo casi en toda su extensión, desde Alejandría en el norte hasta la temida «Segunda Catarata», cerca de la frontera sur de Egipto. Por todo el camino había podido leer inscripciones talladas en los templos, tumbas y monumentos. Las más recientes databan de época griega y romana, y las más antiguas, de miles de años atrás, en la época de esplendor de los faraones. En todos los casos, escribía orgullosamente Champollion, su sistema funcionaba perfectamente. «No hay nada que cambiar en nuestra Carta sobre el alfabeto jeroglífico». «Notre alphabet est bon», concluía. Nuestro alfabeto es válido.[556]

*

Entonces, en junio de 1829, Champollion hizo uno de los descubrimientos más extraordinarios en la historia de la arqueología. O, para ser más exactos, casi lo hizo. Cuando leía inscripciones en un lugar llamado Deir el-Bahari, cerca del valle de los Reyes —él era, merece la pena tenerlo siempre presente, la única persona en el mundo capaz de hacerlo—, quedó asombrado.

Para su sorpresa, escribió en su diario, había encontrado alusiones a un rey del que nunca había tenido noticia. Pero, «aún más me asombró descubrir, al leer las inscripciones, que dondequiera que se hacía referencia a aquel rey barbado, que lucía la vestimenta habitual de los faraones, los nombres y los verbos se hallaban en femenino, como si se tratara de una reina […] en todas partes encontré esa misma peculiaridad».[557]

En un obelisco se leía una dedicatoria al dios Amón-Ra. «Pues en verdad soy su hija que lo honra y sabe lo que él ha ordenado»,[558] *proclamaba la inscripción.*

Un mensaje tallado en la pared de un templo mostraba esta advertencia: «Aquel que le rinda a ella pleitesía vivirá, aquel que blasfeme o hable mal de su majestad morirá».[559] *Esa convencida e intimidante afirmación de poder podría haber venido de cualquier faraón. Eso no era una sorpresa. La sorpresa era la declaración explícita de quién hacía la advertencia: ella, su majestad*

Champollion miraba con los ojos como platos. Lo que lo «asombró» fue, a primera vista, una simple rareza gramatical, pero la gramática no suele arriesgarse tanto.

Egipto había tenido mujeres gobernantes —Cleopatra sería la más famosa—, pero casi todas habían sido esposas de un faraón o habían gobernado en nombre de algún príncipe demasiado joven como para ascender al trono. ¿Quién era aquella gobernante desconocida?

El misterio no se resolvería hasta un siglo después de la muerte de Champollion. Había desenterrado el primer testimonio de lo que resultó ser un capítulo desconocido de la historia de Egipto. Durante casi veinte años, Egipto había sido gobernado por una mujer faraón —no ya la esposa de un gobernante, sino un faraón por pleno derecho— cuya existencia gobernantes posteriores habían intentado borrar de la historia. Se trataba de Hatshepsut (pronunciado HatSHEP-sut), quien fue, en palabras del eminente egiptólogo James Breasted, «la primera mujer importante en la historia de la que tenemos noticias».[560]

Las pistas que Champollion había detectado eran tan sutiles que podría haberlas pasado por alto completamente, pero para entonces había alcanzado una profunda comprensión de la gramática egipcia.

Champollion había descubierto que el egipcio ponía gran empeño en las distinciones de género. Algunas lenguas lo ponen y otras no. El inglés arma un gran lío con los tiempos verbales: I would have been having a better time if I'd known more people at the party [me lo habría estado pasando mejor si hubiera conocido a más gente en la fiesta], por ejemplo, pero no se toma demasiadas molestias con el género. Los hablantes de inglés se bastan con el mismo artículo the para the king [el rey] y the

queen [la reina], o el mismo pronombre posesivo para his brother [su hermano] y his sister [su hermana]. El francés, por ejemplo, distingue entre le roi y la reine, o entre son frère y sa soeur.

El egipcio va aún más lejos —no solo los nombres masculinos y femeninos requieren diferentes artículos y diferentes pronombres, sino que los propios nombres tienen sufijos masculinos y femeninos—. El egipcio no tenía una palabra para «reina»; la expresión que a menudo se traducía como «reina» era la «esposa principal del rey». Pero, en el templo de Hatshepsut, Champollion había visto que la palabra para «rey» iba seguida de un marcador femenino, el jeroglifo de la hogaza de pan que representaba el sonido t. Ese pequeño cambio transformaba la palabra corriente para «rey» en algo extraño, del estilo de reya, que fue lo que llamó la atención de Champollion.[561]

(Los escribas regios nunca establecieron una manera coherente de referirse a Hatshepsut. Acababan de adoptar la palabra faraón[562] *justo en ese momento de la historia, según el egiptólogo Toby Wilkinson, precisamente porque les permitía esquivar el problema. Desde entonces, la palabra faraón designaría el palacio real, como había hecho siempre, y también al gobernante que lo ocupaba).*

La historia de Hatshepsut salió al fin a la luz en la década de 1920.[563] *En Deir el-Bahari, cerca de Luxor, arqueólogos del Metropolitan Museum of Art encontraron dos fosas llenas de incontables fragmentos de estatuas. Tal como los arqueólogos reconstruyeron la escena, las estatuas habían presidido en todo su esplendor un magnífico templo que Hatshepsut había construido. Antiguos obreros las habían derribado y arrastrado hasta el borde de una fosa. Allí atacaron las estatuas con mazos y rocas y luego arrojaron a la fosa sus pedazos.*

Los obreros habían asaltado incontables inscripciones y tallas también para borrar el nombre y la imagen de Hatshepsut. Pero se dejaron algunas, y parece que concentraron su furia en el nombre y el rostro de Hatshepsut y no en las inscripciones que describían los hechos de su reino.

«Borraron su memoria», afirma el egiptólogo Bob Brier.[564] *«Funcionó. Funcionó de verdad. Por ejemplo, ella no aparece en ninguna de las listas de reyes ni testimonios antiguos de todos los faraones y sus dinastías. Si le hubiéramos preguntado a Cleopatra quién fue Hatshepsut, no habría contado con la menor pista. Nunca habría tenido noticia de ella».*

«Nunca pensaron que lo descubriríamos», continúa Brier. «A los hombres que enviaron a Deir el-Bahari les dijeron: "Encontrad cualquier mención a su nombre y cualquier imagen suya y deshaceos de ellas"». (Era desfigurar en su sentido más estricto y aterrador. Del mismo modo que los ataques contra las estatuas de Hatshepsut eran iconoclastas en su sentido más estricto y violento; los ataques implicaban la destrucción

literal de iconos).

Ese borrado de la historia fue un precursor antiguo de la técnica estalinista de reescribir la historia recortando figuras de las fotografías cuando caían en desgracia. Pero en una sociedad donde el analfabetismo alcanzaba entre el 95 y el 99 por ciento del total, era inevitable que algunas menciones a Hatshepsut pasaran inadvertidas.[565] *«Muchos de estos escultores, de esos grabadores de bajo nivel que fueron enviados a los templos para borrar el nombre de Hatshepsut serán perezosos y no van a esforzarse ni van a cumplir con todo su trabajo», escribe Brier.*[566]

Las inscripciones que sobrevivieron han contado una historia curiosa. Hatshepsut ascendió al trono alrededor del año 1478 a. C., en un periodo que los historiadores llaman la Decimoctava Dinastía. (La misma dinastía que más tarde incluiría algunos de los nombres más célebres de la historia de Egipto, como Akenatón, el «rey hereje», y su hijo Tutankamón).

Su linaje era impecable —Hatshepsut era la hija de un faraón y la esposa principal del hijo de ese faraón, que era hermanastro suyo—. Entonces su esposo murió, dejando un hijo de corta edad de una segunda esposa. Hatshepsut ejerció de corregente del muchacho durante un corto periodo. Finalmente, asumió el trono en su propio nombre.

Reinó durante casi dos décadas. Prosperó ella y Egipto también prosperó. Hatshepsut organizó una expedición comercial masiva a la lejana tierra de Punt (quizá Etiopía, aunque nadie lo sabe con certeza), y los barcos regresaron cargados de incienso, mirra, marfil, ébano, plata, malaquita, lapislázuli, oro, reses, simios y monos).[567]

Erigió monumentos por todo Egipto, y especialmente en Tebas. Allí encargó obeliscos, estatuas y su obra maestra, el inmenso templo que Champollion exploró. Excavado en las rocas sobre el Nilo, poseía columnas a tres alturas distintas. El acceso final atravesaba una grandiosa avenida de esfinges, más de cien en total, que se extendía a lo largo de medio kilómetro.[568]

¿Cómo explicar aquella violencia empleada contra sus imágenes? La orden de eliminar cualquier testimonio de la existencia de Hatshepsut partió de su hijastro, Tuthmosis III, que la sucedió en el trono. Fue su nombre —o a veces el nombre del padre de Hatshepsut, Tuthmosis I— el que sustituyó al de Hatshepsut en sus cartuchos.

Pero los expertos se dividen en dos bandos a la hora de establecer los motivos. Para Bob Brier y sus aliados intelectuales, Hatshepsut tenía que ser borrada porque la misma idea de un faraón mujer violaba el orden natural.[569] *Tal aberración tenía que ser negada como si nunca hubiera existido.*

Otros eruditos insisten en que la explicación tenía más que ver con la

política sucesoria que con la reacción.[570] *Observan que Tuthmosis III reinó durante veinte años antes de promulgar su decreto contra Hatshepsut. Parece demasiado tiempo para una venganza. La verdadera cuestión, según estos escépticos, era quién gobernaría entonces. Algunos historiadores creen que hubo candidatos rivales. Uno, el hijo de Tuthmosis; los otros, más estrechamente emparentados con Hatshepsut y que, por lo tanto, podían reivindicar mejor linaje. ¿Qué mejor manera de que Tuthmosis allanara el camino de su hijo para sucederlo en el trono que asegurarse de que ningún rival podía reclamarlo?*

Ni aunque todas las estatuas de Hatshepsut hubieran sobrevivido intactas podríamos saber cómo era. En el arte egipcio, la idea moderna de «retrato» no existía. Los gobernantes se representaban como tipos idealizados más que como individuos. Los reyes que se habían hecho viejos y débiles seguían representándose jóvenes e imponentes; lo mismo ocurría con los niños pequeños que heredaban el trono. Estudiar la imagen de un faraón en busca de pistas sobre su carácter, para el historiador del arte E. H. Gombrich, habría sido como «si alguien tratara de averiguar la edad o el humor de un rey de ajedrez».[571]

Y en busca de historia, sin embargo, los arqueólogos han dedicado infinitas horas a recomponer las estatuas vandalizadas de Hatshepsut. A partir de miles de fragmentos han rescatado, aunque sea de forma parcial, docenas y docenas de estatuas.

Hatshepsut se representa a veces como un hombre,[572] *a veces como una mujer, y a veces como una mujer con los atributos tradicionales de la autoridad masculina, incluida una perilla real tan inequívocamente falsa como el bigote de Groucho. (El nombre Hatshepsut significa «la más noble entre las mujeres», así que nada de ello tenía que ver con ocultar su identidad).*

Las mejores estatuas son tesoros del arte universal. Quizá la más llamativa de todas sea una esfinge de granito de más de tres metros de alto y siete toneladas con el rostro de Hatshepsut (corona y barba regias) y un cuerpo de león. Reunida a partir de incontables fragmentos, en la actualidad observa serenamente a los visitantes del Metropolitan de Nueva York.

La asombrosa estatua se creó hace más de tres milenios y medio en un lugar a casi diez mil kilómetros de su hogar actual. Gran parte de su historia sigue siendo un misterio. Pero lo que sabemos se lo debemos a la oportunidad que tuvo Champollion de fijarse en una pequeña letra t en un lugar al que no pertenecía.

549 «Me enorgullezco y me complazco»: Peacock, Thomas Young, p. 477.

550 «Fumaba felizmente de una cachimba»: Hartleben (ed.), Lettres et Journaux de Champollion, v. 2, 34.

551 «Nos derretimos como velas»: Ibid., p. 39.

552 «A los pies de las pirámides»: Ibid., p. 123.

553 «Lo bastante cerca como para tocar»: Ibid., pp. 120, 123.

554 «Todos los perros callejeros de Egipto»: Ibid., p. 27.

555 «Estoy cautivado por Egipto»: Ibid., p. 150.

556 «Notre alphabet est bon»: Ibid., p. 181.

557 «Como si se tratara de una reina»: Ibid., pp. 329-330. Esta traducción es de Joyce Tyldesley, Hatchepsut: The Female Pharaoh.

558 «Pues en verdad soy su hija»: Wilkinson, Rise and Fall, ubicación de Kindle 3610.

559 «Aquel que blasfeme o hable mal»: Ian Shaw (ed.), The Oxford History of Ancient Egypt (Oxford, UK, Oxford University Press, 2000), p. 233.

560 «La primera mujer importante de la historia»: Breasted, A History of Egypt, p. 271.

561 «Del estilo de reya»: Entrevista del autor con Bob Brier, 4 de marzo de 2019.

562 «Acababan de adoptar la palabra faraón»: Wilkinson, Rise and Fall, ubicación de Kindle 3588.

563 «La historia de Hatshepsut salió al fin a la luz»: Arnold, «The Destruction of the Statues of Hatshepsut», pp. 270, 273.

564 «Borraron su memoria»: Entrevista del autor con Bob Brier, 4 de marzo de 2019.

565 «En una sociedad donde el analfabetismo»: Wilkinson, Rise and Fall, ubicación de Kindle 749.

566 «Muchos de estos escultores»: Entrevista del autor con Bob Brier, 4 de marzo de 2019.

567 «Los barcos regresaron cargados»: Tyldesley, Hatchepsut, p. 153.

568 «Atravesaba una grandiosa avenida»: Arnold, «The Temple of Hatshepsut».

569 «Hatshepsut tenía que ser borrada»: Brier, Ancient Egypt, p. 331.

570 *«Otros eruditos insisten»: Dorman, «The Proscription of Hatshepsut», p. 267.*

571 *«De un rey de ajedrez»: E. H. Gombrich, Art and Illusion (Nueva York, Phaidon, 1977), p. 114.*

572 *«Hatshepsut se representa a veces»: Roth, «Models of Authority», p. 9.*

Epílogo

Es fácil resumir el resto de la historia. Champollion hizo inmensos progresos, pero abarcó una materia vasta y diversa y dejó zonas enteras a oscuras o incomprendidas. Con tiempo, sin duda habría podido resolver todas esas cuestiones. Pero no lo tuvo.

Champollion publicó su primer y más celebre trabajo, la Carta a monsieur Dacier, a los treinta y un años. Había muerto una década después.

La continuación de su labor quedaría para una serie de sucesores, especialmente un erudito llamado Richard Lepsius que se presentó como «el Champollion alemán».[573] Fue Lepsius quien halló la prueba irrefutable de que lo que Champollion había descifrado era correcto.

En 1866, Lepsius formó parte de un equipo de arqueólogos que trabajaba en Egipto. En las ruinas de la antigua ciudad de Tanis, cerca de Alejandría —Tanis era la ciudad enterrada bajo la arena de En busca del arca perdida—, Lepsius descubrió un equivalente de la piedra de Rosetta.

Hasta que Lepsius la desenterró, nadie sabía que existía. La nueva piedra contenía un largo pasaje en griego y el mismo pasaje escrito en sistema demótico y con jeroglifos. El mensaje, compuesto unas décadas antes que la piedra de Rosetta, no tiene nada de especial —elogia al faraón y habla de corregir errores en el calendario—. Pero el mensaje no era lo importante. Lo importante de la piedra Canopo (se llamó así por la ciudad donde había sido escrita) era que su texto difería del de la piedra de Rosetta. ¿Por qué era eso crucial? Porque, hasta el descubrimiento de Canopo, había sido posible rechazar lo descifrado por Champollion como una autosugestión elaborada.

Ello habría exigido un alto grado de tozudez —las traducciones de Champollion se basaban en reglas y en un sistema más que en la inspiración; había compuesto un manual básico, no había mirado en una bola de cristal—. Pero, con todo, era posible que el mensaje que había leído en una serie de jeroglifos nunca se les hubiera ocurrido a los egipcios que lo habían escrito. ¿Cómo estar seguros de ellos? Los sabios predecesores de Champollion, después de todo, habían propuesto sin duda «traducciones» del egipcio que no tenían nada que ver con la suya.

En los primeros momentos, incluso hubo pensadores que refutaron a

Champollion sobre bases filosóficas. Su problema no era que las traducciones de Champollion no tuvieran sentido, sino que tenían demasiado. ¿Dónde estaban las profundidades místicas en aquellos prosaicos mensajes?

Ralph Waldo Emerson, por ejemplo, estaba convencido de que Champollion había pasado por alto la esencia de los jeroglifos. Celebró el logro de Champollion —lo comparó, de hecho, con Aristóteles, con Leibniz y con Goethe—, pero se sintió obligado a poner los avances de Champollion en perspectiva. Sin duda Champollion había «descubierto los nombres de todos los obreros y el coste de cada baldosa»[574] en el antiguo Egipto, refunfuñaba Emerson, pero se le había escapado la verdadera sabiduría de los egipcios

Entonces llegó Canopo, y todas esas críticas se hicieron irrelevantes. Hasta el hallazgo de Lepsius, Champollion había estado en la misma situación de los primeros genios que anunciaron alguna teoría aritmética cuando nadie más era capaz de lograr tal hazaña. A aquellos brillantes pensadores se le podían dar números que sumar, multiplicar o dividir, y ellos podían explicar cómo llegar a la respuesta. Podían sostener sus razones cada vez, pero ¿quién podía saber que estaban en lo cierto? Canopo proporcionó el equivalente de un manual de aritmética con las soluciones al final.

Al fin se pudo poner a prueba a Champollion directamente: empezar con el texto jeroglífico del Decreto de Canopo y traducirlo à la Champollion, y luego comparar el resultado con la traducción griega de Canopo.

Los expertos hicieron justo eso. Y la coincidencia fue casi perfecta.

«Es como si un antiguo egipcio hubiera salido de repente de entre sus vendajes de momia para hablar con nosotros y ver que conocemos su lengua», se admiraba un erudito de la época.[575]

Ni Young ni Champollion vivieron lo bastante como para conocer el Decreto de Canopo. Young había muerto más de tres décadas antes de que Lepsius hiciera su descubrimiento. Pasó sus últimos días demasiado débil como para levantarse de la cama, pero trabajando, a pesar de todo, corrigiendo las pruebas de sus Rudimentos de un diccionario egipcio. (Escribió sus correcciones con pluma hasta que ya no fue capaz de manejar la tinta, y entonces continuó utilizando el lápiz).[576]

En su introducción al diccionario, Young celebraba los descubrimientos de Champollion. Pero hasta el final rechazaba la conclusión más importante de este. Champollion había demostrado que, en las palabras comunes, y no solo al deletrear nombres extranjeros, los jeroglifos representaban sonidos. Casi con su último aliento, Young lo negaba. Los «caracteres fonéticos» de Champollion podían servir como

una especie de estenografía «para ayudar a la memoria», pero eso era todo.[577]

Le dijo a Gurney, su amigo de toda la vida, que su obra final era una «que, de seguir vivo, habría sido una satisfacción haber completado»,[578] *pero sabía que no ocurriría así. Los médicos no pudieron ser de gran ayuda ni apenas ofrecer un diagnóstico más allá de «una disfunción de extrema gravedad en el corazón».*[579]

Young logró llegar a la página 96 de su diccionario antes de soltar su lápiz por última vez.[580] *Como siempre, mantuvo sus emociones a raya. Hombre de medicina hasta el final, Young se contentó con observar serenamente sorprendido que «nunca había visto una dolencia que pareciera avanzar de forma más rápida». Murió en mayo de 1829 a los cincuenta y cinco años.*

Champollion lo sobrevivió solo tres años más. Nunca había sido un hombre de salud robusta, y los desmayos que habían marcado su juventud continuaron durante su adultez. Igual que los altibajos que lo llevaban de las cumbres del éxtasis a las profundidades del abatimiento. Algunos biógrafos han intentado vincular los síntomas físicos con los emocionales, retratando a Champollion como una de esas muchachas de los melodramas victorianos notoriamente predispuestas al desvanecimiento. (Los autores ingleses acogieron particularmente bien esta visión del caprichoso francés). Pero los historiadores de la medicina que han intentado interpretar los síntomas de Champollion —la familia decidió no practicarle una autopsia— tienden a diagnósticos más sensatos. El problema era mucho más probablemente alguna enfermedad de los vasos sanguíneos que un temperamento demasiado frágil para las turbulencias del mundo.[581]

Champollion regresó a Francia de su viaje a Egipto a finales de 1829 y ocupó una cátedra de Egiptología —la primera del mundo— en el Collège de France.

Como Young en su lecho de muerte, Champollion estuvo trabajando en un monumental texto sobre el egipcio prácticamente hasta su último aliento. «Solo un mes más y mis quinientas páginas estarán acabadas, pero uno tiene que resignarse y contentarse con lo que es posible», escribió a su hermano en noviembre de 1831.[582]

MOT HIÉROGLYPHIQUE DÉTERMINÉ.	TRANSCRIPTION EN LETTRES COPTES.	MOT COPTE.	SIGNIFICATION.
	ⲙⲟⲩ,	ⲙⲟⲩⲓ,	Lion.
	ⲥⲓⲃ,	(arabe ذئب),	Loup.

2° Les noms des *membres* de l'*homme* et des *quadrupèdes :*

	ⲟⲃϩ,	ⲟⲃϩⲉ,	Dent.
	ⲕⲟϩⲟ,	ⲕⲟⲟϩ.ⲕⲉϩ,	Cubitus.
	ⲙⲛⲧ,	ⲙⲛⲟⲩ,	Mamelles.
	ⲣⲧ,	ⲣⲁⲧ,	Jambes, Pieds.
	ⲥⲛⲣ.ⲥϕⲣ,	ⲥⲛⲣ.ⲥϕⲓⲣ,	Côte, Côté.
	ⲥⲛⲧ.ⲥϕⲧ,	ⲥⲛⲟⲧⲟⲩ.ⲥϕⲟⲧⲟⲩ,	Lèvres.
	ⲥⲛⲧ.ⲥϕⲧ,	ⲥⲛⲟⲧⲟⲩ.ⲥϕⲟⲧⲟⲩ,	Lèvres.
	ⲧϩⲙ,	ⲧⲉϩⲙ,	Front.
	ϥⲟⲟ,	ϥⲱ,	Cheveux.
	ϣⲱⲛϣ,	ϣⲱⲛϣ,	Cuisse (de quadrupède).

3° Les noms des différentes espèces d'*oiseaux* et ceux de *leurs membres:*

	ⲥⲣ,	«	Espèce d'oie, Chœnalôpex.
	ⲱⲛⲧ,	ⲱⲃⲧ ?	Canard.
	ⲱⲛⲧ,	ⲱⲃⲧ,	Canard.
	ϧⲛϭ.ϧⲛϫ,	ϧⲛϫ,	Épervier.
	ⲡⲣⲉⲟⲩ,	ⲡⲟⲩⲣⲉ,	Vautour.
	ϭⲛϭⲛ,	«	(Espèce de héron.)
	ⲙⲛ.ⲧ.ⲙⲛⲛ,	ϧⲛⲛ.ϧⲉⲛⲛ,	Hirondelle.
	ϩϧ,	ⲓϩⲕ,	Ibis.
	ϧϧϩⲙ,	ϧϩⲱⲙ.ϧϩⲱⲙ,	Aigle.

Una página de la obra en la que trabajaba Champollion en su lecho de muerte, la Gramática egipcia.

Nunca acabaría la monumental Gramática egipcia que su leal hermano publicaría póstumamente. A principios de diciembre de 1831, Champollion se desmayó cuando daba una conferencia. Una semana después, una apoplejía lo dejaba parcialmente paralizado.

El 23 de diciembre, el día en que cumplía cuarenta y un años, pidió que lo ayudaran a ir hasta la habitación de la rue Mazarine en la que, una década antes, había tenido su eureka. «Fue allí donde nació mi ciencia», recordó emocionado.[583]

El final estaba próximo. Diez años antes, John Keats había lamentado la muerte que se lo llevaba tan joven, «antes de que mi pluma haya recogido la cosecha de mi mente repleta». Ahora Champollion se enfrentaba al mismo destino. «Demasiado pronto», exclamaba en enero de 1832. Se llevó la mano a la frente. «¡Quedan aún tantas cosas aquí dentro!».[584] *Era el mismo lamento angustiado de Keats, escueto de poesía y henchido de pena.*

En ese mismo mes, capaz de hablar, aunque apenas de moverse, Champollion luchaba por entregar a su hermano el manuscrito de su Gramática egipcia.

Allí estaba su último trabajo, incompleto, pero casi acabado, la clara y elegante exposición de una vida entera de descubrimientos. Había hecho todo lo que estaba en su mano. «Pase lo que pase, habré dejado mi tarjeta de visita a la posteridad», dijo.[585]

Desde sus primeros tiempos, la inmortalidad había obsesionado a Egipto. Su infinito mensaje repetido era que la muerte podía ser vencida y la vida levantarse de nuevo. Las imponentes montañas de piedra para salvaguardar a los faraones, los elaborados rituales de momificación, los libros enciclopédicos sobre sortilegios, todo descansaba en la creencia de que la muerte no era el fin.

Los sacerdotes recitaban largas y ceremoniosas oraciones con el convencimiento de que habían encontrado las claves de la eternidad. Los faraones llenaban sus tumbas de juegos de mesa y lanzas de cazador para entretenerse en la vida ultraterrena, y acumulaban carne y jarros de vino para sus banquetes celestiales.

Para un no creyente como Champollion, tales ritos no eran más que supersticiones de larga tradición. Pese a su fervorosa devoción por Egipto, él siguió siendo un verdadero hijo de la Francia revolucionaria, y la idea de la vida después de la muerte nunca lo sedujo.

Pero, en cierto sentido, sí que la obra de la vida de Champollion

honró, pese a todo, las creencias egipcias. No afirmando antiguas ideas religiosas; no hace falta decirlo. En lugar de eso, su obra demostró una verdad más profunda, pero relacionada: la inmortalidad personal no era la única. En esta vida fugaz, Jean-François Champollion devolvió a la vida una lengua muerta y una cultura enterrada.

573 «El Champollion alemán»: Romer, History of Ancient Egypt, vol. 2, p. 52.

574 «El coste de cada baldosa»: El pasaje es de Emerson, «History», un trabajo de 1841. En línea en https://tinyurl.com/yxjv3krx.

575 «Como si un antiguo egipcio hubiera salido de repente»: François Chambas, Voyage d'un Egyptien: en Syrie, en Phenicie, en Palestine (publicado por primera vez en París, Dejussieu, 1866 y reimpreso en Whitefish, MT: Kessinger, 2010), p. viii. Esta traducción es de Solé y Valbelle, Rosetta Stone, p. 107.

576 «Hasta que ya no fue capaz de manejar»: Gurney, «Memoir», incluido en Young, Rudiments of an Egyptian Dictionary, p. 41.

577 «Para ayudar a la memoria»: Ibid., p. vi.

578 «De seguir vivo»: Gurney, «Memoir», p. 42.

579 «Una disfunción de extrema gravedad en el corazón»: Ibid., p. 41.

580 «Logró llegar a la página 96»: Robinson, Last Man, p. 235.

581 «Alguna enfermedad de los vasos sanguíneos»: Nadim Nasser y David Savitzki, «What Caused Jean-François Champollion's Premature Death?», Medical Case Reports, 21 de diciembre, 2015.

582 «Solo un mes más»: Robinson, Cracking the Egyptian Code, p. 235.

583 «Donde nació mi ciencia»: Hartleben, Champollion, p. 522.

584 «¡Quedan aún tantas cosas aquí dentro!»: Ibid.

585 «Mi tarjeta de visita a la posteridad»: Ibid., p. 516.

Agradecimientos

Durante veinte años tuve una postal de la piedra de Rosetta en mi tablón. Era un recuerdo de un viaje a Londres y un emblema del genio investigador, como la gorra de cazador de Sherlock Holmes. Nunca la examiné de cerca. Conocía la historia de la piedra, pero solo a grandes rasgos, y en todo ese tiempo nunca se me ocurrió preguntarme precisamente quién había logrado descifrar sus símbolos arcanos.

Esa pregunta tomó forma al fin un día en un restaurante tailandés de la Séptima Avenida, en Brooklyn. Yo estaba echando un vistazo al menú. Tenían pad thai y pad see ew. Y se me ocurrió que debía ser capaz de encontrar pad escondido en el encantador y críptico menú en escritura tailandesa. ¿Qué pasó entonces?

Empezó así una investigación que duró varios años para saber cómo los genios del pasado habían descifrado la piedra de Rosetta. Tomé como guías los testimonios y cartas de los dos héroes de la historia, Thomas Young y Jean-François Champollion, así como un ejército de eruditos que consagraron sus carreras a examinar las contribuciones de ambos rivales.

Estoy en deuda con una legión de bibliotecarios e investigadores del Museo Británico, el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, el Museo de Brooklyn y la Biblioteca Pública de Nueva York. Y, sobre todo, con dos generosos eruditos. El primero es Amir Zeldes, lingüista de la Universidad de Georgetown que inocentemente respondió a la pregunta corta de miras de un extraño acerca de los homónimos en copto y se vio asediado a lo largo de meses con infinitas consultas. El segundo es Bob Brier, célebre egiptólogo, autor de numerosos libros sobre el antiguo Egipto, y un erudito tan entusiasta y experto en todos los aspectos de la historia y la cultura egipcias que su colección de libros y artefactos ha superado los límites de su apartamento y llenan uno propio. Ha examinado bocetos, rastreado oscuras referencias y desvelado centenares de enigmas. Y, sobre todo, ha aprendido que existen, sin duda, las preguntas estúpidas. Los errores que hayan quedado me corresponden a mí y no a él.

Marion Leydier me ayudó con las traducciones. Adam Okrasinski dibujó y volvió a dibujar jeroglifos y cartuchos sin fin. Carl Berke, Barbara Berke y Michael Golden demostraron ser los mejores compañeros

de viaje. Daniel Loedel aportó su apoyo entusiasta desde los primeros días del libro. Colin Harrison y Sarah Goldberg proporcionaron sabio consejo y guía en cuestiones grandes y pequeñas. Aja Pollock corrigió con ojos meticulosos y atentos. Flip Brophy, mi agente y mi amiga, posee más energía e ideas que doce personas juntas.

Mis dos hijos son escritores a los que acudo y en los que me apoyo cada vez que tengo oportunidad. Nadie podría contar con mejores aliados.

Lynn merece más agradecimientos de los que soy capaz de expresar con palabras.

Notas

Las fuentes de citas y afirmaciones que puedan resultar imprecisas pueden encontrarse abajo (al final de cada capítulo). Para mantener estas notas dentro de límites razonables, no he documentado hechos que pueden comprobarse rápidamente en fuentes habituales. La información de publicación se proporciona únicamente para libros y artículos que no aparecen listados en la bibliografía.

Varios libros y artículos que he citado a menudo son difíciles de encontrar impresos (por tratarse de libros antiguos, raros, o que no están en inglés). Puede accederse fácilmente a sus versiones íntegras en línea:

Leon de la Brière (ed.), Champollion Inconnu (París, Librarie Plon, 1897). En línea en https://tinyurl.com/y65ylw7s.

Jean-François Champollion, Letter to Monsieur Dacier (París, Firmin Didot, Ather & Sons, 1822). En inglés y en francés. En línea en https://tinyurl.com/y6mrk2my.

Hermine Hartleben (ed.), Lettres et Journaux de Champollion le Jeune, tomo 1 (París, Ernest Leroux, 1909). En línea en https://tinyurl.com/y65hd5e8.

Hermine Hartleben (ed.), Lettres et Journaux de Champollion le Jeune, tomo 2 (París, Ernest Leroux, 1909). En línea en https://tinyurl.com/y3bv9rlu.

Thomas Young, An Account of Some Recent Discoveries in Hieroglyphical Literature, and Egyptian Antiquities (Londres, John Murray, 1823). En línea en https://tinyurl.com/y5tz6vsf.

Thomas Young, «Egypt» (de la Enciclopedia británica de 1819) en Miscellaneous Works of the Late Thomas Young, vol. 3; Hieroglyphical Essays and Correspondence (Londres, John Murray, 1855). En línea en https://tinyurl.com/y68yvwmw.

Bibliografía

A'BECKETT, *G. A., «Bonaparte at Miss Frounce's School», The Illuminated Magazine 1 (mayo-octubre 1843).*

ADAMS, *John M., The Millionaire and the Mummies: Theodore Davis's Gilded Age in the Valley of the Kings. Nueva York, St. Martin's, 2013.*

ADKINS, *Lesley, Empires of the Plain: Henry Rawlinson and the Lost Languages of Babylon. Nueva York, Thomas Dunne, 2004.*

ADKINS, *Lesley y Roy Adkins, The Keys of Egypt: The Race to Crack the Hieroglyph Code. Nueva York, HarperCollins, 2000.*

ALLEGRO, *John, «The Discovery of the Dead Sea Scrolls», en Brian M. Fagan (ed.), Eyewitness to Discovery: First-person Accounts of More Than Fifty of the World's Greatest Archeological Discoveries. Nueva York, Oxford University Press, 1996.*

ALLEN, *Don Cameron, «The Predecessors of Champollion», Proceedings of the American Philosophical Society 104, n.º 5 (17 de octubre, 1960).*

ARNOLD, *Dieter, «The Temple of Hatshepsut at Deir el-Bahri», en Catherine H. Roehrig (ed.), Hatshepsut: From Queen to Pharaoh. Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 2005.*

ARNOLD, *Dorothea, «The Destruction of the Statues of Hatshepsut from Deir el-Bahri», en Catherine H. Roehrig (ed.), Hatshepsut: From Queen to Pharaoh. Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 2005.*

BAKER, *Nicholson, The Anthologist. Nueva York, Simon & Schuster, 2009. [El antólogo, Barcelona, Duomo, 2010].*

BAUER, *Craig P., Unsolved: The History and Mystery of the World's Great Ciphers from Ancient Egypt to Online Secret Societies. Princeton, NJ, Princeton University Press, 2017.*

BBC, *documental sobre Michael Ventris, «A Very English Genius», 2006. En línea en siete capítulos en https://tinyurl.com/y2ymnykv.*

BEARD, *Mary, «Souvenirs of Culture: Deciphering in the Museum», Art History 13, n.º 4 (diciembre de 1992).*

—, *«What Was Greek to Them?», New York Review of Books, 5 de diciembre, 2013.*

BELZONI, *Giovanni, Travels in Egypt and Nubia. Londres, J. Murray, 1822. [Viajes por Egipto y Nubia, Almería, Confluencias, 2012].*

BERMAN, *Joshua, «Was There an Exodus?», Mosaic, 2 de marzo, 2015.*

BEVAN, *Edwin, The House of Ptolemy. Londres, Methuen, 1927.*

BLAIR, *Hugh, Lectures on Rhetoric and Belles Lettres. Dublín, 1783.*

BREASTED, *James Henry, A History of Egypt from the Earliest Times to the Persian Conquest. Nueva York, Scribner's, 1912.*

BRIER, *Bob, Ancient Egyptian Magic, Nueva York, Quill, 1981. [Misterios del Antiguo*

Egipto, Barcelona, Robinbook, 2008].
—, *Egyptomania: Our Three Thousand Year Obsession with the Land of the Pharaohs, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2013.*
—, *The Murder of Tutankhamen: A 3,000-Year-Old Murder Mystery, Nueva York, Putnam's, 1998. [El asesinato de Tutankamón, Barcelona, Planeta, 1998].*
BRIER, *Bob, y Hoyt Hobbs, Ancient Egypt: Everyday Life in the Land of the Nile. Nueva York, Sterling, 2013.*
BROOKS, *Peter, «Napoleon's Eye», New York Review of Books, 19 de noviembre, 2009.*
BUDGE, *E. A. Wallis, The Gods of the Egyptians: Or, Studies in Egyptian Mythology, vol. I. Londres, Methuen, 1904.*
—, *The Rise and Progress of Assyriology. Londres, Clay & Sons, 1925.*
—, *The Rosetta Stone. Londres, British Museum, 1913.*
BUDIANSKY, *Stephen, Battle of Wits: The Complete Story of Codebreaking in World War II. Nueva York, Simon & Schuster, 2002.*
BULLIET, *Richard, The Wheel: Inventions and Reinventions. Nueva York, Columbia University Press, 2016.*
BURCKHARDT, *John Lewis, Travels in Nubia. Londres, J. Murray, 1819.*
BURLEIGH, *Nina, Mirage: Napoleon's Scientists and the Unveiling of Egypt.Nueva York, Harper Perennial, 2008.*
CAMINO, *Ricardo, «Peasants», en Sergio Danadoni (ed.), The Egyptians. Chicago, University of Chicago Press, 1997.*
CERAM, *C. W., Gods, Graves, and Scholars: The Story of Archaeology. Nueva York, Knopf, 1951. [Dioses, tumbas y sabios, Barcelona, Destino, 2022].*
CERNY, *Jaroslav, «The Will of Naunakhte and the Related Documents», Journal of Egyptian Archeology 31 (1945).*
CHADWICK, *John, The Decipherment of Linear B. Cambridge. UK, Cambridge University Press, 2014.*
CHAMPOLLION, *Jean-François, Grammaire Égyptienne. París, Fermin-Didot Frères, 1836.*
—, *Lettre à M. Dacier (Carta a monsieur Dacier). París, Firmin Didot, Ather & Sons, 1822.*
—, *Précis du Système Hiéroglyphique des Anciens Égyptiens. París, Treuttel et Würtz, 1824.*
CHAMPOLLION-FIGEAC, *Aimé, Les Deux Champollion: Leur Vie et Leurs Oeuvres. Grenoble, Francia, Drevet, 1887.*
COE, *Michael D., Breaking the Maya Code. Nueva York, Thames & Hudson, 1992. [El desciframiento de los glifos mayas. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2011].*
DAMROSCH, *David, The Buried Book: The Loss and Rediscovery of the Great Epic of Gilgamesh. Nueva York, Henry Holt, 2006.*
DARNELL, *John Coleman y Colleen Manassa, Tutankhamun's Armies: Battle and Conquest during Ancient Egypt's Late 18th Dynasty. Hoboken, NJ, John Wiley & Sons, 2007.*
DAVID, *Rosalie, Conversations with Mummies: New Light on the Lives of Ancient Egyptians. Nueva York, Morrow, 2000.*
—, *Religion and Magic in Ancient Egypt. Nueva York, Penguin, 2003.*
DELBOURGO, *James, Collecting the World: Hans Sloane and the Origins of the British*

Museum. Cambridge, MA, Harvard University Press, 2019.

DIECKMANN, *Liselotte, «Renaissance Hieroglyphics», Comparative Literature 9, n.º 4 (otoño 1957).*

DIFFIE, *Whitfield y Mary Fischer, «Decipherment versus Cryptanalysis», en Richard Parkinson, Cracking Codes: The Rosetta Stone and Decipherment. Berkeley, University of California Press, 1999.*

DORMAN, *Peter F., «The Proscription of Hatshepsut», en Catherine H. Roehrig (ed.), Hatshepsut: From Queen to Pharaoh. Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 2005.*

DROWER, *Margaret, Flinders Petrie: A Life in Archeology. Madison, University of Wisconsin Press, 1995.*

EBERS, *George, Egypt: Historical, Descriptive, and Picturesque. Jazzybee Verlag, 2017. (Publicado por primera vez en 1886).*

EISELEY, *Loren, The Star Thrower. Nueva York, Random House, 1979.*

ESTRABÓN, *Geography. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1932. [Geografía de Iberia, Madrid, Alanza, 2015].*

EVERETT, *Daniel, Don't Sleep, There Are Snakes: Life and Language in the Amazonian Jungle. Nueva York, Vintage, 2009. [No duermas, hay serpientes. Madrid, Turner, 2014].*

FAGAN, *Brian, Lord and Pharaoh: Carnarvon and the Search for Tutankhamun. Londres, Routledge, 2016.*

—, *The Rape of the Nile: Tomb Robbers, Tourists, and Archeologists in Egypt. Nueva York, Basic Books, 2004.*

FAGONE, *Jason, The Woman Who Smashed Codes: A True Story of Love, Spies, and the Unlikely Heroine Who Outwitted America's Enemies. Nueva York, HarperCollins, 2017.*

FALLOWS, *Deborah, Dreaming in Chinese: Mandarin Lessons in Life, Love, and Language. New York, Walker, 2010.*

FINATI, *Giovanni, Narrative of the Life and Adventures of Giovanni Finati, vol. 2. Ed. de William Bankes. Londres, J. Murray, 1830.*

FINDLEN, *Paula, Athanasius Kircher: The Last Man Who Knew Everything. Nueva York, Routledge, 2004.*

FLEMING, *Fergus, Barrow's Boys. Boston, Atlantic Monthly Press, 2000.*

FOX, *Margalit, The Riddle of the Labyrinth: The Quest to Crack an Ancient Code. Nueva York, Ecco, 2013.*

FRANKFORT, *Henri, Ancient Egyptian Religion: An Interpretation. Nueva York, Columbia University Press, 1948. [La religión del Antiguo Egipto, Barcelona, Laertes, 1998].*

FRIEDMAN, *William, «An Introduction to Methods for the Solution of Ciphers», en Publication No. 17. Ginebra, IL, Riverbank Laboratories, 1918.*

GARDINER, *Alan, Egyptian Grammar. Oxford, UK, Griffith Institute, 1927.*

GEORGE, *Andrew (ed.), The Epic of Gilgamesh. Nueva York, Penguin, 2003.*

GILLISPIE, *Charles C., Science and Polity in France: The Revolutionary and Napoleonic Years. Princeton, NJ, Princeton University Press, 2004.*

—, *«Scientific Aspects of the French Egyptian Expedition 1798-1801.» Proceedings of the American Philosophical Society 133, n.º 4 (diciembre 1989).*

GILLISPIE, *Charles C., y Michel Dewachter (eds.), The Monuments of Egypt: The Complete Archeological Plates from La Description de l'Égypte. Princeton, NJ, Princeton Architectural Press, 1987.*

GLASSIE, *John, A Man of Misconceptions: The Life of an Eccentric in an Age of Change. Nueva York, Penguin, 2012.*

GLEICK, *James, The Information: A History, A Theory, A Flood. Nueva York, Vintage, 2012. [La información: historia y realidad. Barcelona, Crítica, 2012].*

GLYNN, *Ian, Elegance in Science: The Beauty of Simplicity. Nueva York, Oxford University Press, 2010.*

GNANADESIKAN, *Amalia, The Writing Revolution: Cuneiform to the Internet. Hoboken, NJ, Wiley-Blackwell, 2009.*

GORDON, *John Steele, Washington's Monument: And the Fascinating History of the Obelisk. Nueva York, Bloomsbury, 2016.*

GREEN, *Peter, «Tut-Tut-Tut», New York Review of Books, 11 de octubre, 1979.*

GREENBLATT, *Stephen, Swerve: How the World Became Modern. Nueva York, Norton, 2012. [El giro: de como un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno. Barcelona, Crítica, 2014].*

—, *The Rise and Fall of Adam and Eve. Nueva York, Norton, 2017.*

GUICHARD *Jr., Roger H, Niebuhr in Egypt: European Science in a Biblical World. Cambridge, UK, Lutterworth Press, 2014.*

GUNN, *Battiscombe, «Notes on the Naukratis Stela», Journal of Egyptian Archaeology 29 (diciembre 1943).*

GURNEY, *Hudson, «Memoir», en Thomas Young, Rudiments of an Ancient Egyptian Dictionary in the Ancient Enchorial Character. Londres, J. & A. Arch, 1831.*

HANSEN, *Thorkild, Arabia Felix: The Danish Expedition of 1761-1767. Nueva York, Harper & Row, 1962.*

HARRISON, *Simon, Hunting and the Enemy Body in Modern War. Nueva York, Berghahn, 2012.*

HARTLEBEN, *Hermine (ed.), Lettres et Journaux de Champollion le Jeune, 1, 2. París, Leroux, 1909.*

—, *Champollion: Sein Leben und Sein Werk. Weidmannsche Buchhandlung, Berlín, 1906.*

HAYCOCK, *David Boyd, William Stukeley: Science, Religion and Archaeology in Eighteenth-Century England. Woodbridge, Suffolk, UK, Boydell Press, 2002.*

HERODOTO. *The Histories. Londres, Penguin, 1954. [Historias. Madrid, Akal, 1994].*

HEROLD, *J. Christopher, The Age of Napoleon. Nueva York, Mariner Books, 2002.*

—. *Bonaparte in Egypt. Tucson, AZ, Fireship Press, 2009.*

HIGGINS, *Charlotte, «How to Decode an Ancient Roman's Handwriting», New Yorker, 1 de mayo, 2017.*

HILTS, *Victor L, «Thomas Young's Autobiographical Sketch», Proceedings of the American Philosophical Society 122, n.º 4 (18 de agosto, 1978).*

HORAPOLO, *The Hieroglyphics of Horapollo Nilous. Londres, W. Pickering, 1840.*

HORNUNG, *Erik, The Secret Lore of Egypt: Its Impact on the West. Ithaca, NY, Cornell University Press, 2001.*

HUME, *Ivor, Belzoni: The Giant Archeologists Love to Hate. Charlottesville, University of Virginia Press, 2011.*

IKRAM, *Salima, Death and Burial in Ancient Egypt, Cairo, American University en Cairo Press, 2015. [Muerte y enterramiento en el Antiguo Egipto.Córdoba, Almuzara, 2022].*

IVERSEN, *Erik, The Myth of Egypt and its Hieroglyphs. Princeton, NJ, Princeton University Press, 1961.*

KAHN, *David, The Codebreakers: The Story of Secret Writing. Londres, Sphere Books, 1973.*

KEEGAN, *John, Intelligence in War: Knowledge of the Enemy from Napoleon to al-Qaeda. Nueva York, Knopf Doubleday, 2003. [Inteligencia militar: conocer al enemigo, de Napoleón a Al-Qaeda. Madrid, Turner, 2021].*

KEMBER, *Joe, John Plunkett y Jill Sullivan (eds.), Popular Exhibitions, Science and Showmanship, 1840-1910. Nueva York, Routledge, 2012.*

KRAMER, *Samuel Noah, The Sumerians: Their History, Culture, and Character. Chicago, University of Chicago Press, 1971. [La historia empieza en Sumer. Madrid, Alianza, 2022].*

LABRIÈRE, *Leon de la, Champollion Inconnu: Lettres Inédites. París, Plan, 1897.*

LEAL, *Pedro Germano, «Reassessing Horapollon: A Contemporary View on Hieroglyphica», Emblematic 21 (2014).*

LIVINGSTONE, *Josephine, «Old English», New York Times Magazine, 6 de enero, 2019.*

LUCKENBILL, *Daniel, Ancient Records of Assyria and Babylonia, vol. 2. Chicago, University of Chicago Press, 1927.*

LYNCH, *Jack, You Could Look It Up: The Reference Shelf from Ancient Babylon to Wikipedia. Nueva York, Bloomsbury, 2016.*

MAN, *John, Alpha Beta: How 26 Letters Shaped the Western World. Nueva York, Barnes & Noble, 2005.*

MANETHO, *History of Egypt (trad. de W. G. Waddell). Cambridge, MA, Harvard University Press, 1940.*

MANGUEL, *Alberto, A History of Reading. Nueva York, Penguin, 2014. [Una historia de la lectura, Madrid, Alianza, 2022].*

MAYES, *Stanley, The Great Belzoni: The Circus Strongman Who Discovered Egypt's Ancient Treasure. Londres, Tauris Parke, 2006.*

MCDOWELL, *Andrea, Village Life in Ancient Egypt: Laundry Lists and Love Songs. Nueva York, Oxford University Press, 1999.*

MCMAHON, *Darrin, Divine Fury: A History of Genius. Nueva York, Basic Books, 2013.*

MCWHORTER, *John, The Language Hoax: Why the World Looks the Same in any Language. Nueva York, Oxford University Press, 2014.*

—, *The Power of Babel: A Natural History of Language. Nueva York, Henry Holt, 2001.*

MERTZ, *Barbara, Red Land, Black Land: Daily Life in Ancient Egypt. Nueva York, William Morrow, 2008.*

—, *Temples, Tombs and Hieroglyphs: A Popular History of Ancient Egypt. Nueva York, Morrow, 2009.*

MOOREHEAD, *Alan, The Blue Nile. Nueva York: Harper Perennial, 2000.*

MORENZ, *Ludwig, «The Origins of Egyptian Literature», en Bill Manley (ed.), The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt. Londres, Thames & Hudson, 2003.*

MORRISON, *Robert, The Regency Years: During Which Jane Austen Writes, Napoleon Fights, Byron Makes Love, and Britain Becomes Modern. Nueva York, Norton, 2019.*

NIGHTINGALE, *Andrea, Once Out of Nature: Augustine on Time and the Body. Chicago, University of Chicago Press, 2011.*

PARKINSON, *Richard, «Egypt: A Life Before the Afterlife», Guardian, 5 de noviembre, 2010.*

—, *Cracking Codes: The Rosetta Stone and Decipherment. Berkeley, University of California Press, 1999.*

—, *The Painted Tomb Chapel of Nebamun. Londres, British Museum Press, 2008.*

PARSONS, *Peter, City of the Sharp-Nosed Fish: The Lives of the Greeks in Roman Egypt. Londres, Orion, 2012.*

PEACOCK, *George, Life of Thomas Young. M.D., F.R.S., & C. Londres, J. Murray, 1855.*

PEET, *T. Eric, A Comparative Study of the Literatures of Egypt, Palestine, and Mesopotamia: Egypt's Contribution to the Literatures of the Ancient World. Eugene, OR, Wipf and Stock, 1997.*

PETRIE, *Flinders, Seventy Years in Archeology. Londres, Low, Marston, 1931.*

—, *The Pyramids and Temples of Gizeh. Londres, Field & Tuer, 1883.*

PHARR, *Clyde, Theresa Sherrer Davidson y Mary Brown Pharr (eds.), The Theodosian Codes and Novels and the Sirmondian Constitutions. Princeton, NJ, Princeton University Press, 1952.*

PICCHI, *Daniela, Karen Ascani y Paola Buzi (eds.), The Forgotten Scholar: Georg Zoëga (1755-1809), At the Dawn of Egyptology and Coptic Studies. Leiden, Brill, 2015.*

POPE, *Maurice, The Story of Decipherment: From Egyptian Hieroglyphs to Maya Script. Londres, Thames and Hudson, 1975. [Detectives del pasado una historia del desciframiento: de los jeroglíficos egipcios a la escritura maya, Madrid, Oberon, 2004].*

RAY, *John, The Rosetta Stone and the Rebirth of Ancient Egypt. Cambridge, MA, Harvard University Press, 2007.*

REID, *Donald Malcolm, Whose Pharaohs?: Archeology, Museums, and Egyptian National Identity from Napoleon to World War I. Berkeley, University of California Press, 2003.*

RENOUF, *Peter Le Page, «Young and Champollion», Proceedings of the Society of Biblical Archeology 19 (4 de mayo, 1897).*

RITNER, *Robert K., «Tutankhamun for the Twentyfirst Century: Modern Misreadings of an Ancient Culture». Conferencia dictada en el Museo Field de Historia Natural, Chicago, el 26 de octubre de 2006. En línea en tinyurl.com/4z6vh60h.*

ROBERTS, *Andrew, Napoleon: A Life. Nueva York, Penguin, 2015. [Napoleón. Madrid, Palabra, 2016].*

ROBINSON, *Andrew, Cracking the Egyptian Code: The Revolutionary Life of Jean-François Champollion. Nueva York, Oxford University Press, 2012.*

—, *Lost Languages: The Enigma of the World's Undeciphered Scripts. Nueva York, McGraw-Hill, 2002.*

—, *Sudden Genius?: The Gradual Path to Creative Breakthroughs. Nueva York, Oxford University Press, 2010.*

—, *The Last Man Who Knew Everything: Thomas Young, the Anonymous Genius Who Proved Newton Wrong and Deciphered the Rosetta Stone, Among Other Surprising Feats. Nueva York, Plume, 2007.*

—, *The Man Who Deciphered Linear B: The Story of Michael Ventris. Londres, Thames*

& Hudson, 2012.

—, *The Story of Writing: Alphabets, Hieroglyphs, and Pictograms. Londres, Thames & Hudson, 1995.*

ROEHRIG, *Catharine H. (ed.), Hatshepsut: From Queen to Pharaoh. Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 2005.*

ROMER, *John, A History of Ancient Egypt, volume 2: From the Great Pyramid to the Fall of the Middle Kingdom. Nueva York, Thomas Dunne, 2017.*

—, *Ancient Lives: Daily Life in Egypt of the Pharaohs. Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1984.*

ROTH, *Ann Macy, «Models of Authority: Hatshepsut's Predecessors in Power», en Catharine H. Roehrig (ed.), Hatshepsut: From Queen to Pharaoh. Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 2005.*

SALT, *Henry, Essay on Dr. Young's and M. Champollion's Phonetic System of Hieroglyphics. Cambridge, UK, Cambridge University Press, 2014. (Publicado por primera vez en 1823).*

SCHIFF, *Stacy, Cleopatra: A Life. Boston, Little, Brown, 2010.*

SCHMANDT-BESSERAT, *Denise, «The Evolution of Writing». En línea en https://tinyurl.com/y72ynmqz.*

—, *How Writing Came About. Austin, University of Texas Press, 1992.*

SEBBA, *Anne, The Exiled Collector: William Bankes and the Making of an English Country House. Dovecote, UK, Dovecote Press, 2009.*

SELIN, *Shannon, «Boney the Bogeyman: How Napoleon Scared Children». En línea en https://tinyurl.com/y5wl7ayo.*

SEYLER, *Dorothy U., The Obelisk and the Englishman: The Pioneering Discoveries of Egyptologist William Bankes. Amherst, NY, Prometheus Books, 2015.*

SHAW, *Ian (ed.), The Oxford History of Ancient Egypt. Nueva York, Oxford University Press, 2003.*

SOLÉ, *Robert, y Dominque Valbelle, The Rosetta Stone: The Story of the Decoding of Hieroglyphics. Nueva York, Four Walls Eight Windows, 2002.*

STIEBING *Jr., William H., Uncovering the Past: A History of Archeology. Nueva York, Oxford University Press, 1993.*

STRATHERN, *Paul, Napoleon in Egypt. Nueva York, Bantam, 2009.*

THOMASSON, *Fredrik, The Life of J. D. Åkerblad: Egyptian Decipherment and Orientalism in Revolutionary Times. Leiden, Brill, 2013.*

THOMPSON, *Jason, Wonderful Things: A History of Egyptology, Volume 1: From Antiquity to 1881. Cairo, American University in Cairo Press, 2015.*

—, *Wonderful Things: A History of Egyptology, Volume 2: The Golden Age: 1881-1914. Cairo, American University in Cairo Press, 2016.*

—, *Wonderful Things: A History of Egyptology, Volume 3: From 1914 to the Twentyfirst Century. Cairo, American University in Cairo Press, 2018.*

TYLDESLEY, *Joyce, Hatchepsut: The Female Pharaoh. Londres, Penguin, 2008.*

—, *Myths and Legends of Ancient Egypt. Nueva York, Viking, 2010. [Mitos y leyendas del Antiguo Egipto. Barcelona, Crítica, 2011].*

TYNDALL, *John, «Thomas Young. A Discourse». Conferencia dictada en la Royal Institution de Londres el 22 de enero de 1886. En línea en https://tinyurl.com/y2rhqkmz.*

UCKO, *Peter, y Timothy Champion (eds.), The Wisdom of Egypt: Changing Visions Through the Ages. Abingdon, UK, Routledge, 2003.*

URBANUS, *Jason, «In the Time of the Rosetta Stone», Archaeology, noviembre/diciembre 2017.*

USICK, *Patricia, William John Bankes' Collection of Drawings and Manuscripts Relating to Ancient Nubia. Universidad de Londres, tesis doctoral de 1998. En línea en https://tinyurl.com/y6hhdqrq.*

WALKER, *C. B., y James Chadwick, Reading the Past: Ancient Writing from Cuneiform to the Alphabet. Berkeley, University of California Press, 1990.*

WARNER, *Oliver, The Battle of the Nile. Nueva York, Macmillan, 1960.*

WHITE, *Matthew, Atrocities: The 100 Deadliest Episodes in Human History. Nueva York, Norton, 2012.*

WILKINSON, *Toby, The Rise and Fall of Ancient Egypt. Nueva York, Random House, 2010. [Auge y caída del Antiguo Egipto. Barcelona, Debate, 2011].*

—, *Writings from Ancient Egypt. Nueva York, Penguin, 2017.*

WILLIAMS, *Ann, «Animals Everlasting», National Geographic, noviembre 2009.*

WILSON, *John A., Signs and Wonders Upon Pharaoh: A History of American Egyptology. Chicago, University of Chicago Press, 1964.*

WOOD, *Alexander, Thomas Young: Natural Philosopher. Cambridge, UK, Cambridge University Press, 1954.*

YATES, *Frances, Giordano Bruno and the Hermetic Tradition. Abingdon, UK, Routledge, 1999. [Giordano Bruno y la tradicion hermética. Barcelona, Ariel, 1994].*

YOUNG, *Thomas, «Egypt», Encyclopedia Britannica, suplemento del vol. 4, 1819. En John Leitch (ed.), Miscellaneous Works of the Late Thomas Young. Londres, J. Murray, 1855.*

—, *«On the mechanism of the eye», Philosophical Transactions of the Royal Society of London 91 (parte I, 1801).*

—, *An Account of Some Recent Discoveries in Hieroglyphical Literature and Egyptian Antiquities including the Author's Original Alphabet as Extended by Mr. Champollion with a Translation of Five Unpublished Greek and Egyptian Manuscripts. Londres, J. Murray, 1823.*

—, *Rudiments of an Ancient Egyptian Dictionary in the Ancient Enchorial Character. Londres, J. & A. Arch, 1831.*